



EL OPERATIVO

SERIE
DAVID RIBAS

SU MUERTE FUE SOLO EL COMIENZO. ÉL TENDRÁ SU VENGANZA.

ALFREDO DE BRAGANZA

**EL
OPERATIVO**

SERIE
DAVID RIBAS

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *El operativo*

© 2018, Alfredo de Braganza

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2018, Sol Taylor

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Prefacio](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[LA CASA DE MAGIA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[EL ATAQUE TERRORISTA](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[TERCERA PARTE](#)

[EL INFRAMUNDO DE BOMBAY](#)

[15](#)

16

17

18

19

20

21

22

23

24

CUARTA PARTE

EN BUSQUEDA DE VENGANZA

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

QUINTA PARTE

EL TERRORISTA AMERICANO

35

36

37

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[Sobre el autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Para Hodaya Asulin y Ron Yitzhak.

A mis hijos.

No os dejéis engañar, de Dios nadie se burla; pues todo lo que el
hombre siembre, eso también segará.

Gálatas 6:7

Para proteger un huerto cúbrelo con árboles espinosos.

BHAI GURDAS

En los tiempos de guerra, la verdad es tan valiosa que siempre debe de
ser escoltada por una guardia de mentiras.

WINSTON CHURCHILL

Prefacio

Una brisa marina fluía del mar hacia la playa. La noche ya estaba jalonando el cielo de estrellas. La luna iluminaba con claridad a diez jóvenes pakistaníes que permanecían de pie escuchando a un corpulento hombre llamado Zakiur Rehman Lakhvi.

Después de la lectura de un pasaje del Corán, cerró el libro y, observándoles uno a uno, les dijo sin expresar emoción alguna:

—Es la sorpresa la que os abrirá las puertas de la ciudad. Entraréis y mataréis a cuantos extranjeros podáis. Con el miedo que produciréis, dejaréis paralizadas a las fuerzas de seguridad. Ni el corrupto gobierno indio sabrá qué hacer por un tiempo. Jamás han llegado a imaginar que un ataque de esta envergadura y tan bien calculado pueda suceder.

—*Inshallah* —prorrumpió rápidamente Ismael Kamaal, enorgullecido por la responsabilidad que conllevaba ser el cabecilla de aquel grupo de yihadistas salafistas, que no esperaron a imitarle.

Acto seguido, se subieron sobre una lancha de aluminio, zarparon de la playa y pusieron proa en dirección a la India, aprovechando la marea alta y las corrientes que les llevaban con rapidez mar adentro.

No eran los malos con armas de videojuegos en consolas de Nintendo o Play Station. Eran jóvenes disciplinados y bien preparados. Los canales de televisión describieron los ataques como el «11-S de la India».

Aquel inédito, hasta entonces, *modus operandi* denominado como «equipos de ataque» y su impacto mediático, combinado con métodos propios de una guerrilla urbana, pronto fue inspiración para otros grupos yihadistas con el objetivo de matar en Europa occidental.

Durante los casi cuatro días que duró la masacre terrorista, que había

empezado en distintos puntos de Bombay y terminando tras concluir el asedio al hotel Taj Mahal Palace, se calculó que, aproximadamente, 173 personas perdieron la vida y 327 fueron heridas. Aunque la mayoría de las víctimas fueron indios, los objetivos principales del ataque fueron estadounidenses, británicos, australianos e israelíes.

PRIMERA PARTE
LA CASA DE MAGIA

A Vikram Oberoi se le consideraba absolutamente irremplazable. Tenía la posición de *Grand Executive Chef* en el hotel Taj Mahal Palace. Todo el mundo le llamaba por su apellido, ya que, de por sí, era grandilocuente, aunque nada tenía que ver con el afamado grupo empresarial indio que daba nombre a una cadena hotelera. Pequeño, gordo y con un bigote ancho de los que se llevaban antiguamente, parecía el vivo retrato de un maharajá inmortalizado en las numerosas fotografías en blanco y negro que colgaban por los pasillos del hotel.

Durante la madrugada de aquel día, Oberoi, ataviado aún con chaquetilla blanca almidonada y delantal, se encontraba en la primera planta realizando sus oraciones dentro de su pequeño cuarto dedicado a esta costumbre religiosa hindú llamada puja. En la entrada de aquel pequeño habitáculo, colgado de la pared, había una losa de cerámica donde estaba inscrito en pintura de color azul: «Señor, bendice mi pequeña cocina / Y aquellos que entren en ella / Y que no encuentren nada más que paz y disfrute / Y así obtengan felicidad». En su interior, tenía más de media docena de pequeñas figuras del dios Ganesha, aquel que facilita a quien lo invoque y lo glorifique prosperidad y fortuna; y por todos los lados tenía colgadas numerosas hojas amarillas de notas con frases célebres de reconocidos cocineros internacionales. Cuando leía una inspiradora frase nueva en una revista de cocina, una entrevista a un cocinero o un artículo en general, la apuntaba y acababa en aquella pared.

La tarde anterior ya había planeado todo para el siguiente día de trabajo. Bajo su responsabilidad estaba el restaurante Zodiac Grill, de cocina de estilo y tema francés, con unos precios carísimos que solo los clientes más adinerados se podían permitir; el restaurante indio Masala Kraft, cuya principal identidad representaban los pinchos de gambas; el restaurante de

cocina japonesa Wasabi, al que el hotel proveía diariamente del atún fresco directamente de las Maldivas para la realización del sushi; y el restaurante de comida libanesa Souk, situado en la última planta de la torre del hotel. En total, Oberoi tenía bajo su mando a doscientos empleados trabajando exclusivamente en la cocina y en sus departamentos relacionados.

Todo abastecimiento era debido a los más de veinte distribuidores domésticos que a la mayor prontitud pudieran enviarles todo tipo de producto que escasease. En cada restaurante había un *maître*, un chef, ayudantes de cocina y su propio grupo de camareros. Ciertamente, no estaban por la remuneración, sino por el prestigio que conlleva ser empleado en el Taj. Cualquier hotel de una cadena competidora ofrecía más del doble del salario mensual que ganaban. Muchos empleados, si no la mayoría, tenían como objetivo el adquirir experiencia y, una vez pasado un tiempo, irse a otras empresas.

Era ya entrada la madrugada cuando seguía revisando los menús, el número de comensales y las reservas de clientes, además de los diversos eventos que se celebrarían en el hotel y calculando el número aproximado de comensales. Se encontraban en época de celebraciones de bodas. Sus cocinas debían estar preparadas para servir miles de platos; se emplearían más de cien kilos de arroz, más de veinte mil huevos, tendrían que pelar más de doscientos kilos de gambas, romper cientos de cocos para hacer salsas y condimentos en platos elaborados como postres donde se utilizaba el coco rallado; más de doscientos kilos de harina y habían descargado seis camiones llenos de frutas y verduras durante el día como aprovisionamiento para la jornada siguiente.

Oberoi era plenamente consciente de que servir productos frescos, y más todavía condimentos y productos importados en una ciudad donde la temperatura media es de treinta y ocho grados centígrados y en el aire hay un ochenta por ciento de humedad, requería tomar medidas especiales, y era toda una responsabilidad que a él le satisfacía tener sobre sus anchas espaldas. Enormes contenedores frigoríficos, en cuyos interiores había frutas como mangos, quesos y verduras, llegaban procedentes de los muelles del puerto para ser descargados y almacenados en sus correspondientes cámaras frigoríficas. Conductores de *autorickshaw* traían, procedentes de los mercados locales, desde frutos secos a hierbas y especias de todo tipo. El popular vehículo de tres ruedas era ideal para moverse con habilidad y

rapidez por las estrechas callejuelas. En la zona de descarga se amontonaban todos los productos cuidadosamente organizados: cada vez que llegaba uno se registraba en la lista de entrada y se auditaba. Entonces se procedía a almacenarlos en sus respectivos lugares. Pollos y corderos iban directamente a la carnicería de la primera planta. Allí, una vez limpiada y troceada la carne, la enviaban directamente a la sección de charcutería de las cámaras frigoríficas situadas en la parte de atrás del edificio.

Oberoi estudiaba atentamente todos los documentos. Sabedor de que demasiado aprovisionamiento de productos alimenticios podría ocasionar que alguno se volviera no adecuado para su consumo; por otro lado, un poco menos de aprovisionamiento causaría una escasez y, por tanto, un caos en la cocina de cada uno de los diferentes restaurantes del hotel.

Después de revisar las listas que las chicas de recepción le solían realizar diariamente en formato Excell, Oberoi fue a firmar las cajas de productos para la limpieza e higiene. Habría más de treinta mil prendas para lavar entre mantelería y demás utensilios de hostelería como delantales, servilletas, uniformes de cocina y paños. Se utilizarían más de cien galones de útiles de limpieza. Revisaba el contenido de cada caja y, acto seguido, firmaba en el exterior sobre una solaba con rotulador negro, dando de esta manera su aprobación.

Finalmente, a las cuatro de la madrugada, Oberoi se fue a la cama. Mientras la mayoría de los empleados vivía en Bombay y su periferia, otros de mayor posición y originarios de otros lugares estaban acomodados en habitaciones exclusivas dentro del hotel. La mayoría, en cambio, dormía en otras muy económicas, en lugares cercanos a las inmediaciones.

Antes de cubrirse con el edredón, en su habitación privada de categoría *suite*, resguardándose del agradable aire acondicionado, se inclinó, agarró el auricular situado sobre la mesita de cama y llamó a la panadería para confirmar con la encargada que todo estuviera a punto para aquel día. La cocina, destinada solo para tal uso, se encontraba impregnada de un olor suave a fermentación, levadura, sal y harina. Predominantemente, eran mujeres las empleadas; empezaban muy temprano la jornada laboral horneando pan de distinto tipo y variedad, además de los postres y todo tipo de bollería.

A las cinco, en la panadería, docenas de estanterías de acero inoxidable

con ruedas, con sus bandejas llenas de bollos y panes, comenzaban su traqueteo diario siendo empujadas hacia la cocina principal, donde los chefs ejecutivos, *sous chefs*, *commis*, aprendices, *sauciers* y los lavaplatos llegaban al unísono como soldados despertados por un primer toque de trompeta temprano en la mañana.

A las seis, el encargado de la bulliciosa despensa se encontraba en su estado diario, ajetreado y ordenando todo según la orden escrita en su hoja, que colgaba en la pared con un grueso y potente imán. Lo que siempre le preocupaba era tener los ingredientes para ensaladas lavados y debidamente ordenados: lechugas, tomates, cebolla, zanahoria cocida, pepinillos... Siempre se aseguraba de que estuvieran bien limpias con gotas de vinagre; la conservación de las verduras era su única y exclusiva responsabilidad. Más aún, debían permanecer frescas a lo largo del día, no podían encontrar en ellas ni un gusano por pequeño que fuera, ni incluso un grano de arena remotamente escondido en una hoja.

Mientras tanto, al otro lado del pasillo, los fuegos cobraban vida, las salsas y productos para condimentar se comenzaban a elaborar para mantenerlos listos en las cámaras frigoríficas y ser utilizados durante el día.

* * *

El cabello oscuro de Ismael Kamaal era impulsado por un suave viento a favor. Su expresión parecía pensativa. Su rostro, delgado, alargado, imberbe y con un mentón prominente. Como los demás, iba vestido a la moda juvenil: una chaqueta de deporte, una camiseta Nike debajo y pantalón vaquero azul claro.

Se trataba de un joven experto en informática de veinticuatro años, el mayor del grupo. Adoptando múltiples identidades falsas en la red, el joven había descubierto que internet representaba el paraíso de los extremistas. Identificándose con el islam más radical y estando movido por el deseo de llevar a cabo una yihad, contactó con el grupo terrorista más violento, cerca de Lahore. Ellos le presentaron a Zakiur Rehman Lakhvi y, tras un preliminar y concienzudo examen, en el que se confirmaron las posibilidades del joven en convertirse en mártir, lo enviaron a un campo de entrenamiento, donde se

convirtió en el líder del grupo terrorista sentado a su alrededor, dispuestos a matar y a morir.

El hombre de mayor edad, encargado de la lancha, había realizado un buen trabajo pilotando con seguridad durante un momento de tensión con la aparición inesperada de aguas turbulentas. Todo el cansancio acumulado había desaparecido de golpe al avistar con su visor nocturno un barco de pesca comercial con bandera india, que se dejó abordar sin ofrecer resistencia.

Era un deslucido barco de pesca, corroído por el óxido, pero se correspondía con lo que necesitaban. Difícilmente llamarían la atención de la Guardia Costera india.

Después de que Ismael ordenara cortar las redes para que el pesquero pudiera navegar, tiraron al agua a todos los tripulantes menos al patrón.

Despidieron al curtido compatriota conductor de la lancha. Antes de partir, de vuelta a la costa pakistaní, con una mano manejó una potente lámpara eléctrica y envió tres rápidos destellos hacia la oscuridad del mar. Entre gritos eufóricos: «en el nombre de Alá», se aseguró de que pasaba rugiendo y alborotando las aguas por encima de los marinos indios.

Ahora los jóvenes terroristas se encontraban guiados, además de por el moderno GPS, por el asustado patrón indio del pesquero para entrar en aguas de la invencible, hasta el momento, ciudad de Bombay.

No actuaban solos, cada uno tenía un teléfono satélite en contacto las veinticuatro horas con su líder, Zakiur Rehman Lakhvi, que monitorizaba la operación desde una habitación secreta en Karachi y, al mismo tiempo, informaba a otros líderes islamistas en Pakistán relacionados con el ataque, como Masood Azhar y Hafiz Muhammad Saeed, ambos conocidos terroristas perseguidos por la justicia de la India.

La noche era clara y en el cielo negro brillaba un chorro de estrellas. La ansiedad se iba apoderando de todos ellos.

A las 6:30 el despertador sonaba en la mesita de noche en uno de los apartamentos próximos para los empleados. Anil Metha, de treinta y dos años de edad, apagaba la alarma y se cubría la cabeza con la sábana, quedándose unos instantes más en la cama. Él era el director del Shabiana, como se llamaba el *coffee shop* del hotel, abierto las veinte cuatro horas del día, los siete días de la semana. Pero también caía sobre su responsabilidad la cafetería Aquarious, situada al aire libre junto a la piscina. Su trabajo era tremendamente agotador. Todos los empleados del hotel coincidían en que su puesto era el más estresante, ya que, a diferencia de los otros restaurantes, con horarios de apertura y cierre establecidos, en el *coffee shop* o en la piscina siempre había algún cliente, solo, acompañado o en grupo.

Anil llevaba seis meses trabajando como empleado en el Taj y, durante el transcurso de ese tiempo, se había granjeado una excelente reputación entre sus colegas del hotel: diligente, puntual, bien arreglado y dispuesto siempre a solucionar cualquier problema o eventualidad de última hora, pero, sobre todo, su buena fama se debía a su organización. Esta última cualidad era la que más apreciaba el chef Oberoi, porque cuando los camareros, bajo las órdenes de Anil, se metían dentro de la cocina a coger los platos para servir, sabían en qué consistía cada uno para evitar un mal servicio al cliente. Esto conllevaba que, si un cocinero, debido a la presión en el trabajo, se olvidaba a última hora de cierto condimento en un club sándwich o pincho de gambas, el camarero se lo hacía notar.

Aquella mañana se sentía especialmente exhausto. Hacía escasos minutos que los del turno de noche, haciendo ruido en los pasillos, se habían retirado a dormir en sus respectivas habitaciones. Además, había dormido poco, la noche anterior había estado atendiendo personalmente a un grupo de amigos que había acabado en el *coffee shop* después de estar de fiesta y sus pedidos

de comida y bebidas eran muy demandantes, especialmente porque eran estrellas de Bollywood. Se fueron finalmente a las 00:30, alegres y satisfechos tras pagar una factura que abultaba la suma de su salario mensual junta en tres años, incluidas sus bonificaciones y su porcentaje de propinas.

Hacía unos días, Oberoi le había dado un programa para organizar próximamente el festival de comida italiana. Había más de veinte páginas llenas de palabras y frases que, aunque le eran conocidas de oídas, muchas de ellas se las tenía que aprender de memoria, no solo para reconocer los platos con sus ingredientes, sino también para obtener un conocimiento básico del idioma. Una vez que él se hubiera estudiado todo el programa, se lo tenía que enseñar al jefe de camareros, Sandeep Patel, y este, a su vez, a sus subordinados.

Oberoi le dijo en su día:

—No sabes cuándo te puede llegar a ser útil. Además, la pronunciación del inglés de un cliente alemán es diferente a la de un italiano, a la de un español, un indio o un americano. Cuanto más amplio sea el abanico de tus conocimientos más eficiente será tu trabajo. Imagínate que después de mirar la carta, te dice «pizza». Esto lo entiendes, pero, si te especifica el tipo de pizza o de pasta y no le entiendes, ni tú ni tus camareros podéis, de ninguna manera, contestarle: «No le entiendo» o «¿Me lo puede señalar con el dedo en el menú?».

En el programa le había incluido una serie de páginas web y un enlace de un vídeo tutorial para aprender el italiano básico. Durante la promoción de la comida italiana esperaban atraer no solo a clientes elitistas de origen indio, sino a turistas italianos y empleados expatriados de corporaciones; además, ya tenían reservada con antelación la visita de un grupo muy numeroso promovido por una cámara de comercio muy importante de Roma.

Se duchó rápidamente, se vistió, salió del edificio, cruzó la calle y se adentró al hotel por la puerta de empleados; puso su pulgar en la máquina electrónica, con lo que quedó marcada su entrada, y, como a diario, fue directo a la cocina a desayunar. Allí tomó lo de siempre, una taza de café con leche y un croissant recién horneado, mientras pasaba las páginas del *Hindustan Times* leyendo por encima el suplemento interior dedicado a cotilleos sobre celebridades.

Cuando llegó a su vestuario, se encontró con una nota colgada por un clip en el bolsillo de la pechera de su chaqueta negra: «Despiértame a las 11:00». Estaba firmada por la letra «O». Miró su reloj, eran las 7:20. Tenía tiempo para organizar el plan del día y, después, aprenderse un par de frases más en italiano bien pronunciadas para impresionarlo.

* * *

Al amanecer, se encontraban ya por la costa de Guyarat, a la altura de Porbandar.

La ruta marítima había sido previamente calculada con precisión, lejos de las convencionales para evitar ser avistados por los superpetroleros y los cargueros; irían por una zona tan desprovista de vida marina que no atraerían a los barcos pesqueros. Comprobó la velocidad y el rumbo, y también la profundidad del agua. Observó el sonar; excepto el ruido de dos barcos en el radio en el que se encontraban y que ya habían desaparecido del ordenador, en aquella zona no había nadie excepto ellos, unos inocentes pescadores.

Tras mirar el GPS y observar las coordenadas, Ismael giró levemente la cabeza para observar a cada uno de sus hombres. Eran diez hombres en total, con diez AK-47, otras tantas pistolas, munición, granadas, mapas, agua, pasas secas y con puñados de almendras peladas dentro de varios bolsillos de sus ropas. Todo debidamente organizado en el interior de sus mochilas de viaje de cómodas asas para colgar a la espalda, cuyas fabricaciones estaban realizadas en China y compradas en un mercadillo de maletas en Karachi.

Durante meses habían estado en campos de entrenamiento situados en las montañas dentro de territorio Cachemira, cerca de la frontera con la India. Allí, la comida era abundante: arroz con estofado cartilaginoso, carne asada y pan, lo necesario para fortalecer sus músculos durante los estrictos entrenamientos físicos.

Cada uno de los jóvenes alrededor de Ismael, fanatizados que habían acabado en la yihad, podía contar la misma triste historia: insatisfacciones y desengaños en sus vidas personales dentro de un círculo social de pobreza en el que no veían salida alguna. Con las esperanzas económicas aplastadas, se convertían en carne de cañón para la causa islamista, siendo captados por las

mentes más brillantes al ofrecerles una razón de ser en este mundo: la promesa de una vida eterna llena de placeres carnales. Occidente, por el momento, no tenía antídoto para frenar aquellas almas extraviadas.

A primera hora de la mañana aterrizaba en el Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji un vuelo procedente de Frankfurt. David Ribas y su mujer, Cristina Navarro, habían cogido aquel enlace tras un primer vuelo desde Madrid. Al bajar del avión se sumaron a la cola de pasajeros que se disponían a pasar el control de pasaportes. Posteriormente, recogieron el equipaje y fueron directos a la salida. Afuera, muchas personas se apiñaban junto a una valla metálica a la espera de los recién llegados. De entre numerosos chóferes y conductores de agencias de viajes sosteniendo carteles de todo tipo mencionando nombres de viajeros de distinta procedencia, David vio el suyo ondear dentro de una carpeta con el prominente logo del hotel Taj Mahal Palace.

El chófer, un sij barbudo pulcramente uniformado que llevaba un turbante de color granate, se apresuró a coger el carro de las maletas, a la vez que les daba la bienvenida ceremoniosamente.

—Yo llevo el equipaje.

Dijo esto con una sonrisa, y David también sonrió.

—No se preocupe —se apresuró a decir el español—. Puedo llevarlo yo.

El hombre le miró con una mueca de súplica.

—Es mi trabajo, señor —insistió muy cortés, tras un momento de vacilación.

—De acuerdo.

—Allí tengo el coche —dijo alargando el brazo en dirección a un punto más allá del caótico *parking*.

David era un experto en antiterrorismo. Había pertenecido a una división

de la Policía Nacional cuya labor consistía en el seguimiento de extremistas musulmanes. Fue él quien dio el aviso de alarma en el año 2004 tras encontrar indicios fiables de que, dentro de un apartamento, en la localidad madrileña de Leganés, se estaban realizando unas actividades sospechosas. Informó a sus superiores, pero le dieron la orden de no tomar contacto ni aproximarse a la zona. Cuando el Grupo Especial de Operaciones, popularmente denominado como GEOS, llegó al lugar e intentó acceder a la vivienda, los supuestos terroristas se inmolaron en el interior y mataron con la explosión a un miembro del Cuerpo de Policía, el hermano mayor de David.

Habían crecido huérfanos. Con el tiempo, supieron que su madre falleció de cáncer y el padre los había abandonado en un orfanato. El mayor pronto destacó en los estudios, era muy inteligente y muy capaz de resolver los asuntos más complicados y salirse con la suya en cualquier circunstancia. David era todo lo contrario: un auténtico despistado que no comprendía nada, no era capaz de hacer cosa alguna sin la ayuda de su hermano mayor y nunca quería estar solo, sin él. Su hermano fue el responsable de que asistiese a la Escuela Nacional de Policía en Ávila, destacase por sí mismo y encontrase allí su verdadera vocación.

Tras aquel dramático episodio en la historia de España, sucedido el 11 de marzo de 2004, durante meses sufrió lo que los médicos diagnosticaron como síndrome de estrés postraumático. Tras su convalecencia y posterior rehabilitación, decidió ingresar en el mundo del espionaje, para poder evitar que nada parecido pudiese volver a suceder en suelo español o en otros países.

Ahora trabajaba como operativo del Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia. Había sido seleccionado para hacer de manera extraoficial una labor de vigilancia previa a la visita oficial de los reyes de España a la India, programada para dentro de dos meses. Su trabajo consistía en familiarizarse con el itinerario y encontrar posibles puntos flacos en seguridad a tener en cuenta para tomar medidas con antelación. La supervisión de su trabajo constaría de quince días de duración. De ningún modo las autoridades indias debían de estar alertadas de su cometido, por lo tanto, había entrado con un visado de negocios y, como tapadera, se hacía pasar como empleado de una multinacional dedicada a productos del hogar que estaba realizando un estudio para la viabilidad logística de formar una

oficina de representación en la India mediante una *joint venture*.

Aun previendo que el destino en la India no sería muy placentero, ya que David iba por trabajo, su superior le aconsejó llevarse a su mujer. Por un lado, pasaría más desapercibida una pareja que un hombre solo, y, en segundo lugar, permaneciendo tantos días en el extranjero, no tendría tantas ansias de volver a España para reunirse con su ser querido. Después de realizar su labor, David tenía otros quince días de vacaciones, y, por este motivo, él y su mujer pensaron aprovechar que estaban en el sur de Asia para ir a conocer China, Tailandia, Corea del Sur y Japón. Mientras David en la India empleara el tiempo en su trabajo, Cristina, desde su ordenador portátil, se ocuparía de ultimar el itinerario del viaje; aún quedaba por confirmar los lugares para visitar en los distintos países, más reservas de s locales, de tren, y vuelos domésticos. En Japón, Cristina quería visitar la isla de Miyajima, cerca de Hiroshima, y quería cerrar una oferta de un en grupo que incluía el viaje en ferri hasta la isla y la visita guiada.

Se habían casado hacía cinco meses. No tuvieron viaje de novios, ya que ella, directiva de una empresa de telecomunicaciones, no pudo dejar su trabajo debido a que los accionistas de la empresa privada habían decidido reajustar toda la plantilla y se estaban celebrando numerosas conferencias sobre los cambios administrativos. Al final, salió ella designada como vicepresidenta de la entidad y el viaje que habían aplazado se les presentó cuando a David le propusieron el trabajo en la India. Como ella no tuvo vacaciones durante el año, aprovechó para tomarse un mes de descanso y desconectar por un tiempo de su intensa demanda laboral.

Cuando finalmente llegaron al coche, un flamante Mercedes-Benz Clase S de color azul oscuro metálico, David se dispuso a ayudar al conductor a colocar las maletas en el maletero. El sij, al levantar una de ellas, apenas rozó la espinilla del español; la dejó de vuelta en el suelo, y, ante la perplejidad de la pareja, alargó la mano a la altura de su rodilla y luego se tocó el pecho con la mano derecha, en un gesto de perdón ante la ofensa involuntaria.

Después de conseguir salir del bullicioso parking y dejar atrás el aeropuerto, el sij de afable apariencia, como el cura de un pueblo, inició una lenta y larga aproximación al pleno corazón de Bombay. El trayecto del aeropuerto hasta la ciudad empezaba en una carretera moderna y amplia, franqueada de arbustos bien cuidados.

Por delante, un semáforo se puso en rojo y el coche quedó por detrás de una hilera de vehículos.

—Es la hora punta —dijo a modo de conversación con sus pasajeros.

—Ya —prorrumpió David

Los minutos transcurrían. Cristina, con su cámara de fotografía Nikon en las manos, no dejaba de sacar fotos.

—Oh, joder, ¡qué susto! —bramó David dando un respingo en su asiento.

Dos niños pegaban su rostro contra el cristal opaco y, con la palma de la mano abierta a la altura de sus bocas, pedían algo de dinero para comer.

El sij, con una mano en el volante, se giró y, alzando el brazo izquierdo, los ahuyentó con aspavientos mientras gritaba improperios. Abriendo su puerta, hizo amago de salir para pegarles, pero la cerró al instante al irse todos corriendo zigzagueando entre el tráfico.

—¿Quieren que ponga más fuerte el aire acondicionado? —preguntó con una complaciente sonrisa, como si no hubiera pasado nada.

Los españoles se miraron y David resopló ante el espectáculo que habían presenciado.

—No, gracias —contestó Cristina.

—Madre mía, ¡qué les habrá dicho a los críos!

Se reanudó el tráfico.

—Mira allí —dijo a David señalando al otro lado de la carretera—. ¡Un elefante!

—Sí, es para cortar las ramas de los árboles —se apresuró a decir el conductor sin dejar de sonreír y mirar de soslayo a los pasajeros por el espejo retrovisor; no perdiendo la ocasión de hacerse notar para poder obtener una propina.

El sij, con su inglés casi ininteligible para los españoles no acostumbrados a aquel acento, siguió hablando de cosas incongruentes, mientras David emitía monosílabos y observaba el recorrido: que si su primo vivía en Nueva York; que allí los taxistas ganaban más dinero; que si el clima y la polución de Bombay; que si un templo de una secta hindú que habían

cruzado había sido construido con dinero negro de su fundador, residente en Canadá, donde engañaba a los extranjeros atrayendo fondos a su falsa fundación; que si el gobierno indio solo hacía promesas para mejorar la vida de los ciudadanos durante la época de elecciones, pero luego no las cumplían, y así sobre la corrupción nacional y demás diatriba sobre los escándalos que estaban salpicando en la actualidad a ciertos políticos tras ser pillados aceptando sobornos.

Aunque las carreteras estuvieran mal construidas y peor mantenidas, y en muchos tramos hubiera baches, sobre el asfalto se podía ver vehículos de todas las gamas y modelos. En cada esquina y a ambos lados de una avenida, se veían enormes carteles publicitando las últimas súper producciones de Bollywood, ropa interior, relojes de marca y electrodomésticos. Todo ello junto a las enormes e infinitas chabolas, que iban surgiendo a la vista, y, en muchas ocasiones, dando la impresión de que los enormes anuncios estaban colocados con el propósito de tapar desde la carretera la vista de la pobreza.

La carretera, que en un principio había sido amplia, ahora se encogía. Los diversos carriles ahora convergían en dos. Ya no había arbustos ni pulcro panorama. Llegaron a las proximidades de un lugar donde, desde la cuneta de la carretera, se extendía hasta el horizonte una barriada enorme de chabolas, como dunas negras cubiertas de juncos, telas marrones y plásticos de los más diversos colores.

—Todo esto me está resultado ya muy deprimente —comentó David sin perder la atención del paisaje.

—Parece mentira que a poca distancia hayamos salido de un moderno aeropuerto que envidiarían muchos en occidente y ahora tengamos esta pobreza delante de nuestras narices —dijo ella observando la harapienta miseria a través del cristal.

—Sí, la verdad es que es un espectáculo verdaderamente vergonzoso.

—Parecen refugiados. Como los que salen en el telediario tras una catástrofe natural o desplazados a causa de una guerra. ¿Cómo puede un gobierno tolerar algo así?

Pasaron por un tramo donde estaban asfaltando la carretera del carril opuesto. Cristina levantó su cámara y comenzó a sacar fotos. Serpenteantes filas de mujeres vestidas con llamativos saris llevaban sobre sus cabezas

platos de grava. Sobre las dunas de piedras, al borde la carretera, correteaban niños muy pequeños.

—Es imposible para los ojos de un occidental que esta estampa no te resulte incongruente con la negrura del asfalto y el trabajo físico de la obra — murmuró Cristina mientras seguía observando tras su objetivo aquellas esbeltas figuras femeninas envueltas en saris de color amarillo, naranja, rojo, azul y verde.

Los británicos dieron a los indios la independencia, y, tras el trascurso de los años, comenzando a existir de manera convulsa, los políticos indios dieron a su gente un sentido de la patria, prometiendo seguridad, esperanza. Pero no, nada cambió en las arcaicas costumbres: los débiles seguían pasando hambre y pobreza y los más fuertes seguían alimentándose de ellos. En el nuevo siglo, los dueños multimillonarios de las corporaciones, gracias a sus amigos influyentes en la política, marcaban las leyes y se habían convertido en los nuevos y contemporáneos maharajás.

Comenzaron a moverse más despacio entre largos canales de edificios. Un aluvión de vehículos comenzó a agitarse en derredor: coches, bicicletas, autobuses, *autorickssaws* y muchas motocicletas.

—Es la hora punta —volvió a decir el conductor, como dando una explicación lógica—. Todas las mañanas igual.

El coche paró en un semáforo. A pocos metros, un viejo barrigudo salió de detrás de una cortina que hacía de puerta y se rascó sin timidez alguna su ancho estómago desnudo a la vez que bostezaba de la forma más llamativa. Una señora frente al portal de su cochambrosa vivienda se cepillaba los dientes. Un hombre en cuclillas se bañaba echándose cubos de agua encima. Y, en el lugar opuesto, al otro lado de la carretera, un grupo de niños se daban un festín con las bolsas de basura de un restaurante cercano, perros callejeros olisqueaban por los alrededores y una bandada de cuervos con sus sonoros graznidos sobrevolaban por encima. Por la situación de vulnerabilidad de aquellos niños, víctimas de las redes de tráfico ilegal para todo tipo de explotación, nadie saldría a protestar a las calles.

—Esto es un mundo diferente al nuestro, Cristina. Solo sumergiéndote en él podrías comprenderlo.

—Estás de broma.

* * *

El GPS de Ismael confirmaba que seguían la ruta correcta hacia la costa de Bombay. Todos se quedaron mirando el horizonte. Sabían que era un viaje sin retorno, que culminaría con sus muertes. Ni sus más cercanos familiares sabían dónde se encontraban. Habían decidido convertirse en mártires.

Ismael sacó el teléfono satélite y llamó a Karachi.

—*Salaam Alaikum* —pronunció, pero no hubo respuesta. Por un momento, estuvo a punto de perder los nervios al pensar que habían sido abandonados a su suerte, y volvió a repetir—. *¡Salaam Alaikum!*

—*Alaikum Salam.*

—¿Qué hacemos con el indio?

El interlocutor ya tenía la respuesta.

—Da la orden a Ajmal —respondió desde Karachi antes de colgar.

Solo le bastó a Ismael hacer un gesto de asentimiento en dirección a su joven y ferviente seguidor Ajmal Amir Kasab para que entendiera el significado. Tendieron al patrón en el suelo y Ajmal, de veintiún años de edad, tras sacar su cuchillo, no dudó un instante en cortarle el cuello. Cogieron el cuerpo, aún con vida, y lo tiraron por la borda.

Sandeep Patel era el jefe de camareros. Llevaba trabajando en el hotel Taj Mahal Palace desde hacía una década. Como cada mañana, iba al trabajo acompañado de su mujer Renuka. Fue él quien, dos años antes, le consiguió allí un puesto de trabajo, pero sus departamentos eran distintos y solo coincidían a la hora de la salida, a las 21:00. Ella trabajaba en administración.

Después de haber desayunado, bajó a esperar a su esposa. Quitó el caballete a la motocicleta Honda y, andando pacientemente, la empujó hasta la entrada del edificio. Dejó la bolsa de su esposa, que contenía su almuerzo y una botella de plástico rellena con agua purificada, colgada del manillar. Levantó el asiento, de su interior sacó un trapo anaranjado y comenzó a limpiar la motocicleta. Había sido un regalo por parte de la familia de Renuka: la dote había sido más que generosa.

Miró su reloj y alzó la mirada hacia la decimoquinta planta, donde vivían de alquiler en aquel humilde apartamento de uno de tantos conglomerados edificios en las periferias de Bombay. El día anterior había conseguido que el banco le concediese un crédito para comprar una vivienda en un moderno edificio en construcción. Un agente inmobiliario, antiguo compañero suyo de colegio, le había recomendado la oportunidad de comprar un piso en la primera planta. Tan solo necesitaba que su jefe Anil Metha le avalara con su firma un documento que el banco necesitaba como última formalidad administrativa. Pero no podía retener más su entusiasmo y deseaba encontrar el momento adecuado para compartir la noticia con su esposa.

Mientras la veía acercarse, vestida pulcramente, con el pelo recogido y con su bolso colgando sobre su hombro, pensaba en las palabras adecuadas para hablarle de aquello que le carcomía su interior y que necesitaba compartir, pero, desde hacía días, por un motivo u otro, no encontraba el

momento oportuno.

—Ven aquí —le espetó ella en tono serio, frunciendo el entrecejo.

Por un momento, él ya pensó que se había enterado y no estaba de acuerdo. Aquel devenir de una presagiada discusión tensó el rostro de Sandeep hasta dibujar en él una aterrada angustia. Ahora, enfadada su esposa, recibiría él una retahíla de comentarios hasta llegar al trabajo. Pero, al acercarse tímidamente, ella cambió su pretendido enfado y esbozó una sonrisa, alzó un dedo y con delicadeza le puso sobre la frente un punto rojo, el *tilak*, bermellón rojo que utilizan los devotos hindúes después de rezar. Como cada mañana, Renuka realizaba delante del pequeño templo hindú que tenían en el salón de casa una puja religiosa al dios Ganesh, el de forma de elefante, que tenía situado junto a una pequeña figura de la diosa Laksmi, la que representa la buena fortuna. Desde hacía un año no había conseguido quedarse embarazada, y paralelamente a los buenos consejos médicos de su doctora, tenía fe en recibir la ayuda divina.

Llegaron a la estación de tren de Thane. Tras aparcar la motocicleta en el parking cogieron el tren de cercanías. Dentro del conglomerado vagón, en el compartimiento reservado a las mujeres, Renuka, sentada junto a la ventada, canturreaba una canción popular de una película recién estrenada que una pasajera al lado suya escuchaba por sus auriculares. A pocos metros, Sandeep, de pie entre un grupo de pasajeros masculinos, pegados como sardinas unos a otros, le sonrió desde la distancia y ella le devolvió la sonrisa; él juntó los labios y le mandó un beso al aire, gesto captado por la joven de los auriculares. Sandeep se horrorizó, apresurándose, señaló hacia su mujer. La joven miró a Renuka, y ella, aguantando la risa, dijo en tono de disculpa:

—Mi marido...

En silencio, Renuka movió los labios articulando muy despacio la palabra «Ton-to». Ambos se rieron.

Llegaron a la estación Chhatrapati Shivaji Terminus, una de las mayores y más concurridas estaciones de tren de toda la India, bautizada en su origen como Estación Victoria, en honor a la reina Victoria, emperatriz de la India. Renuka salió de su vagón y quedó fuera de pie, esperando a que su marido saliese del apretujado compartimiento de hombres; ambos cruzaron juntos el andén entre los cientos de personas. Pasaron por debajo del enorme viejo

reloj de diseño victoriano y, como Sandeep tenía costumbre, él miró la hora que marcaba el reloj de la estación y la comprobó con la que marcaba su reloj de pulsera, como si esa costumbre inherente le tuviera que confirmar que iban bien de tiempo.

Al salir del edificio, fueron directos a la parada de autobús que había a poca distancia, y cogieron, como todas las mañanas, el rojo de doble planta con destino a la zona de Colaba. Renuka consiguió enseguida asiento en el reservado para mujeres, pero Sandeep, como de costumbre, tuvo que permanecer de pie. A su lado, un joven acicalado olía mucho a polvos de talco perfumado; sostenía, pegado a su pecho, un dossier donde pudo leer en el encabezado: «*Curriculum vitae*».

Se bajaron en la parada del cine Regal y caminaron por una calle ancha flanqueada por edificios modernos que se mezclaban con arquitecturas de la época colonial británica; el contraste era extraordinario. La impresión que rezumaba todo ello representaba un paso infatigable: mantenido de pie, intacto, a pesar de los muchos agitados acontecimientos históricos, como si la ciudad hubiera traspasado la barrera del tiempo. Después giraron a la derecha, donde había lujosos hoteles con porteros apostados en las entradas. Los puestos callejeros ya comenzaban a resurgir en las aceras con sus empleados apostados bajo anchos parasoles que anunciaban bebidas refrescantes. Como a diario, sin detenerse, pasaron por delante del elitista Bombay Yacht Club, en donde solo se admitía la entrada bajo invitación por uno de sus miembros, y, para pertenecer, tenías que ser recomendado por una serie de personas influyentes, además de tener una buena posición social y, cómo no, profesional, junto con bastante dinero en tu cuenta corriente.

—Mmm... —prorrumpió Renuka tras oler a bollería recién horneada que emanaba desde la ventada la cocina del célebre Club privado.

—Sí, mucho «mmm», pero pronto van a empezar a vender ahí la bollería que hacemos nosotros en el Taj.

—¡No! —exclamó sorprendida

—Pues sí, me lo ha dicho Anil, que Oberoi, con la marca Taj, va a comercializar la repostería, y pronto en supermercados.

Al cambiar la calle el olor era distinto: un olor fuerte a salubre. Una brisa les golpeó suavemente en el rostro. El sol de la mañana encendía las fachadas

y los grandes cristales de los escaparates de las oficinas de compañías aéreas y de tiendas exclusivas de lujo. El imponente edificio del hotel Taj Mahal Palace emergía sobre ellos.

El fundador del hotel se llamaba Jamsetji Tata, un hombre de negocios y filántropo de religión parsi que quiso construir un hotel bajo la idea de «una proyección de futuro», como él lo llamó en su momento: que su esplendor hiciese olvidar la epidemia que años antes había sacudido la ciudad. Los cimientos del hotel fueron construidos en 1903 con forma de semicírculo y sobre cinco plantas. La peculiar arquitectura se parecía a los galeones piratas puestos en el interior de una botella de vidrio, donde, una vez dentro, su salida es imposible. Muchos años después se añadió una sexta planta más y una torre adyacente en 1973. Con su fachada de basalto gris y blanco fue la marca más visible de la India que los tripulantes y pasajeros de la naviera Peninsular and Oriental Steam Navigation Company, conocida más comúnmente como P&O, veían nada más aproximarse a la costa del subcontinente. Durante más de cien años, su cúpula, balcones con ornamentos y ventanas de cara al mar dominaron la vista de aquel lugar. Por aquel singular aspecto arquitectónico, el imponente edificio fue llamado localmente por entonces como *Jadu ghar* o la Casa de Magia. Durante los primeros años abierto al público, cuando se aproximaba un barco de pasajeros, un empleado asignado para tal tarea se apresuraba corriendo a tocar una campana cuyos tañidos resonaban por todo el edificio alertando a todos los empleados de que nuevos pasajeros irían a desembarcar y debían salir a recibirlos para darles la bienvenida.

Doblaron hacia la calle Merry Weather Road, donde se hallaba la entrada para los empleados. Las mujeres vestían uniformes de sedas caras y los hombres, trajes occidentales y zapatos negros lustrosos de los que un zapatero ambulante, apostado todas las mañanas con su maletín frente a la puerta, se preocupaba por unas pocas rupias de preservarles un primoroso destino decente. Una vez dentro, Sandeep puso su dedo pulgar sobre la máquina electrónica, quedando marcada su entrada. Paralelamente, Renuka, en la cola exclusiva para mujeres, colocaba su tarjeta de empleada dentro de una máquina.

Antes de tomar caminos separados, Sandeep le cogió la mano y se la apretó cariñosamente.

—Quiero decirte algo —dijo reteniéndola.

Un empleado que pasaba por delante frunció el ceño ante tal gesto en público y otro meneaba la cabeza hacia Sandeep sonriéndole con amable complicidad. Renuka entornó los ojos, pero, antes de que él continuase, una joven compañera se aproximó y la cogió del brazo para llevársela consigo.

—No te puedes imaginar a quién he visto desde el autobús... —dijo alegremente su amiga.

Renuka hizo un gesto con la mano a su marido indicando que más tarde. Sandeep se quedó viéndola marchar. Antes de que desapareciese de su vista doblando el pasillo, ella se volvió y le mandó una sonrisa que él correspondió alzando al aire la mano.

Mientras ella se dirigía a su puesto de trabajo en el *business centre*, Sandeep fue hacia una plata más abajo, donde se cambiaría la ropa por una chaqueta y un pantalón negro, y de nuevo se asearía: bien peinado y desodorante puesto. Una vez vestido pulcramente con el uniforme, se dirigió a la primera planta.

Eran las 7:35.

* * *

Ajmal Amir Kasab estaba situado al lado de la persona que más idolatraba y de quien seguía fervientemente órdenes, Ismael Kamaal. El líder tenía la mirada puesta en el horizonte y disfrutaba del viento golpeando su rostro. Mientras, en cabina, al timón, invocado por la maldad, sin voluntad propia, iba otro joven adiestrado para tal tarea con la mirada fija en las aguas, aunque, de forma constante, la alternaba en la pantalla con el trazado del rumbo y posición del GPS.

La madre de Ajmal en aquel momento se encontraba cocinando para sus dos hijos pequeños, dentro de su humilde vivienda de granjeros en un pueblo olvidado de los mapas en el interior de Pakistán. Era un lugar eminentemente rural rodeado de pequeñas explotaciones agrícolas. Ella nunca podría pensar que el inocente hijo mayor al que había criado y del que creía que estaba labrándose una nueva vida en la ciudad había sido entrenado por la yihad

islámica y tenía la orden expresa de asesinar implacablemente a seres humanos.

Al igual que Ajmal e Ismael, todos ellos eran asesinos anónimos. En sus pueblos de origen nunca sabrían el paradero de sus cuerpos, no se celebraría *tamasha* —celebración—, ni habría grandes carteles por las calles anunciando sus muertes por Alá, ni voces en las mezquitas inmortalizando su bravura.

Un año antes, junto con un grupo de jóvenes de su misma edad, Ajmal había entrado en un campo de entrenamiento para luchar como un muyahidín, donde juraron por la yihad hasta la muerte. Allí, durante el tiempo de instrucción, hombres más inteligentes que él se aseguraron de convertirlo en una bomba de relojería con el temporizador en marcha, a punto de ser utilizada. «Vuestros rostros resplandecerán como la luz de la luna. Vuestros cuerpos emanarán perfume e iréis al paraíso», les arengó en su día Zakiur.

En las montañas de Pakistán, la dura formación terrorista a la que fueron sometidos comenzaba todas las mañanas al aire libre muy temprano, donde les enseñaban el manejo de distintas armas de fuego: granadas, pistolas y fusiles de asalto. Por las tardes les daban charlas sobre los placeres del paraíso, sobre métodos de supervivencia urbana y clases para aprender a ensamblar bombas impartidas por un peculiar extranjero del que circulaban rumores de que era medio americano. Entre sus instructores había pakistaníes, pero también curtidos exmilitares iraquíes que habían luchado contra los americanos en Irak.

A las 8:00, Anil Metha tocaba su pequeña campanita. Era un sonido ciertamente peculiar y armonioso, que no alteraba el ambiente del *coffee shop* con su música clásica de fondo *non-stop* que salía de los altavoces. Aquel campanilleo pasaba desapercibido entre los huéspedes, pero no para todos los camareros empleados, que sabían que, cuando escuchaban ese sonido, significaba la llamada para la asamblea diaria de las mañanas.

Sandeep oyó la campanita mientras leía la lista de clientes hospedados y que, presumiblemente, sería el número que bajaría a desayunar antes de las 10:30, exceptuando los que dejarían la habitación sin tomar bocado alguno y los que ya habían pedido con antelación el desayuno en la habitación; de estos se encargaban los del *room service* directamente desde la cocina. Terminó de estudiar las hojas, por si su superior le preguntaba al respecto y, con diligencia, se apresuró al punto de encuentro. Allí se arremolinó el joven grupo de camareros bajo su responsabilidad.

De pie, sobre un escalón, Anil Metha alzó los brazos e instó a todos a que se aproximaran más. Todos formaron un semicírculo. En un lateral del *coffee shop* organizaba el punto de encuentro con los empleados que consistían en los *maîtres*, el jefe de camareros del área, Sandeep Patel, sus subordinados y los cocineros. Allí soltaba todas las mañanas una perorata sobre los valores de la cadena Taj. Además, les recordaba en tono inspirador los deberes del servicio al cliente, les mencionaba el número aproximado de huéspedes a atender y comentaba la selección de algunos camareros para trabajar en otra sección del hotel, como una boda que se iba a celebrar ese mismo día por la noche. Para finalizar, les leía una frase célebre que sacaba de su agenda.

—Hoy toca leer una frase de un escritor español llamado Miguel de Cervantes: «La senda de la virtud es muy estrecha y el camino del vicio,

ancho y espacioso». — Observando los rostros serios que tenía delante, moviendo el índice en el aire, añadió con sorna—: Así pues, mucho cuidado, que *big brother* os está observando.

Todos rompieron a reír con camaradería y cada uno se fue a cumplir sus funciones. Sandeep se fue a su habitáculo, situado en un lateral. Sacó un folio de una funda de plástico y marcó en su lista la asistencia de los camareros. Su teléfono fijo, situado en el atril, sonó.

—Sandeep, ¿te ha dado Renuka los menús imprimidos para el festival italiano? —le preguntó Anil por otro auricular desde la otra punta del *coffee shop* al mismo tiempo que le alzaba el brazo desde la distancia. Una de las normas que imperaba era el no alzar la voz entre empleados cuando había clientes a la mesa.

—No

—Pues sube al *business centre* y me los traes.

—Anil, tengo las hojas del banco conmigo... —se apresuró a decir.

—Pues me las traes también y les hecho un vistazo.

Sandeep envolvió un croissant en una servilleta y se metió dentro del ascensor para empleados. Una vez en la planta superior, empujó la amplia puerta de cristal y vio a su mujer escribiendo diligentemente sobre el teclado del ordenador. Su escritorio estaba atestado de formularios.

En aquel piso había catorce mesas con sus respectivos ordenadores y todas llenas de papeles donde las empleadas de administración trabajaban realizando informes, circulares de los distintos departamentos, memorandos y un largo etcétera. Continuamente hacían llamadas y las atendían, y recibían y mandaban ficheros a recepción vía internet.

—Los menús, ¿no es así? —le preguntó ella sin alzar la mirada de la pantalla.

—Sí —contestó, dejando con disimulo la abultada servilleta sobre un rincón de su escritorio.

—Mmm... Gracias —dijo sin apartar la mirada del monitor y sin dejar de escribir, acto seguido, se giró y de una estantería sacó unos folios—. Aquí los tienes, ¿algo más?

—Sí, quería decirte que... ¿No sé si te acuerdas de que tengo un amigo que es agente inmobiliario?

—¿El que estuvo en nuestra boda, se emborrachó y quiso bailar con mi hermana?

—Sí, bueno..., ese mismo... —contestó azorado, sin atreverse a continuar.

—Los temas personales siempre fuera del trabajo —dijo interrumpiéndole y, señalándole con el índice, añadió—: Y como sigas aquí un segundo más, que no te sorprenda ver mañana sobre la mesa macarrones o un plato de espaguetis a la rabiata para cenar. Ahora, chao, chao.

A las 10:50, Anil Metha recorría el largo pasillo enmoquetado hasta la habitación con el número 1675. Tocó el timbre y, de inmediato, abrió el orondo chef Oberoi. Acababa de salir de la ducha y estaba vestido con un albornoz blanco.

—*Buongiorno* —le espetó Anil con alegría, a la vez que entraba en la estancia y cerraba la puerta tras de sí para seguir al opulento cocinero—. *¿Come stai? ¿Bene? Io capisco l'italiano solo un po'.*

Al llegar al espacioso salón, Oberoi se giró.

—Ciertamente, estoy impresionado. Muy bueno tu italiano. Lo que conseguirás es una buena sonrisa de los comensales.

—¿Sonrisa? Propina, *sinore* chef, propina... —dijo frotando el pulgar con los dedos.

—Mira, tenemos un caso de emergencia. La temida, voraz e internacionalmente conocida crítica gastronómica Priyanka Thapar llegó anoche a Bombay. Asistió a una boda en otro hotel y tiene reservada estancia aquí durante los próximos dos días.

—Pero si el festival italiano no comienza aún.

—A ella le da igual, ya volverá. Ahora ha venido a realizar una crítica para el periódico *Times of India* sobre nuestro nuevo restaurante Chef Studio.

Según me han comunicado las chicas de recepción, tan pronto como llegó a su habitación se mostró maleducada con el personal, demandó un sinnúmero de nimiedades sin sentido: cesta de fruta pelada, fresas, piña, kiwi, mango..., que le cambiasen las sábanas... En fin, un sinnúmero de caprichos.

Anil se quedó mirando por la ventana.

—Oberoi, quizás no continúe yo aquí el mes que viene.

—Pero ¿qué dices?

—Esto más que un trabajo en el sector de la hostelería parece un hotel de locos, un enorme colegio lleno de adolescentes, cada día es una aventura sin fin. Todos los días de la semana a todas horas. Yo así no puedo seguir. Antes solo tomaba té, y ahora estoy todo el día tomando café para aguantar el ritmo y poder seguir en pie hasta la noche.

—Hombre, si necesitas un descanso, hablo con el director general. Él me hará caso de lo que le diga.

Si no eran actores de Bollywood con sus parejas, amoríos o grupos de amigos, era un conocido político del interior de la India analfabeto, pero con el que había que tener un mimo y paciencia exquisita. Pensó en coger su motocicleta, ir a la playa de Juhu, dar un paseo por la arena, irse a un bar a tomarse unas cervezas y jugar al billar, irse a una pizzería frecuentada por chicas guapas y sociables o a un restaurante frecuentado por estudiantes donde ponían buena música. En fin, tomarse el día libre.

El hotel Taj Mahal Palace tenía fama de tenerlo todo. No solo tenía prestigio internacional y era un emblema arquitectónico de la ciudad, sino que dentro se podía conseguir absolutamente de todo. Tenía buena reputación por servir a sus clientes de manera excepcional y estar dispuestos a cumplir con todos y cada uno de los requisitos que les pidieran. Si un cliente necesitase un libro sobre la arquitectura de Ajantha o las esculturas de Kayurajo, o cualquier guía o libro relacionado con la India fuese sobre historia, biografías, cómics, revistas o ilustrados, el botones le mostraría dónde estaba situada la librería Nalanda. Si un cliente tuviese necesidad de un especialista quiropráctico debido, por ejemplo, a un dolor de espalda, huesos o nervios musculares, la recepcionista, en breves minutos, lo llamaba a la habitación del huésped. En el servicio de habitaciones se podía solicitar desde clases privadas de pilates hasta sesiones de depilación, desintoxicación

ayurvédica y masajes. El servicio del hotel estaba dispuesto a complacer cualquier capricho que sus clientes se atreviesen a solicitar, desde la privacidad en sus habitaciones a requerimientos en sus salones de fiestas, restaurantes o salas de reuniones de negocios.

—Venga, hombre. Anímate. Esta noche te necesito más que nunca. Un grupo de vips y de miembros del parlamento tienen mesas reservadas, además de una barbacoa programada para un grupo a las 21:00. Pero igual de importante es que pongamos nuestra atención al servicio para la boda sindhi de las 20:00.

Los sindhis hindúes eran originarios del sur de Pakistán, anteriormente parte del imperio británico. Durante la partición, escapando de la persecución a los hindúes en el recién creado país musulmán, huyeron a la India y se establecieron en el estado de Rajastán y Gujarat, predominantemente.

—Oh, no, hoy no, por favor. La última vez, los políticos de la región de Orissa intentaron irse sin firmar las facturas. Y ya en el departamento de administración me dijeron que llevaban meses reclamando el pago al gobierno regional. Imagínate cómo se portan. Beben como peces y no dejan de hablar mal a los camareros, y los clientes extranjeros sentados en el *coffee shop* lo notan. Y no dejan nada de propina, por supuesto. ¿Te acuerdas del escándalo que formaron aquellos miembros del parlamento la última vez que vinieron? Insultaron a los camareros que les dijeron que, si no pagaban lo consumido hasta aquel momento, no le servirían más alcohol. Llegó Sandeep en actitud gandhiana y tuvo que servirles personalmente las bebidas para calmar la situación. Por cierto, me ha dado esto.

—¿Qué es este papel del banco?

—Por lo visto, Sandeep se quiere comprar un apartamento, y quiere que le firmemos este documento.

—Bueno, pues fírmalo y haz que pongan el sello oficial.

—Oberoi, imagínate si todos los empleados hicieran lo mismo; que para comprarse una motocicleta o un coche pidieran un documento firmado por el hotel abalando el pago del préstamo. El director general no creo que apruebe esto. Y, si Sandeep se retrasase en el pago y el banco contactase al hotel, estaría yo, finito.

—No todos son tan responsables como Sandeep. Lleva aquí años, es serio

con su trabajo y no tiene más aspiraciones en esta vida que formar una familia. Él es un buen trabajador. Por lo demás, déjame a mí. El director general es amigo mío.

Después de salir de la habitación de Oberoi, Anil se dirigió a su lugar de trabajo. El chef del *coffee shop* se llamaba Boris Rego, de la región de Goa, antigua colonia portuguesa. Al ver acercarse a su superior, le preguntó si quería algo especial para comer.

—Pues... —contestó un pensativo Anil—. Quizás un pollo tandoori y una ensalada con mucho pimiento, cebolla, y con mucha mozzarella.

—Para la 13:30 lo tendrá listo, jefe.

En aquel mismo momento, Sandeep entró en la cocina justo antes que se marchara y le comunicó que el camarero supervisor del área de la piscina le acaba de pedir permiso para dejar el trabajo, ya que su esposa había sido admitida en el hospital para dar a luz.

—Entonces, vamos a ver. Quiero que vayas controlando el trabajo de los camareros en la boda sindhi, la barbacoa del Aquarious y el *coffee shop*. Hoy toca horas extras. No me pongas esa cara, hombre. Haremos el uno, dos, tres, uno, dos, tres. Cuando en un sitio notes que no es necesario un número mayor de camareros, los vas rotando de lugar. —Sacando el documento del banco del bolsillo de su chaqueta, añadió—: Toma, aquí tienes lo que me pediste, para que te vayas animando.

Eran casi las 12:00 del mediodía cuando Anil salía del área exterior de la piscina y cruzaba el *hall* del *lobby*. En aquel mismo momento, los españoles cruzaban la entrada seguidos de un portero que llevaba a rastras las maletas.

El impresionante *lobby*, un oasis de elegancia y lujo, combinaba las tendencias más modernas de iluminación con unos enormes y coloridos cuadros, tapices étnicos y esculturas talladas en granito y otras de madera de mango y sándalo. Un centro de flores exóticas de más de tres metros estaba

colocado en medio del *hall* y, a los pies del *bouquet*, una enorme fuente de agua con pétalos de flor de loto. Antes de llegar a la recepción, David ya se había hecho una idea de las malas instalaciones de seguridad y el aparato obsoleto que no dejaba de pitar.

—¿Y si antes de subir a la habitación nos vamos a ver la Puerta de la India? Está ahí, enfrente.

—Venga, vamos.

Terminaron de formalizar el registro y, después de asegurarse de que subían todo el equipaje y de cambiar euros por rupias, se fueron a la Puerta de la India, situada a escasos metros del hotel frente al mar. Tras su construcción en 1924, se convirtió en puerta de entrada ceremonial a la India para los virreyes y gobernadores de Bombay. Soplaban una brisa, pero el aire era templado y húmedo. Había una multitud de gente local, turistas indios y extranjeros. Una niña cantaba el estribillo de la canción de una famosa película en hindi mientras una mujer adulta, quizás su madre, ofrecía a los viandantes postales de la ciudad. Había quien, chapurreando el inglés, ofertaba hoteles baratos y quien ofrecía viajes en ferri a la vecina isla Elephanta. Un hombrecillo les ofreció té *masala*.

—¿Quieres probar uno? —preguntó Cristina.

—¡Por favor! Eso debe de estar asqueroso. Hecho con agua, vete tú a saber de dónde. Prefiero tomarme un Nescafé con agua embotella en el hotel.

Ella señaló a un vendedor de palomitas de maíz.

—Dame algo de rupias —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando se fue, un joven se acercó a David y le agarró de la manga.

—Soy guía de primera clase en Bombay.

—No quiero guía —repuso cansinamente.

—Puedo enseñarle muchas cosas —insistió cortés.

—No estoy interesado —añadió con fingida seriedad.

—Quiere chicas, drogas...

—¡No! —chilló como respuesta.

Al acercarse Cristina con su cono de papel de periódico, se había

desvanecido su sonrisa hasta quedar reducida a una mueca de súplica.

—Vamos, David. Sabes que esto no es nada comparado con el atosigamiento que padecen los turistas extranjeros en Egipto u otros lugares que ya has visitado. —Todos sus músculos se relajaron y suspiró—. Sí, en serio. Venga, vamos a estirar un poco las piernas y volvemos al hotel a descansar. Para mañana tengo planeado un estupendo por la ciudad. Ya verás.

David la cogió del brazo y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Déjame sacarte una foto con el móvil —dijo él—. Aquí, con el edificio del hotel detrás y las palomas a tu alrededor. Se la enviaré a tu hermana.

—Igual se piensa que estamos en San Marcos —añadió ella riendo.

—Sí, ya lo creo —murmuró con evidente sarcasmo.

* * *

Una ráfaga de viento sacudió el fino pelo negro de Ismael, sintió un fresco olor a salitre. Se aproximaban al objetivo.

A su alrededor, la brisa golpeaba al resto de la tripulación en el rostro y echaba sus cabellos negros, finos y muy limpios, como hilos de seda, hacia atrás. Tenían el pelo cortado con cierto estilo. Sus entrenadores no querían que llevaran el típico corte militar a cepillo, sino más bien juvenil. «¡Como ese!», dijo Ajmal al peluquero señalando un póster de tantos que había pegados en la pared y en el que aparecía la figura del actor de Bollywood, Shah Rukh Khan. El acicalado peluquero miró con sorpresa la imagen del actor y luego el rostro reflejado en el espejo de su cliente: se asemejaban extraordinariamente.

Acercándose a la costa cada vez más, las últimas palabras de Zakiur les vinieron de nuevo a sus oídos «... e iréis al paraíso».

Karambir Joshi, director general y vicepresidente del hotel, llevaba supervisando su funcionamiento desde muy temprano por la mañana. Los competidores de otros hoteles celosamente le denominaban en privado como el perro guardián del Taj: por su puesto de trabajo tan valorado en el sector y, a la vez, tan remunerado. Los empleados del hotel hacían comentarios sobre él a su espalda sobre su modo de andar por los pasillos, que, junto con su aspecto —un físico grande, nariz larga, y espalda ligeramente encorvada—, fueron los atributos por los que le sobrevino el apodo de «el tiburón». Con tan solo cuarenta y un años de edad, era considerado muy joven para ocupar tal puesto de responsabilidad.

A pesar de su aspecto serio se trataba de una persona afable con la que uno podía mantener conversación acerca de cualquier cosa. Además, le gustaba inspirar a la gente contagiándoles su optimismo. Disfrutaba compartir chistes, nunca obscenos. Cuando realizaba sus paseos diarios por el hotel, se paraba una y otra vez para habar con los empleados. Le entretenía conversar con ellos, al igual que con los huéspedes. Tras saludar a Aalok, el veterano encargado de la librería, se dirigió hacia las escaleras. Ahí vio a los empleados de la limpieza terminando de sacar brillo al largo y ancho pasamanos que conectaba la planta principal con la primera. Tras devolverles el respetuoso saludo e interesarse por la salud del hijo de uno de ellos, subió a la primera planta, se inclinó ligeramente y prorrumpió con un leve, pero sincero *namasté* al enorme retrato del fundador del hotel, Jamsetji Tata.

Era tan particular en su vestimenta como en el cuidado del hotel: traje azul marino, camisa blanca de algodón y conjuntando una corbata de seda y un pañuelo normalmente seleccionado por su esposa, Neeti.

Karambir era hijo de un general retirado del ejército indio que había

luchado en la guerra contra Pakistán en 1965 y 1971. Tras graduarse en el colegio Fergusson de Pune, consiguió allí trabajo, en el departamento de ventas del grupo Taj. Luego, fue promovido al hotel de Nueva Delhi, el hotel más popular de entonces. Después de estar un año destinado en la capital, la cadena hotelera lo envió a la ciudad de Lucknow, donde abrían un nuevo establecimiento. Vivía las veinticuatro horas en el hotel y pensando en el número de reservas diarias y en el bienestar de los huéspedes. Comenzó a viajar por los distintos hoteles de la cadena en la India instruyendo a los empleados. Dado el tiempo que pasaba en los hoteles de lujo, fue inevitable que no aprovechara los privilegios y lujos que se le ofrecían: disfrutar de buena compañía, un exquisito vaso de vino, comida elaborada por *gourmets* o un selecto cigarro cubano. Tras su familia comprender que nunca iría a solicitar empleo en el ejército, y viendo que se tomaba tan a pecho su trabajo, hacían bromas sobre él comentando que se había vuelto tan hospitalario que su verdadera vocación era la de ama de casa.

Conoció a su futura esposa, Neeti Mathur, una joven ejecutiva del norte de la India, en una conferencia realizada en el Taj. Les comunicó a sus padres que ella era la mujer de su vida y, tras el consentimiento y bendición de los más mayores, contrajo matrimonio. Neeti dejó su profesión y se dedicó por entero a criar a sus hijos. Después de trabajar diecisiete años en el departamento de ventas, en 2006, le dieron a Karambir su primer trabajo como director general de un hotel, el Taj Lands End, en la zona de Bandra, un distrito en el noroeste de Bombay muy frecuentado por actores de Bollywood. Neeti y sus hijos estaban contentos por aquel ascenso y nuevo puesto. Pensaron que estaría más tiempo con ellos y que tendría, al menos, los fines de semana libres. Pero su labor cada vez se volvió más demandante y, debido al excelente resultado que cosechó el hotel bajo su dirección en aquel año, en noviembre de 2007 lo nombraron director general y vicepresidente del hotel Taj Mahal Palace de Bombay. Su nuevo puesto era más demandado y la cadena de empleados solicitaba las veinticuatro horas del día y siete días de la semana sus aprobaciones.

Debido a su frenético y ajustado horario, estaban en continuo contacto por teléfono móvil a lo largo del día. Si durante la jornada, debido a sus caminatas por el edificio, terminaba con la camisa ligeramente sudada, llamaba a Neeti y ella, a través del botones, le enviaba a su despacho una limpia y propiamente planchada. Para mantenerse pulcro delante de los

huéspedes había días que se cambiaba hasta tres veces de traje. Ambos estaban muy contentos debido a que el hijo mayor había sido admitido recientemente en el exclusivo colegio de Bombay, Cathedral School, reconocido como uno de los mejores colegios de toda la India.

Karambir podía supervisar todo el hotel, hasta los lugares más recónditos, desde la comodidad de su oficina, sentado en el sillón y manejando su ordenador, desde donde tenía acceso a todas las cámaras de seguridad, y utilizando su teléfono móvil Blackberry, donde guardaba en sus contactos a todos y cada uno de los empleados del hotel. Sin embargo, a él le gustaba y satisfacía el contacto personal con la gente. Consideraba, no sin razón, que el hotel que le había dado aquel puesto de responsabilidad se lo merecía. Además, el hotel le había dado como residencia una suite en la sexta planta con vistas al mar arábico, que compartía con su mujer y sus dos hijos.

Subió a la tercera planta para supervisar el trabajo del director del departamento de alimentación y bebidas. En aquel momento, estaba inspeccionando el *stock* de bebidas alcohólicas, cuya bodega se situaba detrás de una puerta falsa, la habitación 324.

Luego, subió a la quinta planta de la torre, donde el gerente de la floristería se afanaba con su empleado en realizar todo tipo de buqués de flores. En unos diez cuencos apilados en fila, llenos de agua, el encargado del departamento, originario de Assam, colocaba por encima flores crisantemos e hibiscos procedentes de Kerala. En el poco tiempo que llevaba de pie Karambir observando el cuidadoso trabajo que estaban realizando, se sintió ligeramente mareado por aquellas fragancias.

La pareja de españoles había decidido pasar aquel primer día de asueto, acomodándose al cambio horario, tras el efecto *jet lag*. Tras visitar la Puerta de la India y dejar a Cristina en la habitación, David bajó de nuevo al *lobby*. Se había quedado quince minutos de pie en un rincón pretendiendo que mostraba interés en un folleto turístico, mientras se percataba de que el arco detector de metales sonaba cada dos por tres y los hombres encargados de la seguridad dejaban pasar a las personas sin más preámbulo. Caminó distraídamente por los pasillos laberínticos donde estaban las tiendas de suvenires; parecía todo aquello un auténtico bazar de mercado. Ahí se podrían esconder terroristas sin la mínima sospecha, incluso se podrían hacer

pasar por vendedores o ayudantes. ¿Quién controlaba a estos vendedores? ¿Por dónde accedían? ¿Qué traían consigo dentro del edificio? ¿Quiénes eran sus ayudantes, quienes supuestamente tendrían una debida licencia? Vio cómo, desde alguna puerta de acceso al hotel, entraban hombres cargados con mercancías: alfombras, cojines empedrados, montones de *pashminas* de diferentes colores e, incluso, sacos llenos de productos de artesanía. Nadie los registraba ni vigilaban por si pudiera haber algún arma o explosivo dentro. La seguridad en todo el hotel era sumamente deficiente. Cualquiera podría burlar la mínima seguridad, secuestrar a turistas extranjeros y pedir un rescate, y eso como mínimo, pensó David, peor pudiera ser que hubiera un ataque terrorista. Decidió subir a la habitación y, después de haber abierto las maletas, Cristina y él decidieron bajar a la piscina, se bañaron y pidieron allí un ligero almuerzo mientras tostaban sus cuerpos al sol que caía a plomo sobre las sombrillas.

Karambir bajó al *lobby* y fue a la zona de la piscina, donde en aquel momento los encargados de la limpieza terminaban de sacar del agua unas hojas de palmera que habían caído. El cometido de estos empleados residía en cuidar de que no hubiese hoja alguna flotando, aparte de mantener higiénica el agua: controlaban su estado para evitar que los huéspedes pudieran sufrir irritación en la piel y en los ojos. Para ello, mantenían continuamente los filtros limpios, vigilaban la regulación del pH, realizando análisis diarios, si estaba más elevado de lo normal o demasiado bajo, y un continuado de desinfección durante toda la época de año. Estaban bien provistos de productos químicos como desinfectantes, antical, fungicidas, dicloro granulado y floculante líquido, y habían sido profesionalmente instruidos en el manejo de varios métodos de limpieza con el uso de las tabletas de cloro, aparatos de electrólisis salina o con oxígeno activo.

La piscina constituía un lugar exclusivo y privilegiado, pero, sobre todo, de gran apreciación por los huéspedes extranjeros. Le satisfacía escuchar cómo mencionaban que, después de un *tour* por la ciudad o después de pasar un día caluroso, tenían ganas de pegarse un baño, tumbarse en una de las hamacas al sol provistas con un juego de toallas de fino algodón con el emblema del hotel o comer un sándwich en la terraza bajo una sombrilla. Cuando llegaba la afamada época de desfiles de ropa que aclamados diseñadores indios organizaban en uno de los salones del hotel, el área de la

piscina durante aquella semana se llenaba de modelos masculinos y femeninos de distintas nacionalidades, con cuerpos de escándalo tostándose al sol.

Se dirigió a su despacho, donde sus asistentes habían elaborado en ficheros los documentos de las reservas. Aquel día estaban hasta la bandera, además, figuraba en rojo que las estancias de la primera planta dedicadas a las conferencias, a los banquetes y eventos, se encontraban llenas. Leyó todos los requerimientos pedidos con antelación para la celebración de la boda sindhi. Entre los invitados se esperaban a muchas personas importantes e influyentes en el ámbito empresarial, como un alto cargo directivo del grupo Hindustan Unilever.

Estudió con detenimiento la reserva de un grupo de treinta y seis ejecutivos de nacionalidad francesa, danesa e india, con sus respectivas parejas, en el salón privado Prince's Room, exclusivo para comensales que desean celebrar banquetes en privado y a todo lujo, situado en la zona más alejada del hotel, en la zona sur. Advirtió en sus documentos la llegada de una delegación europea parlamentaria. Miembros del parlamento europeo de Gran Bretaña, España, Italia, Holanda, Francia y Alemania ya estaban llegando en aquel momento, según pudo comprobar en su ordenador. También en el hotel se celebraría el lanzamiento de un nuevo campeonato de cricket denominado Twenty20, y, para bautizar este evento, se esperaba la llegada de jugadores internacionales como Kevin Pietersen y Shane Warne. También se televisaba un partido de cricket, pero no uno corriente entre equipos regionales o de los muchos habituales contra equipos extranjeros de la Commonwealth, sino que jugaba la India con su antiguo colonizador, Inglaterra. Por lo tanto, el *coffee shop* estaría hasta arriba de clientes, al igual que en el bar, donde pondrían la pantalla de proyección gigante. Y, si todo aquello no fuera suficiente, la directora del área de recepción entró en su despacho y le hizo saber la confirmación, a última hora, de la llegada de una delegación de la cámara de comercio de Corea del sur y la consecuente reserva por parte de los coreanos del salón Rendezvous para cenar. Previsor del ajetreo que tendrían a lo largo del día, Karambir decidió ir cuanto antes a supervisar el trabajo del jefe de seguridad del hotel, Sunil Kudiyadi, cuyo despacho estaba situado en la quinta planta.

Tras asegurarse de que en cuanto a seguridad todo estaba siendo controlado, el día fue transcurriendo como tenía previsto. Nada inoportuno

había surgido por la mañana ni a medio día ni por la tarde: la noche se esperaba como tenía bien calculado. Siguiendo con su ajetreada agenda, decidió llamar al chófer para que tuviera el coche listo en la entrada. Llamó a Neeti para comunicarle que se iba a una reunión organizada por el Ministerio de Turismo y que no le esperase a cenar, ya que después habían organizado un cóctel y, más tarde, de vuelta al hotel, tendría que terminar de supervisar los eventos de aquella noche.

* * *

Los edificios altos de oficinas y de apartamentos iban surgiendo en el horizonte. Luces de neón brillaban a lo lejos. El cielo despejado de alta mar no era ya más que un recuerdo. En la ciudad, la noche se veía envuelta en un grueso manto de polución industrial que evitaba cualquier atisbo de divisar la luna y las estrellas. Todo ello confería una atmósfera de misterio que envolvía como un sudario los enormes bloques de cemento, altos y rectangulares, que surgían cada más visibles frente a ellos.

Eran las 18:00 cuando ya veían con toda claridad las palmeras y los edificios de Bombay.

El yate de lujo Alysia se encontraba amarrado a quinientos metros del hotel Taj Mahal Palace. Sentado en cubierta y admirando la vista, se encontraba su propietario, Andreas Liveras. De origen griego, se encontraba en Bombay por dos razones: la primera, porque su socio y amigo británico Peter Edmiston había organizado una fiesta con la élite más exclusiva de la ciudad; al mismo tiempo, quería presentar públicamente su nueva alianza comercial de venta y alquileres de embarcaciones de lujo en el subcontinente. Es decir, yates chárteres a disposición de los más ricos, estrellas de cine y más fanfarrones en general con el propósito de preponderar sus estatus sociales cara al público y, en especial, a los paparazis para salir en aquellas revistas de cotilleos, muchas veces pagadas a contratos mediante sus agentes de marketing.

Andreas acababa de volver de pasar toda la tarde dando vueltas por la ciudad. Un considerable tiempo lo había pasado caminando sin rumbo por el mercado Chor Bazaar acompañado por su asistente indio, que, caminando detrás de él, le llevaba las bolsas de la compra. Aquel viaje a la India se le hacía muy nostálgico. La última vez que había recorrido ese mercado había sido con su mujer. Con ella había entrado en la mayoría de tiendas de antigüedades y artículos históricos de la era colonial.

—¿Qué te dije? —le preguntó Peter, a la vez que se acercaba con dos copas de champán y se sentaba a su lado—. Será un éxito, amigo mío. Hasta el actor, la mega estrella, como suelen llamarlo aquí, Shah Rukh Khan ha confirmado que vendrá el viernes.

En cubierta de popa, los almidonados camareros comenzaban a repartir canapés y cócteles.

—Esa es una buena noticia.

—Sí, aunque solo asome la cabeza por la borda del yate ya ese gesto nos traería mucha publicidad y grandes ganancias. Para introducirse en el mercado de la India, la apariencia es todo. También estará el magnate Vijay Mallya.

—¿El dueño de las cervezas Kingfisher?

—Sí, y generará mucha publicidad. Ya es dueño de un yate, el que le regaló Richard Burton a Elisabeth Taylor cuando ella ganó el Oscar por la película *¿Quién teme a Virginia Woolf?*.

Andreas fue uno de los nueve hijos de unos padres agricultores cipriotas. Creció en la más absoluta pobreza, en los años sesenta emigró a Londres, donde consiguió trabajo como repartidor en una panadería en Kensigton, al oeste de Londres, antes de crear su exitosa pastelería y servicio de catering Fleur de Lys. Con el trascurso de los años recibió muchas ofertas de compra y, finalmente, decidió que era el momento de vender. Así lo hizo por ciento treinta millones de libras. Con su peculiar forma de vestir en público —pantalón blanco, chaqueta rosa, camisa azul celeste abierta hasta mitad del pecho mostrando su vello y su cadena gruesa de oro—, comenzó a integrarse en la vida de los lujos. Compró *jets* que revendía y alquilaba al mismo tiempo, adquiría villas en los lugares más afamados de Europa, incluyendo Mónaco, donde formó amistad con el príncipe Alberto y donde llegó a ser miembro del Royal Yatch Club. Allí fue donde conoció a otro exiliado de Londres llamado Peter Edmiston, que acabó siendo no solo amigo íntimo, sino su socio en los negocios. Durante un retiro de descanso en uno de los monasterios de Meteora en Grecia, compartieron con más detalle la pasión por el lujo que les unía y, de este modo, se fue cimentando la idea de expandir el negocio del alquiler de yates en el sur de Asia.

El alquiler del yate Alysia costaba a la semana unas quinientas mil libras. Wayne Rooney, jugador del Manchester United, era uno de sus conocidos clientes. El futbolista había celebrado su boda a bordo del Alysia junto a la rivera italiana. Construido en 2006, el navío costó setenta millones de libras, siendo mencionado en la revista Forbes como la embarcación de recreo más cara hasta el momento. «Yo soy el rey de los yates», alardeaba por entonces Andreas en público.

Para iniciar la aventura empresarial en el subcontinente asiático, decidieron darse a conocer en el mercado del lujo de la India. Para ello, Peter

contrató a empresarios y celebridades que se codeaban con la gente millonaria y con poder de disuasión e influencia. Esa misma semana se habían reunido con los editores de la revista *Vogue India*, y la marca Moët & Chandon había confirmado patrocinarlos.

Su amigo notó un atisbo de tristeza en su mirada.

—Venga, ánimo, Andreas. Ya verás cómo disfrutarás esta noche de la fiesta. De entre los cincuenta invitados exclusivos que vendrán, solo nos interesan tres de ellos. Si los tres deciden firmarnos un contrato, todos los ricos los seguirán como ratones al flautista de Hamelín.

—Iré a cenar al Masala Kraft del hotel Taj y después volveré. Espero que haya para entonces algo de champán del bueno para mí.

Ambos rieron en complicidad.

—Te guardaré una botella edición especial que me han regalado los de Moët & Chandon.

Peter sabía que el motivo de su amigo en ir a cenar al hotel era para rememorar la imagen de su pasada estancia con su esposa. Anna había fallecido consumida por un cáncer detectado en un estado ya avanzado. A sus setenta y tres años, Andreas quería probar de nuevo aquel «famoso curry indio» que tanto disfrutó su mujer. Estaba convencido de no volver nunca más a la India y quería crear un ambiente en el cual él pudiera imaginar su presencia sentada frente a él. Por este motivo, su reserva fue para dos personas. Peter, discretamente, había hablado de los pormenores con el chef Oberoi, quien mostró su deferencia y comprendió lo especial que sería la velada, asegurándole que personalmente se encargaría de que fuese servido con la mayor discreción y privacidad posible.

Karam Kapoor era el empleado indio encargado de este evento. Como gerente de la empresa en la India, cargo denominado como Country Manager, había conseguido sobornar a numerosos funcionarios para la obtención de permisos. Las autoridades portuarias se habían llevado una buena cantidad en metálico. La Policía era la que más dolor de cabeza le había causado; fragmentada en numerosas divisiones, había tenido que sobornar por separado a cada una de ellas: policía de bajo rango, policía de rango superior, superior de policía, sub inspector, asistente del inspector, el inspector,

asistente del comisario, comisario de segunda, comisario adicional, comisionario de adjunto y, finalmente, a la cabeza de todos, el comisario de policía. Todos querían una mordida. A unos con más y a otros con menos, a todos pudo contentarles. A los cargos que representaban una importancia primordial los sobornos se hacían a través de terceros. Como anteriormente había tenido que claudicar por las malas con empresarios, también con algún que otro cargo político y policial, le habían exigido estar invitado en el evento, ya que, para todos, aquella representaba una oportunidad de poder codearse con los famosos e influyentes empresarios y quién sabe si quizás, después de conocerse, se pudieran beneficiar unos de otros realizándose favores, aparte de conseguir alguna foto con un actor de Bollywood digna de ser enmarcada y exhibida en el salón de casa.

Eran las 19:15 cuando Karam vio llegar el yate del director general de policía (DGP) Rajvardhan Sinha. Se sintió algo más relajado, ya que su presencia evitaría cualquier problema que pudiese surgir. Sinha era un hombre grande, gordo, su rostro era conocido en Bombay porque había salido muchas veces en los periódicos. Llevaba un cuidado bigote y una prominente papada. Hablaba perfectamente el inglés y disfrutaba de sus dotes de oratoria, por eso, participaba en las numerosas conferencias a las que organizaciones privadas le invitaban.

Karam había sobornado al inspector de policía de tráfico y a un puñado de orondos agentes que con diligencia controlaban el tráfico y el estacionamiento de los vehículos en un espacio cerca del embarcadero. Como aquel espacio no resultaba suficiente, Karam sugirió utilizar las aceras y el paseo marítimo. Sin objeción alguna, los agentes procedieron a indicar el aparcamiento a los chóferes.

A las 19:30, salió de su camarote Andreas y, abriéndose paso entre la numerosa tripulación, vestida con pantalón negro y distintivas camisas rojas con el logotipo de la empresa de yates, se dirigió a cubierta, donde saludó efusivamente a numerosos invitados, dándoles la bienvenida.

Cogió del codo a Peter y le dijo:

—Hoy es tu barco.

Su amigo señaló hacia el horizonte.

—Es una noche estupenda, el mar arábico se muestra sorprendentemente

calmado esta noche. El tiempo, inmejorable: nada de calor sofocante. El yate está perfecto, el servicio todo controlado, la vista es un espectáculo —dijo señalando hacia el iluminado edificio del hotel Taj, símbolo arquitectónico de la ciudad. Un grupo de diplomáticos extranjeros llegaron a bordo precedidos de un magnate indio con su séquito—. Y, como puedes ver, los invitados no paran de llegar.

—Ojo con el número de invitados, ya sabes que no quiero que haya más de setenta y cinco.

—Karam lo tiene controlado.

—Bueno, no me fío mucho.

—Tranquilo, Andreas, relájate. Tenemos todo bajo control, hasta el volumen de la música permitida, todo confirmado con el DJ.

—Y el consumo de alcohol que no sea demasiado vistoso.

—El empleado de nuestro patrocinador se encarga de que se dé públicamente una imagen de cata de champán más que de un servicio de consumición.

—¿Y las chicas? ¿Dónde las metiste?

—Las filipinas están en el *spa*, para los más aventureros. Esta va a ser una buena fiesta.

—Bien, lo dejo en tus manos. Me voy al hotel a cenar un curry.

* * *

Ismael miró su reloj. Ya eran las 20:20.

Según las indicaciones del GPS, llegaron al lugar previamente estudiado, a una pequeña dársena, donde había un muelle destinado para reparar barcas de turistas que visitaban la cercana isla de Elephanta. Desde aquel punto, como tenían previsto, un grupo iría a pie a atacar distintos lugares estratégicos en la ciudad, mientras que otros se tendrían que desplazar en taxi hacia sus objetivos.

Aquella noche estaba debidamente seleccionada por los terroristas

islamistas porque la mayoría de los ciudadanos indios estarían pegados al televisor viendo el partido de cricket. No podía haber sido mejor día para ellos. El sonido del mar se oía más fuerte que el de la ciudad.

Ismael les ordenó que se agacharan para evitar que alguna persona los viera; al ser un pesquero, no se podía ver gente en la cubierta.

El joven al timón comunicó a Ismael que se encontraban en bajamar y el bote iba derecho a embarrancar en un peñascoso lugar donde habían atracado otros botes en la pleamar de la tarde. Ismael se mesó el pelo al tiempo que calculaba las posibilidades de llegar a tierra sin llamar la atención. No quería embarrancar, pero, si no lo hacían, no podrían bajar con seguridad.

—¡Agarraos! —gritó sobre su hombro

Se acercaron a la orilla; el navío se puso sobre la arena y entonces encallaron con una fuerte sacudida.

Cargados con sus mochilas y portando sobre sus hombros las AK-47, Ismael, seguido de Ajmal y el resto, saltaron decididos sobre suelo indio por primera vez en sus vidas. Ya no habría vuelta atrás.

Un escuadrón de cuervos levantó ruidosamente el vuelo desde los contrafuertes del malecón. El mar rompía y se encrespaba débilmente contra las rocas, soltando irascibles ráfagas de agua. Un viento fresco transportaba el aire limpio y salado. La acera ancha que corría paralela al rompeolas se hallaba desierta. Todo estaba en silencio. Hasta ese momento.

A escasos metros, por la ancha y desértica acera, un cansado vendedor de comida callejera empujaba su carrito cargado de *snacks* populares de Bombay. El hombre se llamaba Bharat Tandel y, desde el mediodía, había estado empujando su maltrecho carro de dos ruedas alrededor de la zona de Colaba vendiendo *pao bhaji* y *bhel puri*. Se fijó en el frenético vuelo de las negras siluetas de los cuervos al ondear en el cielo como banderas negras. Nada más bajar la mirada vio al grupo de diez hombres salir de la zona de embarcaciones y saltar sobre los adoquines con total determinación y cargados con sus equipos de combate; pensó por un instante que se había topado con militares haciendo prácticas, pero conforme se fueron acercando a él, al verlos más de cerca bajo la luz amarillenta de la farola, sus indumentarias de paisano y aspecto no coincidían. Instantáneamente, con la punta de su gastado zapato, colocó con habilidad el caballete de dos patas de

su carrito y preguntó en voz alta:

—¿Quiénes sois? —Al no obtener respuesta, volvió a inquirir con los ojos abiertos como platos—: ¿De dónde venís?

—Mejor será que te calles y sigas tu camino —le contestó Ismael sin mirarlo, al tiempo que señalaba a su equipo la dirección que debían de tomar, y añadió dejándolo atrás—. Ya estamos bastante estresados para que tú nos agobies.

Se dividieron en parejas y cada grupo se fue por direcciones distintas. Después, todos se reunirían en el hotel Taj Mahal Palace.

Había algo en el acento de aquel joven que le produjo un frío latigazo por toda la espina dorsal. Aquel grupo armado de personas no eran de Bombay ni mucho menos indios. Eran extranjeros. El acento hindi con el que se había expresado aquel extraño, sin duda, procedía de un nativo pakistaní cuyo idioma materno era el urdu. Con apremio, el asustado vendedor, volvió a golpear con el pie el caballete y desapareció empujando su carrito en sentido contrario.

A oídos de los jóvenes islamistas volvieron a resonar las palabras de Zakiur antes de partir: «Quemadlo, hermanos. Prended el hotel con fuego». Comentario que fue respondido por todos, pronunciando al unísono: «*Inshallah*».

Eran las 20:40.

SEGUNDA PARTE
EL ATAQUE TERRORISTA

En el interior de un pequeño taxi negro Fiat con líneas amarillas a los lados, se encontraba Ingrid Kleive Woldbeck junto con su novio Erik Borchgrevink. Ambos eran de Noruega, muy aficionados a viajar y a explorar nuevos países. Ahora disfrutaban de una temporada de vacaciones de la empresa de marketing en la que trabajaban en Oslo. Era su último día en la India, de madrugada tenían confirmado el vuelo de vuelta. Ingrid había quedado con una amiga virtual en el conocido Café Leopold. Desde hacía varios años mantenía una relación de amistad en Facebook con una joven estudiante de arte de Bombay. Intercambiaban noticias sobre cultura y compartían comentarios, imágenes y vídeos sobre arte en sus muros de la red social y, ocasionalmente, por mensaje privado y Skype asuntos personales sobre sus estados de ánimos, ámbito familiar y alguna que otra confidencia sobre sus relaciones personales. Aquel viaje era una oportunidad de conocerse personalmente. Anita Lalwani, por su parte, le había ayudado a realizar el itinerario del viaje minuciosamente, dándole a conocer numerosos enlaces de hoteles de bajo presupuesto y, además, le había aconsejado varios sitios de interés en Delhi, Agra y en Jaipur. Durante la estancia en Rajastán, un primo de Anita les había hecho de chófer y guía. Ella no pudo unirse a ellos, ya que se encontraba con una serie de entrevistas de trabajo previamente confirmadas. Desde Ranthambore habían cogido el tren hasta Guyarat y de allí enlazaron a Bombay.

El conductor del taxi apagó el motor y ahí quedaron durante los siguientes minutos, que se hicieron eternos. El atasco en el que se encontraban inmersos era enorme.

—Creo que de aquí no salimos hasta mañana —dijo Erik soltando un silbido.

El conductor, sin comprender su idioma, miró por el espejo retrovisor y sonrió entendiendo el significado.

—No se preocupen —comentó—. Esto sucede todos los días a esta hora. Poco a poco llegaremos.

—Sí, poco a poco —dijo el joven esbozando una sonrisa.

—Será mejor que le avise de que igual llegamos tarde —comentó Ingrid sacando el móvil y escribiendo un mensaje: «Perdona, Anita. Estamos atrapados en un atasco. Llegaremos tarde. Quizás en 45 minutos».

La carretera era oficialmente de tres carriles, pero los conductores indios habían formado seis, con lo cual, en cualquier punto de la carretera urbana el efecto embudo estaba asegurado. Los coches se desplazaban tan cerca los unos de los otros que con un movimiento en falso se podían golpear entre sí, sin embargo, a cada metro que iban avanzando lo hacían sin rozarse siquiera la pintura.

—Esto es un arte —comentó Erik después de sacar la cabeza fuera de la ventana, observando el sistema de conducción—. Es increíble. Hay un orden dentro del caos.

El móvil de Ingrid vibró al mismo tiempo que realizó un sonido de mensaje recibido.

—Por lo visto, ella también llegará tarde —dijo leyendo el mensaje—. También está metida en un atasco, pero en el otro lado de la ciudad.

—¿Qué tal si nos volvemos al hotel? —preguntó Erik mirándola con teatral suplicio—. Tenemos el tiempo justo. Mañana por la mañana temprano tenemos que coger nuestro vuelo a Delhi y de allí a casa.

—Si no consigo verla hoy, no tendré otra ocasión. Además, decirle ahora al conductor que dé la vuelta no lo veo muy prudente. Igual tardaríamos mucho más que llegar al punto de encuentro con Anita.

Eran las 20:50 cuando finalmente llegaron a las inmediaciones del Café Leopold. El conductor estacionó en la acera de una calle paralela, ya que dijo que la calle de acceso al local era dirección prohibida y le llevaría más tiempo el dar la vuelta a la manzana que a ellos cruzar la calle. Erik desaprobó de inmediato la desproporcionada tarifa que demandaba. Hizo mentalmente el cambio a euros y le dijo a Ingrid que ni de locos se pagaba aquella cantidad

en su país de origen: era un robo. Suponía el doble de lo que previamente habían estipulado desde el hotel, pero ahora el conductor argumentaba el tiempo invertido en el tráfico y la cantidad de clientes que habría perdido.

—Seguro que sabías un atajo, pero no has querido llevarnos por ahí para hacer tiempo y crear ahora este drama. ¡Teatrero!

—Erik, por favor. No discutas con él. Le pagamos y ya está. Venga.

El conductor desde su asiento sonrió hacia Ingrid, aun no entendiendo una palabra en su idioma, pero comprendiendo su significado.

—¡Pero si nos está robando!

—Venga, vámonos.

Cruzaron la calle con mucho cuidado y entraron al Café Leopold. Estaba completamente lleno. No se veía una sola mesa vacía. Camareros iban y venían con febril agitación entre las mesas. Desde la otra punta del local, una chica de media estatura les hizo señales con el brazo levantado.

—Mira allí, Ingrid. Creo que es ella.

—Sí —dijo tras reconocerla al instante—. ¡Anita!

Tras cruzar el interior del local y pasar por las mesas de apretujados comensales, ambas se abrazaron efusivamente. Erik, cortés, le dio la mano. Ingrid y Anita no dejaban de reírse por la sensación de alegría de poder por fin conocerse en persona.

—Te veo muy bien. Estás guapísima —comentó Ingrid sin dejar de sonreír—. Creo que voy a llorar.

—Ella, tan sentimental... —añadió Erik poniendo su brazo sobre los hombros de su novia y dándole un beso en la cabeza.

—Venga, alegrémonos —conminó Anita a la vez que llamaba a un camarero que pasaba con prisas por al lado—. Tres tazas de té.

—Nos conocemos tan bien desde tanto tiempo que parece que nos llevamos viendo desde siempre.

—Mira qué contradicción. Yo llevo ropa india y tú, occidental —dijo Ingrid mirando su *shalwar kameez* y señalando los vaqueros ajustados de Anita.

Ambas amigas rieron.

—Bueno, bueno, no comencemos con nuestros debates sobre la influencia de la cultura occidental en la India, que acabamos discutiendo sobre la época colonial británica —comentó Anita sin dejar de sonreír.

—Dime, ¿conseguiste el trabajo en Bollywood que me dijiste?

—Bueno, ya sabes que se llama Bollywood a la industria en general. Pero sí, es una productora muy popular que hace series que tienen muchísima demanda en la televisión.

—¿Eres actriz? —preguntó Erik.

—No, soy productora ejecutiva.

—¿De esas series que hacen llorar hasta a las piedras? —volvió a preguntar él.

—Sí —contestó riéndose

—¿Y qué tal fue la boda de tu familiar? —preguntó Ingrid.

Anita sacó su teléfono móvil del bolsillo.

—Mira el sari que llevaba puesto. Es el que te enseñé por Skype, ¿te acuerdas?

Ambas amigas rieron mientras Anita pasaba por la pantalla táctil una a una las fotos de la celebración y comentaba cómo se celebran las distintas funciones que componen una boda india y que transcurren durante varios días.

Cuando el camarero llegó con los tés, Erik, que había estado ojeando el menú, dijo:

—Me ha entrado hambre, chicas. ¿Qué os parece si tomamos con el té unas *samosas* y *pakorás*?

Enfrente del Café Leopold, se encontraba la tienda de ropa Benetton. Estaba a punto de cerrar sus puertas por aquel día, cuando en el último momento entraron un grupo de señoras dispuestas a hacer uso de sus tarjetas

de crédito. El guarda de seguridad, apostado en la entrada, siempre estaba alerta de vendedores ambulantes que pretendían acercarse al escaparate y atosigar a sus clientes de alto poder adquisitivo. Acababa de echar por las malas a un vendedor de postales que se empeñaba en entrar para ofrecerlas a las clientas. Le tuvo que empujar hasta el bordillo de la acera de enfrente, donde se situaba el gran ventanal del Café Leopold. Cuando finalmente el vendedor ambulante desapareció del lugar mientras prorrumpía contra él en voz alta improperios para acabar doblando la esquina y perderse por las calles, el guarda se fijó en dos jóvenes veinteañeros que salían de un taxi a pocos metros de donde estaba situado; mochilas de camping, pelo recién cortado al estilo de actores de cine, en general bien vestidos con ropa casual. Como comentaría más tarde a los investigadores, le dio la impresión de que eran los típicos jóvenes adinerados de clase alta de Bombay que acababan de salir de un internado de las afueras. Hubiera vuelto a cruzar de inmediato la estrecha calle que separaba Benetton del café, cuando el acento de aquellos chicos le causó estremecimiento. Más tarde, diría que sintió una punzada en el corazón, como si le previniese de que alguna tragedia iba a suceder. «Vamos, hermano. Vamos a cumplir nuestra misión», escuchó que dijo uno de ellos en urdu. «*Bismillah* —en el nombre de Alá—», respondió el otro.

Con horror e impotencia, el guarda de seguridad vio que de sus grandes mochilas sacaban cada uno un rifle de asalto que más tarde describiría como de color negro mate y madera de cerezo. Corrió a su puesto y en su diario de entrada de clientes, como si estuviera en su deber constatar por escrito el horario de cada sospechoso, escribió la hora. Eran las 21:20. En el momento en el que iba a realizar una llamada de advertencia a la central de su empresa privada de seguridad, del interior del establecimiento escuchó un estridente sonido metálico encadenado: clac, clac, clac.

En el restaurante Masala Kraft sonaba la canción *Old Turkey Buzzard*. El músico, sentado sobre un alto taburete, había comenzado a tocar con la guitarra un repertorio de temas del portorriqueño José Feliciano, cantando con su peculiar tono de voz y ritmo latino.

David pidió un vino. El sumiller, mientras lo apuntaba, maneaba la cabeza de un lado a otro. Cristina miraba a David aguantándose la risa. Tras tomar el pedido, recogió la carta de vinos y se fue.

—Qué gesto más expresivo, ese de mover el cuello —comentó entre risas Cristina sacudiendo del mismo modo su cabeza.

—Es lo que viene a significar para nosotros asentir con la cabeza, el decir «sí».

Mientras ella se había pasado la tarde descansando en el área del *spa* y después trabajando con su ordenador portátil, él había pasado el resto del día familiarizándose con las instalaciones del hotel.

Con antelación, la embajada de España, a través de su consulado en Bombay, había reservado una habitación presidencial para los reyes, dos suites ejecutivas para sus asistentes y treinta y cuatro habitaciones para su séquito y políticos; también incluían al jefe de protocolo, al jefe de comunicación, al jefe de seguridad y al superior jefe de seguridad. Aparte, había una reserva de catorce habitaciones para la delegación comercial. La recepción de los reyes se celebraría en el salón Rendezvous de la planta de arriba, con vista panorámica de la ciudad y del mar Árabe. Según lo confirmado vía correo electrónico a la embajada por el chef Oberoi, el menú del cóctel consistiría, entre otras elaboraciones culinarias, de croquetas, una variedad selecta de sushi, cangrejo relleno con champiñones, salmón

ahumado y distintos aperitivos típicos de la India, incluyendo sus deliciosos dulces de leche, como el *Gulab jamun*.

Como experto en seguridad, había concluido que el sistema de protección del hotel ante cualquier evento alarmante era auténticamente nefasto. No esperó para hacérselo saber a su superior en España vía telefónica a través de una línea privada.

En algunos lugares turísticos europeos el incremento de la actividad terrorista no solo había afectado el flujo del turismo interno, sino que la falta de seguridad era la principal causa de que el de turistas extranjeros se contrajera desde los últimos años, dejando sus huellas sobre los negocios vinculados al turismo, en particular, sobre los hoteles. Pero, por lo que estaba viendo en Bombay, una ciudad que había experimentado en sus entrañas las consecuencias trágicas del terrorismo durante años, era sumamente alarmante que no hubieran tomado medidas básicas. Su informe fue negativo, por lo que desaconsejaba, tajante, de momento, la estancia de los reyes de España en el hotel Taj Mahal Palace. Hablaron sobre la posibilidad de una visita de los reyes a la ciudad desde Delhi, ida y vuelta un mismo día. Tras la llamada a España, la tarde la había acabado tras un extenuante entrenamiento físico en el gimnasio.

* * *

La fiesta era más espectacular de lo que se hubieran imaginado. El yate *Alysia* estaba lleno de gente atractiva y, aunque otros no lo fueran, iban muy bien vestidos. Karam Kapoor no daba abasto yendo y viniendo de un lugar a otro, agasajando a los invitados y dando órdenes a los camareros. El interior del navío vibraba con la música.

El director general de la Policía —DGP—, Rajvardhan Sinha, se encontraba degustando un canapé junto con un grupo de empresarios. Él había decidido no probar bebida alguna, ya que, vestido con su immaculado uniforme de gala, cargado de insignias y medallas por sus años en servicio, no quería causar una impresión negativa sobre el Cuerpo de Policía. La interesante conversación en la que se veía sumido se vio interrumpida cuando su ayudante, que estaba sentado en el coche oficial aparcado en el muelle,

subió a popa corriendo y le informó en voz baja que se había escuchado una fuerte explosión y se estaba produciendo un tiroteo con armas pesadas en el cercano Café Leopold.

Poco después, desmintiendo los rumores de que era una estrategia de marketing por los organizadores de la fiesta, un BMW negro y un Range Rover blanco se pararon con un frenazo junto a la popa del Alysia. Del primero salió el conocido actor de Bollywood acompañado de su exuberante esposa, y del segundo, dos fornidos guardaespaldas.

La música continuó y la bebida no se agotaba, así que la fiesta prosiguió con un ambiente más desinhibido incluso cuando se hubo marchado con prisa el oficial de policía, al que nadie prestó atención alguna.

* * *

Cuando llegó la bebida, pidieron la comida y quedaron relajados escuchando la versión en vivo de *Light My Fire*.

—Este es un país en donde se aprecia una enorme contradicción.

—¿De qué?

—Pues, por lo que hemos visto en el recorrido del aeropuerto hasta aquí, de riqueza y miseria, de belleza y suciedad.

David tragó saliva, deshaciéndose de una más que obvia reticencia

—Deberíamos volvernos a España y no seguir el viaje.

—Si no te lo dije antes es porque sabía que irías a oponerte al viaje.

—Aún hay tiempo de cancelarlo todo y volvernos. Quizá, incluso, adelantaría el trabajo y así volveríamos antes. Ya he informado a mi superior y lo único que tendría que hacer es ponerlo por escrito con todo detalle.

—David, hablé sobre esto con mi ginecóloga, y no encontró ningún problema para aconsejarme que no viajase, de verdad. Lo único que evitaré es callejear mochila al hombro, pero tengo ya el itinerario muy bien preparado. Este será el viaje de novios que no tuvimos en su día. Si no lo hacemos ahora, no lo podremos hacer hasta dentro de mucho tiempo.

Hacía una hora, en la habitación, ella le había anunciado feliz que estaba embarazada; se había echado a llorar. La noticia dejó a David paralizado por un instante, pero notó que un sentimiento de orgullo le brotaba por dentro. Estaba muy entusiasmado, pero al mismo tiempo preocupado. Estaba decidido a adelantar el regreso.

En España vivían en un mundo ordenado: ella con sus proyectos profesionales futuros y soñando una vida familiar ordinaria y él realizando algún que otro viaje al extranjero e informes de inteligencia carentes de peligro físico alguno. Daba la impresión de que en sus vidas nada podía torcerse.

* * *

A pocos metros de distancia del hotel, cuando los jóvenes terroristas entraron en el Café Leopold, por un instante se quedaron paralizados. Sonidos de los ventiladores de techo, ruidos de las tazas, platos, gente riéndose, carcajadas, voces de personas conversando... Pero, cuando sus miradas se cruzaron con la de unos camareros, reaccionaron. Uno de ellos alzó su fusil y disparó unas ráfagas al azar de izquierda a derecha. El otro lanzó una granada al fondo del local. La explosión, como una sacudida, vibró por el asfalto de la calle; cristales saltaron por los aires. Tras el estruendo ensordecedor le siguió un profundo silencio. Después se oyó gemidos, llantos y algún teléfono móvil que sonaba sin ser atendido. Un humo espeso cubrió todo al instante.

Cuando comenzó a disiparse el ambiente ennegrecido, la matanza quedó a la vista a la vez que, repentinamente, surgió un nauseabundo aroma. Los terroristas, que aún no se habían movido, se coloraron bien sus fusiles, dispuestos a caminar por el interior.

Anita, Ingrid y Erik, con la cara tiznada y ropa hecha girones, quedaron tendidos unos junto a otros. Ingrid, con heridas de metralla graves, una en el pecho y otra en el muslo, agarró con fuerza las muñecas de ambos.

—Por el amor de Dios, no os mováis —dijo entre dientes en un tono histérico.

Uno de los terroristas comenzó a disparar sobre la multitud. Su compañero, viendo que tres personas hacían amago de levantarse, levantó su arma y disparó. Comenzaron a caminar muy despacio y sin prisa, disparando a quemarropa sobre los cuerpos tendidos. Cascotes, sangre vertida, zapatos, cuerpos mutilados, enseres y muebles rotos quedaban esparcidos por la superficie. El tableteo de los fusiles era incesante: clac, clac, clac. Una pareja corrió en dirección al ventanal ya desvencijado, pero antes de conseguir llegar a la acera, recibieron sendos disparos en la espalda.

—No miréis hacia arriba. Hacedos los muertos —murmuró un tembloroso Erik en voz baja tras notar que uno de ellos se aproximaba.

Los pasos entre cristales y objetos rotos se hacían más cercanos. Una persona a pocos metros hizo un movimiento, se escuchó una ráfaga y después un suspiro ahogado. El ruido de un cuerpo pesado se aproximaba, Erik no pudo evitar alzar la cabeza, miró hacia arriba y vio a un joven sujetando un arma como un soldado profesional que a simple vista pudiera haber sido cualquier cliente indio de clase media o haberlo visto caminando por la acera junto a amigos: joven imberbe, con pelo liso y bien vestido, lo más normal de mundo. Bajó el arma hacia su dirección justo cuando Erik alzaba el brazo: una ráfaga le perforó la palma de la mano y un siguiente disparo le dio de lleno en la cabeza y lo mató al instante.

A tan solo doscientos metros de distancia se encontraba la comisaría de la Policía del distrito de Colaba. El ruido de la explosión se pudo escuchar en el interior. Agarrando el mando a distancia, el inspector Gopal Krishna apagó el televisor que retransmitía el ansiado partido de cricket entre Inglaterra e India, se levantó y fue hacia la ventana pensando en quién podría ser el imbécil que estuviera celebrando con petardos un resultado a favor de la India cuando aún no se había producido ninguno.

Para el inspector Gopal, hombre sin aspiraciones profesionales al que le agradaba delegar el trabajo en otros, un ascenso en el Cuerpo de Policía lo consideraba una pretensión inútil porque conocía de sobra la rigidez del escalafón y, además, no quería que nada le perturbara su cómoda posición y futura jubilación. Era alto, delgado y con prominente cabello peinado hacia atrás, que, a la vez que el bigote, llevaba teñido de negro azabache.

Un orondo policía apostado en la garita de entrada no salía de su asombro observando con parsimoniosa actitud a la gente corriendo. Un hombre pasó por enfrente de la comisaría y le gritó desde la distancia.

—¡Están atacando el Café Leopold!

Los gritos de despavoridos transeúntes despertaron el aletargamiento del oficial y llamó desde su *walkie-talkie* a su superior.

Después de escucharlo por su trasmisor, el inspector Gopal miró su reloj y escribió en su cuaderno abierto sobre la mesa: 21:30. Bajó corriendo las escaleras de la primera planta. En la entrada estaban cuatro de los cinco policías que componían la comisaria, mirando con estupefacción hacia el fondo de la calle y observando a la gente correr. El inspector salió y se quedó de pie en medio de la calle intentando ver qué estaba sucediendo más allá. A

lo lejos no dejaban de sonar las alarmas de los coches aparcados. Tras dar unos pasos en dirección al Café Leopold, vio desde la distancia carteles de publicidad destrozados, ventanas rotas y humo. Volvió corriendo, cogió el *walkie-talkie* del orondo oficial y gritó al aparato:

—Habla el inspector Gopal. Que salga Colaba 1.

La unidad Colaba 1 se componía de un *jeep* Bolero mantenido exclusivamente por uno de los policías que hacía de conductor y cuidaba de su supervisión. Más que por pedir refuerzos, el vehículo metálico representaba un escudo protector en caso de intercambio de disparos.

Los policías bajo sus órdenes iban armados con fusiles .303 bolt, tan antiguos que se habían dejado de fabricar hacía ya mucho tiempo, incluso las partes de recambio eran muy difíciles de encontrar, ya que habían quedado obsoletas en el mercado. Ese arma y palos largos de bambú componían entonces el armamento del que disponían.

El traqueteante *jeep* hizo su aparición tras salir del garaje del edificio de atrás.

—Vamos, vamos, vamos... —espetó el inspector Gopal hacia sus cuatro subalternos para que entrasen dentro, dando palmas como animando a las gallinas a salir del corral.

Se subió en el asiento del copiloto. Llegaron de inmediato con la sirena puesta a las inmediaciones del Café Leopold. El ambiente se presentaba caótico y sangriento. El conductor apagó la sirena y bajó sujetando un fusil. Los otros oficiales se aproximaron con aprensión unos junto a los otros, detrás del inspector Gopal. Un estridente sonido de disparos se escuchaba ligeramente desde la lejanía. Quien quiera que fuese ya se habría marchado, pensó con alivio el temeroso inspector.

—Venga, vamos —dijo arengando a los policías a entrar dentro del derruido local.

Se hicieron paso entre objetos y muebles esparcidos por los suelos. Tirados a sus pies se veían los cuerpos de tres extranjeros. Jamás había visto algo así. Calculó que más de una docena de personas yacían muertas junto con un número indeterminado de heridos de toda clase. El cuerpo sin vida de un cliente que yacía colgando de la barandilla cayó con todo su peso a escasa distancia de un camarero bañado en sangre y que en estado de *shock* no

dejaba de llorar. El inspector Gopal observó el profundo orificio del suelo.

—¡Granadas! —espetó a su segundo en el mando—. Han utilizado granadas de mano.

—Gánsteres, jefe.

—Sí, probablemente.

A los pocos minutos apareció de forma inesperada el director general de la Policía —DGP—, Rajvardhan Sinha. Su aspecto físico era enorme, caminaba poniendo todo su peso a cada paso que iba dando. El inspector Gopal se sintió algo más relajado, además, con su uniforme engalanado lleno de insignias resultaba verdaderamente imponente. Él sabría qué hacer en esos momentos, él tenía más experiencia. Sinha había estado en la frontera con Pakistán luchando contra terroristas islámicos que pretendían infiltrarse en suelo indio.

—Según nuestro análisis preliminar, creemos que ha sido un ajuste de cuentas entre bandas de gánsteres. Quizás los rusos que operan en Goa el tráfico de drogas.

—Tonterías. ¿Por dónde se fueron?

—Pues según creo...

—¿Cómo que según creo?

—Quiero decir que estoy convencido, ya que oímos disparos cuando llegamos, de que han huido en dirección al hotel Taj Mahal Palace.

—Y huyeron con sus fusiles de asalto —añadió Sinha mientras se agachaba de cuclillas a la vez que cogía un cargador de balas vacío con cinta adhesiva alrededor.

—Sí, ahora mismo deduzco que estarán saliendo despavoridos de la ciudad.

Apoyándose con una mano en su rodilla, Sinha consiguió levantarse. Observó a su alrededor: metralla en las paredes, el profundo agujero formado en el suelo, cuerpos mutilados y heridos gimiendo, llorando y gritando. De nacionalidades distintas, muchos de aquellos heridos morirían aquella noche, pero muchos otros sobrevivirían. Quizás, algún día volverían a Bombay a sentarse en una cafetería como aquella y, sin embargo, sentirían el temor

insidioso a que en cualquier momento un terrorista entrase por la puerta y se dispusiese a disparar indiscriminadamente.

Una víctima yacía en el suelo bajo una gran mancha de sangre y tejido cerebral en la pared. Sinha se acercó. En la pared se veía una bala, que había traspasado el azulejo. Un largo reguero de sangre descendía por la pared hasta el cuerpo desplomado.

—Esto no es un asesinato —sentenció con aplomo y entrecerrando los ojos por un instante a causa del sangriento horror.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el inspector Gopal con un carácter aún más pusilánime.

—Esto es algo aún mayor. Disparar a una persona al pecho o a alguna otra parte del cuerpo visible, como las piernas, es fácil, si la intención es causar daño. Pero quien haya sido ha disparado a la cabeza de esta persona. ¡Fíjate! —dijo alzando con temeridad la voz y señalando a la víctima—. Es decir, que se ha asegurado de que moría. —Y señalando con el índice a derecha e izquierda, continuó—: Lo mismo que con aquel y ese y este otro de acá. Esto no es obra de gánsteres —aclaró Sinha—. Ellos van a lo suyo, tienen un código y cuando van a eliminar a alguien lo hacen procurando no herir a civiles que no tienen nada que ver con sus sucios negocios. —Guardó una pausa y, clavando su mirada en el inspector, preguntó—: ¿Dónde están los refuerzos?

La estación de policía más grande y con más recursos estaba a más de una milla de distancia. El inspector llamó desde su *walkie-talkie* una y otra vez pidiendo ayuda urgente.

—Y, si no son gánsteres, ¿quién ha podido ser?

—«Pakis» —respondió con aseveración, arrugando la nariz, y poniendo cara de asco—. Esto es obra de terroristas pakistaníes. El gánster medio utiliza revólveres caseros, de mala calidad. Pero los asesinos del crimen organizado, eso ya es otra cosa, una Glock, una Beretta 9 mm. En fin, armas de importación. Eso son los gánsteres profesionales. Nada de mala calidad procedente de Uttar Pradesh. Y luego están los profesionales, asesinos a sueldo, los que cobran muchísimo dinero por un solo asesinato. Estos utilizan armas muy cortas, discretas, digamos... como un revólver 38, fácil de llevar... y que no deja casquillos que la Policía pueda recoger en la escena

del crimen. —Recogió un casquillo del suelo, se lo llevó a la nariz y olió residuos de pólvora. Miró calculador al inspector Gopal y añadió—: Aquí la diferencia reside en que han usado armas específicamente de uso militar. Un SLR o un AK, que es lo más probable. Esto es muy grave. Muy grave.

La central de la estación de Policía mandó un comunicado al *walkie-talkie*. Mandaban cuatro coches patrulla.

—Eso quiere decir media docena de policías —dedujo con rapidez Sinha—. Lo que no es suficiente.

Se fue hacia los heridos seguido por el inspector Gopal. Comenzó a indagar por las descripciones de los asesinos. Hubo personas que no salían de su estado de *shock* y de las que tan solo obtenía balbuceos o palabras incomprensibles.

—Soy un oficial superior de policía y este señor es inspector —dijo marcando su acento inglés para ser más inteligible ante la joven extranjera malherida que tenía delante—. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Ingrid —contestó con balbuceos mientras se mantenía agarrada al cuerpo muerto de Anita y al de Erik, a quien la bala había entrado por encima de la ceja derecha, dejando el rostro intacto y, sin embargo, la parte posterior del cráneo había desaparecido y su contenido estaba desparramado por el suelo.

—Nos ayudaría mucho si nos dijera qué aspecto tenían las personas que abrieron fuego.

Ingrid no pudo continuar, falleció al instante.

Un camarero lleno de polvo y completamente ensangrentado que estaba apoyado junto a una desvencijada mesa llamó la atención moviendo el magullado brazo al aire.

—Muy jóvenes, de unos veinte años, muy bien vestidos, como si hubieran salido de un catálogo de ropa.

—¿Quiere decir que vestían ropa de oficina, como ejecutivos?

—No, parecían estudiantes. Uno llevaba camiseta roja con el logo y las letras de Adidas y una camisa a cuadros abierta. Pero uno de ellos iba vestido con pantalón de camuflaje y camiseta gris, y una gorra echada hacia atrás.

Llevaban a la espalda mochilas de deporte.

Sinha agarró del codo al inspector Gopal, lo llevó a un rincón del local y dijo:

—Pueden estar haciendo otra masacre en algún otro punto de la ciudad.

El *walkie-talkie* emitió un grito ensordecedor. El inspector Gopal ajustó el volumen. Una patrulla de policía anunció que se estaba produciendo un ataque cerca del hotel Taj Mahal Palace, que en la estación de tren Chhatrapati Shivaji Terminus dos terroristas estaban abriendo fuego y otro ataque con víctimas se había producido en Nariman House, el hostel judío, donde habían visto salir corriendo a un grupo armado. «Necesitamos refuerzos. No se puede controlar la situación», añadió desesperado el oficial a través de su aparato.

—Maldita sea, ya son cuatro —dijo atónito el inspector Gopal—; el café Leopold, la estación de tren, el hostel judío y el hotel Taj Mahal Palace. ¿Qué está sucediendo?

—Son los jodidos *pakis*, que nos están meando encima —sentenció Sinha.

Sandeep Patel tenía media hora de descanso y había subido al *business center* a estar un rato con su mujer. Debido al trabajo de ese día, él tenía que hacer horas extras y a su pesar así se lo había confirmado a su esposa. Su jefe, Anil Metha, le había ofrecido una cama supletoria en su habitación para pasar la noche, ya que de madrugada no encontraría medios para ir a la estación de tren y de ahí a su casa. Le había prometido un día extra de festivo.

A ella aún le faltaban unos minutos más para acabar, ya que tenía que terminar de preparar unos documentos para el turno de noche de recepción. Era la única empleada de su departamento que aún continuaba en su puesto. El trabajo extra no le hacía ninguna gracia, no por el esfuerzo sino porque para ella no estaba remunerado: se le retribuía en días festivos. De este modo, tenía pensado extender la duración de sus próximas vacaciones y así pasar más días en Nashik, el pueblo nativo de sus padres.

—Me voy fuera a comprar un paquete de cigarrillos. Me lo ha pedido Anil para un cliente francés —dijo Sandeep, después de estar sentado quince minutos en un sofá ojeando una revista de moda y sintiéndose indeciso en comentarle sobre el crédito que había pedido al banco por la compra del apartamento.

—Vale. Que no se te olvide comprar jengibre —dijo Renuka.

Todas las mañanas echaba un trozo de jengibre fresco al agua hervida con té negro intenso molido.

—Eso no hace falta, ya lo cogí de la cocina —contestó de pie frente a la puerta, guiñándole un ojo—. También un paquete de salmón ahumado de Noruega. Lo tengo guardado en mi casillero.

—Te dije que no lo hicieras más.

—Ah, no te preocupes, Oberoi y yo somos amigos. —Antes de salir, añadió poniendo cara miedo—: Ojo con los fantasmas, uuuu.

Le gustaba bromear con que las almas de los ancestrales huéspedes durante la época británica vagaban como fantasmas solitarios por los pasillos, pagando por sus penas.

—¡Eres tonto! —contestó Renuka riéndose.

Eran las 22:00 cuando Sandeep salía a la calle por la puerta adyacente del hotel destinada a los empleados, para ir a una pequeña tienda de comestibles abierta las veinticuatro horas, siete días a la semana. Al oír una serie de sonidos estridentes, pensó que algún invitado a la boda que se celebraba en uno de los salones estaría tirando petardos en la calle a modo de llamar la atención a los invitados que estarían llegando para asistir a la función. Pero, al mirar en dirección opuesta, vio a dos personas con sendas mochilas correr hacia abajo y saltar sobre una señora que dejaban tras de ellos tendida en el suelo y que no paraba de gritar de forma histérica. Se apresuró a su auxilio. Tenía sangre por toda su ropa, en algún lugar había sido herida. La señora, con nerviosismo, le dijo gritando que dos asesinos iban corriendo en dirección a la entrada del hotel. Sandeep sacó su móvil y llamó a recepción. Un empleado contestó a la llamada de la línea de teléfono destinado para el personal con una sonrisa que se transformaría en mueca incrédula; como el que oye una broma pesada a la que hay que ignorar, le colgó.

Segundos antes, alertado por el sonido, Sunil Kudiyani, jefe de la seguridad del hotel, se había asomado por una terraza que daba a la calle. Para él no eran petardos procedentes de la celebración de una boda, sino sin duda disparos. Abajo distinguió al jefe de camareros Sandeep, que corría a socorrer a una señora de apariencia extranjera. Más allá vio a dos personas corriendo con mochilas y, sin duda alguna, portando fusiles de asalto que se perdieron al doblar la esquina. Entró dentro, cogió su *walkie-talkie* y anunció al personal de seguridad que cerraran todas las puertas de acceso al hotel hasta nueva orden.

El joven empleado de seguridad, Puru Petwal, tras escuchar la orden de su jefe, cruzó el *lobby* en dirección a la entrada. En un sofá, una señora procedente del Café Leopold era atendida de manera espontánea por unos

huéspedes incrédulos que, escuchando sus histéricos comentarios, no podían evitar decir entre ellos: «Es totalmente ridículo», «Eso no puede suceder en Bombay», «Está confundida. Habrán estado rodando una película». Súbitamente, un grupo de turistas entraron anunciando a voz en grito que el Café Leopold había sido atacado por terroristas. Otro grupo de personas, pensando que estarían más a salvo dentro del hotel que fuera, en la calle, entraron en tropel pasando de largo por entre las máquinas de rayos X y dejando impotentes e impasibles a los fornidos miembros de seguridad de la entrada. Puru llegó patinando por el suelo de mármol a la vez que gritaba de forma histérica por encima del tumulto que cerrasen las puertas. Pero de entre la multitud que había entrado, las cámaras de seguridad más tarde mostrarían las imágenes de dos jóvenes con grandes mochilas de montaña a sus espaldas: uno vestido con gorra de un equipo de beisbol americano que fue con paso decidido hacia algún lugar en concreto, y otro, con la camiseta roja y el logo Adidas, que se encaminó con determinación en dirección opuesta. Ellos sabían perfectamente a dónde iban porque el ataque estaba rigurosamente planeado con antelación.

Los tres fornidos hombres de seguridad cerraron las puertas y accionaron el cierre. Puru se dio la vuelta y se quedó mirando todo aquel ajeteo que se había formado en el *lobby*. «¿Y ahora qué?», comentó en voz alta. Un guardia de seguridad le dijo que llamara de inmediato a Sunil: «Sí, él sabrá qué hay que hacer».

Renuka se encontraba sentada en su silla frente a la pantalla del ordenador. Dejó de teclear tan pronto escuchó un tremendo sonido, como si el remolque de un camión hubiera dejado toda su mercancía caer de golpe. Se levantó, pero antes de acercarse a la ventana volvió a su asiento con una sonrisa diciéndose a sí misma: «Qué tonta soy». Pensó que era típico de Bombay los ruidos y la organización caótica de eventos sociales. «Los fantasmas», dijo en voz alta esbozando una sonrisa. Miró la hora en el lado inferior derecho de la pantalla de su ordenador: las 22:10. Oyó que el ascensor se abría en el pasillo. Supuso que era Sandeep. Con rapidez, apagó el ordenador, se levantó y se apresuró a coger el bolso. La puerta de cristal se abrió tras un tremendo empujón. Sin tiempo a que pudiese reaccionar, un chico joven la apuntó con su arma y fue entonces cuando le alcanzó el impacto, justo en el esternón, atravesándola de lado a lado.

En el restaurante Aquarius, junto a la piscina, Anil Metha servía una botella de vino a una pareja de extranjeros procedentes de Canadá. Para sus adentros pensaba en dónde se habría metido Sandeep, que desde que le dio permiso para tomarse media hora de descanso no lo había vuelto a ver. Desde donde estaban se había oído un fuerte murmullo de personas y ruidos, como personas corriendo de un lado a otro y llamándose los unos a los otros a voz en grito. Anil no pudo reprimir su muestra de sorpresa, pero los canadienses, pareja de jubilados que celebraban su trigésimo aniversario de casados, sonrieron y comentaron que allí habría un grupo de histéricos turistas a punto de perder el autobús de turismo. Comentaron alegremente a Anil que tenían pensado viajar a Goa y de allí a Kerala a someterse a un programa de medicina ayurvédica en un resort especializado que les había recomendado en Toronto un reconocido traumatólogo y cirujano ortopédico de origen indio.

De repente, se escuchó una fuerte explosión procedente del *lobby* que provocó grandes temblores por el todo el edificio. Anil, alarmado, dedujo que posiblemente fuese una explosión de gas, un accidente, y que, por tanto, debía seguir el protocolo de seguridad: salvaguardar a los huéspedes de cualquier daño. Así pues, según un programa sobre desalojo en caso de incendio que le impartieron, pensó que humo y fuego eran lo que vendría después de tal explosión. Gritó a un camarero que sacase a las jóvenes en bikini que estaban todavía en el agua y que no salían de su asombro por aquel ruido, y gritó al interior del Aquarious para que sacasen a todos los huéspedes fuera del hotel utilizando la pequeña entrada al edificio del área oeste.

Anil corrió hacia el restaurante Shamiana, situado cerca del *lobby*, donde numerosos huéspedes tenían reserva. Se disponía a gritar en voz alta para que desalojaran el restaurante cuando un terrorista apareció en la entrada, levantó su rifle y comenzó a disparar indiscriminadamente. Anil se acurrucó detrás de un enorme florero de piedra. Personas sollozando, gritando y gesticulando hacían lo posible por cubrirse y abrirse paso hacia la salida. Cuando se le acabó la munición, el terrorista volvió a cargar su arma. Comenzó a caminar lentamente por el interior, de forma automática, y a cada cuerpo que veía tendido o intentando correr, le disparaba.

El camarero al que le dio la orden de evacuar el Aquarious corrió a su encuentro y le dijo que la puerta de salida del hotel había sido cerrada.

—Entonces, cierra el acceso al Aquarious. Corre.

Desde el interior del restaurante se escuchaba el estridente clac, clac, clac. Anil vio tras el ancho ventanal que daba al pasillo cómo ejecutaba a un grupo de huéspedes extranjeros. Se quedó lívido, inmovilizado. El joven terrorista se percató de su presencia, alzó el arma y disparó en su dirección. Anil se lanzó al suelo y, agazapado, salió corriendo.

—Vengan todos por aquí. Empujemos esta puerta —dijo el camarero del Aquarious.

Cuando se disponían a cerrar la puerta para bloquear el acceso al interior, Anil llegó patinando sobre el acerado mármol, siendo perseguido por el terrorista. Cerraron detrás de él, pero numerosos agujeros comenzaron a penetrar por la madera. Una bala traspasó la puerta y acabó alojada en el cuello de un extranjero rubio que cayó al suelo. No había nada que hacer por

él.

El corazón de Anil palpitaba frenéticamente, gritó al camarero:

—Déjalo estar. Hacia las escaleras. —Agarrando y empujando hacia atrás a la treintena de huéspedes, añadió—: Corran todos a la primera planta. Rápido.

Tan pronto comenzaron a subir, un terrorista apostado arriba de las escaleras, a espaldas del enorme retrato del fundador del hotel, Jamsetji Tata, comenzó a disparar. Era uno de los dos jóvenes que hacía escasos minutos habían organizado una matanza en el Café Leopold.

—Jefe, por aquí —gritó el camarero, y todos sin pensárselo le siguieron.

Entraron a tropel en la boutique de Luois Vuitton. Balas comenzaron a llover por todas partes. El escaparate se rompió y numerosos proyectiles impactaban por rededor.

—Y de aquí ¿a dónde vamos?

—Estamos atrapados —gritó una huésped extranjera de mediana edad; más de la mitad habían perecido hacía escasos segundos.

—Dios mío, nos van a matar —comentó al borde de la histeria otro huésped.

—Hay un ascensor detrás de la tienda —dijo Anil señalando al fondo.

Todos al unísono se dirigieron hacia donde él mencionaba. Apretaron el botón, se escuchó el ruido del ascensor descendiendo. El terrorista entró dentro de la tienda y comenzó a tirar todo lo que se encontraba expuesto en las estanterías. El ascensor por fin llegó y se abrió. El ruido alertó al terrorista, que se acercó corriendo, tropezando con numerosos artículos esparcidos por el suelo. Inclínados y a cuatro patas, entraron todos dentro y se agazaparon unos contra los otros en aquel ascensor con capacidad para ocho personas, que ahora soportaba a dieciséis.

—Dele en el dos —gritó el camarero al huésped apoyado junto a los botones; muy nervioso, apretó vagamente donde pudo.

Se escucharon proyectiles impactando contra la puerta metálica, pero ya el ascensor había comenzado a ascender a trompicones. Estaban a salvo, o eso era lo que todos querían creer.

Cuando la puerta se abrió, Anil fue el primero en salir. Se llevó una sorpresa. Estaban en la sexta planta.

—No hay cobertura en los móviles —dijo un huésped con pronunciado acento francés.

—¿A dónde tenemos que ir? —preguntó un hombre a punto de romper en sollozos.

Todos se quedaron tras él como esperando sus indicaciones.

—Cálmense todos, por favor —les sugirió Anil.

—Hablen más bajo —dijo una señora.

—Sí, lo primero que deben hacer es no levantar la voz —añadió Anil susurrando a todos ellos y, dirigiéndose al camarero, repuso—: Será mejor que los metas en el apartamento de Karambir, ahí deben de estar Neeti y sus hijos. Yo voy al *coffee shop* a ver si consigo sacar del *lobby* a más huéspedes y traerlos aquí.

—¿Y luego qué hago?

—Tú te quedas con ellos hasta que yo vuelva. Que guarden silencio, nada de gritos ni de hablar fuerte. Rompe las ventanas y saca sábanas, que desde fuera os vean dónde estáis situados. Los camiones de los bomberos tienen escaleras extensibles hasta esta altura.

—¿Y si hacemos humo y llamamos la atención de la Policía?

—Nada de humos —le ordenó Anil apuntándole con el índice, muy serio en su llamada de atención—. Ni se le ocurra a nadie. El viento a esta altura puede ir en contra y asfixiaros todos.

Abajo, la piscina había sido convertida en un estanque, cubierta de personas muertas flotando en el agua, sillas y mesas. El mayor número de personal del hotel, que no sabía qué estaba sucediendo en un primer momento y creyendo que se trataba de un ataque terrorista, había optado en un comienzo por huir y salir corriendo fuera del edificio a través de las salidas de emergencia y de empleados para llamar a la Policía. Totalmente absurdo

por su parte; las fuerzas del orden no tendrían ningún tipo de fuerza contra un grupo tan bien dispuesto y preparado, cuyo éxito residía en el factor sorpresa. Mientras tanto, en uno y otro lugar del edificio se estaba produciendo una matanza sistemática.

En una planta superior, en la habitación número 316, Bill Evans, ya arreglado y vestido, estaba tumbado cómodamente en la cama de matrimonio con una mano detrás de la cabeza mientras con la otra cambiaba de canal. Bill y su novia Kelly Shelton eran de Massachusetts, pero trabajaban en Miami. Después de varios años de experiencia como productores ejecutivos en un estudio audiovisual, decidieron crear una productora. El éxito profesional les llegó cuando un documental sobre la existencia de manadas de caballos salvajes en las montañas de la región española de Galicia les llevó a ser seleccionados en Cannes. Desde hacía tiempo tenían en mente las producciones de documentales para la televisión sobre lugares pintorescos y exóticos de la India, ya que estaban teniendo demanda. Además, obtendrían una excelente remuneración y así podrían llevar a cabo proyectos audiovisuales más ambiciosos. Habían estado dos semanas viajando por todo el país y reuniéndose con productoras locales que les serían de utilidad durante los rodajes. Aquella era la última noche en la India, se volvían a Florida al día siguiente. Habían hecho uso de un descuento para un día que se ofertaba en un portal de turismo en internet y, de este modo, como celebración y despedida, habían cogido una habitación doble en el hotel Taj Mahal Palace.

Apareció una hilarante escena de acción de una película de Bollywood y Bill se rio con ganas.

—Pero ¡cómo es posible! Ni Jackie Chan hace esos saltos —dijo en voz alta sin perder la mirada de la pantalla.

—¿Qué dices? —gritó Kelly desde el baño.

—Digo que te des prisa, que tengo hambre.

Un sonido estridente e inusual como de petardos levantó a Bill de la cama de un salto.

—¿Has oído eso? —inquirió con voz alarmante.

—Te dije que las películas hindúes exageran las peleas —volvió a gritar Kelly desde el interior del baño.

Bill se acercó a la ventana, pero no vio nada inusual. Otra vez sonó el estridente sonido metálico: clac, clac, clac.

—¡Son disparos! Dijo corriendo hacia la puerta del baño.

—No digas tonterías, Bill. Ni por esas voy a terminar antes de arreglarme.

—Te digo que he oído disparos.

—No me asustes, Bill. ¡Por el amor de Dios!

Otra vez se escuchó el mismo sonido.

Ella salió del baño.

Los dos jóvenes se miraron con miedo.

—Oh, Dios mío —chilló Kelly.

—Tranquilízate —dijo él agarrándola por los hombros—. Voy a llamar a recepción.

Marcó los tres dígitos, pero nadie respondía. El eco de los disparos se oía cada vez más cerca.

—¡Oh, no! —sollozó Kelly—. Está sonando desde las escaleras.

Saltó por encima de la cama y agarrando a Kelly de la mano, dijo:

—Tenemos que salir de aquí. Por favor, cálmate.

—Bill, estoy asustada —balbuceó, agarrándose con fuerza a su brazo entre lágrimas—. Huele como a plástico quemado.

Al abrir la puerta, un olor a quemado les golpeó en el rostro. El ambiente embriagador del pasillo que en un principio los había recibido nada más salir del ascensor tras hacer el registro en la recepción ya no existía. Ya no olía a dulce incienso ni a limpio. Varias cabezas de huéspedes asomaban por sus entreabiertas habitaciones. De repente, se escuchó una explosión en algún lugar de esa planta del edificio que destrozó el pasillo, lanzando un mar de llamas y una montaña de escombros. Bill cerró la puerta de inmediato, y puso sus brazos sobre Kelly, quedando en el interior agazapados en el suelo.

Después del humo, que salía en espesas nubes por el corredor, surgió el silencio.

Los huéspedes alojados en otras habitaciones comenzaron a gritar pidiendo auxilio. Bill abrió la puerta, en el pasillo habría unas veinte personas. Unos extranjeros gritaban sugiriendo qué hacer y otros argumentaban de forma histérica lo contrario. No tenían salida desde sus habitaciones ya que estaba bloqueado el pasillo por las llamas, el humo y los escombros a causa de la explosión. No había escaleras de evacuación.

—No vamos a coger el ascensor como dicen —habló Bill al oído de ella—. No sabemos qué está pasando.

—Por favor, déjenme entrar —pidió Prikanka Thapar, célebre columnista y crítica gastronómica que estaba agachada en cuclillas, llena de polvo blanco, tendría unos cuarenta años, morena y de ojos verdes. Miró asustada a Bill y este le hizo un movimiento con la mano abierta indicándole que pasase al interior.

Una vez en el interior, Kelly, con un brazo sobre Priyanka, preguntó:

—¿Qué está pasando?

—No lo sé, parece un ataque terrorista —contestó sollozando.

Una lejana deflagración ensordecedora hizo temblar el suelo. Había sido un estruendo muy fuerte que había hecho temblar los objetos de la habitación. De fondo empezaron a escucharse disparos de metralleta. Bill se adelantó con rapidez y corrió el pestillo. Una explosión lanzó la puerta de la habitación por los aires estampándola contra la pared del interior. Los gemidos de terror de Priyanka y Kelly desgarraron sus gargantas. El humo producido por la explosión dejó entrever una silueta.

Un joven con una mochila al hombro y sujetando un fusil había entrado.

Al otro lado del edificio, en el Crystal Room, un cartel colgado de un lado a otro de la puerta de la entrada anunciaba en color oro los nombres de los recién casados. Las paredes tapizadas de papel brillante y lámparas venecianas colgando de los techos hacían juego con la decoración

extremadamente colorida que habían dado al salón ya de por sí de ostentoso lujo. El comienzo de la fiesta de la recepción estaba anunciado oficialmente para las 21.30 h., pero ya se sabía que los habitantes de Bombay, debido a su tráfico, eran conocidos por la falta de puntualidad. Se esperaban más de quinientos invitados.

La boda se había celebrado cuatro días antes, comenzando con la fiesta de Sangeet y con los previos rituales religiosos en el templo sindhi la noche anterior. Las mesas estaban bellamente decoradas con flores en el centro y la cubertería propiamente dispuesta. Amigos y familiares habían llegado puntuales, todos vestidos con brillantes y elegantes trajes de ceremonias típicos hindúes. Las personas encargadas de la supervisión del evento no dejaban de ir de un lugar a otro para mantener todo listo y preparado.

En un principio, habían entrado en el hotel dos terroristas mientras el resto estaba atacando otras partes claves de la ciudad. Ahora, se reagrupaban, como tenían previsto, en el interior del hotel Taj Mahal Palace. Ismael Kamaal y su equipo entraban por el salón donde se celebraba la boda.

—Qué raro —comentó un invitado embutido en un *salwar kurta* empedrado.

—¿El qué? —inquirió una bella joven familiar de los casados en su sari escarlata, adornada con sargas de joyas de oro desde la frente hasta sus tintineantes tobillos.

—Tiran petardos en el exterior. No es el momento.

—Hoy en día las empresas privadas de eventos ya no saben qué hacer. Antes los petardos y fuegos artificiales se tiraban al final, pero ahora quieren hacer mucho ruido —argumentó otro.

Cuatro camareros y una treintena de invitados entraron corriendo.

—Parece que van a venir los novios —dijo una señora enojada y bellamente vestida con un sari esplendoroso, pero las demás personas a su alrededor no estaban muy seguras de que fuera eso.

Se apresuraron a cerrar las puertas de acceso al interior del salón. Algunos de ellos empezaron a mover muebles para hacer una barricada.

—¿Pero qué demonios están haciendo? —gritó otro invitado que no salía de su asombro.

—Oye, vosotros... —volvió a llamarles la atención otro alterado invitado.

—Cállate —ordenó un camarero

—Guarda silencio o nos matarán a todos —gritó otro sudoroso camarero empujando una mesa contra la puerta.

Una ráfaga de proyectiles penetró las puertas corredizas, seguida de más disparos. El estupor fue general. Todo se había tornado en confusión, gritos y gente corriendo, buscando lugares donde esconderse. Un hombre con un turbante en su cabeza y vestido con un traje tradicional de seda se apresuró en dirección a los asaltantes, pero los disparos de las armas automáticas lo segaron por la mitad y alzando las manos al aire cayó al suelo con un grito.

Ismael lanzó una granada al fondo del salón. Uno de los huéspedes vio cómo un cuerpo pasó volando frente a él mientras el ensordecedor estallido retumbaba a su alrededor. La onda expansiva rompió los cristales. El estampido había destrozado todo el Crystal Room. Luego de que el polvo se asentara, el huésped vio que estaba manchado de sangre. Los terroristas dispararon de nuevo los fusiles, escudriñando con sus ojos penetrantes, buscando algo que se moviera; primero, fueron dos tiros seguidos, luego cuatro, luego cinco y después un fuego graneado. Transcurridos unos segundos de profundo silencio, un tiro solo. Ismael relajó el dedo en el gatillo y la matanza se detuvo. El único sonido que llegó a sus oídos fue el eco de más disparos que se sucedían en algún otro lugar del hotel.

En el restaurante Masala Kraft los huéspedes comenzaron a recibir mensajes y llamadas.

Peter desde el yate llamó a Andreas comunicándole los rumores que estaban circulando entre sus invitados y le recomendaba ser prudente a la hora de salir del hotel.

—Ha habido un tiroteo en el Café Leopold —dijo Andreas a un camarero que cruzaba con prisas por su mesa intentando localizar al chef.

—Sí, sí. Ahora mismo vuelvo —se disculpó; se aproximó a Oberoi y le comentó con nerviosismo sobre lo que decía la gente que estaba sucediendo.

—Tranquilízales, diles que aquí están a salvo —le contestó el chef cogiéndole del brazo—. Esto es un hotel de cinco estrellas. Aquí dentro no pasan esas cosas.

El guitarrista había dejado de tocar y se encontraba leyendo mensajes de su teléfono móvil. Sentado en una mesa próxima a la ventana, David se puso en alerta ante el murmullo general y la ola de mensajes que no dejaban de sonar en los móviles de los comensales de origen indio, los extranjeros como él tan solo podían intuir que algo grave había sucedido.

Varios empleados de la cocina adyacente al restaurante entraron y se quedaron hablando con Oberoi.

—¿Qué está sucediendo? —murmuró Cristina con el ceño fruncido y los labios tensos.

—No lo sé, pero tienes que guardar la calma. Puede que un incendio. Quédate aquí, voy a averiguar.

David se levantó y agarró del brazo a un camarero.

—¿Qué está sucediendo?

—Señor, por lo visto se han producido disparos en una cafetería cerca del hotel y...

—¿Y...?

—Según testigos, han entrado aquí..., en el hotel..., en el *lobby*...

—¿Quiénes dicen que han entrado?

—Los terroristas.

Necesitaba actuar con diligencia. No había tiempo que perder. Buscó con la mirada al orondo chef y se acercó a él corriendo.

—Escúcheme bien lo que le voy a decir. Cierre todas las puertas de acceso al restaurante e intente bloquear el ascensor de acceso a esta planta bajando los plomos.

Un comensal que estaba sentado sobre un taburete alto en la barra donde servían comida a la barbacoa había estado observando lo sucedido en silencio. No pudo evitar oír a David y girándose sobre su silla, dijo en voz alta con pronunciado acento americano:

—Pero por el amor de Dios, ¿que vamos a convertir este hotel en escenario de una peli de *Jungla de Cristal*? —Algún cliente indio sonrió ante la ocurrencia—. Soy el director de una empresa de seguridad americana. Conmigo no correrá nadie peligro, ¿me pueden decir qué está sucediendo?

—Señor, por lo visto dos hombres armados han entrado al hotel —se apresuró Oberoi a narrar los rumores—. La línea de teléfono con recepción no funciona. He llamado al jefe de seguridad, pero no me coge la llamada.

—¿Y el director?

—El móvil del director del hotel está ocupado, salió a primera hora de la tarde a una reunión.

Acompañados del estado de pánico que impregnó el ambiente del restaurante, los huéspedes comenzaron a exteriorizar sensación de asfixia, temblores y mareos. Todos se observaban inquietos y la mayoría se había levantado de sus asientos. Ninguno entendía la situación y miraban a su alrededor buscando una esperanza de escape.

El americano, queriendo controlar la situación, se puso de pie sobre una silla y los persuadió de que no dejaran el restaurante por su seguridad. David sintió que aquel hombre con el enérgico balanceo de brazos de quien ha estado mucho tiempo en el gimnasio, diez centímetros más alto que él, de mentón ancho y pómulos cuadrados, ojos azules y pelo rubio abundante peinado con raya a un lado, mostraba que era bueno en calmar a la gente en situaciones difíciles como aquella, era indiscutiblemente todo un profesional.

—Bien, quédense aquí todos ustedes y este caballero y yo nos vamos abajo a ver qué sucede —se bajó de la silla y, poniéndole el índice en el pecho a David, le preguntó—: ¿Cómo se llama usted?

—David.

—Yo me llamo Bob Nicholls. ¿Cuál es su profesión?

Por un momento dudó, pero pensó que sería prudente decirle algo de verdad.

—Soy operativo de inteligencia y he sido policía nacional. Tengo mucha experiencia en la lucha contra el terrorismo.

La noticia no pareció sorprender al americano, que había intuido que él esquivaba la alusión. Declaró fríamente:

—Bien, pues venga conmigo, parece usted un hombre con agallas. —Dirigiéndose a Oberoi y a los camareros reunidos alrededor a la espera de alguna instrucción, les ordenó—: Hasta que no sepamos qué demonios sucede ahí abajo, estudiad el acceso a este restaurante y la forma en la que podemos evacuar a toda esta gente. Defender y proteger, ese ha sido siempre mi lema.

—Sí, señor —contestaron todos al unísono.

Andreas intentaba llamar a Peter, pero en la pantalla de su último modelo iPhone mencionaba «no cobertura». Golpeó la mesa con el puño llamando la atención de Oberoi. Ese día había estado cerrando una compra de un yate de lujo de 395 pies y no iba a permitir que el ataque de unos desalmados se interpusiera.

—¿Y si han sido contratados por un competidor para eliminarme? —dijo en voz alta con las palmas de las manos tapándose el rostro y los codos sobre la mesa, al tiempo que sacudía la cabeza—. Sí, es este el motivo. Es una

locura. Una locura absoluta.

El chef se aproximó a tranquilizarle.

David hizo un gesto con la mano levantada hacia Cristina, le hizo entender que se tranquilizase. Ella llegó corriendo y le dio un abrazo.

—Estoy nerviosa.

Cristina cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su pecho. Su cabello oscuro olía deliciosamente a fragancia. Levantó la cabeza y lo besó con sorprendente vehemencia.

David notó su visible angustia, un fugaz estremecimiento tras sus ojos.

—Nada, nada, ya verás como no es tan grave —dijo con una tranquila sonrisa, queriendo asegurarle que todo iría bien—. No hagas caso de los rumores que van circulando entre la gente. Seguro que queda todo en un susto. Te quiero.

—Te quiero. Ten cuidado.

Ella lo besó una vez más.

El valor de David estremeció el corazón de Cristina, que ahora rezaba para que no le ocurriese nada malo.

Eran las 22:15 y Karambir se encontraba en mitad de un atasco. Su teléfono no dejaba de sonar. Su estado anímico era frenético. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar? Su familia se encontraba en la sexta planta. Karambir necesitaba estar de vuelta cuanto antes para manejar por sí mismo la situación. Su mujer de nuevo le llamó por teléfono. No sabían qué hacer. Estaban junto con más de una docena de huéspedes. Los disparos y ruidos de explosiones se escuchaban en plantas inferiores.

—Es un hotel muy grande y vosotros estáis en un lugar muy remoto.

—Pero...

—No te preocupes, las fuerzas de seguridad los neutralizarán antes de que entren en pisos superiores. Ten en cuenta que no conocen el edificio. El hotel está lleno de pasillos.

—¿Estás seguro?

—Claro, seguro que los comandos estarán de camino y ahora mismo la Policía estará a las puertas del hotel. El lugar más seguro es el apartamento donde estáis. No os mováis de ahí.

Karambir llamó al móvil del jefe de seguridad, Sunil Kudiyani.

—Están matando a todo el mundo —gritó nada más contestar la llamada del director general, mostrando su estado de ansiedad—. Y aquí no se ve a ningún policía. Nunca he visto nada igual.

—Escúchame —bramó Karambir—: que nadie salga a los pasillos. Todo el mundo dentro de sus habitaciones. Y recuerda, estate tranquilo. Tú conoces el hotel, esas personas sean quienes sean, no.

—¿Y qué hace una persona como tú aquí? —le preguntó Bob mientras bajaban las escaleras de emergencia que llevaban a los pisos inferiores—. ¿Has sido contratado para una empresa privada o estás trabajando para el gobierno español?

David nunca se había sentido cómodo comentando detalles sobre su ocupación, pero como Bob se había presentado como dueño de una empresa de seguridad, pensó que no habría inconveniente en compartir con él brevemente la naturaleza de su trabajo. Además, se había fijado en que, aun en la situación en la que se encontraban sumidos, el musculado americano tenía en su porte una apabullante y clara seguridad en sí mismo, una elegancia marcial. Cuando terminó de comentarle el motivo de su presencia en Bombay, Bob dijo:

—Pues, después de esto, estoy convencido de que no se acercarán por este hotel dignatarios por mucho tiempo. Ni siquiera tu rey.

Se escuchó sonidos de disparos en la lejanía.

—Bueno, eso está por ver.

—¿Qué quieres decir?

—Que podemos evitar que consigan el objetivo que se proponen.

Los disparos se escuchaban a lo lejos, las detonaciones cesaban por momentos y comenzaban a acercarse en la distancia.

—¿Y qué objetivo es el que crees que persiguen?

—Pues supongo que el matar todas las personas que puedan.

—Aún no sabemos quiénes son.

—Yo sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el sonido.

—¿Por el sonido? ¿Me tomas el pelo?

—Nos enfrentamos a un ataque terrorista suicida. Están disparando con armas de uso militar, con fusiles AK-47.

Llegaron a un rellano. Se oyó una explosión desde el interior. Luego, el silencio y, después, los gritos de los mutilados y heridos.

David empujó con cuidado la puerta. Estaban en la parte trasera de la cocina interior del *coffee shop*. Se oyó una serie de disparos. Anduvieron entre muebles metálicos de cocina.

—Coge cualquier cosa que te sirva como arma de ataque —dijo David tomando la iniciativa, agarrando una sartén y continuando hacia adelante haciendo el menor ruido.

Desde el interior del restaurante se oyó el estampido de una serie de disparos y, de repente, los gritos de socorro enmudecían. Desde el pórtico que daba a la amplia zona del bufet, David vio cómo un terrorista avanzaba metódicamente entre los escombros y cuerpos mutilados en busca de supervivientes a los que abatir. Los terroristas se estaban encargando de que no quedara nadie con vida. David hizo un gesto con la mano a Bob para que se quedase quieto y en silencio. Señaló al terrorista, que seguía caminando mientras miraba por el suelo buscando más víctimas a las que pudiese ejecutar. Se iba acercando donde ellos estaban apostados. Anil Metha estaba tumbado gimiendo de dolor. David lo reconoció como el empleado que al medio día no dejaba de dar instrucciones a los camareros. Cuando el terrorista se dispuso a dispararle, David se acercó corriendo, cruzando los veinte pasos que les separaban en pocos segundos. El terrorista no tuvo tiempo de protegerse. Le golpeó en el cuello dos veces con el canto de la sartén. El hombre se desplomó. David le quitó el AK-47 de las manos inermes. No estaba seguro de si el terrorista iba con un chaleco suicida. Para evitar que cualquiera que estuviera cerca volase por los aires hecho pedazos, como veterano que era, David sabía que tendría que abatir al terrorista atravesándole el bulbo raquídeo para asegurarse de que no pudiera apretar el detonador, aun estando herido de muerte, como consecuencia de un espasmo agónico. Así, le atravesó la cabeza de un certero disparo.

—Ven aquí —murmuró a Bob ladeando la cabeza e indicó que se dirigiese al lugar donde él estaba situado.

Por algún lugar del edificio se oyeron más disparos: clac, clac, clac. El ruido de las detonaciones de los disparos se amplificaba, haciendo un ensordecedor eco en el interior del edificio. David alzó la cabeza intentando averiguar de qué dirección surgían. Sintió un súbito y profundo pinchazo en

un costado. No lo había previsto. Bob le había clavado un cuchillo y sacado de un tirón. David le propinó un golpe con el codo, pero Bob lo vio venir y ladeándose con rapidez le clavó el cuchillo en el hombro, que afilado le desgarró la carne. David soltó un grito gutural e, impulsado por su instinto de supervivencia, intentó atizarle lo más fuerte que pudo con una patada que Bob pudo esquivar al tiempo que le golpeaba de lleno en la cara con el mango del cuchillo y le arrebatava el AK-47. Había sucedido todo muy rápido. David sintió que se le aflojaban las rodillas y vio levantarse el suelo para recibirlo, cayó de rodillas y al final quedó tirado, boqueando, en medio de un charco de sangre de otras víctimas que empapaba el suelo.

—Deseo que me des el placer de degollarte y ver cómo te retuerces agonizante —dijo Bob agachándose junto a él, dispuesto a cortarle la garganta—. En el nombre de Alá.

David observó sus ojos intentando comprender la traición. Sí, había algo en su mirada que denotaba maldad. En ese preciso momento, Anil Metha se incorporó e intentó agarrar el brazo de Bob; sus movimientos eran tan lentos que este le bajó la cabeza y, con la precisión de un asesino profesional, le clavó el cuchillo en el cuello, en diagonal hacia abajo, justo por encima de la clavícula. Anil cayó de golpe sobre el suelo, ahogándose en su propia sangre, que se acumulaba imparable en la tráquea.

—Hermano, sube —gritó Ismael Kamaal desde la barandilla del piso superior ondeando su AK-47.

Bob se acercó de nuevo a David y le agarró del pelo, pero presintiendo que ya estaba agonizando y, por tanto, sufriendo una muerte lenta, lo soltó con violencia y, agarrando el fusil, le golpeó en la cabeza con la culata. Se fue corriendo hacia la planta superior.

Pasó el tiempo, quizás horas, hasta que David se despertó con el ruido del eco de explosiones y disparos. «Cristina», se dijo así mismo. El miedo que sentía por todo su cuerpo pareció licuarle el organismo. Tenía que actuar con rapidez porque no sabía cuánto tardaría en desangrarse o perder el conocimiento. Se levantó temblequeando y, tapándose la herida del costado, consiguió caminar de vuelta por donde había llegado. Al entrar en la cocina notó cómo le goteaba profusamente sangre de las heridas. Tenía que contener la hemorragia. Sacó su móvil del bolsillo, pero se le resbaló de sus ensangrentadas manos. Estaba temblando. Se dejó caer de rodillas. Cogió el

móvil y llamó a Cristina poniendo el altavoz, pero sonó la voz grabada de una operadora india decir en inglés: *The number you have dialled is not available. Please, try again later. The number you have dialled....* Vio un delantal, cogió varios trapos y se taponó las heridas atándose fuertemente el costado. Sintió un dolor punzante y pensó que, a lo mejor, con ese gesto estaba provocando que la sangre no saliera con presión, así que enderezó la cabeza y volvió a caminar en dirección a las estrechas escaleras internas para los empleados. Fue subiendo peldaño a peldaño mientras seguía escuchando ruidos, golpes y disparos. Casi podía oír su corazón bombeando sangre. Escuchó una explosión muy fuerte en una de las plantas superiores. No quería morir, no en esas circunstancias, porque necesitaba poner a salvo a Cristina. *Flashbacks* de su vida le vinieron a la mente. Se veía subir los peldaños de otro edificio, en España, en Madrid, en la localidad de Leganés. Por delante de él estaba un grupo de élite de la Policía. Le había advertido al superior de que algo raro estaba sucediendo dentro del apartamento donde supuestamente decían que estaban escondidos los terroristas musulmanes que habían provocado la mayor matanza terrorista en Europa, el llamado 11M. Pero aquel superior no hizo caso a sus advertencias y, siguiendo órdenes de escalas superiores, dio el visto bueno para asaltar el apartamento. Lo que siguió fue una fuerte detonación, pues se inmolaron en el interior los islamistas y mataron con la deflagración a su hermano mayor, el policía que iba delante a punto de entrar al apartamento.

Al subir una planta y llegar a su rellano para iniciar de nuevo el ascenso, la puerta metálica se abrió de golpe y un empleado del hotel salió.

—Oh, dios mío —dijo separándose histriónicamente y mirando con estupor a David; ya que presentaba un estado deprimente, con toda la ropa manchada y un rostro de color violeta.

—Ayúdame —imploró David; sentía que se le tensaba el cuero cabelludo, preso de un temor inconmensurable—. Arriba está mi mujer.

—¡No me toque! —gritó histéricamente, pegándose junto a la pared, y salió corriendo escaleras abajo.

El horror trepó por su piel. Tomó aire e intentó reunir la fuerza necesaria en brazos y piernas para seguir subiendo los peldaños. Por fin, con un subidón de adrenalina que le encogía el corazón, alcanzó los últimos escalones. Respiraba tan fuerte que sentía náuseas. Por unos instantes pensó

que no lo conseguiría. Estaba mareado. Se mantuvo de pie frente a la puerta, empujó y salió. Cruzó tambaleándose el pasillo y dejó caer su cuerpo contra la puerta del restaurante, que permanecía abierta.

Vio un lago de sangre y cuerpos mutilados por el estallido de una granada. Había un grupo de cuerpos agrupados en un lado del local. Aquel grupo de personas daba la impresión de que había sobrevivido a la explosión, pero habían sido abatidos después. Habían sido ejecutados a sangre fría uno a uno como los nazis hicieron en su día, el mismo método. David vio la figura tendida de Cristina, sus zapatos, el color de su pantalón. Conforme se acercaba, lágrimas surcaban por su rostro. Un escalofrío se apoderó de todo su cuerpo, como una sacudida eléctrica. «No. No. No», imploraba. Cayó sobre su cuerpo. Vio el orificio negro en su cabeza. Acarició su rostro, la besó. «Perdóname. Perdóname». Se quedó tumbado sobre su vientre y perdió el conocimiento.

El ataque terrorista no había sucedido en un país europeo ni mucho menos en los Estados Unidos de América, donde el tiempo de respuesta podría haber sido más rápido. Esto había sucedido en una ciudad llamada Bombay, donde más de la mitad de la población —los pobres, los analfabetos, los inmigrantes, los drogadictos, los alcohólicos, los niños, los artistas nómadas itinerantes, los locos—, todas aquellas víctimas de una hosca impotencia gubernamental, no tenían un techo donde cobijarse. En donde casi todos los edificios, construidos a partir de aquellas férreas geometrías del Raj británico, que albergaban oficinas y lujosos apartamentos, tenían un suburbio adyacente. En una ciudad donde sus jóvenes no solo no tenían la educación suficiente para defenderse de su inocencia con la palabra, sino que carecían de la mínima cantidad de dinero para poder librarse de la red de la Policía corrupta y evitar ser arrestados porque encajaban con descripciones aparentes de hombres buscados. En una ciudad donde un escaso número de policías llevaba pistolas, tenía vehículos para patrullar y *walkie-talkies* para poder comunicarse entre ellos en caso de peligro: solo iban armados, en su mayoría, con el fino bastón hecho con bambú, llamado *lathi*. En una ciudad moderna con todo su glamour del cine de Bollywood, donde la mayoría de sus gentes, familias y comunidades enteras, en

desordenada necesidad, vivía, comía, hacía sus necesidades y dormía por doquier, en las aceras, en las vías férreas, en los portales de edificios, acurrucados juntos con tan solo una fina tela para protegerse de la humedad de la noche.

Los terroristas habían conseguido sorprender a una ciudad polimorfa, culturalmente políglota y compleja, con su incesante variedad de lenguas, profesiones y etnias. En una ciudad donde las primeras unidades de emergencia tardaron mucho en oírse. Es más, nadie recordaría escuchar el sonido de las sirenas.

TERCERA PARTE
EL INFRAMUNDO DE BOMBAY

Un famoso reportero de la cadena BBC y otro de la CNN utilizaron la todavía humeante fachada como telón de fondo para una retransmisión en directo, anunciando al público internacional el final del ataque terrorista y afirmando que precisar el número de víctimas y su nacionalidad estaba resultando una tarea difícil. Pero ellos comentaban que, según cifras oficiales, el número ascendía a más de un centenar de muertos y más de trescientos heridos.

Durante todo el tiempo que duró el asedio la imagen del señorial y vetusto hotel Taj Mahal Palace acaparó todas las portadas de los periódicos e imágenes en los principales canales de televisión. Después de que las fuerzas de seguridad lograran poner punto final, el edificio se convirtió en un ir y venir de funcionarios y curiosos acreditados. Hasta un director de Bollywood entró junto con un ministro y el hijo de este, actor de cine, para estudiar el estado en el que se encontraba el interior del hotel de cara a una futura adaptación de los hechos a la pantalla. A su salida, el cineasta expresó frente a las cámaras de televisión su sorpresa de que las cifras estimadas de los heridos y muertos no fueran mucho más altas.

Durante muchas ocasiones el gobierno indio había omitido a los servicios secretos extranjeros información esencial respecto a planes terroristas contra objetivos turísticos de su país. No creían que ningún grupo terrorista tuviera la capacidad suficiente para llevar a cabo un atentado de grandes proporciones. El motivo que los llevó a tal conclusión fue el hecho de que, desde hacía tiempo, les llegaban continuas advertencias, pero nunca sucedía ningún atentado. La cooperación había sido nula. Un inmenso abismo de información separaba al gobierno indio con las distintas agencias extranjeras.

La primera medida que inició el gobierno indio fue lanzar reproches y

repartir responsabilidades. Los políticos achacaban la culpa a sus predecesores y viceversa. Los reproches entre ellos no cesaban, el tiempo pasaba y no se ponían de acuerdo en materia de antiterrorismo y seguridad nacional. Todo ello preveía que iban a dejar el asunto a la deriva hasta que se sucedieran las próximas elecciones.

En occidente, a los pocos días, se dio la circunstancia de que un conocido cantante estadounidense lanzaba su último disco y una película de superhéroes se estrenaba ayudada de un sinfín de promoción y *marketing* que había empezado a bombardear el mercado semanas antes. Durante las semanas siguientes siguieron multitud de hechos que llenaron las páginas de la prensa y que acapararon debates y noticias en la televisión: hubo decapitaciones en países árabes, atentados suicidas en Bagdad, se anunció por internet que una afamada serie de televisión por cable comenzaba su esperadísima tercera temporada —nuevos cambios se avecinaban en el desarrollo de las historias criminales en las que los protagonistas se veían envueltos—, hubo un ataque terrorista en Francia, un loco había abierto fuego contra una iglesia en un condado de Estados Unidos y se sucedió una oleada de apuñalamientos en distintas ciudades de Israel.

En España, un congreso internacional sobre la deuda del Tercer Mundo y la agricultura sostenible estaba anunciada para celebrarse a escasos días en la ciudad de Valencia con la presencia de un antiguo vicepresidente de los Estados Unidos, famoso por su campaña sobre el cambio climático. El ministro del interior anunció medidas para la seguridad del evento, ya que se preveían manifestaciones violentas contra la actual política internacional de los Estados Unidos por parte de grupos de extrema izquierda de toda Europa. En Barcelona, frente al ayuntamiento, se concentraron un numeroso número de activistas exigiendo el cierre de las centrales nucleares, mientras fumaban porros y bebían cervezas gratis. En la Puerta del Sol de Madrid, pasando un buen rato, organizaciones ligadas a la izquierda extrema exigieron la legalización de las drogas y el fin de la ocupación de la Franja de Gaza; hubo quien aprovechó la protesta para exigir la independencia de Andalucía del resto de España.

De ahí que la noticia de un ataque islamista contra intereses de la India, en un primer momento, pasase desapercibida por los medios de comunicación extranjeros, y una vez concluido el asedio contra el hotel Taj Mahal Palace, quedase enterrada junto a otros sucesos dramáticos acaecidos en el sur de

Asia, que ya de por sí eran de poco interés para la mayoría de los telespectadores y lectores occidentales.

En Madrid había dejado de llover. Una suave brisa había borrado del cielo los últimos nubarrones. Desde el cómodo asiento trasero de piel de su coche oficial, un hombre observaba el caótico tráfico que se había formado en la carretera paralela. Las anchas avenidas refulgían con sus impolutos jardines junto a los edificios de oficinas. Pronto el coche giró por la plaza de Colón y puso rumbo a la avenida del paseo de la Castellana.

Por su aspecto físico, y ya pasados los cincuenta, cualquiera diría que se trataba de un profesor de universidad. Julián Fernández era el tipo de persona que uno se imagina más proclive a estar en una biblioteca o en su casa rodeado de papeles y libros, y no dirigiendo un departamento dedicado al espionaje y contraterrorismo. Era un hombre obligado a ser el hombre malo del hombre bueno. El contraste le obligaba a ser siempre precavido. Su departamento, del que nada se sabía fuera de sus muros, estaba constituido dentro de otro organismo, el estatal, como si de un escaparate se tratase. Se hacía llamar Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia. Durante sus años de existencia, habían desaparecido muchos agentes y se habían admitido otros tantos que juraban lealtad a la hermandad.

La secretaria le dijo que esperase en la salita de invitados, junto a la sala privada de reuniones del ministro. Los muebles eran pocos, pero muy modernos, a la vanguardia; el suelo estaba cubierto por una mullida moqueta de Crevillente que parecía absorber absolutamente cualquier sonido. Por encima de su cabeza había un televisor de pantalla plana de cuarenta pulgadas colgado en la pared, que vertía imágenes en silencio de las noticias del canal TVE internacional. En una mesa de centro se exponían todos los periódicos nacionales, más el *New York Times*, *Le Monde*, varios de deporte y un ejemplar de la revista semanal *Der Spiegel*.

Al otro lado del pasillo, el teléfono fijo gorjeó. La guapa y elegante secretaria contestó al aparato y miró fijamente al visitante mientras escuchaba la voz al otro lado de la línea; con voz suave le anunció que el ministro del Interior le estaba esperando al otro lado de la puerta.

Tras una sonrisa de superioridad y un fuerte apretón de manos, el soberbio político le indicó con cortesía que tomara asiento frente a él, en el lado opuesto de la larga mesa de conferencias. El saludo no fue ni más cordial ni desdeñoso de lo que estaba acostumbrado a recibir por parte del ministro desde que jurase su cargo ante el rey de España hacía escasamente un año; a Julián, todos los políticos le parecían falsos personajes melindrosos en el trato y agrupados todos bajo un denominador común: la soberbia y la arrogancia.

Un móvil sobre la mesa emitió un sonido, el ministro del Interior contestó, masculló unas palabras, cortó la llamada y lo guardó con desagrado dentro del bolsillo de su chaqueta. Ante la presencia de Julián, tenía un vago presentimiento, un miedo como un fantasma. Se frotó la cara con las palmas de las manos, antes de espetar:

—Venga, dime.

—Los terroristas no atacaron esta vez por sorpresa con aviones, como anteriormente sorprendieron a la ciudad de Nueva York, sino que iban armados con armas automáticas —comentó Julián.

—Sin embargo, al parecer, el resultado ha sido igual de aterrador, como todo el mundo ha podido ver en televisión —añadió el ministro.

—Nuestro hombre ha muerto con identidad falsa. Su cuerpo ha sido repatriado, junto con el de su esposa. Absolutamente nadie estaba al tanto de la verdadera razón de su presencia en la India.

—¿Y los familiares de ambos?

—Sí, ellos, sí. Y ya se procedió con el pésame oficial y las diligencias burocráticas oportunas en cuanto a transferencias de seguros, pensiones, un galardón póstumo a su brillante carrera, etcétera. Todo eso está ya encauzado a través de un departamento especializado. Incluso hemos mandado a una psicóloga para que atienda y asesore a los familiares de su mujer. Por lo visto, ella les había anunciado que estaba embarazada, esto ha agravado aún más el drama. Teníamos pinchados sus teléfonos y en las conversaciones

mantenidas no hay indicios de que supieran la naturaleza de la presencia de David en la India que no fuera por turismo. Ella siempre mantuvo un verdadero mutismo en cuanto a las actividades profesionales de su marido de cara a familiares y amigos. Además, ambos tenían un itinerario planeado por Asia. Por lo tanto, no existe nada fuera de lo ordinario por lo que algún familiar, amigo, conocido o incluso un periodista pudiera sospechar. —Tomó aire y exhaló—. Nuestro hombre, David Ribas, murió a consecuencia de la explosión de una granada. Según me han informado desde el centro forense, acaban de realizar la autopsia y pudo haberse enfrentado con los terroristas, ya que su cuerpo presenta hematomas debido a golpes recibidos por puños. No nos cabe duda de que se comportó como un verdadero héroe.

—¿Descubrirían los terroristas que era un agente occidental?

—No. No lo creo. Había cientos de huéspedes en el hotel, imposible para los terroristas examinar la procedencia y credenciales de cada uno de ellos. Iban a matar y crear cuanta más destrucción posible mejor. Según el médico forense, su cuerpo estaba parcialmente destrozado por la explosión. Lo identificaron por sus pertenencias en los bolsillos de su ropa. Por lo visto, pudo haber intentado que la deflagración no hiriese a las personas de alrededor. El cuerpo de su mujer yacía junto al suyo, y sí que fue más fácil identificarlo. Ella fue ejecutada a sangre fría.

—Quiero esto bien atado por todos los cabos. Ahora lo primordial es concentrarse en la seguridad del rey durante su futura visita a Bombay, parada obligada en su itinerario de viaje por la India.

—Pero ¿hay fecha confirmada? Aconsejo que se inicien los preparativos como mínimo para dentro de dos o tres años. En primer lugar, el gobierno indio debe tomar medidas preventivas ante el terrorismo islámico procedente de Pakistán. Nosotros debemos de sopesarlas y elaborar nuestro informe interno de seguridad. Además, dentro de poco habrá elecciones en la India, y realizarán purgas internas y nuevos nombramientos. Lo mejor es que la Casa Real demore el viaje hasta que nosotros demos luz verde.

—Efectivamente. Estoy de acuerdo contigo, y así se lo voy a hacer saber. Aunque no hay que demorar mucho ese viaje. Nos conviene que el recién inaugurado consulado de España en Bombay tenga la presencia de los reyes. Eso dará mucha publicidad de España en la India. Hay grandes intereses económicos de empresas españolas con los indios y viceversa, por tanto,

debemos retomar la confianza de los inversores. —Se levantó de su asiento, indicando a su visitante con este gesto que la reunión estaba terminada. Se detuvo a medio camino hacia la puerta, pensó un instante, se enderezó la corbata y dijo—: Ten en cuenta que la presencia de dignatarios occidentales es un lavado de imagen para cualquier gobierno con el que tengamos grandes relaciones. En este caso, la India es un mercado enorme, y en materia de seguridad e inteligencia nos conviene tener un trato exquisito, con el fin de que sea recíproco, claro está.

Julián asintió mecánicamente al tiempo que le estrechaba la mano y acto seguido abandonó la estancia. No admiraba al ministro, creía que ostentaba un puesto necesario, pero manchado; insustituible, pero contaminado de corrupción. Para él, la función de los políticos era otro mundo, otra finalidad, casi escatológica.

Un olor rancio a desinfectante y medicinas despertó a David de su ensimismamiento. Abrió sus ojos marrones y grandes. Su nariz recta y prominente estaba visiblemente dañada con arañazos. Presentaba un aspecto débil, demacrado y de un color blanco pálido. Se hallaba en una habitación calurosa con el ventilador puesto en el techo funcionando a alta velocidad. Escuchó el susurro de distintas conversaciones, recorrió con la vista toda la sala tratando de encontrar alguna cara conocida. Su nariz se encontraba arrasada por un tufo peor que cualquier cosa que hubiese olido en su vida. Era un olor muy fuerte, penetrante y desagradable. Los ruidos de vehículos, con sus chirriantes y mal engrasados frenos y sus bocinas, y el griterío de los transeúntes entraron por la ventana que alguien acaba de abrir de par en par.

Al incorporarse ligeramente vio a un lado, sobre una mesa, varias bandejas de productos e instrumentos quirúrgicos. Un hombre de pie le observaba en silencio. Tenía un prominente bigote, pelo ondulado negro como el tizón y peinado con la raya hacia un lado. Iba vestido con pantalón vaquero de campana, estilo años setenta, y una camisa a cuadros de colores chillones.

—Bienvenido —dijo con un acento inglés de manual básico; como el español que había podido escuchar hablar a los empleados del hotel. Con la mano en el pecho, añadió—: Yo me llamo Pappu.

—¿Dónde estoy?

—Estás en casa de Hassena *madame*.

El español no lo entendió con claridad. Le vino a la memoria el comentario que le hizo Cristina caminando por el pasillo del aeropuerto acerca del olor dulzón que impregnaba el aire.

—¿Y mi mujer? —preguntó de nuevo, gritando con todo excepto con la voz.

—Todas las personas que estaban a tu alrededor están muertos —declaró al mismo tiempo que mandaba un mensaje por su teléfono móvil—. Has estado en coma durante mucho tiempo.

David giró el cuello y se dio cuenta de que tenía enchufado a su antebrazo un tubo fino de suero. El sudor le bañaba la cara y tenía las palmas de las manos mojadas. Comenzó a sentirse inquieto.

La puerta lateral se abrió y una mujer entró. Tenía el pelo negro, largo, bien peinado y recogido en una trenza, vestía pulcramente con un brillante sari, mantenía los pies bien plantados sobre el suelo. Tenía la frente alta y amplia. Aunque no contaba con mucha altura, tenía la espalda erguida y sus hombros eran cuadrados. Todo esto le confería un aire de autoridad al mismo tiempo que al español le daba a entender que tal porte físico pertenecía a una mujer con carácter fuerte y decidido. Sin embargo, ella no tenía bata de médico, aquel lugar distaba mucho de ser un hospital y la presencia del extraño hombre junto a él le inquietaba soberanamente.

—Por fin te despertaste —espetó ella; su voz resultaba sorprendentemente grave y sonora.

—¿Quién eres y dónde estoy? —protestó, estremecido.

—Mi nombre es Hassena y estás a salvo en mi casa. Cuando te encontramos estabas medio muerto. Mis hombres te trajeron aquí, donde permaneciste en coma por mucho tiempo. Despertaste con amnesia temporal, según diagnosticó nuestro médico. Conforme tu cerebro se vaya desinflamando, según nos comunicó, los huecos en blanco de tu vida se irán llenando. Ahora debes no pensar en tu pasado y limitarte a construir un futuro. Y esto lo conseguirás descansando y poco a poco recuperando fuerzas.

David se tocó el lugar donde había sido apuñalado. No sentía dolor alguno.

—¿He sido..., he sido operado aquí? —preguntó descansando todavía su mano sobre el costado vendado.

—Cuando mi médico te miró la herida, pensó que no ibas a sobrevivir,

que no pasarías de aquella noche, pero lo hiciste. Hace unos días te despertaste y no te acordabas de nada, ni de tu nombre, no dejabas de decir cosas incongruentes en tu propio idioma. Luego volviste a quedar sumido en un sueño profundo y volvimos a alimentarte vía intravenosa.

—¿Y qué hago aquí?

—Primero debes recuperarte, y entonces podremos hablar —dijo con voz queda.

—Espera, no te marches.

—¿Qué pasa?

—No puedo quedarme aquí esperando por más tiempo, siendo huésped de mi ángel de la guarda, ¡dígame algo más!

—¿Ángel de la guarda? —repitió con una sonrisa cauta—. Yo me considero más cercana al diablo. Y mejor me va sin necesitar alas. Ya seguiremos hablando. Ahora recupera las fuerzas, que las necesitarás.

Dawood Ibrahim, el terrorista más buscado por el gobierno indio y considerado uno de los más peligrosos por agencias internacionales como la Interpol, había huido de la India hacía ya muchos años. Su vida en el extranjero no le privaba de nada excepto de su amor a la ciudad que tanto quería, Bombay. No pudo volver ni siquiera para asistir al funeral de su padre. Su hermana Hassena Parkar se quedó viuda tras ser asesinado su marido por bandas rivales de Dawood. Desde entonces, ella tomó las riendas de los negocios ayudando a su hermano a consolidarlos en la India.

A pesar de la dura rivalidad diaria con otros grupos criminales, su fuerte posición en el crimen organizado era tal que en el sur de Bombay no se podía construir ningún edificio sin su permiso. Sus actividades violentas en el crimen organizado contrastaban con su verdadera personalidad. Estaba dotada de una gran inteligencia y de un ingenio del que carecían otros jefes de la mafia, además de sentir una profunda empatía por la desgracia ajena. Muy conocidas eran sus donaciones de alimentos en las barriadas pobres y también ayudaba económicamente a jóvenes a obtener admisión en colegios públicos; y si alguno de ellos conseguía destacar académicamente, Hassena se aseguraba de que estudiaba en las universidades más prestigiosas de la India. Había un rumor muy extendido por entonces de que un político muy importante en la esfera nacional, procedente de una familia humilde de vendedores de leche de búfala, había llegado hasta tan lejos gracias a ella.

Era una mujer a la que admirar y respetar, había quien la idolatraba como una diosa: ofenderla o ir en contra de sus negocios e intereses suponía exponerse a ser asesinado o simplemente acabar desaparecido.

Varias veces a la semana, Hassena abría las puertas de su residencia y dejaba entrar en el salón principal a los habitantes del suburbio para celebrar

un foro, llamado *majlis*, en el que los vecinos expresaban sus pesares, problemas, disputas familiares o entre vecinos, o simplemente pedían ayuda. Hassena asumía entonces el papel de juez y policía. Era ella quien resolvía conflictos familiares y contrademandas por disputas de herencias. Premiaba a jóvenes mujeres con máquinas de coser a pedal y eléctricas, regalaba libros, firmaba documentos para admisiones de niños en ciertas escuelas y daba su visto bueno al pago de matrículas en colegios y universidades.

La gente acudía a ella buscando consejo por cualquier cosa. Incluso mujeres le pedían opinión sobre cuestiones relacionadas con el matrimonio. Aplicaba sentencias de muerte a quien hubiese incurrido en ataques de ácido contra mujeres o hubiese cometido violaciones. Para todo crimen relacionado con mujeres y niños, no tenía compasión alguna. Todos ellos acababan en el fondo del mar con los pies dentro de una caja cuadrada de madera llena de cemento. La suya era la única autoridad diaria real. Además, su condición de mujer le daba una imagen santa; como una personificación de una diosa, aun siendo musulmana, como lo era.

Realizadas imágenes retocadas con *Photoshop* de su fotografía, habían colgado pósteres por las calles y vías ferroviarias. La representaban como una deidad hindú, como la diosa Durga sobre un tigre o incluso como Sarawashati sobre una flor rosa de loto flotando en las aguas.

Una temprana mañana, el criado acompañó a David al salón principal de la residencia. Tenía un aspecto de lo más desaliñado: pelo rizado y largo, y una poblada barba áspera; totalmente irreconocible en comparación al pulcro aspecto que presentaba cuando puso un pie por primera vez en la India.

El salón, con suelo de mármol blanco, estaba decorado con muebles baratos. Una mesa escritorio se encontraba llena de papeles, dosieres y un *iMac* muy moderno. David nunca había visto aquel modelo, sin duda recién sacado en el mercado

—Supongo que estabas esperando que me despidiera y te diera las gracias antes de irme —dijo a Hassena sentado sobre una silla tapizada en tonos marrones con motivos florales y observando aquella amplia estancia.

Ella terminaba de estudiar unos documentos. Le replicó con una risa

peculiarmente aguda, casi forzada, sin quitar la vista de los papeles sobre la mesa.

—No, tú no te vas a ningún sitio.

Después, el silencio fue tan absoluto que el español pudo oírse tragar saliva.

—¿Perdona? —inquirió con sorpresa, aclarándose la garganta con un ruidoso carraspeo—. ¡Cómo no me voy a ir! Esto me está resultando tan ridículo que me cuesta tomarlo en serio. Ahora mismo me voy a mi consulado y de ahí de vuelta a España.

—No.

Por un momento, el español se sonrojó, con el acaloramiento culpable que suele sufrir toda persona que no ha hecho nada malo y es completamente inocente. Una señora india de media edad, vestida con sari, llevándole la contraria y, encima, diciendo que le retenía a él, con toda su experiencia, un policía nacional.

—Verás, te agradezco muchísimo que me hayas rescatado y me hayas curado. Sobre todo, entiendo que me hayas querido proteger entre el caos de los acontecimientos al no querer llevarme a un hospital. Toda esta amabilidad está llegando a un extremo. Es cuestión de tiempo que la gente de mi país se entere de mi paradero. Ahora debo dar parte de lo sucedido a las autoridades. —Sin esperar comentario alguno, se levantó—. Te deseo un buen día, sin duda nos volveremos a ver. Si tuvieras algún problema en cuestión de obtención de visados para viajar a la Unión Europea, yo personalmente te facilitaré cualquier trámite. Tengo amigos influyentes en el gobierno de mi país que podrían interferir a tu favor.

Ella sonrió sin levantar la mirada.

David se dio la vuelta sin esperar comentario alguno y, tras cerrar la puerta, salió apresurado del edificio.

Había alrededor un enjambre de gente. El sol apuntaba. Hacía calor. Se quedó allí de pie, en aquella calle pisoteada por un montón de personas. Estaba dentro de Bombay, una ciudad extrema. En su origen fue un conjunto de pueblos pesqueros en la isla de Salsette, frente a la orilla occidental de la India: considerada la capital financiera de la India, con aproximadamente

quince millones de habitantes. Una ciudad inmensa cuyo ayuntamiento estaba dividido en veinticuatro distritos, con sus respectivas oficinas gubernamentales locales, a los que había que añadir los suburbios, barrios y zonas industriales con sus multitudes de tugurios y chabolas, que no cesaban de crecer y ramificarse a lo largo de las vías férreas.

No sabía qué camino tomar, como tentáculos de un pulpo había muchas calles estrechísimas, sin asfaltar y con desagües en canal abiertos por ambos laterales. No llegó a los veinte pasos cuando diez hombres le bloquearon el camino. Hizo amago de pasar entre ellos, pero uno sacó un revólver. David levantó los brazos.

—De acuerdo, de acuerdo, me voy para dentro —dijo dándose la vuelta muy despacio y entrando de nuevo en el edificio.

—Bueno, ¿qué quieres? —se apresuró a preguntar de nuevo frente a Hassena.

Ella estaba de pie consultando un voluminoso archivador lleno de papeles.

—¿Qué pretendes presentándote en tu consulado? —preguntó dejadamente. Se sentó en su sillón de ruedas y, alargando la mano, le invitó a sentarse en la misma silla que había ocupado minutos antes—. Hace tiempo, en tu país oficiaron un funeral ante un féretro que contenía tu cuerpo mutilado. Lo más probable que sucederá, si vuelves a tu país, es que por mucho tiempo no volverás aquí. Además, una vez catalogado como víctima de terrorismo, estarás bajo la lupa de las administraciones. En un futuro, si volvieras a la India, se cuestionaría tu nueva presencia. Te han dado por muerto. Deja que el destino siga su curso, aprovecha esta situación. Yo te ofrezco una vida nueva y una proposición. Quiero que trabajes para mí —declaró, y dejando que trascurriera un breve silencio tras sus últimas palabras, continuó—: La suerte y el destino barajaron las cartas que te condujeron hasta aquí. —Aunque su tono había sido muy serio, David no pudo reprimir una risa amable que denotaba incredulidad—. No debes reírte del destino —añadió, moviendo en círculos el cuello, relajando sus músculos, mientras miraba hacia arriba de forma distraída—. Existe algo, un propósito, un

sentido que te ha llevado a este lugar lo suficientemente determinante como para ofrecerte la oportunidad de cambiar por completo tu vida.

—¿Debo de suponer que esto es un chantaje? Además, la suerte no ha tenido que ver, han sido los terroristas. —Guardó silencio sopesando sus próximas palabras y volvió a preguntar después del breve silencio—. Pero ¿cómo estás tan segura de mí? De entre toda la gente extranjera que había aquel día en el hotel, ¿por qué yo?

Hassena movió sobre la mesa la pantalla de su ordenador hacia él y apretó una tecla del teclado. Las imágenes que se vieron fueron captadas por las cámaras CCTV internas del hotel. Se veía a David entrando al *coffee shop*, atacando al terrorista y, sin dilación alguna, disparándole en la cabeza.

—Por eso —dijo ella inclinándose hacia atrás en su sillón, sin apartar la mirada del español, como si quisiera analizar su reacción.

Las siguientes imágenes fueron del acuchillamiento que recibió, el heroico intento de salvarle por parte de Anil Metha y cómo aquel desconocido salió del *coffee shop* en dirección a la planta superior.

—Pocas imágenes están disponibles al público —dijo colocando de vuelta la pantalla del ordenador—. Estas son las únicas que obtuvimos antes de que los cuerpos de seguridad entrasen dentro. El rostro de ese hombre no se puede ver con nitidez y, de hecho, fuentes serias me han comunicado que debió de usar maquillaje. Ese pelo era una peluca.

—No era asiático —comentó.

—Quizá un afgano con aspecto occidental —enfaticó ella.

—No. No era afgano. Este era americano. Estoy completamente seguro. Su acento, su físico. Estuve hablando con él en el restaurante y cuando bajamos juntos al *coffee shop*. Sin duda, prestó ayuda logística y de información a los terroristas. Me dijo que se llamaba Bob y escuché a un terrorista llamándole «hermano».

—Interesante —masculló sopesando en su interior esa información—. Mira, David. Tú haces ciertos trabajos para mi organización y yo te proporcionaré lo que te quieres proponer. Aquí somos creyentes. Creyentes de algo. Yo soy musulmana y tengo a muchos de mis hombres bajo mi mando que son hindúes, sin embargo, independientemente de la religión que

profesemos, nos une el respeto y el conocimiento de las leyendas y los mitos de este país. El karma afirma que cada acción provoca una reacción igual u opuesta, la ley de causa y efecto. Pero yo creo en el destino, en las acciones que debes de ejecutar a lo largo de tu vida. Esto es lo que llamamos *kismet*. No hay escape posible porque no hay opciones.

—Ya, y el destino necesita cómplices, ¿no es eso? Ahora no solo eres una jefa de la mafia, sino que lees el futuro.

Del montón de documentos que había encima de la mesa, sacó un iPad.

—Toma. Echa un vistazo a lo que hicieron contigo las autoridades de tu país —dijo Hassena. David se levantó de un salto y se apresuró a cogerlo—. Cuando el tiempo sea el debido, te señalaré el camino para que puedas cumplir tu venganza.

David no pudo reprimir la espera y comenzó a leer a trompicones. Leyó todas las noticias en distintos medios informativos españoles acerca del atentado terrorista en el hotel Taj Mahal Palace. Leyó cómo su cuerpo fue extraditado junto al de su esposa y celebrado un funeral con todos los honores presidido por la cúpula del gobierno. «Se le concede a David Ribas, a título póstumo, la medalla del Orden al Mérito Civil...». En otro cabecero de un periódico de tirada nacional se mencionaba: «Condecoración póstuma con la medalla de oro al mérito policial...».

—Pero ¿cómo es posible? Debió de haber una autopsia. ¿Cómo han podido enterrar el cuerpo de otra persona?

—Verás, quien te encontró debió de poner todas tus pertenencias en los bolsillos de algún otro cuerpo tendido.

—Pero eso no es suficiente: mi ADN, mis huellas dactilares... —dijo sacudiendo la mano.

—Por lo que yo sé, el cuerpo que debieron de llevarse las autoridades estaba decapitado y quemado. Tus pertenencias fueron encontradas en ese cuerpo que, por lo visto, se asemejaba a tu descripción y estaba encima del de tu esposa. Pero ¿de verdad que quieres decir al mundo que sigues vivo? Yo sé que en tu interior lo que de verdad quieres en este momento es averiguar qué ha sucedido y quién ha estado detrás de todo esto. Quieres venganza.

—¿Y qué debo hacer para que me ayudes? —preguntó con cierto

escepticismo.

—Eres un tipo duro, con agallas. En este mundo criminal no hay espacio para hombres que fingen ser duros: o lo eres o no lo eres, y tu comportamiento acaba evidenciándose. Tardarás meses o un año o dos como máximo. En un primer lugar, quiero que te familiarices con el mundo criminal de la India. Sí, que te desenvuelvas como el mejor criminal. Que domines nuestro idioma, o al menos que lo entiendas. Que aprendas a vivir en este clima insalubre. Que le cojas gusto a la sofocante humedad de Bombay. Que conozcas a la gente y, así, puedas predecir sus acciones: que el timador no te time, y que el criminal no te mate. Aquí, en esta ciudad, hay muchas razas y castas, gente de distinta religión y procedencia: de Rajastán, de Kerala, de Calcuta, de Delhi, de Assam; los hay musulmanes, hindúes brahmanes, hindúes chatrias, hindúes shudrás, hindúes vaishias, parsis, jainistas, punyabís, cristianos, budistas e intocables dalits. Como comprenderás, esto lleva su tiempo. Tendrás como ayudante y consejero a Pappu *baba*, que daría su vida por ti si te considera su amigo —dijo señalando al hombre fornido que se mantenía de pie en un extremo de la estancia sin haber pronunciado palabra alguna hasta el momento; David no se había percatado hasta el momento de su presencia.

—Será un honor, Hassena *madame* —habló con excesiva efusión, levantando una mano, llevándosela primero a la frente y luego al corazón, en un gesto de consumado respeto y después miró directamente a los ojos de David. Sus miradas se cruzaron en el intervalo de unos segundos.

Pappu tenía un rostro sensible e inteligente, forjado por la violencia. Había algo en él y en su aspecto atlético que le indicaba al español una especie de euforia por la acción. Aquello le bastó para decidir confiar en él.

—Será duro —sentenció Hassena señalando a David con el índice—, pero soy consciente de que lo soportarás, de lo contrario, no te ofrecería esta oportunidad. Somos violentos cuando la violencia es necesaria y no dudamos un instante ni nos da miedo la ley cuando hay que quebrantarla. Bienvenido al mundo *underground* de Bombay.

Era un edificio de cinco plantas. Desde fuera, un extranjero como él no podría imaginarse que ahí dentro vivía la prominente jefa del crimen organizado y hermana de uno de los poseedores de una de las mayores fortunas del mundo, según la revista Forbes, donde estaba mencionado su hermano Dawood Ibrahim. Sin embargo, la pulcra decoración contrastaba con el moderno sistema de comunicaciones. Había habitaciones donde empleados trabajaban en ordenadores de alta potencia. Con mucha asiduidad se veía mucho dinero en metálico encima de las mesas, sobre todo, dólares americanos. Policías uniformados entraban y salían con tanta naturalidad como si de una comisaría se tratara. Había una rutina diaria de discusiones y reuniones frenéticas hasta altas horas de la noche. Hassena parecía un primer ministro despachando constantemente con su gabinete durante una época de crisis.

La habitación donde se alojaba era muy grande, una ventana daba al mar y otra, en el lado opuesto, a la bulliciosa calle. Las grietas y el yeso desconchado decoraban la estancia. Había una cama doble cubierta con dos sábanas, y, en el techo, entre el entramado de grietas, colgaba un ventilador de aspas enormes. El mobiliario, aparte de la cama, consistía en un armario enorme para la ropa, una mesa de centro de madera contrachapada y un gran espejo colgado en una de las paredes.

El edificio se ubicaba en el centro neurálgico del mercado negro, donde había sitio para todo tipo de castas, razas y condición. Las calles limítrofes estaban inundadas de gente por rededor. David no tardó en entender la elástica tolerancia de aquella zona. Bajo los toldos se contaban las divisas en gruesos fajos de billetes sin pudor alguno, mientras que la basura se dejaba acumular a los bordes de las aceras con ratas gordas pululando impunemente y alimentándose de los desechos.

Había mucha gente tullida que encontraba en aquel siniestro lugar de la ciudad confort y ayuda. Algunos no tenían nariz, orejas y sus pies estaban cubiertos por vendajes: los temidos y evitados leprosos. Muchos, en lugar de manos, tenían muñones de carne. Había quien se movía sobre una tabla de madera con ruedas, ya que carecía de piernas. Estas personas vivían bajo pequeñas tiendas improvisadas de cartón y plástico, sujetos por arriba con ramas y atados con un fino cordel.

Aun así, en aquel suburbio la gente rezumaba energía. Eran viviendas construidas sin ningún atisbo de planificación. Serpenteaban miles de callejones estrechos sin ningún orden. Observando el paisaje desde la ventana de su habitación, David sonreía por primera vez ante la enmarañada pobreza a la que no estaba acostumbrado; percibía belleza. Las mujeres iban vestidas con saris y vestimentas de lo más coloridas, muy limpias y aseadas. Había pobreza, pero había pulcritud y una afectuosa camaradería entre todos los habitantes. Con total normalidad, las mujeres soltaban por las estrechas calles a las ratas que se habían metido en sus viviendas. No las mataban. A fin de cuentas, según la creencia popular, un dios hindú con cuerpo de elefante tenía como mejor amigo a una de ellas.

El español se fue dando cuenta de que únicamente se encontraba con dos futuros, de los cuales debía de tomar una elección: trabajar por hacer justicia desde la sombra, es decir, la venganza, o salir corriendo en desbandada y buscar refugio en alguna embajada para acabar en España doblegado para siempre ante la ley de los que mandan. Eligió la primera opción.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, Pappu le despertó. Aquel horario se convertiría en su rutina diaria durante los siguientes años. Llegaron en moto a un suburbio del norte de Bombay que se correspondía con una serie de edificios de baja altura. Pappu aparcó su Royal Enfield 500 junto a un muro de ladrillos rojizos.

David observó, sin comprender su significado, el cartel que anunciaba en alfabeto devanagari «*Akhada Hannuman*».

—¿Dónde estamos?

Desde el interior se podían escuchar sonidos de objetos pesados siendo

tirados al suelo con fuerza y, además, se percibía en el ambiente un olor intenso a arena, como si esta hubiese sido removida con una azada.

—Este va a ser tu gimnasio y a la vez tu colegio a partir de hoy.

Todo aquello era como una pequeña plaza de pueblo, donde, en medio, en vez de haber una fuente, había un círculo enorme de tierra cubierto por un techo metálico. A los lados se observaban pequeñas habitaciones construidas en adobe y un pórtico donde había mancuernas, pesas, cuerdas y aparatos envejecidos por su exposición al aire libre para ejercitar los músculos. En un lateral se encontraba una construcción anexa: un templo anaranjado construido con arena y arcilla en honor al dios Hannuman.

Bajo la constante supervisión del veterano profesor e instructor Jagdish Bhola, al que todos llamaban únicamente «Gurú», la sesión comenzaba siguiendo un ritual religioso recitando mantras en sánscrito y quemando palitos de incienso. Gurú llevaba el entrecano cabello y la barba muy cortos. Tenía entre cincuenta y sesenta años. Cuando instruía a sus discípulos lo hacía con una mirada que infundía entre crueldad y amor. No había nada más sagrado y exclusivo para él que un estudiante de lucha pisando su arena. Era su área privada y, por tanto, toda persona debía dar muestra de ese respeto. Su rostro se mostraba fuerte e inteligente. Su voz, resonante, profunda y sumamente segura. Era de media estatura y la edad le había procurado una incipiente barriga, que no era obstáculo alguno para demostrar su agilidad y fuerza cuando tenía que realizar un movimiento de lucha para sus alumnos.

Originario del norte de la India, desde muy joven había ganado muchos premios en competiciones regionales y nacionales. Pronto el gobierno vio en él la oportunidad para obtener premios a nivel internacional. Fue subvencionado de cara al reputado Campeonato de la Mancomunidad de Naciones de Lucha. Obtuvo la medalla de oro en la categoría de noventa y seis kilos, un logro sin precedentes. Poco después, fue participando en más competiciones hasta que decidió retirarse. El gobierno indio lo nombró miembro del Cuerpo de Policía de su región norteña. A los pocos meses, fue ascendido a inspector, y no pasó un año desde que ocupara su nuevo cargo cuando comenzó a relacionarse con traficantes de drogas. Por una comisión hacía la vista gorda al contrabando de hachís desde Pakistán. Fue durante su estancia en Bombay cuando cayó en una trampa que organizó el cuerpo especial antidroga. Un policía de paisano se hizo pasar por un distribuidor

muy importante de estupefacientes en el estado de Maharashtra. Citó a Gurú en la habitación de un hotel y, rodeado de cámaras ocultas, se le vio y se le oyó explayarse sobre su condición de intocable en su jurisdicción. Tras ser condenado, encarcelado y caído en la ignominia más profunda de la sociedad de la India, Hassena lo rescató. Ella supo utilizarlo, cómo sacar provecho de sus innatas cualidades. Construyó para él una escuela de lucha libre donde entrenaba a sus esbirros. Ella le daba una paga mensual conmensurablemente alta para no pensar en marcharse o volver a caer en el negocio del contrabando. Uno de sus primeros estudiantes fue Pappu.

Gurú decidió redimirse de lo que consideraba un amargo episodio en su vida y una falta de respeto al arte de la lucha que tanto había trabajado y que tanto amaba. Abrazó el celibato con la intención de potenciar y promover su desarrollo humano total en el aspecto emocional, social, psicosexual y conseguir una madurez espiritual. Se dedicó de por vida al estudio del arte de la lucha aprendiendo a leer el idioma inglés para que no hubiese límites en su conocimiento. Hassena le proveía de todo cuanto le pedía, fuera libros o material para la escuela.

No solo enseñaba la técnica de lucha grecorromana sino el *kushti*, la lucha libre de la India existente desde hacía 2.500 años. Una disciplina en la que dos luchadores, vestidos apenas con un calzón llamado *langot*, pelean sobre un cuadrilátero de arena; gana quien logra que su adversario quede inmovilizado con los hombros tocando el suelo.

Antes de comenzar, enseñaron a David cómo tenía que sentarse junto con otros jóvenes y no tan jóvenes luchadores a rendir tributo al dios Hanuman, rey mono y patrón de los deportes. Después de quemar incienso y recitar ciertos mantras en sánscrito, se tiraban sobre la arena unos pétalos frescos y se esparcían cucharadas de *ghee*, o grasa de la mantequilla. Tras esto, se comenzaba a remover la arena con un pesado y ancho tronco de madera; para ello, explicaron a David cómo se colocaban las cuerdas sobre los hombros y cómo arrastrarlo sobre la superficie. Más adelante, un pesado luchador se sentaría encima del ancho tronco, lo que haría más ardua la labor del español.

El régimen al que sometieron a David fue muy estricto. Aparte de conservar todos el celibato, como mandaban las normas de los luchadores, debían mantener una dieta que incluía almendras molidas en grandes morteros, batidos de leche de búfala, plátanos, huevos, yogur casero, muchas

verduras y arroz blanco impregnado de *ghee* con carne de cabra. Para comer era todo un ritual. Se lavaban con fluidez las manos y entraban descalzos a la habitación. Se comía sobre esteras de junco, con las piernas dobladas y postura de loto. Unas enormes hojas de banano se utilizaban como platos, donde se servía el arroz y la diversa comida de acompañamiento: patatas hervidas con espinacas, verduras típicas especiadas, lentejas y otros alimentos.

—Este tipo de deporte es una forma de adoración religiosa para muchos indios —comentó un día Pappu tras tomar David un descanso—. No todos entrenan para competir. La mayoría tiene sus trabajos relacionados con Hassena *madame*; otros, como los jóvenes, quieren competir para ganar premios y así tener acceso a la cuota al deporte que ofrece el gobierno indio para conseguir ser funcionario. El gobierno decidió hace unos años sustituir la tierra por lona, a fin de homologar la lucha india con la de otros países y poder competir con garantías a nivel internacional. Como te puedes imaginar, los hijos de las familias ricas no pisan este lugar, ya que requiere unos sacrificios que cuesta aceptar si se tiene comodidades materiales, como el levantarse muy temprano o realizar ejercicios bajo altas temperaturas.

—Como siga muchos días así, me parece que voy a engordar tanto como ese —dijo señalando a un estudiante con un enorme físico y prominente barriga.

Durante las primeras semanas, Pappu se quedaba a un lado para ir traduciendo lo que Gurú le decía a David en idioma hindi con palabras sueltas en marathi.

—Dice que lo más importante es la disciplina —le tradujo al inglés—. Tenemos que respetar a nuestro maestro y estamos obligados a ser trabajadores y sinceros. Un buen luchador requiere talento, flexibilidad, rapidez. Tú tienes demasiada energía y te gustan los desafíos, pero según te está diciendo, si no controlas tus impulsos, estos pueden dominarte y echarte a perder.

David observaba cómo dos luchadores inmóviles trabados en una apretada toma daban una apariencia externa como si no estuvieran haciendo nada. Pero cada uno estaba ejerciendo una gran presión sobre el cuerpo del otro gastando enormes cantidades de energía. Aflojar, aunque fuera por un instante, suponía darle ventaja a su oponente. Para ser un exitoso luchador se

requería una exquisita concentración.

Los extranjeros tenían totalmente prohibido entrar en la Akhara. Además, cuando se intentaba colar un turista indio con su cámara fotográfica no tardaban en invitarle a que se fuera. De ahí la mirada y actitud de rechazo de los luchadores indios hacia David el primer día que lo vieron desnudo con el calzón, dejando ver a todos su piel blanca que, en comparación a la cetrina de ellos, era inmaculada. Sin embargo, la presencia de Pappu traduciéndole al inglés las instrucciones de Gurú circuló entre todos. La conexión con el crimen organizado de Pappu era muy bien conocida, así pues, todos se mostraron respetuosos y muy amables con el español.

Los días pasaban y la comida ya no le resultaba picante o demasiado especiada, al contrario, si no lo estaba le parecía insípida; cuanto más picantes y distintas las clases de curry, mejor. Además, fue haciéndose un hueco entre la camaradería de los luchadores, que le invitaban a comer con ellos mientras dejaban el televisor encendido y le explicaban quién era quién en el mundo de los famosos de la India.

Tras el transcurso del tiempo, David comenzó a apreciar la técnica y el arte de aquella peculiar lucha que antiguamente estaba mencionada en los textos del Ramayana y Mahabharata. Se fue acostumbrando a la rutina de trabajo, familiarizándose con las costumbres, las tradiciones y el idioma.

—Gurú te está diciendo que el mal no se va nunca, siempre está presente. Por eso, tu lucha no solo está en esta arena. Y dice que te mentalices, que es una pelea continua de día y de noche contra los defectos que te bloquean para conseguir tus metas. —Después de una pausa en la que siguió escuchando a Gurú, tradujo lo que este decía—: Ese mal, personificado por los cristianos como el diablo, siempre está alrededor. Por eso Gurú te está pidiendo que cuando salgas del Akhara seas consciente del peligro, porque el diablo está constantemente acechando a sus víctimas para hacer el mal.

Normalmente entrenaban parejas de luchadores formadas de acuerdo con su peso corporal. Pero conforme transcurrían los meses, a David lo fueron instruyendo con luchadores de distinto peso.

Después de realizar el rezo diario con sus compañeros, antes de comenzar los ejercicios en la arena, se aplicaba con ellos aceite de mostaza por el cuerpo, frotando reciamente por el cuello, codos, cadera y rodillas. Y entre la

sesión de ejercicios se tiraba al suelo y se revolcaba esparciendo arena y barro sobre todo el cuerpo.

Superando los límites de las técnicas de entrenamiento con pesas, levantaban hacia arriba y hacia abajo palos cilíndricos muy pesados de dos pies de largo, así como mancuernas hechas de madera y en piedra, se colgaban boca abajo con ayuda de una cuerda, o en postura de yoga, y realizaban una serie de movimientos para fortalecer el cuello en caso de colisión durante las peleas; los movimientos de los luchadores más veteranos eran sorprendentemente frenéticos.

Ocasionalmente, hasta acabar exhaustos, caminaban por el circuito de arena con pesados anillos de madera alrededor del cuello y realizaban sentadillas a las órdenes de Gurú o, incluso, con una pareja sobre sus hombros. David sabía que practicar fútbol o rugby en la playa era cansino a más no poder, pero aquello lo superaba con creces.

Dejó que su vida fuera engullida por el torbellino de los acontecimientos. Cada mes que pasaba, Pappu, conduciendo la moto, sentía el cuerpo de David más pesado al sentarse detrás de él. Sin embargo, físicamente no se le veía más grande; estaba recuperando las fuerzas perdidas tras su convalecencia, además de musculatura, capacidad respiratoria y resistencia.

Tras el trascurso del primer año aprendió muchas palabras en idioma hindi, el oficial en la India junto con el inglés. Pappu le recomendó aprender este idioma, ya que de este modo podría comunicarse con cualquier indio independientemente de su procedencia. La mayoría de las veces no conseguía entender todas y cada una de las conversaciones, pero captando el significado de dos o tres palabras sueltas se hacía claramente una idea de qué estaban hablando. Cuando tenía problemas preguntaba a Pappu, que solía dejarlo solo cada vez más a menudo. No había similitud, paralelismos ni palabras siquiera parecidas entre el hindi y el español; sin embargo, a David le resultó especialmente fácil y sorprendentemente rápido porque todos a su alrededor estaban ansiosos por enseñárselo y él estaba predispuesto a aprenderlo enseguida. En las horas de descanso, los luchadores se divertían escuchándole pronunciar palabras y alegremente le corregían. David hablaba muy despacio, pero con mucha precisión. Gurú se alegraba de que intentara tan afanosamente aprender su lengua y, de vez en cuando, le enseñaba palabras en el idioma marathi y cómo designaban tal cosa en idioma punyabí

y bengalí.

Al principio, la gente lo había llamado «el extranjero», «*firangi*» o «*gora*» de forma despectiva. Ahora era simplemente David. Era uno de ellos.

—Estás en guerra y, por tanto, existen conflictos —le dijo Gurú tras rascarse sus pobladas cejas con el pulgar y el índice—. Y si los hay, quiere decir que se pueden cometer errores tras una decisión equivocada, tomada a la ligera. Si tropiezas o caes, puede significar tu muerte. Esto no debe asustarte. Al contrario, en todo momento debes ser consciente del potencial peligro. Estos entrenamientos de aquí, en la arena, deben servirte para aprender a ir más allá de tus límites y conseguir verte a ti mismo en las situaciones más adversas. El músculo no te salvará. Solo la estrategia mental podrá ayudarte.

Pappu permanecía leyendo el periódico local, sentado en el suelo junto a la pared. Levantó la cabeza y dijo en voz alta en dirección a ellos, interrumpiéndolos:

—La moraleja es que debes asumir en tu carácter una actitud mental tranquila, serena, solo entonces podrás vencer a tus oponentes.

—Ya, ya —comentó David sonriendo y alzando el pulgar al aire—. Le he entendido, gracias.

Una semana se transformó en cuatro, un mes en doce, y así transcurrió un año y después otro y, sin embargo, todas sus noches seguían atravesadas por la ira, por la sed de venganza. Su corazón se retiraba a una oscura cueva de recuerdos. En sus reflexiones acababa por comprender que la libertad que él disfrutaba era un regalo divino para vengar la muerte de Cristina y de tantos otros inocentes. No, no se debía a la casualidad o a la suerte. En su interior se estaba obligando a creer que su destino en la vida era ese. Algo le decía que, por mucho tiempo, igual ya nunca, no volvería a España. Se sentía como el protagonista de una extravagante representación teatral, pero sin un guion al que aferrarse. Estaba seguro de haber perdido a su familia y a sus amigos. Le habían dado por muerto. Su vida había quedado reducida a recuerdos. Tumbado sobre el colchón, había noches que intentaba revivir el pasado. Cristina se reía mientras él grababa con su móvil: «¿Pero no decías que ibas a

sacar una foto?». Muchos indios se colaban en la imagen. Estaban en la bulliciosa Puerta de la India, frente al hotel Taj Mahal Palace. El sonido de las bocinas de los vehículos, de la bandada de cuervos y de las palomas y de las voces era tan ensordecedor que hacía casi inaudible las palabras de Cristina: «Esto es caóticamente maravilloso. ¡Pero sonrío, David!». Cerraba los ojos y poco a poco iba cayendo en un profundo y plácido sueño.

Los martes era el único día en el que David no tenía que ir a la Akhara porque era el día de la semana dedicado al dios Hanuman, y para mostrarle respeto ese día se cerraban los negocios y se descansaba. Pappu le llevaba a distintos lugares de Bombay.

En la zona de Pasina Bagh cada restaurante vertía un aroma distinto. Había africanos, extranjeros rubios e indios. Cada local parecía tener otro sublocal en su interior. Los dependientes, sentados en taburetes de plástico de llamativos colores, gritaban a la gente anunciando que tenían ya preparados ciertos aperitivos fritos. Aquello era un carnaval de necesidades. La calle estaba completamente invadida de gente sola o en grupos.

Mientras caminaban, David se dio cuenta de lo conocido que era Pappu: los empleados de los locales le saludaban ceremoniosamente.

—¿Por qué te llaman *Baba*, Pappu *Baba*?

—Es por respeto —contestó sonriendo—. Se añade *Baba* al final de un nombre para indicar respeto a esa persona. Se suele hacer con los profesores o con los políticos.

—Pero tú eres un criminal.

—Sí. —Suspiró—. Ser una persona de confianza de Hassena *madame* te da el respeto de la gente. Además, porque ella es la hermana del famoso jefe de la mafia Dawood Ibrahim.

Llegaron a un restaurante. Medio local lo ocupaba en la acera. La mesa era un simple tablero y como asiento había taburetes de plástico con extravagantes colores: los había de color rosa, azul y rojo. Se sentaron bajo el zumbido del incesante movimiento de un ventilador de techo que milagrosamente se sujetaba de unos cables.

Por delante de ellos pasó un grupo de turistas. Uno de ellos sostenía un gigante volumen de la guía *Lonely Planet*.

—Tú estás aprendiendo nuestra cultura. Y no a través de los libros o las guías turísticas, sino observando a la gente.

Y era verdad, pensaba David, observando la ingenuidad de los extranjeros entre aquel torbellino cromático de gente, como si él ya no perteneciese al mundo exterior del que procedían. Durante los primeros días, David desconocía las culturas que le rodeaban. No entendía absolutamente nada de los idiomas que oía. La gente le parecía extraña y confusa; envueltas en saris, en túnicas, con extraños sombreros, sin ellos, con ropa occidental, con turbante. Aquello era como un mosaico. Ahora, no. Ya estaba acostumbrado al bochorno y la humedad que desprendía el clima inherente de la ciudad y se desenvolvía con facilidad e, incluso, cuando hablaba con la gente, esta le sonreía y le entendían. Dudaban de que fuera extranjero y pensaban que procedía del norte del Punjab o Cachemira, donde la gente era menos cetrina y sus formas de pronunciar el hindi era distinta.

Al día siguiente, en el Akhara, se encontró con un nuevo reto en su aprendizaje.

—Mira, este hombre es un profesional —le explicó Gurú—. Va por las ferias de los pueblos haciendo exhibiciones, además de retar a los más grandes y gordos que encuentra. La última vez que lo vi pelear con alguien, le rompió la espalda y la clavícula. ¿Estás seguro de que quieres seguir con esto?

—Sí.

Era un hombre muy grande, originario del norte de la India. Pesaba unos ciento treinta kilos. Después de los preámbulos tradicionales, previos a una lucha, se quedaron observándose por unos instantes en medio del círculo de arena. Docenas de curiosos se situaron alrededor, pronto fueron cincuenta. Antes de que nadie pudiese darse cuenta y prevenirlo, ya había cien curiosos en el Akhara, entre vendedores ambulantes y vecinos de la barriada cercana.

David ya había calentado y se encontraba dándose golpes a los músculos. El gigante se embadurnaba de arena, atento a los movimientos de su rival.

—Eh, tú —dijo con sorna David. El gigante alzó la cabeza, sorprendido al oír hablar a aquel blanco en hindi—. ¿Seguro que quieres pelear conmigo? — Todos los que pudieron escuchar al extranjero se echaron a reír a carcajadas; tras disminuir las risas, añadió realizando movimientos cómicos de baile Khatak que había visto en un televisor de uno de los luchadores mientras comían el almuerzo—. Quizás te enseñe un par de cosas.

—¡Increíble! —anunció en voz alta de cara a Gurú—. ¿Aparte de hablar le has estado enseñando algo más a este *gora* (extranjero)? —Todos se echaron a reír al unísono.

Durante toda la pelea David lo cansó. No dejaba de evitar caer entre sus pesados y musculosos brazos. Cuando sintió que por primera vez jadeaba, supo que, si quería ganar, tenía que seguir presionándolo. Movimientos ágiles y rápidos de piernas: izquierda, derecha, izquierda, derecha. Hacía amagos de agarrarle por el calzón, pero el gigante enseguida intentaba cogerlo para bloquearlo, y él se echaba hacia atrás con rapidez. Estaba actuando según Gurú le había instruido: estudiar los puntos débiles de un contrincante y explotarlos. Se había dado cuenta de que tenía una pierna débil, no sabía si debido a problemas de la rodilla por el sobrepeso o era por algún dedo roto. No esperó a averiguarlo. En un instante, presintió que era el momento y en un certero movimiento se había metido debajo de él, lo alzó desprevenido agarrándolo por el calzón y, como si fuese un tronco de madera, lo dejó caer de espaldas en el suelo fuera del círculo de arena.

Hubo un silencio sepulcral. Pappu, incrédulo, se puso de pie en un arranque de ferviente entusiasmo y comenzó a aplaudir patosamente al tiempo que se reía mostrando sus blancos dientes; le siguieron los numerosos espectadores con otros tantos vítores, silbidos y más aplausos ensordecedores. Gurú, por un momento, quedó serio, como asimilando aquel suceso que acababa de presenciar, y acto seguido rompió a reír a mandíbula batiente. David se acercó a su contrincante y le ayudó a levantarse.

—Jamás había visto a un *gora* hablar nuestro idioma —dijo el jadeante gigante.

—¿Y tampoco que supiese pelear tan bien?

—Me tienes que demostrar en una revancha que no ha sido simplemente suerte.

—Los tipos realmente duros no tienen que probar absolutamente nada — intervino Pappu apuntándole con el índice, y dirigiéndose a David, lo cogió por los hombros y dijo—: Te felicito. Has estado genial. Por momentos pensé que este gigante te iba a dejar chafado en la arena como a un *chapati*.

La lluvia dobló su intensidad conforme pasaban las horas. Al bajar al portal vio que el agua acumulada en la calle iba creciendo y cayendo en cascada calle abajo.

Pappu se acercó cubierto con un plástico bajo la tamborileante lluvia a la vez que empujaba su moto. Miró hacia el cielo entrecerrando los ojos para observar las nubes, que no dejaban de descargar, y le comunicó que esa mañana no le llevaría a la Akhara, pero que luego le recogería. Sin embargo, le informó de que el chófer de Hassena lo dejaría en la puerta.

El coche se aproximó y tocó el claxon. Pappu le deseó un buen día y David entró en el vehículo tras chapotear los charcos al cruzar la calle. Se llevó una sorpresa al ver a Hassena en su interior pulcramente vestida. No había coincidido con ella en nueve meses. Estar ante su presencia causaba una sensación intimidadora, como si vivir o morir dependiera de sus designios.

—Vamos, David, cierra la puerta. —Tras poner en marcha el vehículo y transcurrido un momento de silencio en el que solo se oía el golpeteo de las gotas al caer sobre la carrocería del Ambassador blanco y el insistente sonido del limpiaparabrisas, añadió en hindi—: Tengo que ir al aeropuerto, así pues, no me importa dejarte por el camino. Me ha dicho Pappu *baba* que estás progresando mucho, especialmente en el Akhara.

—La verdad es que es un lugar en el que encuentro paz —dijo en hindi—. Todo ese proceso casi religioso de las pautas a seguir, sus reglas, tradiciones... Hay un código de comportamiento no solo en la arena, sino que, como dice Gurú, lo puedes implementar fuera, en tu vida diaria, en la calle, y eso me gusta.

—Tu hindi es magnífico.

—Gracias, también estoy aprendiendo palabras en urdu, un idioma muy parecido, excepto cuando se escribe.

—Eso me alegra mucho. A menudo me sorprende pensando en inglés. Es algo innato para nosotros los indios al haber sido una colonia británica. A todos los indios, independientemente de cuál sea nuestro nivel, nos entusiasma el idioma inglés. Por eso es gratificante y nos hace sonreír el escuchar a un extranjero hablando nuestro idioma autóctono.

Pasó de nuevo un largo silencio. El chófer privado de Hassena conducía en silencio con la vista fija en la carretera.

El coche pasó por una larga barriada de chabolas. El agua zigzagueaba entre ellas cayendo en cascadas. Quedaron detrás de un camión de transporte; en la parte trasera se podía ver coloridos dibujos y unas prominentes palabras en mayúsculas: *HORN OK PLEASE*. El tráfico se movía lento. Se había producido un embudo en algún lugar y los conductores no cedían el paso.

Hassena fingió reflexionar.

Desde donde se encontraban podía observar claramente a escasos metros cómo en algunos lugares de la barriada el nivel del agua tenía un metro de altura. Se veía a varias personas tirando cubos llenos de agua desde el interior de sus viviendas.

—La humillación y la desesperación torturan a los pobres —comentó Hassena con la voz cansina. Al cabo de un instante, le preguntó señalando la zona de chabolas—. ¿Te ha contado Pappu *baba* cómo se crean todas estas chabolas que no hacen más que soltar la lágrima a los extranjeros y que dudosas Organizaciones No Gubernamentales les saquen el dinero?

—No —murmuró el español observando más detenidamente a través del cristal mientras la lluvia tamborileaba el techo del coche—. Pero me imagino que esas ONG ayudan en algo, igual que en su día hizo la Madre Teresa de Calcuta.

—No seas ingenuo, David, y piensa un poco —aseveró—. Esa señora tuvo la oportunidad de construir grandes hospitales, con médicos especializados de todo el mundo. Rechazó erradicar esa pobreza. ¿Por qué te crees si no que en todas sus fotografías con dignatarios extranjeros está

rodeada de pobreza? Ella creía que vivir ensartada en la pobreza era una forma para tener contacto con su dios. ¿No te das cuenta? Es el culto al sufrimiento. Con los millones que ha recibido su asociación religiosa podrían ayudar de verdad a mejorar las condiciones de los más necesitados, y no lo hacen.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque no son sino promotores del sufrimiento. Algo parecido pasa aquí. Estos suburbios en Bombay comenzaron a formarse para servir a las necesidades de las empresas constructoras. Si se construye un edificio de numerosas plantas, sea un hotel de cinco estrellas o de apartamentos o de oficinas para una multinacional, los empleados como obreros, artesanos, albañiles itinerantes son alojados en pequeñas chabolas adyacentes a la obra. Solo una persona que convive durante muchos días en una obra puede diferenciar a los empleados en ella. Verás, hay obreros que son locales de aquí, de Bombay, cuyo único interés es estar contratados para poder tener un techo donde pasar la noche. Cuando terminan la obra se van a otra en otro lugar de la ciudad. Luego, están la gran parte de los empleados que son los que provienen del interior de la India. Y ¿qué grupo crees que es más beneficioso para las empresas de construcción?

—Creo que los de aquí, de Bombay.

Hassena movió la cabeza de un lado a otro.

—A los nativos de Bombay no hay que pagarles un desplazamiento desde fuera de la ciudad hasta aquí y vuelta a casa —añadió de nuevo David—. Y, además, conocerán las normativas y serán más desenvueltos.

—No. Ellos no. Por eso, los partidos nacionalistas hindúes de extrema derecha no quieren inmigrantes. Mira. El hombre inmigrante trae a otras personas dependientes de él, como numerosos hijos y su mujer, muchas veces incluso a familiares de ella. Toda esta gente adicional es una fuente inmediata de trabajadores para la obra, sin papeles ni contratos. Son anónimos. Al vivir en esta peculiar comunidad, si uno se rompe un brazo o un dedo es reemplazado de inmediato, sin saberlo han quedado sujetos a un cierto punto de control y son manejados más fácilmente. Entonces, con el conveniente sistema de chabolas a pie del edificio y sus alrededores, los empleados viven en el mismo lugar de trabajo, el tiempo de desplazamiento de sus casas al

trabajo es inexistente. Y a ese inmigrante que trae a su familia consigo al firmar el contrato le dan material para hacerse una chabola: cuerdas, madera de desechos, estacas... y hay cientos de trabajadores. Al final se acaba convirtiendo aquel sitio en un suburbio legal, ¿por qué legal? Ahí voy. Porque las empresas de construcción no pueden evitar pedir al ayuntamiento suministro de agua para las viviendas de sus trabajadores. La humedad de Bombay puede agravar las condiciones de trabajo entre sus empleados y, por tanto, aumentar el riesgo de infección. No quisieran que dejaran de trabajar. Un mínimo básico de requerimiento para mantener la higiene y la salud proviene de la necesidad de agua. Los funcionarios del ayuntamiento quieren papeles y licencias sellados por otros departamentos oficiales para cavar pozos. Poco a poco se forman calles, tiendas y el número de chabolas va creciendo y creciendo. Pero también existe otro tipo de suburbio, que alberga ocupantes ilegales: estos crecen más rápidamente y carecen de absoluta estructura y planificación. Ahí es donde hay mayor foco de criminalidad y donde locales ilegales de juego se abren, hay venta de drogas, tráfico de personas y niños y garitos de venta de alcohol sin regularizar. Las autoridades se dejan sobornar por el crimen organizado que domina esos negocios para mantener una discreta miopía, pero cuando este suburbio ilegal comienza a crecer en hectáreas hasta cruzar terreno circundante de terreno legal, el ayuntamiento no tiene otra opción que mandar a sus empleados con camiones y tractores para echarlas abajo. Utilizan cuerdas con ganchos, los funcionarios las lanzan a los techos y solo necesitan un empujoncito para destrozar por completo una vivienda. Pero, al cabo de un día, ya están de nuevo construidas en el mismo lugar o en otra zona periférica.

Un grupo de niños se acercó al vehículo y se quedaron observando a David tras el cristal. Estaban mal vestidos, empapados de agua, indiferentes a la lluvia. Él les dedicó una mueca y ellos se rieron. Llamaron la atención a otros niños que corrieron a acercarse, agrupándose unos sobre otros junto a la ventana. David hizo un gracioso gesto pretendiendo asustarlos, como había visto en las películas hindúes que hacían los actores mordiéndose la lengua, y ellos se rieron aún más.

La actitud espontánea y humana de David hacia los pequeños no pasó desapercibida para la temible Hassena.

El tráfico volvió a ser fluido y el coche reanudó su marcha. Se podía contemplar cómo la lluvia perforaba y desdibujaba las nubes de humo negro

de los coches, procedente de depósitos de combustible adulterado. El chófer, con el volante bien sujeto, mantuvo la mirada fija en la mojada carretera. En ningún momento rebasó la velocidad o hizo movimientos temerarios propios de los conductores de la ciudad.

Se hizo el silencio entre ellos. Finalmente, fue Hassena quien lo rompió.

—Tenías razón. Ese extranjero que quiso matarte es americano.

—¿Lo es?

—Sí, consiguió huir —apuntó ella.

—Entonces, ya es hora de que vaya a por él —dijo David, sacudiendo la cabeza—. Con tu red de confidentes en todo Bombay no te costará averiguar su paradero.

—Todavía no estás preparado.

—Entonces, supongo que tendré que hacerlo sin tu ayuda.

Hassena se giró y le echó una mirada esbozando una amplia sonrisa.

—Sin mi ayuda no puedes ir a ningún sitio, querido.

—Conozco las calles, vuestro idioma, vuestras costumbres...

—Todavía no estás preparado. Necesitas más tiempo.

—Pero ¿tú qué quieres? —Hizo una pausa y añadió—: Yo busco venganza como manera de hacer justicia, ¿y tú? ¿Cuál es tu interés?

—Yo te compré.

—¿Perdona?

—Quienes te encontraron casi muerto encima de tu mujer no fueron mis hombres, sino un grupo de ladrones. Pertenecen a un grupo secreto que puede acceder a cualquier lugar y sitio de la manera más inimaginable posible. Son un clan, una fraternidad secreta, llamados *thugs* (estranguladores); adoran a la diosa Kali. La mayoría son bengalíes. No actúan bajo órdenes de nadie. Durante la época británica se inmiscuían entre la gente y sus métodos asesinos eran mediante la estrangulación con pañuelos y escondían los cadáveres enterrándolos. Eran asesinos profesionales cuyas actividades se transmitían de generación en generación. Actualmente, no van por las calles estrangulando, sino que se dedican al pillaje y roban objetos de mucho valor

que luego venden en el mercado negro. Tras conocer que se estaba produciendo un ataque terrorista en el hotel, decidieron entrar en el edificio con el sigilo que les caracteriza. Nadie los ha visto actuar. Se llevaron parte de las imágenes captadas por las cámaras CCTV. Entraron antes que las fuerzas de seguridad, y cogiendo bienes de valor, te vieron con vida. Según me comentaron, vieron a muchos muertos. El olor que desprendía el interior del hotel era desconcertante: plástico, ropa y piel quemados. Te llevaron a mi casa y me propusieron la venta.

—No me lo puedo creer.

—La verdad es que estabas en tal mal estado que dudé por un momento, pero Pappu consiguió a uno de nuestros doctores en tiempo récord y conseguimos salvarte la vida.

—Entonces, de alguna manera quieres decir... ¿que te pertenezco? ¿Como este coche, tu casa...?

—Bueno, pues mirado así...

—Pero ¡dios mío! Es una locura lo que estoy oyendo. Qué te hace saber que no me marchó hoy o mañana por mi propio pie.

—Te lo he dicho antes. No habría calle donde te movieses que no lo supiese yo.

—Pero ¿qué quieres? ¿Cuál ha sido tu intención de mantenerme con vida?

—Tú estás motivado para seguir con vida, para coger fuerzas, conocimientos, saber desenvolverte en las calles de Bombay, conocer a sus gentes, el idioma que hablamos, hindi, un poco de marathi, punjabi... Y ahora estás aprendiendo una lucha ancestral de manera única y exclusiva. Yo a todo esto no te he forzado ni te impongo nada porque tienes en mente una finalidad, como tú dices: vengarte por la muerte de tu mujer embarazada y por el daño que causaron. Mi propósito es ayudarte a conseguirlo porque entre los intereses de mi hermano Dawood está el quitar del camino a este grupo de islamistas que trafica con drogas para comprar armamento.

—Esto ya está tomando otra dimensión —comentó David con el rostro serio y la mirada perdida fuera del cristal mojado de su ventana, más allá del espectáculo que se presenciaba en la carretera—. Ahora hablas de islamistas

traficando con drogas.

—Drogas como el hachís entran en la India desde Afganistán y Pakistán. La gente que controla este negocio controla el tráfico de armas. El flujo de armas que entra en Maharashtra, concretamente en Bombay, está siendo enorme, y ni mi hermano ni yo queremos que esto se convierta en un estado en conflicto como Cachemira. Pero hay políticos hindúes que están interesados en que haya una masiva afluencia y disponibilidad de todo tipo de armamento en las calles. Esta gente quiere que suceda el caos, la anarquía, porque políticamente salen beneficiados. Un gran número de personas corruptas están en los puertos, en las aduanas de Bombay. Ahí se mueve muchísimo dinero. Los terroristas que atacaron el hotel Taj Mahal Palace recibieron importante ayuda logística desde dentro de la India. Desde aquí —añadió señalando con el índice, apuntando hacia abajo—. Toda esa munición que utilizaron en el ataque, ¿de dónde salió? ¿Cómo sabían dónde iban si la mayoría de los terroristas eran jóvenes de pueblos de los interiores de Pakistán que no habían puesto anteriormente un pie en suelo indio? ¿Quién dio esa minuciosa información sobre cómo llegar en primer lugar al hotel? Ninguno de ellos había estado antes en Bombay en toda su vida. ¿Quién les proveyó con antelación de toda esa información? Las entradas y salidas del hotel, cómo acceder a la segunda o tercera planta y qué encontrarían allí, etcétera. ¿Por qué ese día? Alguien que supo desenvolverse muy bien en las calles y pasar desapercibido les proporcionó mucha información, además de apoyo logístico. Y ¿quién crees que fue? —le preguntó levantando las cejas.

—Nuestro terrorista americano.

—Por el momento, deja quieto el mar y no lo enfurezcas. Confía en mí, ten paciencia, que todo llegará a tiempo y en su tiempo.

El martes siguiente, Pappu y David fueron a otro suburbio distinto de la ciudad. En aquel lugar había todo tipo de minusvalías imaginables y enfermedades. Una multitud de enfermos y tullidos vivían allí hacinados. El nivel de pobreza era descorazonador. El olor de las letrinas al aire libre que estaban situadas en un lado era fortísimo y nauseabundo. Aquel lugar era inmundo. Un mar de chabolas construidas con trozos de plástico se erigía directamente del suelo. Había miles y miles, un océano de trozos de cartón, plástico, cañas de bambú y esteras de junco.

—Pero ¿qué lugar es este?

—Aquí está la mafia del tráfico humano. ¿Ves? —señaló Pappu invitándole a fijar su atención en un hombre con el vientre descubierto en el que se veía una prominente cicatriz—. Hay gente que vende hasta sus órganos. Lo que sucede es que se gastan en drogas o en alcohol lo que obtienen, y como los acosa la adicción pues secuestran a otras personas. ¿A quiénes? Pues a los más vulnerables.

—¿A las mujeres?

—No... A bebés y a niños.

Aquella visión tremenda cubrió el rostro de David de una colorada sed de venganza. Se sentía abotargado.

Pappu le miraba de reojo mientras continuaban caminando.

—No, David —dijo entendiendo lo que le pasaba por la mente—. Aquí, dentro de esta calamidad, sufrimiento y suciedad, está la fragancia y la felicidad. Aprendes muy rápido las palabras en los idiomas que hablamos, el hindi y el marathi, y he observado lo bien que comes comida con las manos, pero es mejor permanecer fuera del círculo, no ser uno más como nosotros,

de este modo verás y comprenderás cosas de manera objetiva y esto te ayudará a tomar decisiones más acertadas. Puedes elegir vivir en nuestro país, pero nunca seas indio. Comprendo que ahora mismo lo que predomina en ti es un sentimiento interior abotargado, que denomináis vosotros los occidentales como que proviene del corazón. ¿No es eso?

—No te comprendo.

—Me explico. Este espectáculo te ciega el raciocinio. Te está tapando el actuar de manera fría e inteligente. Tienes que tener una nueva conciencia, porque cuando nos mueven las intenciones más puras del corazón de manera sincera, empeoramos las cosas. Aquí en Bombay tienes que aceptar las cosas como son, porque podrían ir mucho peor. Aunque te sientas totalmente impotente. Es la labor que hacen muchas organizaciones sin ánimo de lucro extranjeras e indias. Vale, las cosas iban mal, pero cuando llegaron las supuestas Organizaciones No Gubernamentales y demás fundaciones, las cosas no iban tan mal como cuando las intentaron cambiar. No dejan de dar lecciones a los habitantes, repartir condones a los hombres, hablar sobre operaciones de esterilidad a las mujeres y cuando denuncian a los traficantes de niños, solo hacen que estos organicen sus ventas en otra parte de la ciudad y en peores condiciones.

—¿La venta de qué?

—La venta de niños. Cuando suceden las catástrofes naturales: ciclones, inundaciones, desplazamientos de inmigrantes desde Bangladesh..., las mafias mandan a sus hombres para secuestrar o comprar niños, que traen aquí para venderlos a musulmanes o comisionistas. Hay padres que los venden sin remordimiento alguno. Los pequeños terminan siendo esclavizados en viviendas privadas, hoteles, o enviados a países del Golfo. Allí acaban trabajando en cuadradas de caballos o cuidando camellos o explotados sexualmente. Mira.

Un grupo de niños vestidos con harapos jugaba y corría de un lugar a otro. A tan solo pocos metros había edificios inmensos, modernos, provistos de aparatos de aire acondicionado. Pero donde estaban, ni electricidad, ni agua corriente: todo era espantoso e insoportable. Las mansiones de los súper millonarios actores y productores de la famosa industria del cine vivían a poca distancia; con razón, David entendió que la mayor parte del año se la pasarían en el extranjero, en sus nuevas residencias de Dubái, Londres o en

algún país occidental. Y, sin embargo, ahí, en aquel lugar lleno de chabolas, había que hacer grandes esfuerzos para no vomitar, tragarse una y otra vez las arcadas.

Los tullidos sonreían, las mujeres reían, un niño sacó de su chabola una rata gorda y negra, sujetándola por la cola y, balanceándola al aire, la dejó de pronto sobre el suelo. David la siguió con la mirada hasta que la engulló la marea humana de aquella multitud. Había más sonrisas en los ojos de todas esas gentes dentro de aquellas calles que en cualquier otro sitio que él había visitado anteriormente con Pappu.

Sin decir palabra, se adentraron en aquel lugar. Torcieron varias veces más a izquierda y derecha hasta que David perdió todo el sentido de la orientación. El español aflojó el paso y se paró. Un grupo ruidoso de personas sosteniendo sobre los hombros una tabla de madera del tamaño exacto de una puerta pasaron al lado de ellos seguidos por una comitiva de hombres mayores y jóvenes. Todos ellos cantando, bailando e incluso tirando petardos.

—Aquel que llevan en una camilla cubierto por una sábana es un muerto, ¿no es así? —preguntó David. Pappu asintió sonriendo. Al cabo de varios minutos, añadió—: A mí me gustaría creer que, si los políticos se propusieran hacerlo bien, todo esto podría cambiar a mejor.

—Pero no te confundas, amigo mío. Es el timo, el regateo, el engaño, lo que domina la mente de estas gentes, por mucho que las veas felices y alegres. Deja esos sentimientos para otra serie de extranjeros: para los sacerdotes y monjas cristianos, para los de las organizaciones humanitarias, para los turistas, para los mochileros. Para ti no. Porque si aquel niño que ríe pudiera acceder a tu cartera, te la robaría sin el menor remordimiento posible. Lo mismo que aquel hombre o aquel otro. Esta es la dinámica que domina este país. Dentro de esta apariencia de pobreza hay una alegría, pero esta forma amigable no debe engañarte, porque la gente es astuta, y es así como se manejan los negocios en la India: tú les das la mano y ellos te cogen el brazo entero. Y aquí los supuestos tipos buenos, los que llevan uniformes de policía, violan en comisaría a la mujer que ha ido hasta ellos con la intención de poner una denuncia. Allí rompen huesos y encadenan sin piedad a los invisibles. Y ¿quiénes son los invisibles? Los que nadie echará de menos excepto un puñado de familiares durante los primeros días, ya está. ¿O es que te crees que los habitantes de esta ciudad salen a las calles a manifestarse tras

cada atentado que asola este país? ¡Jamás están unidos! Porque en esta diversidad, en este avispero heterogéneo, cada uno está preocupado de sus propios intereses. Aquí como si hay una epidemia mortal o tiras una granada y te cargas a cincuenta personas, mañana nadie se acordará de ellos; ocuparían este lugar otros inmigrantes del interior del país. Ah, otra cosa es si eres un jefe de una corporación o un político importante.

—O un gánster.

—Es lo mismo, son iguales en estatus, porque todos ellos tienen poder. Aprende, David. Es el poder lo que da inmunidad a la gente.

—¿Como Hassena? —preguntó David; el indio le echó una mirada directa y enfurruñada, al no contestarle, el español insistió—: Dime, ¿cómo es ella de verdad?

Había un hombre haciendo té. Se sentaron sobre cajas de plástico y al poco fueron servidos de forma muy servicial.

—Ella es solitaria porque su corazón se desliza por aguas silenciosas y profundas, un movimiento en falso y acaba con un tiro en la cabeza o acuchillada en el momento menos oportuno. Quien quiera hacer daño a su hermano Dawood, que se encuentra fugitivo en el extranjero, puede intentar hacerle daño a ella, por eso se mueve muy poco por la ciudad, pero tiene ojos y oídos por todas partes. Su determinación en proteger los intereses del crimen organizado es brutal. Para muchos habitantes de Bombay, ella es como una santa. Además, ayuda a mucha gente. Es una mujer de rígidos principios. Por ejemplo, no se metería jamás en el negocio de la prostitución, ni en el de las drogas. Hay otras muchas actividades lucrativas que prefiere no manejar por eso, por sus principios. Y este es el motivo de que haya sabido mantenerse durante muchos años y otros hayan sucumbido o se hayan arruinado o hayan acabado muertos, porque acabaron siendo víctimas de sus propios productos con los que negociaban: por el sida, con los órganos destrozados por consumir ingentes cantidades de alcohol o por el consumo de las drogas.

—¿Y cómo acabaste siendo de su confianza? —se apresuró a preguntar—. Me imagino que su círculo es muy limitado y seguro, y entrar en él es prácticamente inaccesible.

Pappu guardó silencio. David se vio sorprendido por la cautela que

mostró repentinamente en comentar más detalles personales relacionados con su jefa.

—Nunca fui a la escuela. Aprendí a leer y a escribir en las calles. Nací en el Estado de Gujarat, concretamente en una ciudad sagrada llamada Dwarka. Hubo una época en que yo me dedicaba a cometer robos de coches y motocicletas. Eso fue en mi juventud. Después de aquello pasé a cometer robos a mano armada y, antes de que me pudiera dar cuenta, estaba traficando con productos de contrabando: tabaco, relojes, perfumes, ropa... Cualquiera cosa. En aquellos años no era consciente del daño que estaba haciendo a mi familia. Fui detenido tras una pelea en la calle en la que quedé malherido. Estuve encerrado en la cárcel y, durante aquel tiempo, no tuve ninguna concepción clara sobre mi futuro y el daño que había estado infligiendo a mis familiares y a mis víctimas. Un día hubo un motín en la cárcel. Durante aquella situación en la que reinaba el más absoluto caos, alguien encontró una salida y muchos presos conseguimos escapar. A muchos de ellos los volvieron a detener tras llegar refuerzos policiales. Yo conseguí huir. Me subí en el primer tren que apareció por la primera estación que me crucé. Era un vagón de carga el que me llevó a Bombay. Aquí me sentí solo. Hay cosas que resultan tan tristes que te pueden ayudar a darte cuenta de lo estúpido que te has convertido. Y así fue, ya me estaba planteando obtener un trabajo decente, ganar un dinero y volverme a mi ciudad para empezar mi vida de nuevo, cuando un día caminando por una calle, un coche me adelantó y volvió a girar para bloquearme el paso. Del vehículo salieron tres hombres. Uno de ellos me insultó por mi condición de inmigrante. Me dijeron que no les gustaba la gente que venía a su ciudad buscando trabajo para quitárselo a los nativos de Bombay. Antes de que pudiese prevenirlo ya estaba yo en el suelo tras recibir un primer puñetazo. Comenzaron a golpearme con los puños y a patearme, pero me levanté de un salto; un gancho derecho y otro izquierdo. Peleé como nunca lo había hecho. Toda mi furia, desesperación y enfado contenido explotó. El conductor salió con una barra de hierro, pero antes de que me propinase un golpe, yo ya me había abalanzado sobre él. Cuando estaban los cuatro sangrando y gimoteando en el asfalto, cogí la barra y comencé a romper la luna del coche y los faros. No pensaba moverme hasta destrozar el coche por entero, tal era mi rabia. Pero un coche que circulaba en dirección opuesta frenó.

—¿Hassena?

Pappu asintió sonriendo.

—El conductor me dijo que subiera. Atrás estaba sentada Hassena *madame*. En su casa me atendieron sus empleados. Y desde entonces aquí sigo, en deuda con ella. Aquellos hombres a los que les di una paliza de muerte eran de una banda rival a la de su hermano Dawood Ibrahim. El seguir trabajando para Hassena para mí es como un escudo protector. —Se levantó de un salto y añadió con enfática energía—: Ven, quiero enseñarte una cosa.

El Café Leopold hasta entonces era considerado el bar y a la vez restaurante más concurrido de Bombay. Sus sillas de cedro resultaban ya de por sí peculiares porque eran tan incómodas pasados unos minutos que desanimaban a los clientes que pretendiesen quedarse más tiempo sin consumir. Flanqueado por dos persianas de metal que se enrollaban bajo dos arcos de madera, no solo era conocido por sus ruidosos clientes extranjeros e indios, sino también por su peculiar arquitectura. Aun así, no tenía nada que envidiar su comida ni el té o el café con los que realizaban a pie de calle los vendedores ambulantes.

Fue fundado en 1871 por inmigrantes iraníes. El establecimiento fue concebido, en origen, como almacén para vender aceite para cocinar, y poco a poco fue expandiéndose hasta convertirse en restaurante-bar y, además, con farmacia anexa incluida. Aquellos iraníes profesaban la religión del zoroastrismo, y como ellos, fueron llegando muchos durante el siglo XIX y XX que abrieron establecimientos parecidos y acabaron siendo denominados popularmente como cafés iraníes de Bombay.

Se sentaron en una mesa justo al haberse levantado los anteriores clientes. El camarero, con su chaqueta roja, apareció y pasó un trapo esponjoso por encima de la mesa con tablero de cristal, lo que les obligó a apartarse antes de que les salpicase en todas las direcciones.

—Dos té *masala* —ordenó Pappu, y señalando a David unas marcas sobre la pared y en las columnas, dijo—: Mira, han decidido mantenerlas intactas como muestra de lucha contra el terrorismo.

David se percató de cómo la peculiar instalación de los numerosos espejos daba al lugar cierto misterio y atractivo: se podía mirar de forma totalmente anónima a los demás clientes. Giró el cuello y vio su propia

imagen dividida en tres espejos al mismo tiempo.

—Este es un lugar muy atractivo para turistas extranjeros, por eso los terroristas decidieron atacarlo a su paso para llegar al hotel Taj Mahal Palace. Desde este otro lado se puede ver de forma panorámica la calle principal Causeway.

El camarero puso las dos tazas sobre la mesa.

Un hombre que acaba de entrar, al ver a Pappu, levantó la mano, llevándosela a la frente y luego al corazón en un gesto de consumado respeto. Luego se quedó de pie apoyado junto a la pared.

—Discúlpame un momento —dijo a David.

Pappu se levantó y fue a hablar con aquel hombre. Al poco, volvió a tomar asiento.

—Tengo que irme a hacer un trabajo algo lejos de aquí —anunció frunciendo con fuerza el entrecejo—. Este hombre me llevará en coche, no podré volver a casa de Hassena *madame* hasta mañana. Por supuesto, sabrás encontrar el camino de vuelta por ti solo.

—Claro que sí —respondió decidido al tiempo que sorbía la taza de té.

—¿Me harás el favor de entregar este paquete a Hassena *madame*?

—Sí, claro —contestó el español cogiendo una pequeña mochila con asas a los lados para atársela alrededor de la cintura, típica entre turistas y denominada popularmente como riñonera—. ¿Qué hay dentro?

—Diez mil dólares —dijo repiqueteando con los dedos de la mano izquierda contra la mesa

—¡Pero, hombre! Menuda responsabilidad.

—Nada, nada. Por lo menos sé que no te darás a la fuga —dijo riéndose.

—Muy gracioso.

David se ató la mochila bien apretada entre la cintura. Antes de despedirse, Pappu le miró fijamente a los ojos, pasando de un ojo al otro, buscando algo. Sus siguientes palabras quedaron un instante arremolinadas en el contacto visual de ambos.

—Bien, entonces hasta mañana.

Cuando se hubo ido, David se quedó observando a todas aquellas personas. Había muchos extranjeros, gente de Bombay e indios de otros lugares comunicándose en sus diferentes dialectos e idiomas, David supo distinguir el tamil, malayam y el bengalí. Una de las ventajas de haber pasado tanto tiempo en la Akhara era que había conocido a muchos estudiantes de lucha procedentes de distintas partes de la India y cada uno de ellos le habían enseñado sus costumbres y palabras básicas que empleaban con asiduidad en sus lugares de origen. Vio su propio reflejo en un cristal. Por un instante se fijó en su desaliñado aspecto. Tenía una barba muy poblada que parecía consecuencia involuntaria de no haberse tomado la molestia de afeitarse y el cabello bastante largo y enredado.

Un hombre se acercó y se dejó caer sigilosamente en una silla frente a David. Era joven, con los pómulos prominentes y pelo muy largo.

—¿Quieres hachís? —inquirió con una amplia sonrisa

—No.

—Es de primera calidad, de Afganistán, no de Manali —masculló.

—No.

El hombre se levantó con la misma rapidez con la que se había sentado a la mesa y se fue a otro sitio. Un grupo de extranjeros en una mesa vecina se reían a carcajadas. Entre ellos había una chica regordeta que tenía una risa casi histérica. Notó una intensa mirada procedente de una mesa cercana, pero al observarlos dieron la apariencia de estar ensimismados con enérgica concentración en sus tostadas con tortilla. Eran cuatro y, curiosamente, no hablaban entre ellos. El español sintió que algo no marchaba muy bien. Presintió que igual habrían visto al amigo de Pappu entregarle la riñonera y este, a su vez, a él. Instintivamente tiró de la cinta para atársela más apretada junto a su cintura.

Decidió que era hora de irse. Al pasar junto a la mesa de aquellos desconocidos pudo observar que no solo no hablaban, sino que no se miraban mientras comían y mantenían un movimiento corporal rígido y poco natural.

La calle estaba inundada de gente a aquella hora de la tarde. Dejó la avenida principal y comenzó a caminar por una calle larga y estrecha. Se tuvo que echar a un lado para dejar pasar a un hombre que transportaba un carro de dos ruedas lleno de sacos de cacahuets. Pasó frente a un templo hindú

con sus estridentes sonidos de campanas que realizaba el *pandit brahmán* y que desprendía hasta la calle un intenso olor a humeantes bastoncillos de incienso y cera quemada. Al pasar frente al ancho arco de la entrada, un grupo de devotos, recitando mantras en voz alta, se cruzó con él y desfilaron en dirección al interior.

Llegó hasta una avenida ancha. Frente a él tenía el mar Arábico. Instintivamente, llevado por una inminente curiosidad, decidió caminar pendiente abajo, hacia la Puerta de la India. Se encontró de pronto en el rompeolas de la avenida P. J. Ramchandani Marg. Una calle de varios carriles donde circulaba un caótico tráfico separaba la acera próxima a la costa de una encorvada medialuna que ocupaba el horizonte: restaurantes, edificios de lujos, oficinas y hoteles exclusivos miraban hacia el mar. Se dejó arrastrar por la suave brisa húmeda de la tarde, por el sonido de las olas. Sentía curiosidad y, llevado por un repentino deseo, quiso echar una rápida mirada a la fachada del hotel Taj Mahal Palace.

Entre el tráfico de autobuses, motocicletas y el interminable claxon de los coches, escuchó que alguien gritaba a su espalda; por el tono de las voces, querían llamar la atención de alguien. David se giró y vio desde lejos a un grupo de policías dirigiéndose hacia él. Uno de ellos le indicaba con la mano al aire que se aproximara. Por un momento, se quedó paralizado. Los policías estaban a unos cincuenta metros de distancia. No solo tenía encima una cierta cantidad considerable de un dinero en divisa extranjera de dudosa procedencia que no podría justificar, sino que, además, su presencia no debía de ser conocida por las autoridades.

Decidió que lo mejor era salir corriendo. A su espalda oyó gritar en hindi para que se detuviera «¡*Arrey! ¡Band karo!*!». Mientras corría a toda prisa entre transeúntes y vendedores callejeros, la marea del mar levantaba ocasionalmente gotas por encima de los muros de piedra. Miró por encima de su hombro y vio al grupo de policías corriendo hacia él. No sabía a dónde dirigirse. Había llegado a las inmediaciones del hotel Taj Mahal Palace. La entrada estaba fuertemente protegida por un cordón policial. Después de aquel brutal atentado, todas las precauciones posibles serían pocas. Decidió bordear el edificio. Vio a un grupo de personas entrar por una puerta lateral. Entró sin más preámbulo y se encontró con un empleado de seguridad.

—Señor, esta no es la entrada de huéspedes.

—Necesito urgentemente usar el baño —dijo tocándose el estómago.

Sin esperar un segundo más, saltó la barrera metálica y corrió por el interior. Se metió en la primera puerta que vio abierta. Era un almacén de lavandería. Se quitó su camisa empapada por el sudor y después de mover perchas cogió una con estampados de flores rojas y azules. Siguió moviendo con frenesí toda aquella ropa lavada y planchada y vio un pantalón corto. Se cambió rápidamente y además cogió un traje envuelto en una funda de plástico. Salió al pasillo y caminó hasta el final. Un grupo de señoras de la limpieza lo miraron con asombro. Él hizo amago como de haberse perdido.

—Disculpen, ¿el *lobby*?

Entre risas por el aspecto físico del extranjero de aspecto *hippy*, desaliñado y atractivo, sujetando un traje de vestir, le señalaron un pasillo adyacente y él, asintiendo, se alejó. Al llegar, empujó la puerta y reconoció aquel perfume que emanaba la entrada del hotel.

Vio a escasos metros a una pareja que por sus uniformes y físico daban a entender que pertenecían al cuerpo de seguridad de alguna firma privada contratada por el grupo hotelero. Fue hacia el área de la piscina sin aminorar el ritmo, como si fuera un huésped que sabía a dónde dirigirse. Se quitó la camisa, los mocasines y la riñonera, y lo puso todo sobre una hamaca de lona. Se tiró al agua.

Quedó tumbado un tiempo boca arriba bajo el cielo del atardecer; cerró los ojos y no pudo evitar rememorar los sonidos de disparos procedentes de fusiles automáticos y los agudos de explosiones de granadas de mano. Permaneció flotando cuerpo arriba varios minutos. Cerró los ojos y recordó a Cristina quitándose el albornoz en una de las hamacas y zambulléndose en el agua.

David decidió hacer un largo para sosegarse. Al poner los pies fuera, en el borde de la piscina, un diligente empleado corrió a ofrecerle una toalla gruesa de fino algodón. En el vestuario se cambió de ropa. Con el neceser y jabón del baño se lavó el pelo y se peinó, aparte de arreglarse la barba. Con camisa blanca, pantalón y chaqueta azul oscura, su aspecto era muy distinto. Parecía salido de una revista de moda. Se ató muy fuerte la riñonera alrededor de su cintura y salió.

En el *lobby*, un grupo de jóvenes empleadas vestidas pulcramente con

brillantes saris le sonrieron y saludaron ceremoniosamente. Dos señoras extranjeras le miraron con detenimiento, pensando que sería un acaudalado hombre de negocios, observando entre ellas sin reparo alguno su espalda, notando los músculos compactos. Él, por su parte, fingió no ser consciente y siguió adelante sobre el immaculado mármol. Al cruzar el umbral y bajar las escaleras, un uniformado portero sij con pronunciado turbante azul y de un metro noventa de estatura, le saludó y le deseó un buen día, pero acto seguido miró fuera del pórtico y pudo observar a lo lejos a un policía; sus miradas se cruzaron y hubo un intercambio de comunicación moviendo ambos la cabeza. Entonces, decidió agarrar del hombro al extranjero. David se giró, con una mano se deshizo de su brazo al tiempo que lo empujaba sobre su espalda, se inclinaba y lo levantaba hasta lanzarlo por encima de su cabeza. El sij, de ciento treinta kilos, cayó de espalda sobre el suelo por delante de David. Antes de que se formase un círculo de curiosos alrededor, salió corriendo y, al llegar a la acera de enfrente, caminó decidido durante unos minutos. No dejaba de observar todo a su alrededor.

—Alto —gritó el policía desde el otro lado de la calle.

Un *jeep* Maruti Gypsy de color blanco frenó en seco sobre la acera opuesta y un grupo de policías blandiendo palos largos de madera saltaron de la parte de atrás.

David echó a correr. Vio una bicicleta apoyada sobre un árbol y no se lo pensó, la cogió por el manillar e impulsándola hacia adelante saltó sobre el asiento cogiendo velocidad y dejó atrás a su dueño con su esposa e hijo. El hombre corrió unos metros detrás de él sujetando un helado y soltando improperios acompañados de gestos propios de una pantomima.

Por mucho que se lo propusiese David, un extranjero en bicicleta, en traje de negocios, con el pelo largo, la boca jadeante y con una barba que le daba un aspecto de *híster* no podía pasar desapercibido en las calles de Bombay, serpenteando a gran velocidad entre coches y autobuses. Pronto tuvo el *jeep* de la policía detrás de él. Al esquivar un coche, se oyó un ruido sordo seguido de un estrépito: dos coches colisionaron, y David pudo escuchar a su espalda un sonido fuerte de golpes metálicos entrechocados y los fragmentos de cristal al romperse.

Al bordear una ancha rotonda, algunos viandantes y conductores creían ver a un hombre dado a la fuga, siendo perseguido por la policía, pero la

mayoría se reía por el espectáculo tan propio de una película de acción de Bollywood y alzaban en vano sus teléfonos móviles para conseguir grabar la persecución. David viraba de derecha a izquierda, no sabía a dónde iba en concreto, pero sabía que cuanto antes entrase en los suburbios y se metiese dentro del área de las chabolas, antes estaría a salvo.

En el vehículo de la policía había una actitud con el resto de los conductores locales de cierto enfrentamiento enojado, un oficial gesticulando violentamente no dejaba de soltar improperios por la ventana a los conductores para que se apartasen a un lado.

Entró a la calle principal de un bazar donde se vendía todo tipo de productos; hasta hombres de negocios compraban allí ordenadores, y las amas de casa, fregaderos de acero inoxidable. Disminuyó la velocidad, pero continuó pedaleando lentamente hasta que tuvo que frenar y bajarse de la bicicleta. Había mucha gente por doquier y productos expuestos sobre las aceras.

Con las manos sobre el manillar pasó caminando frente a las marquesinas de las tiendas adornadas con abundantes artículos metálicos, dispuestos con tanto brillo que los turistas que callejeaban por la zona no podían evitar sacar fotos. Hacía calor en aquella agitación de tráfico humano. David miró hacia atrás, pero no distinguió a ningún policía siguiéndole. Por un momento pensó que los había perdido, pero presintió que a lo mejor habrían dado toda la vuelta y le estarían esperando al final del bazar. Decidió por precaución adentrarse en un callejón paralelo.

Allí no existía un paisaje comercial ni nada que resultara resplandeciente. Según continuaba podía oír sonidos metálicos. En pisos bajos y buhardillas, en aquellos callejones ocultos, había familias: niños, mujeres y hombres, jóvenes y viejos provenientes de dispares lugares de la India que trabajaban para producir los productos expuestos en el bazar por míseros salarios y en las condiciones higiénicas menos favorables. Cosían mochilas de deporte con sus respectivas marcas americanas falsificadas, bolsos, zapatos, ropa de todo tipo e incluso hornos para producir brillantes señuelos metálicos de cocina.

David se topó con un callejón sin salida. Decidió entrar en una nave industrial cuya ancha puerta corrediza estaba abierta. Allí, hacinados en grupos, montones de chicos jóvenes de piel muy oscura y pies desnudos pintaban flores secas con productos químicos utilizando pistolas de

pulverización. El olor era fortísimo y nadie utilizaba máscaras. Varios aparatos de radio estaban encendidos y se escuchaban distintas canciones al mismo tiempo, que, junto a secadores de mano y el sonido emitido por generadores de electricidad, convertía la atmósfera en asfixiante y ensordecedora. A los lados de las paredes había muchos bidones apilados llenos de colorantes y legía. Nadie pareció prestar atención al visitante con su bicicleta. Todos estaban pendientes de sus trabajos, manejando aerosoles, transportando cajas o asistiendo a compañeros.

Nada más salir de la nave industrial, montó sobre el sillín y pedaleó hasta salir a la calle principal. Cuando se hubo incorporado en el tráfico, vio el inconfundible vehículo Maruti Gypsy de la policía aparcado en la acera opuesta. Un oficial le vio, llamó la atención a los demás y reanudaron la persecución.

El *jeep* se aproximaba a escasos metros de los vehículos que se topaba por delante para girar en el momento en el que lo iban a golpear y entonces apretar el acelerador y adelantar. David, por adelante, se acercó hasta quedarse a escasos centímetros de un autobús lleno de pasajeros y agarrándose a la puerta, saltó poniendo un pie sobre el peldaño inferior. La bicicleta dio un espectacular salto de campana por el aire hasta acabar en los bajos de un taxi Fiat que salió despedido, saltando encima de la acera y empotrándose contra el escaparate de una tienda.

El autobús aceleró al llegar a un tramo de la carretera cuyas vías eran más anchas, tres carriles en ambas direcciones, y subió a un puente elevado con una fuerte pendiente. Cuando descendió el autobús, después de girar en una avenida, David saltó al asfalto y, esquivando los vehículos, llegó a la calzada. Sin aminorar su marcha, corrió para internarse en las chabolas que surgían por debajo de un puente hasta más allá del horizonte.

El ruido del tráfico comenzó a desaparecer mientras iba por caminos abarrotados de cabras, perros callejeros y pollos. El aire se volvió algo más húmedo que el de diésel y gasolina de la calle.

Su plano mental del lugar de la ciudad donde estaba situado se hizo confuso. Presintió que, si seguía hacia adelante, llegaría fuera de aquel mundo de chabolas y podría coger antes de que anoheciera un autobús o un *autorickshaw* que le llevara hasta el suburbio donde vivía Hassena.

Una serie de niños recitaban versos del Corán dentro de una casa abierta de par en par. Alguien puso música a todo volumen en su teléfono móvil y los gemidos de una canción en hindi serpentearon entre los callejones. Había vendedores ambulantes llevando a rastras y encima de los hombros sus mercancías. También había puestos de venta de verduras, que distaban mucho de estar frescas.

Por un momento se quedó quieto pensando a dónde dirigirse. Unos pollos picoteaban por el suelo. Un grupo de jóvenes estaba sentado en un banco de madera situado bajo una lona de plástico que habrían desgarrado de alguna marquesina publicitaria. Todos estaban mirando imágenes en la pantalla de un teléfono móvil que uno de ellos sujetaba. Una niña se acercó a él. David, viendo el estado de su ropa hecha girones, se quitó la chaqueta y se la dio. La niña la agarró bruscamente y salió corriendo hasta perderse por un pasillo estrecho. Decidió emprender la marcha por un callejón de la izquierda sin dejar de pensar en aquellas condiciones tan duras y embrutecedoras en las que vivían todas esas gentes. Cuando llegara el monzón, aquello sería devastador.

Se cruzó con un grupo de pescadores cargados de cestas y redes con olor a mar. Conforme se internaba, cada vez se encontraba con menos gente. Vio

un puesto callejero y se acercó. El hombre, con una camisa interior de tirantes y un prominente colgante sobre el pecho con la figura de Om, le saludó mientras revolvía alimentos en una cazuela humeante llena de aceite hirviendo. El desconocido le ofreció con una amplia sonrisa una taza de té en un vaso pequeño de plástico. Al acercarse, sus zapatos se hundieron en el fangoso centro de la calle. Se remangó la camisa y cogió el pequeño vaso que le tendía el desconocido en el aire; en sus ojos y en los dientes le brillaba la tenue luz de una bombilla amarilla que colgaba de unos cables sobre el techo. Ya había comenzado a anochecer.

Dio un sorbo a la bebida caliente mientras veía alejarse por los callejones a un vendedor de incienso que quemaba a su camino muestras de sándalo.

—¿Por ahí podré salir fuera? —preguntó señalando el pasadizo que comenzaba frente a ellos.

—Sí, sí —dijo el hombre riéndose por lo bajo; le indicó con el índice las frituras que estaba cocinando.

—No, muchas gracias.

El vendedor tiró al suelo un puñado de frituras. Un grupo de perros se acercaron para comer. Luego, ante su grotesca risa, se atacaban entre sí por agarrar entre sus colmillos un último trozo. El hombre se agachó, cogió una piedra y la lanzó con violencia contra los animales. Los perros, gimiendo y aullando, se marcharon.

Después de terminarse el azucarado té, realizó una mueca y un leve movimiento con su cabeza de agradecimiento al vendedor; tiró el vaso a un lado donde había un montón de basura apiñada, y continuó. Entró despacio por el pasadizo. Era un lugar fresco, totalmente desprovisto de sombras. Dobló una esquina y se adentró en uno de tantos laberínticos callejones; mantuvo los ojos clavados al frente con la intención de poder ver a alguien a quien preguntar por la salida.

De pronto, el bochorno que impregnaba el ambiente comenzó a molestarle al respirar. Se sintió sofocado por aquel lugar desconocido. «Dios mío, ¿dónde estoy?». Las casas comenzaron a parecerle las más primitivas que había visto hasta el momento. El hacinamiento, mayor de lo habitual, le estaba provocando más angustia. Comprendió que algo le estaba sucediendo. Una sed se apoderó de él. Jamás le había sucedido nada igual. Por un

momento tuvo un sentimiento de preludio a la muerte; como aquel que había experimentado en el hotel tras el atentado, pero ahora no estaba herido. «Será el calor, que no me deja respirar».

Una mujer salió de una chabola y se quedó observándole. Acto seguido, alzando el brazo, le indicó una dirección. David siguió por donde le indicaba. Un niño se acercó y le tiró del pantalón. Sostenía una botella de agua potable. Era de una marca conocida y el precinto estaba cerrado, por tanto, supuso que no estaría adulterada. Antes de poder disculparse porque no tenía dinero suelto, el pequeño se fue corriendo. David se bebió la botella de un trago y tiró al suelo el plástico vacío. Sintió que algo se movía por sus piernas. «Un animal». Era del tamaño de un gato, igual un perro. No le dio importancia. Siguió sumergiéndose en aquel flujo de estrechos callejones. Su camisa estaba adherida a su espalda debido al incesante sudor. Sintió una rabia por la impotencia de no saber cómo salir de allí. Un viejo apareció y le señaló hacia adelante. David meneó la cabeza como signo de agradecimiento.

Se fue adentrando en pasajes más siniestros. El sentimiento que experimentaba se fue convirtiendo en angustia, ya que era consciente de que no lograría jamás salir de allí por su propio pie. De pronto, apareció en un lugar más iluminado y se fue cruzando con una serie de personas que, por sus vestimentas, parecían ser parte de otra época. Vestían atuendos tradicionales y un tintineo de cascabeles acompañaban a las mujeres en su caminar. Intentó llamar la atención a alguno de ellos, pero pasaron de largo sin prestarle atención. Sintió que le evitaban. «Quizá parezco borracho». Se sostuvo sobre la pared. Otro animal pasó junto a los pies. Ahora se dio cuenta de que eran ratas, pero ratas de un tamaño que jamás había visto: eran enormes y se movían de forma parsimoniosa.

—Ayuda. Necesito salir de aquí —gritó, pero sus palabras reverberaban entre las paredes de la profundidad del callejón.

«¿Y si estaba envenenado el té? No me pidió dinero y no dejaba de sonreír». Comenzó a pensar. «No, sería el agua de la botella, igual habían inyectado veneno con una jeringuilla atravesando el plástico. Por eso el niño no esperó y se fue corriendo temiendo una posible reacción violenta por mi parte. Sí, es eso, debo de estar drogado».

Se tropezó, y a punto estuvo de caerse al suelo cuando se sostuvo apoyándose en la pared. Sonó un golpe sordo y un rasguño. Un pestillo se

deslizó sonoramente y una puerta ancha se abrió en lo alto de una escalera. Una repentina luz le deslumbró desde lo alto. Alguien había abierto la puerta, por lo tanto, podría haber allí alguna persona que le pudiera socorrer, pensó. Se sujetó a la pared e inició su ascensión, sin embargo, le parecían unos escalones enormemente desproporcionados. Para subir el primero tuvo que levantar la pierna más de medio metro. Comenzó a sentir sofocación. El fantasma del pasado, la sensación inconsciente de no haber podido prevenir en Madrid la muerte de su hermano mayor, se había convertido en un trauma cuyas graves consecuencias había subestimado. En el siguiente escalón se dejó caer e intentó subir a rastras, pero se paralizó: gimió y gritó tan fuerte como pudo. La voz de Cristina resonó en su mente: «Haz caso al doctor, lo puedes superar muy rápido. Sube una escalera, contando de uno a diez, y así vuelta a empezar»; «¡Pareces un crío, David! Hazlo y deja ya el pasado donde debe estar». Fotograma a fotograma, como si fuera una película, le vinieron a la mente fragmentos de lo que pasó en el apartamento de Madrid, donde, según las autoridades, se inmolaron unos terroristas islamistas: cómo intentó subir las escaleras para evitar que su hermano siguiera adelante. Escuchó la voz del psicólogo que le asignaron en su momento: «David, la fatalidad no existe, se trata simplemente de manifestaciones propias de la vida. Podríamos decir que la vida es una corriente infinita donde la mala suerte asoma en frustraciones, dificultades, obstáculos, desgracias...». Volvió a oír la voz de Cristina: «No te atormentes más. Hiciste todo cuanto pudiste». Se levantó y comenzó a subir aquellos tremendos escalones.

Cuando llegó al umbral de la puerta, no llegó a percibir quién había en el interior. Sintió un aliento nauseabundo y un olor a sudor de alguien que se agachaba a cogerle la riñonera. Hizo amago de sujetarle los brazos para impedirselo, pero no pudo: no tenía fuerzas. Sintió que se desvanecía acompañado con las palabras que apenas conseguía pronunciar de manera audible: «No, no, no».

CUARTA PARTE
EN BUSQUEDA DE VENGANZA

—Nuestra única preocupación fue que no pudieras salir del hotel —comentó Pappu—. No pensamos que pudieras meterte ahí dentro.

El indio comenzó a vaciar la riñonera de fajos de papel en blanco.

Apoyado contra el cabezal de su cama, David rio, moviendo la cabeza en señal de incredulidad, y continuó comiendo su desayuno de yogur, *roti* y tortilla.

—Desde luego... —dijo el español masticado con ganas la comida—. Esto supera cualquier entrenamiento de lucha urbana.

Hassena entró en la estancia.

—Si cuento lo que habéis hecho conmigo, nadie me creería —añadió David mirando a los dos indios con la boca llena de comida—. Increíble, pero cierto.

—Lo fundamental es que diste prueba de astucia —comentó ella.

—Bueno... creo que os excedisteis —argumentó David, mirándola de reojo, y gesticulando con la mano, continuó—: Imagínate que hubiéramos provocado alguna muerte.

—El propósito era analizar tu capacitación física y mental. El doctor que te atendió en su día dijo que para superar el suceso traumático que experimentaste en el pasado, había que repetirlo.

—Pues vaya escenificación —sentenció, chupándose el pulgar tras rebanar el plato con un trozo de *chapati*.

—Tu voluntad de aceptación fue el primer paso —continuó Hassena obviando su comentario—. Después vino tu intervención en un circo social,

como ha sido el Akhara, donde se te fortaleció el desarrollo social aprendiendo nuestro idioma, comunicándote con otros indios. Allí, el enfoque de aprendizaje no solo fue basado exclusivamente para convertirte en un luchador, sino en la superación y realización personal a través de tus fuerzas y capacidades.

—¿Y ahora? ¿Cuándo vas a tener la gentileza de darme paso a la acción?
—preguntó dejando el plato vacío a un lado.

—Ahora que estás listo, quiero que des una llamada de atención al negocio de la prostitución —anunció con los brazos en jarras y sin quitar la mirada de David—, en concreto, a la mafia que opera bajo las órdenes de Sapna. Ya estoy más que harta de escuchar a víctimas clamándome justicia por el daño que les ha causado. Ordena a sus hombres que arrojen ácido a la cara de las chicas que intentan salir de la prostitución o a las que todavía no se han iniciado, pero no se dejan dominar. No hay crimen más horrendo que la desfiguración facial para una mujer. Es lo más vil que una mujer puede hacer a otra. Te podrás imaginar que muchas se han suicidado tras verse desfiguradas. Quiero que tú y Pappu *baba* os presentéis cara a cara con ella y le digáis que no quiero que opere en Bombay, que se largue, que es una advertencia. Si dentro de tres días no ha cerrado su apestoso burdel, lo tendré que echar abajo con una orden judicial del ayuntamiento.

David se mostró incomodo; su gesto no pasó desapercibido.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? ¿Por qué no envías a otros de tus hombres?

—Te diré por qué —dijo cruzándose de brazos—: ese lugar sigue en pie gracias a ciertos políticos que le conceden la licencia a Sapna para operar su negocio en sus jurisdicciones. Ella tiene contactos influyentes y sus sustanciosos sobornos la hacen inmune a los registros por parte de las autoridades del ayuntamiento en materia de sanidad, inspecciones, etcétera. Su poder es tal que ha ordenado asesinar a muchas personas, muchas de ellas jóvenes. Estos sucesos no han salido en los medios de comunicación, y cuando ha aparecido alguna noticia al respecto se han tratado como si fueran hechos aislados, muertes ocurridas por suicidio. En su local ofrece a sus ricos y exclusivos clientes la disponibilidad de llevar a cabo sus más salvajes fantasías sexuales. Hay un político que va con bastante asiduidad, y como es habitual en los clientes, comparten secretos con las prostitutas, hablan entre

las sábanas como si quisieran confesarse. Por lo visto, este político dijo a una de ellas algo relacionado con el ataque terrorista. Le hizo saber que un atentado de envergadura ayudaría mucho a su partido a ganar las elecciones nacionales, que estaban próximas por entonces. Unos atentados producidos por Pakistán, ferviente enemigo desde siempre de la India, podrían despertar el patriotismo de los indios y reelegir como gobernantes, una vez más, al partido en el poder y no a la oposición.

—Es decir, lo que en la jerga de la inteligencia se llama un atentado de falsa bandera —comentó sentándose en el borde la cama.

—Sin duda, el atentado fue perpetrado por terroristas islamistas, pero nuestro terrorista americano quizás no fue el único que les prestó ayuda. Averiguando lo que sabe este político puedes dar con el americano. — Guardó silencio y, al poco, continuó—. El destino nos puso en el mismo camino. Mis objetivos están unidos a tu propósito de encontrar a ese terrorista y vengarte.

—Entonces, vamos a por ese eslabón de la cadena, a por ese político. ¿Cómo se llama?

—No me han sabido decir quién es, ya que hay al menos cinco políticos regionales que han estado frecuentando ese lugar. Ve primero a por Sapna. Obtén de ella la información que le puedas sacar. Antes de los atentados, según me han informado, asesinaron a tres prostitutas. Ellas sabían algo que no debían haber oído. Con mi llamada de atención a Sapna la puedes presionar para que te diga el nombre de esa persona.

La dramática historia de Sapna Choudhry en Bombay se correspondía con la historia personal que habían experimentado miles de jóvenes anónimas. Sin embargo, la diferencia residía en que ella se convirtió en un ser tan malvado como sus agresores.

Siendo una adolescente, escapó de su pueblo junto con su novio en los interiores de la India. Huyó de una pobreza rural y de unas costumbres sociales arcaicas. Su novio le prometió una vida llena de amor y felicidad en la ciudad de los sueños, Bombay. Obnubilada por las imágenes de las actrices de Bollywood, no dejaba de imaginarse viviendo una vida como las representadas en la pantalla. Sería una esposa y madre idílica. Trabajaría. Como sabía coser muy bien, comentó a su novio, durante el trayecto en el renqueante tren, que comenzaría a trabajar en una empresa textil, y desde un puesto básico ascendería para, en un futuro, abrirse ella misma una sastrería. Se agarraban el uno al otro con confidentes risitas de excitación juvenil e ilusorios proyectos mientras se acurrucaban en el vagón de tercera clase.

Al llegar a Bombay se hospedaron en un barato, pero cómodo hotel. Nada presagiaba el drama que estaba a punto de suceder. Por la noche, aprovechando que ella estaba sola, ya que su novio le argumentó que salía al puesto de comestibles cercano de la esquina, unos hombres entraron dentro de la habitación y la secuestraron.

Le costó mucho tiempo aceptar el hecho de que su novio la había vendido y había actuado como mediador y comisionista, y que ella no había sido hasta entonces la única joven con quien había traficado. Aquellos hombres la llevaron a un edificio donde una señora llamada Anchanaakshi, después de vestirla y maquillarla a la fuerza con la ayuda de sus sirvientas, la encerró en una habitación con un hombre.

Aquel hombre era un cliente de tantos, de Anchanaakshi, y había pagado una conmensurable cantidad de dinero en metálico por tener sexo con una adolescente virgen. Para el burdel que regentaba, era la experiencia denominada *nath utaarna* o iniciación en el negocio del sexo para perder la virginidad. El desconocido, sin pudor alguno, haciendo uso de su impunidad, se desnudó frente a ella y, sujetándole la cabeza, la forzó a mirarle. Tenía un cuerpo horrendo. Ella bajó la mirada al suelo, y él la golpeó; se comportó como un animal. Se tumbó encima de ella y la violó. Por mucho que intentaba separarse de él, peor se comportaba con ella. Cuando hubo terminado, se quejó a Anchanaakshi de que Sapna le había intentado golpear con la rodilla en la entrepierna. A pesar de haberla dejado dolorida, temblando y magullada, dos empleados del burdel entraron y la golpearon hasta que le hicieron prometer que jamás volvería a defenderse o impedir que un hombre mantuviera relaciones sexuales con ella.

Quedó en tal estado que se negó a comer y a beber agua. Anchanaakshi supo que su comportamiento era como anteriormente había visto en otras jóvenes. Así pues, decidió actuar como otras veces: la puso en su vivienda y la estuvo cuidando como si de un familiar se tratase. Durante días estuvo omitiendo cualquier tema relacionado con el negocio de la prostitución. Sapna comenzó de nuevo a comer. Viendo una mejoría psicológica, decidió Anchanaakshi que era el momento de introducirla a nuevos clientes. Sin embargo, el siguiente hombre se quejó a la dueña del burdel de que la joven había intentado morderle y le demandaba la devolución del dinero que previamente había pagado. Anchanaakshi se encontraba con un dilema que tenía dos soluciones. La primera era tirarla a la calle, pero esto podría causar problemas a su negocio si acudiese a la policía, ya que, aunque allí acabase violada igualmente, quizás llamaría la atención de alguna Organización No Gubernamental de las que estaban proliferando por los barrios más insalubres predicando los métodos anticonceptivos, la higiene y dando a conocer el mal del sida. La segunda opción, que vio más factible, era llamar a Gangubai.

No era la primera vez que Gangubai tenía que mediar y encauzar la vida de una joven en un burdel. Ella era la dueña de varios burdeles de Bombay, la más veterana y la que más éxito tenía en el negocio de la prostitución. Vestía siempre con un sari blanco, impoluto, como dando una imagen de pureza que en absoluto tenía, pero a la vez la imagen de poder, que sí que tenía. Las trabajadoras de los burdeles le tenían un respeto reverencial.

El día que Gangubai se bajó de su flamante coche, las jóvenes trabajadoras del burdel de Anchanaakshi se apresuraron a mirar por el balcón y las ventanas para después recibirla en los pasillos juntando las palmas de las manos a la altura del pecho en señal de respeto.

—Yo no hablo con personas que no dejan de llorar —le espetó a Sapna, que, tumbada boca abajo, no dejaba de sollozar. Estaban las dos solas en la habitación de ella.

—Por favor, ayúdeme —imploraba Sapna—. Déjeme irme de aquí. Se lo suplico.

—Mira tu estado. Has dejado de comer durante mucho tiempo. No tienes buen aspecto. ¿Quieres matarte de este modo?

—Si continuo aquí, me mataré.

—Escúchame, este lugar no es peor que otros. Anchanaakshi tendrá sus defectos, pero cuida de sus chicas. Por este motivo estoy yo aquí, porque está preocupada por ti. Vamos, dime, si tú no quieres estar aquí, ¿por qué has venido aquí a trabajar?

Sapna le relató la relación con su novio en su pueblo del interior de la India, la promesa que él le hizo de casarse con ella y cómo supo que él la había vendido a unos hombres que consecuentemente la habían traído hasta ahí.

Aunque el relato de los hechos no era nada original y pareciera una copia exacta de lo que miles de jóvenes habían experimentado, le trajo a la veterana Gangubai unos recuerdos que pensó que tenía profundamente enterrados: cuando ella con la edad de diecisiete años sufrió su primera violación. Tras aquella experiencia y las siguientes, le fueron enseñando que aún podía conservar su libertad; la libertad de decidir entre castigarlos o perdonarlos podía transformar su futura vida. Ella decidió que aquel suplicio se lo haría padecer a cuantas más personas, mejor.

A igual que a Sapna, cuando ella era joven, le cautivaba la imagen de Bombay que le contaban en el colegio: un lugar lleno de coches, de hombres atractivos, de estrellas de cine con los que te podías encontrar caminando por las asfaltadas calles. Pronto, en la joven Gangubai se convirtió en obsesión el deseo de ir a visitar aquella ciudad. Quería fama, ser actriz, poseer los bienes materiales que veía que disfrutaban en las películas. No tardó en caer en la

atención de un joven espabilado que le prometió un papel en una película a través de unos conocidos que trabajaban en la industria del cine. Además, le pidió casarse con él. Una noche se escaparon de su pueblo, no sin antes robar las pocas joyas de su madre. Él le dijo que cogiera todo lo de valor que pudiese llevarse consigo, porque, según le argumentó, en Bombay necesitarían dinero durante los primeros días. Cuando la joven Gangubai se bajó del vagón al llegar al andén, se quedó entusiasmada al ver la enormidad y magnificencia arquitectónica de la estación Victoria. Jamás había visto nada igual. «Cuando tus amigas sepan que te has convertido en actriz, también llegarán a esta estación para ir a verte en Filmcity. Ya verás». Aquellas palabras sonaban como eco en su cerebro. Se hospedaron en un hostel cercano a la estación. Al día siguiente, él le dijo que llegaría una tía suya para recogerles y llevarles a su casa, ya que argumentaba que la tarifa en el hostel había subido considerablemente. Ella, en un primer momento, quedó sorprendida, ya que nunca había mencionado que tuviera familiares en Bombay. Llegó un taxi, y cuando Gangubai entró, se encontró en su interior con una mujer exageradamente maquillada que se presentó como un familiar. Él, cerrando la puerta del vehículo, dijo que iría más adelante, que iba a hacer la compra. Jamás volvió a verlo. Al llegar a un edificio, en un perdido suburbio de la ciudad, se encontró dentro de una habitación exactamente igual a la que ahora estaba con Sapna. «¿Dónde estoy?». «En un lugar llamado Kamathipura», le respondieron. Más tarde supo que era así como se denominaba el conocido barrio rojo, y que su novio la había vendido por quinientas rupias.

Gangubai tenía hermanas. Si ella volviese a su pueblo de origen y contase lo sucedido, no solo mancharía la reputación de su padre, sino que arruinaría posibles propuestas de matrimonio para sus hermanas. La otra opción que tenía era suicidarse, pero era tan ingenua que no sabía cómo hacerlo, incluso las ventanas de la habitación donde había sido encerrada momentáneamente tenían barrotes. Finalmente, desistió de sus intentos y decidió someterse a la ceremonia del *nath utaarna*. Desde entonces, no solo satisfizo a lo largo de los años a numerosos hombres, sino que tuvo como clientes a miembros de la mafia. Poco a poco, fue creándose un círculo de amistades entre las cuales tenía asiduos clientes muy poderosos. Sus compañeras comenzaron a mostrarle respeto, y poco tiempo después regentó su propio burdel financiado por el crimen organizado.

Gangubai decidió comprar a Sapna a Anchanaakshi, y como quien adopta un perro callejero en un centro de adopción, la llevó a su casa y le enseñó el funcionamiento del negocio. La quiso no solo como a una hija, sino como la heredera de su imperio. Aquel grupo mafioso que financió los negocios de Gangubai era rival de un notorio gánster llamado Dawood Ibrahim, el hermano de Hassena, huido al extranjero. Cuando murió Gangubai tras una larga enfermedad debido a su adicción al alcohol y el tabaco, Sapna tomó las riendas del negocio. No tardó con los años en cumplir la promesa que en su día se hizo así misma. A la ya avejentada Anchanaakshi la descuartizó e hizo lanzar sus trozos por las vías de tren para satisfacción de las ratas y los perros callejeros. Los empleados de su burdel fueron maniatados y torturados frente a ella; los hombres fueron castrados antes de morir para que se desangraran lentamente, y a las mujeres las hizo violar por un puñado de tullidos que trajo de un hospicio católico para leprosos y desamparados. Después prendió fuego a aquel edificio y de sus escombros construyó uno nuevo. Consideró que fue su destino quien le llevó hasta Bombay, la ciudad sobre la que se podía leer en los folletos turísticos como alegre, tolerante, cosmopolita, abierta y excéntrica; pero también una urbe desmesurada, caótica, explosiva, dura, capaz de destrozarse la vida de cualquier ser, todo ello ante la indiferencia por parte de los otros habitantes.

Sapna se convirtió en jefa de la mafia. Sus ilícitos beneficios eran obtenidos no solo por la prostitución, sino que, además, tras la muerte de los mafiosos entre trifulcas y guerras internas, ella fue adquiriendo los negocios en el tráfico con drogas, la falsificación de documentos oficiales, el contrabando de tabaco y el secuestro.

Dawood Ibrahim, uno de los señores de la mafia de Bombay, había sido en su día uno de los fundadores del sistema de consejos que había dividido la ciudad en regiones gobernadas separadamente por capos del crimen organizado. Los habitantes de Bombay estaban más que contentos, porque, protegidos por los gánsteres, no tenían que preocuparse por los policías corruptos ni por los políticos. Durante años fue un sistema popular, hasta que Dawood tuvo que huir de la India. Entonces muchos jefes del crimen organizado se enzarzaron en sangrientas luchas por el poder territorial. Hassena consiguió apoderarse de un feudo además de asegurarse de que el negocio de su hermano en Bombay no pereciera o cayese en manos rivales. Sapna aprovechó aquel tiempo de disputas, agravios y asesinatos para

afianzarse en su territorio como única dueña del negocio de la prostitución, poderosa y peligrosa; mandó matar a muchas personas, además de secuestrar a muchas jóvenes del interior de la India, y chantajeó a numerosos políticos y hombres de negocios para obtener sus fines, como licencias para abrir prostíbulos y licorerías o sacar de prisión a empleados suyos.

El destino quiso que se confabulasen dos distintas personas para frenar su desmesurada inclinación por la codicia de poder y los fines que empleaba.

En Madrid, aquella mañana, en el Servicio Clandestino del Centro Nacional de Inteligencia, la tarea que tenía asignada Julián era particularmente grata. Se tomaría un café mientras leía los resúmenes de prensa, se reuniría con sus asistentes, tomaría decisiones, escucharía informes secretos sobre ciertos individuos y ordenaría qué grado de vigilancia habría que conceder a ciertas personas de dudosas intenciones. Se reuniría con el jefe de operativos de inteligencia y con el jefe de la sección contraespionaje y con los de antiterrorismo. Además, tenía que ordenar su agenda para los próximos días con su secretaria.

El teléfono fijo sonó.

—Tienes que ver esto, Julián —le informó desde la otra línea Goyo Lebrero, su ayudante más cercano y jefe de sección encargado de descifrar claves y la criptología.

La función específica de su departamento consistía en el espionaje informático global, así como analizar la información clasificada obtenida por colaboración con otras agencias de inteligencias extranjeras.

A los pocos minutos entró en la sala.

—Este material lo obtuvimos por nuestros colegas indios —le anunció Goyo—. Fue pura formalidad burocrática por parte de ellos. Mandaron estas imágenes a varias agencias de inteligencia extranjeras, pidiendo que alguien pudiese reconocer a este individuo. Nosotros lo hemos averiguado, pero no hemos confirmado nada a nadie.

Un oficial retrocedió unas imágenes captadas por cámaras de videovigilancia en *Full HD*. Era David recorriendo el hotel Taj Mahal Palace.

—Amplíala justo donde me enseñaste el rostro —le dijo Goyo al

informático.

Las imágenes se fueron mostrando paulatinamente en cámara lenta hasta un instante en el cual la misteriosa persona se giraba y miraba por escasos segundos hacia la cámara de seguridad. En aquella fracción de tiempo, el informático congeló la imagen y la amplió. El rostro del desconocido fue apareciendo pixelado, pero mientras tecleaba, se iba haciendo más nítida hasta mostrarse en pantalla completa a un hombre de aspecto occidental, piel blanca, pelo largo rizado y barba poblada.

—¿Sabes quién es?

—Pues... —Dio unos pasos hacia adelante y se colocó las gafas—. ¿El famoso yihadista americano?

Los servicios de inteligencia españoles llevaban oyendo rumores acerca de un norteamericano que trabajaba para grupos terroristas islámicos que operaban en Pakistán y Libia, y el peligro que implicaba si las misiones tuvieran como objetivo un país europeo. Nunca habían podido averiguar su identidad, sin embargo, Julián siempre había hecho hincapié a su equipo en estar especialmente alerta ante cualquier nueva información que la CIA u otras agencias pudieran compartir.

—No.

Por unos momentos reinó el silencio.

Goyo hizo un gesto con la cabeza al informático y este puso al lado de la foto maximizada la foto de un rostro de la misma persona, pero más joven.

Julián se quitó las gafas con incredulidad.

—No puede ser. Es una locura —dijo sacudiendo la cabeza lentamente—. Una locura absoluta.

—Julián, llevamos dos días trabajando en esto. Hoy es el tercero. Tampoco yo me lo creí cuando mis hombres me alertaron. Me decía a mí mismo: se habrán confundido. Yo mismo estuve en el entierro. Estos errores no se pueden cometer. Incluso, llegué a pensar que sería otra persona con un rostro parecido. Pero después de nuestra investigación preliminar y de cotejar las imágenes de David Ribas con y sin barba para corroborar nuestro análisis se las mandamos a un departamento especializado de la CIA, que nos confirmaron con rotundidad que se trataba de la misma persona. Entonces

comenzamos a trabajar las veinticuatro horas de modo exhaustivo. Mandamos a nuestros chicos al cementerio municipal. —Cambiano su tono de voz, más suave y leve, continuó—: Ese cuerpo decapitado que está enterrado no es el de David Ribas, pertenece a un australiano de su misma edad llamado Liam Worthington.

—Increíble.

—Nuestros hombres dejaron el ataúd y la lápida como la encontraron. Nadie sabe de nuestra actividad. —Observó de nuevo las imágenes—. Estamos seguros de que David está vivo. La prueba son estas imágenes. ¿Qué demonios está haciendo? No lo sabemos.

Goyo se acercó a otra pantalla y apretó unas palabras en el teclado. En las siguientes imágenes en blanco y negro se veía a David siendo perseguido por la policía, entrando en el hotel.

—Entró por la puerta de entrada para los empleados y salió por el pórtico principal, después de haber atacado al portero.

En las siguientes imágenes se vio cómo lanzaba al suelo al portero y emprendía la huida.

—No hemos podido averiguar por qué le perseguían y buscó refugio en el hotel, el lugar donde supuestamente murió él en el ataque terrorista. A lo mejor fue en busca de algo.

—¿Habría perdido la cordura? ¿O se encontrará bajo algún tipo de amnesia?

—No —respondió Goyo; levantó el índice y ordenó a una oficial—. Laura, muéstranos las otras imágenes.

Ambos quedaron de pie, detrás de la oficial. Ella tecleó por unos instantes y en su monitor se pudo ver a través de las cámaras CCTV, en calidad más baja que las obtenidas del hotel, pero aun así nítidas, a dos hombres entrar en un establecimiento.

—Este lugar es una cafetería muy popular en Bombay, y fue uno de los objetivos de los terroristas durante el ataque a la ciudad. Se llama Café Leopold. Aquí se puede ver cómo David entra junto con un hombre.

La imagen de su acompañante se congeló y agrandó. Apareció en pantalla

completa el rostro de Pappu.

—Este rostro lo hemos cotejado con los indios, y nos han confirmado esta mañana que es un miembro del crimen organizado.

—¿Qué tipo de crimen organizado? ¿Tráfico de armas? ¿Personas? ¿Drogas?

—Trabaja para la hermana de Dawood Ibrahim, el gánster que vive en Pakistán.

—Sí, lo conozco muy bien —dijo Julián soltando un bufido—. Y ¿qué les has dado a los indios como muestra de agradecimiento por su cooperación?

—La lista de los inmigrantes de origen asiático que están en ese monte de Marruecos junto con los subsaharianos a la espera de asaltar el paso fronterizo de Beni-Enzar y entrar a Melilla ilegalmente. Así, cuando aparezcan por la embajada de Madrid pidiéndoles ayuda burocrática, ya los tienen fichados. Aunque según nuestra experiencia, la mayoría pretende cruzar la península y llegar a Reino Unido.

—Muy bien. Dales también los nombres de las personas de origen indio que tenemos fichados en Barcelona. Ponles el caramelo en la boca para que ellos sigan cooperando. Ya sabes cómo actuar. —Acercándose más, añadió —: Quiero el fichero de David ahora mismo en mi despacho. Iré a ver al ministro del Interior y queda descartada la visita del rey a la India hasta que averigüemos qué está sucediendo.

—Julián, si alguien se entera de que nuestro hombre está vivo y actuando ilegalmente en suelo extranjero de esta forma, y esta información llega a los medios de comunicación, nos hunde la carrera, aparte de tener que dar explicaciones de cómo pudimos enterrar un cuerpo equivocado.

—De momento, que siga muerto, como supuestamente ha estado hasta ahora.

—Eso es precisamente el interés y propósito de David, si no, ¿por qué no se ha presentado desde un principio en el consulado de Bombay?

—Recaba toda la información que puedas averiguar sobre el ataque terrorista que sucedió en el hotel.

—¿Crees que hay relación?

—¿Que si lo creo? Ese hombre está ahí entre esa banda de gánsteres indios porque quiere pasar desapercibido, vivir en la clandestinidad, hasta encontrar algo.

—¿Algo?

—Sí, busca venganza por la muerte de su mujer.

—Las fuerzas especiales indias mataron a todos menos a uno, llamado Ajmal Amir Kasab, al que sentenciaron y ahorcaron. Se confirmó que llegaron todos de Pakistán.

—Estará en busca de algo o alguien en concreto.

—¿Y los gánsteres indios cómo le van a ayudar?

—Me imagino que se mueven por un submundo y manejan información.

—¿Y él? No será una ayuda altruista por parte de la mafia india. David está relacionado con la hermana del terrorista más buscado del mundo, según la Interpol. ¿Qué les dará a cambio?

—Pues conociéndole como le conozco, él les quitará de en medio a rivales del crimen organizado. Joder, que murió su mujer, y encima estaba embarazada. Ahora es capaz de ponerse en plan kamikaze si le prometen cualquier información de algún autor intelectual. Pero es una suposición. Tendré que hablar con él.

—¿Hablar con él? Quizá podamos mandar un operativo de inteligencia a Bombay y averiguar su paradero para que tome contacto con nosotros. Pero llevará su tiempo. De momento, no tengo a nadie que sepa desenvolverse en la India.

—No, no lo haremos de ese modo —dijo cavilando—. Cuanto más tiempo pase, más peligro existe de que su existencia se llegue a saber, por tanto, lo que vas a hacer es organizar una reunión, como esas de cámaras de comercio, sobre cooperación de materias de defensa entre España e India que sirva de tapadera para mi presencia en el hotel Taj Mahal Palace de Bombay. David llegará a saber de mí, y será él quien tome contacto con nosotros.

Se encontraban frente al hotel Liberty, situado justo en la periferia de Bombay. Era un edificio que tendría más de cien años de antigüedad. La pintura desconchada se caía a trozos de la fachada. Los balcones daban a la bulliciosa calle, mostrando desde arriba sus cornisas y florones contruidos en otra época distinta. Las ventanas que daban a la parte de la calle más concurrida estaban protegidas con verjas de hierro forjado.

Un contacto les había comunicado que aún Sapna no se encontraba en el edificio. Tan pronto como lo hiciese, una mujer colocaría un sari rojo colgado a través de los barrotes de una ventana. Había distintos accesos al edificio que permitían a cualquier persona entrar sin ser visto desde la calle; esto era un aliciente para que tuviera clientes de altas esferas sociales que buscaran privacidad.

—Siendo una mujer, no debió de ser fácil abrirse camino —comentó David sorbiendo un té *masala*; ambos se encontraban observando la fachada desde un puesto callejero—. A pesar de heredar los burdeles de su antecesora, debió de ganarse los favores de la mafia para conseguir su confianza.

—Ella es muy hábil manipulando a las personas. Sabe muy bien cómo convertir un suceso trágico en algo positivo. Sus clientes son hombres poderosos, de ellos no solo obtiene cuantiosos beneficios económicos, sino algo más valioso aún.

—Información.

—Efectivamente. Es inmune a todo tipo de registros, sean de Hacienda, de la Policía, organizaciones internacionales, o de cualquier departamento municipal. —Pappu guardó silencio un instante y preguntó—: ¿Y cómo lo

consiguió? Yo te lo diré. Cuando murió su mentora, Gangubai, hubo quien predijo que Sapna perdería el poder de protección del que gozaban los negocios de la prostitución en esta zona de la ciudad. Pero ella ideó un plan. Puso en la calle a una persona vigilando las veinticuatro horas, pendiente de ver al jefe de la mafia. Cuando este apareció caminando con sus esbirros, el vigilante avisó a Sapna. Sabiendo que el mafioso se incomodaría manteniendo una conversación en medio de la calle con una prostituta, se interpuso en su camino y le dijo que quería hablar con él sobre un tema muy importante que concernía a uno de sus hombres. Él le dijo que le siguiese a su casa. Cuando entraron, le hizo sentarse en la terraza, para que la gente viese que él, alguien respetado, no se veía con una prostituta a solas. Los criados le sirvieron té y galletas mientras el mafioso se ponía la ropa de estar en casa. Cuando se sentó frente a ella, le preguntó la razón de no probar bocado y no haber tocado el té. Sapna le contestó que, si se avergonzaba de reunirse con ella a solas por su condición, ella procuraría no ensuciar la cubertería. Nadie se había dirigido así al jefe de la mafia desde los tiempos de Gangubai. Al preguntar sobre el motivo de querer hablar con él, ella le contestó que uno de sus hombres había violado a una de sus prostitutas, que había ocurrido ya dos veces, y que no solo había mandado a la joven al hospital, sino que además no pagaba por tener sexo. El jefe de la mafia le dijo que tomaría acción, argumentando que desde los tiempos de Gangubai ninguno de sus hombres se había comportado de aquel modo tan bárbaro con una mujer. Sapna rápidamente se sacó un lazo de color rojo, como los que se atan en la muñeca los hermanos de sangre en una familia simbolizando que el varón protegerá a la hermana, y alzando el antebrazo al aire, siendo visible para todos los curiosos que los estaban observando, le pidió que se la atase en la muñeca. En vez de ella a él, como es tradición, él a ella. Él lo hizo y se dio cuenta de cómo Sapna tenía tantas o más agallas que en su día Gangubai, y más aún, se dio cuenta de que tenía la inteligencia de que carecía su predecesora. Esto le gustó, porque para el jefe de la mafia tener contentas a las prostitutas era una necesidad, como un político agradando a sus votantes para las próximas elecciones y así mantenerse en el poder. Porque ¿de dónde te crees que el crimen organizado puede sacar un sinfín de información confidencial sobre muchas cosas que suceden a pie de calle y que les ayuda a estar más adelantados que sus rivales? Bueno, pues aquel jefe de la mafia ató en la muñeca de Sapna el cordel rojo y de este modo simbolizó que la consideraba públicamente como una hermana, ya que había sellado su protección y

seguridad sobre ella. Desde aquel día puso a sus hombres vigilando el burdel. Cuando el susodicho empleado volvió, el jefe de la mafia se enteró y entró en la habitación con sus hombres blandiendo bates de *hockey*. La paliza que le pegaron fue de película. Lo sacó a la calle a golpes. Le rompió todos los huesos. Todos los habitantes del lugar e incluso las prostitutas vieron aquel espectáculo enmudecidos ante tal brutalidad. En su día dijeron que le golpeó tanto en la cabeza que le rompió el cráneo. Ya no se le volvió a ver a aquel hombre y desde luego ninguna violación volvió a suceder por mucho tiempo. Lo que se afianzó fue la imagen de Sapna como persona fieramente protegida por la mafia local. Nadie cuestionaría jamás su liderazgo social. Desde entonces tuvo a la Policía y a los políticos en sus bolsillos. Ahí comenzó a expandir sus tentáculos en el crimen organizado. Y tras la muerte de aquel jefe de la mafia, a quien socialmente se le tildaba como el hermano de Sapna, ¿quién ocupó su puesto en los negocios del crimen organizado? Pues ella.

David le señaló hacia la fachada del edificio. Vieron un sari rojo siendo extendido por una ventana.

—Ya está aquí —dijo Pappu—. Quizás sea mejor que mantengas la boca cerrada.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hables.

—Pero si hablo un hindi perfecto.

—Ese es el problema.

—No creo que ir por la puerta principal sea la mejor elección —comentó David—. Es mejor que esperemos un rato. Vigilemos.

—¿Cómo?

—Con paciencia y una caña pescó el santo hindú un pez en el río.

—Ja, ja, ja —se rio con ganas—. Esa sí que es buena. Vas aprendiendo, amigo mío.

A la izquierda del edificio había un callejón. Varios hombres salían de ahí; parecían estar ebrios. David le hizo un gesto a Pappu y ambos se pusieron en camino. Era una especie de bar sin licencia anexo a la propiedad de Sapna. La gente bebía de pie y en vasos de plástico. El olor desagradable

que impregnaba el aire era muy fuerte. Allí los clientes congregados, en su mayoría alcohólicos, compraban, con una graduación superior a la ley, botellas adulteradas y a precios por debajo del mercado. Siguieron caminando hasta pasar por debajo de un amplio arco. Tras subir un tramo de escalones, llegaron a una inmensa sala llena de gente. El ambiente era diferente y los clientes tenían aspecto de poseer más poder adquisitivo. Pappu le hizo una seña con la mano para que esperase, y él se internó entre el humo y la estridente música.

En el extremo más alejado, David vio un escenario. Dos mujeres vestidas con sari bailaban. Unos camareros vestidos con *kurta* blanco se desplazaban diligentemente de un grupo a otro, sirviendo bebidas alcohólicas en vasos altos. El español decidió dar unos pasos más hacia adelante, apoyando la espalda sobre la pared para así poder observar mejor el espectáculo. Era el baile más ridículo que había visto, sin sensualidad ni erotismo. Sin embargo, los hombres sentados en las sillas disfrutaban de aquello mientras bebían licor fuerte y comían. En un rincón opuesto vio a Pappu entablar conversación con un hombre tumbado en cómodos cojines sobre un sofá. En algunas mesas había narguiles que llenaban el aire de un humo azulado. Pappu le hizo una señal al aire para que se acercara. Salieron de aquella sala y se internaron en un largo pasillo. Subieron más escaleras. El interior de aquel singular edificio parecía un castillo medieval, fácil de perderse, lleno de pasillos, salas y puertas que conectaban con otras que daban a otro tipo de área distinta.

Tras cruzar un corredor bajo, estrecho, tortuoso, y cuya construcción, con las paredes desconchadas, indicaba que formaba parte de aquel edificio, Pappu abrió la puerta y entró primero. Las paredes eran muy blancas, recién pintadas, y las ventanas estaban enmarcadas por pilares esculpidos y coronados por cúpulas llenas de inscripciones en árabe de color verde oscuro. El ambiente que se respiraba estaba impregnado de olor a incienso. Era una estancia de escrupulosa austeridad. Una estantería de madera maciza, un espejo de grandes dimensiones, una mesa muy grande y numerosos almohadones en los suelos. Alrededor de la mesa había hombres vestidos en ropa tradicional rural, con *dhotis*, y otros con pantalones vaqueros, a la moda occidental. Todos ellos tenían la frente descolorida por el moretón circular y oscuro que los musulmanes adquieren tras golpearse la frente contra el suelo. Algunos llevaban un gorro de encaje blanco propio de los devotos que habían

realizado la peregrinación a la Meca. Ninguno les prestó atención alguna. Uno de ellos contaba fajos de billetes que llenaban toda la superficie de una mesa. Otro, con la habilidad de un profesional, inspeccionaba con una lupa uno a uno los billetes mientras se los iba pasando a otro que realizaba otro estudio más minucioso a través de una lámpara ultravioleta. Otro hombre se encargaba de juntar los fajos y atarlos con gomas, que iba pasando a otro que se encargaba de colocarlos dentro de cajas de cartón. David, de un rápido vistazo, pudo calcular que ahí habría millones de rupias.

Sapna entró por una puerta y observó a los visitantes con las manos juntas en un silencioso saludo. Tras hacer acto de presencia, los hombres dejaron su quehacer y salieron. Sus ojos, por encima del pico que formaban sus dedos, les dedicó a los visitantes una malévola y glacial mirada; tenía los ojos alarmantemente abiertos. A David le resultó más joven de lo que se había imaginado.

Antes de dirigirse a ellos, gritó unas instrucciones y, de inmediato, un hombre bajo, de cuerpo rechoncho y con una larga camisa blanca, apareció con dos vasos de copa llenos de agua sobre una bandeja metálica. De inmediato, Pappu lo rechazó con un gesto de la mano mantenida en el aire y el hombre se fue por donde vino. David se fijó en el rostro nacho y vulgar de la mafiosa. En un pasado mostraría una imagen muy distinta. El maquillaje le cubría toda la cara y era de un grosor exagerado y desagradable a la vista, dando a su expresión seductora de una intensidad gótica y malvada.

—El fiel perro de Hassena —comentó con un tono irónico Sapna; Pappu no mostró signo de estar ofendido—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Un hueso? —Observó de arriba abajo a David; le dirigió una mirada de aprensiva curiosidad—. Y este *gora* ¿qué hace aquí?

—Ya te puedes imaginar qué es lo que venimos a hacer aquí —contestó Pappu.

Sapna se rio. Era una risa bronquial.

—Eso ya lo sé, pero ¿y tu compañero? ¿Es un periodista extranjero en la búsqueda de una buena noticia para un suplemento dominical? No es el primero. Hace unos meses vino una reportera inglesa de la BBC con la intención de grabar un reportaje sobre la prostitución en Bombay.

—Hassena quiere que cierres y te vayas fuera de Bombay —dijo de

nuevo Pappu recobrando la compostura con una relajada sonrisa.

Sapna soltó una carcajada.

—Por supuesto —murmuró, frotándose la nariz—. Pero ¿y si he decidido quedarme?

Pappu arqueó las cejas y volvió a ofrecerle su relajada sonrisa.

—Lo organizaríamos para mandarte a una serie de personas para ayudarte a hacer las maletas.

Sapna, con los brazos en jarras, rompió a reír y su pecho se hinchó y deshinchó con la fuerza y deleite de su carcajada.

—Y tú te crees que lo voy a consentir —respondió mirándole fijamente a los ojos. Luego volvió a soltar otra carcajada—. ¿Y este guapo no tiene nada que decir?

—Sí —contestó rápidamente David en hindi—. En lo que a mí me concierne, agradecería que me dijeras quién es el político que estuvo frecuentando este lugar y habló con una de tus chicas sobre el ataque terrorista en el hotel Taj Mahal Palace.

—Vaya —dijo Sapna desconcertada—. Si habla nuestro idioma, y además muy bien.

La mafiosa examinó de nuevo atentamente al español, paseando su mirada desde su cabello a sus ojos, cintura y, levemente girándose, a su espalda.

—Este es un amigo mío —comentó Pappu sin preámbulos, alzando la voz—. Responde, ¿quién es ese político? Si nos dices su nombre, igual Hassena *madame* te da más tiempo para mudarte a otro sitio.

Sapna volvió a reírse.

—¿Te da risa? Porque a mí no me hace ninguna gracia —dijo David con aspecto ceñudo.

Ella, con el semblante de una persona que está demasiado ocupada para responder preguntas con rapidez, apretó con el pulgar una tecla de su móvil, que había estado sujetando todo ese tiempo, y al instante entraron en la estancia tres fornidos hombres. David calculó que cada uno sobrepasaría los

cien kilos.

—Abdullah y sus amigos os enseñarán la puerta de salida —sentenció de manera categórica.

—Ya conocemos el camino —dijo con sorna David.

—Por si os perdéis —murmuró dejadamente, realizando una mueca llena de ironía; salió rápidamente por una puerta adyacente y la cerró con un sonoro portazo tras ella.

David levantó la vista hacia el rostro preocupado de Pappu. Él le sonrió a su vez, de una forma reflexible, y en un instante comprendió cuál iba a ser su intención.

—Venga, tú —espetó Abdullah, estirando el brazo para posar su mano con todo su peso en el hombro de David—. Fuera de aquí.

El español solo tardó unos segundos en dejarlo tendido en el suelo tras golpearlo con los nudillos en la nariz, ponerlo de rodillas, y hacerle una palanca dislocándole el hombro.

Mientras Pappu se ocupaba de otro, David se levantó con rapidez y se abalanzó contra el tercero realizando un doble candado de muñeca, doblándosela por la espalda y, poniendo presión, tras un chasquido, le dislocó el brazo. El hombre cayó al suelo de espaldas y ahí quedó gritando de dolor.

Pappu no dejaba de jadear tras haber dejado noqueado con mucho esfuerzo a su adversario. Apoyándose sobre un mueble, inspiraba y expiraba con una mano en el costado, cuando de pronto de una puerta falsa apareció Sapna con un cuchillo dirigido a David. Pappu se abalanzó, le agarró el puño con ambas manos y con toda su fuerza le dobló la muñeca invirtiendo al instante la dirección del arma, presionándolo con todo su peso hacia adelante: la hoja perforó el corazón. Sapna emitió un agudo grito al tiempo que se ponía instintivamente de puntillas. Pappu, con su mano izquierda, la agarró del cuello y empotrándola contra la pared la mantuvo levantada un metro del suelo penetrando aún más el cuchillo sobre su cuerpo.

—¡Dime! ¿Quién habló sobre el atentado? —Y en un tono más bajo, añadió—: Le diré a Hassena *madame* que te ofrezca un entierro digno de una reina.

Sapna mantenía la boca abierta por el dolor, apenas se pudo oír dos

palabras saliendo de su interior: «Lapka gang».

Entraron corriendo los empleados de Sapna, pero ninguno se movió. Nadie dijo una palabra. Pappu dio unos pasos al frente con aspecto amenazador, hizo un movimiento brusco produciendo un sonoro pisotón en el suelo, y se marcharon asustados. Vació las cajas sobre el tablero de la mesa y, una vez amontonados todos los billetes, sacó un mechero de su bolsillo, quemó uno y fue quemando el resto. Pronto ardió la mesa.

Cuando volvieron por donde habían entrado y cruzaron la sala de espectáculos, la gente se detenía, mirándolos embobados, con agresiva curiosidad y el temor en sus rostros sobre qué habría pasado allí, pero nadie hablaba, tampoco les impedían marcharse por miedo a causarles daño.

Anteriormente, el español nunca había presenciado una muerte de un ser humano tan lenta y brutal. Pero ¿y si hubiese acertado Sapna en su propósito de clavarle el cuchillo? David entendió por primera vez que Pappu no estaba todos los días pendiente de él como un empleado más de Hassena, si no que daría su vida por él. Ambos eran hombres violentos, porque la violencia la encontraban necesaria en el mundo en el que vivían. No se resolvían los problemas con números, lógica o deducciones detectivescas. La única ley y orden era la de la fuerza, o matas o te matan. David se dio cuenta de que le unía a Pappu un sentimiento de amistad genuino, y que, por tal motivo, uno al otro se protegerían y se apoyarían cualquiera que fuera la circunstancia en la que se pudieran encontrar.

En Madrid, la lluvia había cesado pero el viento todavía soplaba fuerte. Cuando salió de su coche oficial y ascendía las escaleras hasta el edificio ministerial, se levantó el cuello del abrigo para protegerse el rostro.

Sabía que el ministro se había tenido que ir por la mañana temprano a una reunión con el presidente del Gobierno, al igual que mantenía una tórrida relación con su joven secretaria, un riesgo potencial para la seguridad. Pero era cuestión de minutos que volviese a su despacho. Sin embargo, escuchó, sin mostrar señales de este conocimiento, a la secretaria informándole de aquel imprevisto. Cogió un periódico extranjero y se acomodó en el sofá.

La secretaria, aunque había visto anteriormente a Julián, desconocía los motivos de sus inesperadas visitas. Era la única persona que conocía que pudiera entrar en el Ministerio sin cita previa. Ni en la agenda oficial del ministro se anunciaba su nombre y cargo. Por orden expresa suya, le tenía que hacer esperar hasta que él estuviera libre para recibirlo de manera privada. Siempre llegaba solo, sin escolta ni ayudantes. De este modo, la diligente empleada pensaba que podría ser un periodista con información privilegiada o un funcionario ministerial para despachar asuntos políticos internos.

Julián alzó la ceja. Una serie de sonidos le llamó la atención. Era una canción de Manolo Escobar. La secretaria estaba mirando con una sonrisa un vídeo desde su teléfono móvil.

Dándose cuenta de que el audio había llamado la atención al visitante, le dijo a modo de explicación.

—¿Es usted periodista?

—No.

—Ah, bueno. Quizá ¿puedo enseñarle una cosa? —preguntó en tono confidencial, bajando la voz.

Julián sonrió.

—Eso suena a exhibicionismo, señora.

La secretaria rio.

—Es un *flashmod* que hicieron todos los profesores en el patio de un instituto durante el recreo.

Julián sabía muy bien qué era ese espectáculo sincronizado en el que un gran grupo de personas se reúne de repente en un lugar público, realiza algo inusual, como un baile, y cuyo motivo es la diversión. Quiso pretender que no sabía de qué hablaba.

—¿Un qué? —preguntó levantándose e inclinándose para ver su pantalla del móvil.

—Me lo ha mandado mi hermana, que es profesora en Galicia. Lo hacen para recaudar fondos para la ayuda contra el cáncer.

De sobra sabía que era de Galicia, del municipio Villagarcía de Arosa, y todo lo relacionado sobre sus amistades y familia.

—Ah, muy interesante.

—Sí, con estos móviles a la gente le encanta transmitir al mundo entero, a través de Instagram, Facebook, Twitter y demás, los mínimos detalles de su espantosa vida privada. Pero cuando se utiliza para fines de ayuda a los demás, bendita sean las tecnologías. El año pasado hicieron un *flashmod* con una canción de Freddy Mercury y difundieron el enlace del vídeo por las redes sociales promoviendo la iniciativa con la descripción del motivo del baile, y acabaron recaudando casi veinte mil euros para la asociación de niños con cáncer.

—Les felicito, muy inspirador, de verdad.

Sentado de nuevo en el sofá, comenzó a cavilar aquel detalle con el motivo por el que él se encontraba a la espera de reunirse con el ministro del Interior.

Julián se levantó y, excusándose, se dirigió al fondo del pasillo para

realizar una llamada. Mirando por la ventana hacia la vasta avenida arbolada que rodeaba las oficinas del Ministerio, comunicó a Goyo que antes de llegar a Bombay le organizase un artículo sobre él en un diario económico de la India, y una entrevista en un programa tipo Hard Talk de la BBC. Goyo le mencionó la cadena india NDTV. Mediante terceros, los editores recibirían en metálico cierta cantidad para que a última hora realizasen este cometido. Durante el vuelo revisaría las respuestas al diario de prensa, que ya estarían escritas por oficiales españoles expertos en lengua inglesa, y estudiaría las que respondería en la cadena de televisión. Por un medio u otro, el círculo de Hassena se enteraría de la misión comercial y de su estancia en el hotel Taj Mahal Palace, de este modo se lo harían saber a David.

Cuando terminó de hablar, desvió la mirada hacia la secretaria, y esta le hizo un gesto indicándole que ya podía entrar en el despacho del ministro. Julián se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta, se estiró los puños de la camisa, recogió su carpeta, que yacía en el sofá, y entró.

Una vez explicado lo sucedido al ministro, este echó de nuevo un vistazo a las fotos.

—Mi primera decisión va a ser hablar de inmediato con el ministro de Exteriores para cancelar el viaje del rey. Ya es la segunda vez. La primera, por el atentado ocurrido en el hotel de Bombay, y ahora, esto —añadió con un tono más grave—: a causa de un operativo nuestro.

Dejó la última palabra suspendida en el aire unos segundos. Julián era consciente de que era la típica teatralidad de un político.

—¿Quieres que sugiera un nivel de alerta de seguridad alto en nuestro consulado de Bombay y en la embajada en Nueva Delhi? —preguntó el ministro con sus cansados e inexpresivos rasgos.

—Nada de eso. Los hombres que andan perseguidos y a diario están con la preocupación de tener que escapar siempre se agarran al refugio más pequeño, la casa de un amigo, el prostíbulo de carretera, un bar en un barrio insalubre...

—Bien, pero David lo ha hecho, no sabemos cómo ni por qué, con el

crimen organizado de Bombay. Y no precisamente con un grupo mafioso pequeño de tres al cuarto, sino con la hermana de Dawood Ibrahim, por lo que leo aquí.

Julián cogió el posalápices de cerámica, escrito a los lados «Museo del Prado», y dijo:

—Este cilindro representa el crimen organizado de Hassena. David ahora mismo está aquí dentro. —Señaló con el índice el interior—. Él no se va a marchar a ningún lado fuera de este círculo, porque ambos se necesitan. ¿En qué medida esa necesidad es recíproca? En estos momentos no sé qué intereses tiene esa señora para cuidar de él.

—Como si le hacen picadillo y tiran sus trozos al mar. Yo no estoy pensando en él ahora mismo, sino en las consecuencias. Pero ¿te das cuenta de la situación si esto se hace público?

—No transcenderá a los medios de comunicación —contestó Julián, muy seguro de sí mismo—. Nuestro hombre, de cara al público, está muerto y enterrado.

—Dímelo a mí, que estuve en su entierro... Esto sucedió hace unos años. ¿Qué demonios ha estado haciendo en Bombay este hombre durante tanto tiempo? Ahora termina la primera legislatura del presidente del Gobierno. Esto puede ser un escándalo de infinitas proporciones durante la próxima campaña electoral. ¿Cómo sabes que no está trastornado? ¿O que ha sido entrenado por esos gánsteres indios y se liará a tiros por la calle o te mata a ti en el hotel o toma rehenes y monta un *show* internacional demandando yo-que-sé-el-qué?

—Eso no ocurrirá.

—Pues empieza a explicarme por qué estás tan seguro.

—Nuestra preocupación durante los últimos meses, y así hemos estado trabajando en colaboración con servicios de inteligencia extranjeros, ha sido que los terroristas islamistas estén preparando un atentado de gran envergadura en Europa y en algún lugar de Estados Unidos.

—Y ¿qué hay de distinto con otros que se han ido produciendo en países europeos?

Julián echó un disimulado vistazo a la sala. Los agentes operativos bajo

su mando ya le habían confirmado que no había aparatos de escucha en el despacho. Sin embargo, sintió que cometía una indiscreción en compartir información privilegiada nada menos que con un político, pero, al fin y al cabo, era su deber expresarle el peligro de la situación.

—La sensación que tenemos es que lo está organizando el terrorista americano. Todos sabemos que ese fantasma ayudó con entrenamiento y logística a preparar el atentado en Bombay. El único terrorista pakistani detenido con vida, y que ejecutaron en la horca, en su confesión habló de él.

Sus ojos se encontraron con los del ministro, que le mantuvo la mirada firme, sin apartarla.

—Creía que no existía, que era una invención de esos teóricos en conspiraciones que no dejan de divagar sus mendaces en blogs y acusaban al pasado Gobierno de Estados Unidos de crear el ISIS, la yihad internacional y demás.

—Para la CIA, ese hombre personifica la peor pesadilla de un servicio de inteligencia: que una persona perteneciente a la etnia nativa del país objetivo sea un o una terrorista. Los británicos tuvieron los suyos, el llamado Jihadi John y Jihadi Jack. Un informe de la inteligencia norteamericana lo detectó en un campo de entrenamiento en Pakistán. Hace tan solo unos meses, indicaron su presencia con Hezbolá en el Líbano.

—¿Y qué me dices de nuestro David? Que se esté codeando con la hermana de Dawood Ibrahim, un personaje considerado como el hombre más buscado por la India, acusado de innumerables crímenes..., que figura en la lista de Interpol... Da la impresión de ser una versión española de ese terrorista americano, ¿o no? —Miró interrogativamente a Julián.

—David no se ha convertido en un terrorista. Hemos revisado todas las listas de pasajeros, haciendo énfasis en su edad y descripción, que hayan viajado de la India al extranjero y viceversa. En conclusión, que no ha tenido contacto alguno con grupos terroristas islámicos, que no ha salido de la India y el motivo es su objetivo.

—¿Objetivo? ¿Qué se propone?

—Buscar justicia por sus propios medios. Su objetivo es el terrorista americano, del que poco sabemos. David, en su afán de poder dar con él, está dando vueltas, pisando terreno trillado, con el grave riesgo de que cometa

errores, de que su presencia sea captada por las fuerzas de seguridad de la India.

—¿Porque hayan matado a su mujer embarazada? No tendría más que ir a nuestro consulado y de ahí le darían un pasaporte y un billete, viajaría aquí, a España, y se quedaría trabajando contigo en inteligencia hasta localizar a los cabecillas o autores intelectuales del atentado. ¿Qué propósito tiene él para hacerse el muerto?

Julián bajó su vista hacia la foto de perfil de David para después desviarla hacia el ministro.

—El atentado del 11M.

El atentado del 11 de marzo de 2004, conocido popularmente como 11M, no fue un día cualquiera en la ciudad de Madrid. Aquella mañana, las escenas en las calles no ofrecían la más mínima apariencia de normalidad. El alarido de las ambulancias, el ir y volver de la gente, los atronadores ruidos de las sirenas de la Policía; los horrorizados ciudadanos de aquel día representaban el espejo de las explosiones que, en cuestión de segundos, convirtieron la capital de España en una auténtica sucursal del infierno: el mayor atentado cometido en Europa, después del atentado de Lockerbie ocurrido en 1988. Fueron diez explosiones casi simultáneas y sin previo aviso en cuatro trenes, en hora punta de la mañana, entre las 07:36 y las 07:40.

—¿Él estaba de servicio aquel día?

—Por lo visto fue David quien por entonces estaba destinado como operativo policial de paisano siguiendo a inmigrantes musulmanes con antecedentes de extremismo y dio con el apartamento de Leganés. Él alertó a su entonces superior, y este le dijo que se quedase fuera a la espera de nuevas órdenes, ya que iría a consultar a su vez con su superior. Mientras esperaba la llamada de su jefe, pudo ver cómo otros policías de paisano frecuentaban la zona. Hasta se tuvo que identificar él por qué indagaron el propósito de su presencia. Le invitaron a irse del lugar, ya que irían a desalojar todo el vecindario. David llamó de nuevo a su superior, y le dijo que conocía a esos musulmanes y que las medidas que estaba viendo desplegadas eran desproporcionadas. Le pidió que le diese permiso para entrar y resolver toda aquella confusión que, preveía, se estaba yendo de las manos, puesto que, según él, le dijo que los musulmanes de ahí dentro no tenían nada que ver con

los atentados en los vagones de tren. Pero su jefe le comunicó que no hiciera nada porque los terroristas reunidos estarían planeando cometer más atentados y, por eso, una unidad especial iba a intervenir. Ante su estupefacción, vio al grupo de los GEOS, que llegaba. David conocía a uno de ellos: era su hermano mayor, y le dijo que no entrase, que aquello olía mal, que tenía muy mal presentimiento. Llamó interminablemente a su jefe, y nada, oídos sordos. Protestó en la calle tanto que le fueron a poner las esposas cuando, de repente, los musulmanes se inmolaron dentro del apartamento, y con la deflagración de la explosión murió su hermano. David corrió al interior del edificio a socorrer a todo el que pudo. Según su historial, estuvo muchos meses de baja. Más tarde fue reclutado en mi departamento.

—Ese pasado y sus experiencias me dan a entender que es una persona que no se detendrá hasta conseguir lo que se propone. —Se reclinó en su asiento y continuó—: Mira, Julián, yo hablo ahora mismo con el ministro de Exteriores para cancelar el viaje del rey hasta que se resuelva este asunto. Ya saldrán con cualquier otra cosa para suplantar esos días en la agenda de su majestad. Pero con David —Dio un golpe sobre la mesa con la palma de la mano; indirectamente, lanzándole el hueso de su misión— tienes que poner fin de una vez por todas.

—Yo no utilizo la violencia. Al fin y al cabo, trabajo en una organización de inteligencia —contestó sin dejar pasar el sarcasmo en la pronunciación de sus palabras; aun sabiendo muy bien que las cloacas del Estado eran eso, una letrina, y su departamento el encargado de limpiarla. Quiso escuchar de viva voz lo que pretendía, así pues, decidió instigarle—. Sin embargo...

El ministro comprendió que se había equivocado. Hubiera sido mejor callar, medir sus palabras; tuvo miedo de llevar la conversación demasiado lejos y se retrajo en lo que había pretendido decir.

—No hay sin embargos —se encrespó—. Vosotros, los de inteligencia, siempre viendo cosas donde no las hay. Nadie pretende que te extralimite en tus funciones. —Y buscando un argumento para salir de aquella metedura de pata, añadió—: Pero tendré que mencionar de manera privada sobre David Ribas al director general del Cuerpo Nacional de Policía. Tú sigue con lo planeado y, antes de viajar a la India, hablamos, ¿vale?

El ventilador estaba funcionando a su máxima potencia. La sala de reuniones de Hassena estaba llena de mujeres. David y Pappu quedaron de pie junto a la puerta. Un silencio taciturno comenzó a espesar el aire en derredor. Era una de tantas reuniones que la mafiosa atendía para arreglar disputas familiares de los habitantes que vivían en su zona, bajo su protección. Estaba sentada con la espalda recta y se balanceaba levemente, pergeñando una justa solución a los problemas que había escuchado.

Ninguno de los indios había oído hablar de la palabra filosofía. Tampoco de Aristóteles ni de Platón, para quien el individuo justo era aquel que usa su razón según la verdad, que tiene fortaleza y valentía y que actúa con moderación. Pero el contenido de los argumentos que Hassena se dispuso a explayar supo David que era ese: las cuestiones sobre ética, sobre la moral. Y así, la temible y admirada mafiosa acercaba a aquellos adultos analfabetos a la idea de la justicia por reflexión, experiencia y razón.

Escuchándola, el español pudo darse cuenta de cómo era Hassena perspicazmente consciente de su carisma y el efecto que tenía sobre los demás. Cada frase que salía de sus labios era toda una interpretación. Aludía al Ramayana, a historias mitológicas de los textos Puranas, a la épica leyenda del dios Rama y leyendas místicas y explicaciones filosóficas escritas en la antigüedad.

Por fin, una vez que consiguió declarar sentencia y oírse lloros de alegría, se marcharon todos los visitantes y quedaron solos ellos tres.

Hassena, con una inclinación de cabeza, los invitó a que se sentasen.

—Quiero que viajes a Delhi. Han desaparecido dos turistas extranjeras. Quiero que las encontréis y castigéis a los responsables.

—Pero, Hassena, yo no soy detective.

—Pero sí un policía —afirmó con tono afable.

—Vale, expolicía y espía muerto. Pero ¿qué tiene que ver este secuestro contigo y por qué la Policía de Delhi no se encarga del asunto?

—Este no es un caso fuera de lo común. Desde hace años, los turistas extranjeros son víctimas de timadores, de ladrones e incluso de violadores. No hace mucho salió una noticia sobre una joven australiana que vino a perfeccionar el yoga y fue víctima de una violación. Las experiencias de las víctimas son tan traumáticas que una vez que abandonaban la India por sus países de origen jamás quieren volver. Los jueces indios, a falta de pruebas, dejaban en libertad a los culpables, y vuelta a empezar. Aunque hay excepciones, en la mayoría de los casos las víctimas de abusos sexuales prefieren dejar atrás aquellos sucesos y hacer frente a sus propios daños psicológicos antes que someterse de nuevo a humillantes declaraciones públicas en los juzgados de la India. Todos los meses hay alguna noticia al respecto. Yo, en estos casos, lo tengo bastante claro: les hago cortar los testículos y los dejo morir desangrados a lo halal, muy despacio. Lo que difiere a este caso es que está cometido por la banda criminal llamada «Lapka Gang».

—La palabra *lapka* se puede traducir por agarrar —se apresuró a añadir Pappu—, de ahí que se denominen por lo que han sido conocidos en el crimen organizado.

—¿Y?

—Pues que las dos chicas son británicas, y la unidad antisequestros de Scotland Yard está metiendo sus narices en el asunto —contestó Hassena—. Y según Pappu *baba*, Sapna los mencionó antes de morir.

—Un momento, que me pierdo en este puzle de noticias. ¿Dónde han sido secuestradas y cuándo?

—En Jaipur. Y, por lo visto, los padres de una de ellas recibieron una llamada esta madrugada desde Delhi, pidiendo el ingreso de cien mil libras en la cuenta corriente de su hija. Por lo visto, los secuestradores han sabido que proviene de una familia de empresarios con mucho dinero, residentes en el barrio londinense de Hampstead.

—Tenemos un máximo de cuatro días, pondremos tres, para encontrarlas antes de que reciban el dinero en la India —comentó Pappu—. Por Western Union, imposible, ya que despertará la atención en el radar de los servicios anticorrupción; tampoco mediante un tercero entregándoles personalmente el dinero.

—Lo harán por cuenta bancaria —intervino Hassena—. Los secuestradores tendrán un contacto en el Reserve Bank of India para que dé el visto bueno a la transacción extranjera y así acabe en la cuenta bancaria que dispongan. El empleado de la sucursal del banco regional o nacional en la que tengan dicha cuenta la máxima medida que empleará al ver tantísimo dinero convertido en rupias es seguir el reglamento, que es llamar por teléfono al cliente informándole que una suntuosa transferencia ha sido realizada a su nombre y que por mero procedimiento quisiera saber el motivo. El cliente entonces argumentaría que es para la reforma de su casa, y que procede de un regalo. Ya está.

—Por otra parte, me sorprende la educación de esos secuestradores —comentó David—. Habrán visto la dirección de la chica en su pasaporte, habrán deducido que proviene de una familia adinerada y la habrán cuestionado al respecto. Es decir, que esos secuestradores son inteligentes y con cierta clase.

—Esos secuestradores no son meros ladrones de maletas ni timadores de mercadillo —dijo ella—. Son una banda bien organizada que actúa en el conocido triángulo turístico que forma Delhi-Agra-Jaipur, y por el camino: Khajuraho, Varanasi, Udaipur y Jodhpur. Ya he recibido muchas quejas de hombres de negocios relacionados con mi hermano Dawood por el hecho de que la policía británica se pone a investigar el contrabando de joyas tras las actuaciones de esta pandilla de sinvergüenzas. Por lo pronto, lo que haré será mover mis hilos para bloquearles la cuenta del banco indio. Sin duda, el nombre y los datos de contacto del destinatario serán falsos para camuflar al verdadero receptor.

—¿Cuál es el *modus operandi*? ¿Utilizan a jóvenes extranjeras para transportar su mercancía a Europa?

—Eso era antes. Ahora algunos de ellos se han metido en el mundo de las drogas y, como todo adicto, necesitan rápido su sustancia y por eso cada vez están más necesitados de dinero. Lo que suelen hacer es forzar a extranjeros a

comprar productos de artesanía en metálico; cuando ya no tienen, pues a través de sus tarjetas de débito y crédito; cuando ya han hecho esto y saben que el extranjero tiene poder adquisitivo, le acompañan a su hotel, le desvalijan de todo lo que encuentran de valor, le retienen el pasaporte y lo mantienen secuestrado pidiendo un rescate a sus familiares. Las informaciones confidenciales sobre los turistas extranjeros las obtienen gracias a guías turísticos, conserjes de los hoteles, empleadas de la limpieza, chóferes y conductores de *autoricksaw*. Todo ello mostrándose corteses y educados, con el rostro más afable que una persona se puede imaginar. — Cambiando a un tono de voz más grave, continuó—: No quiero que los negocios de mi hermano se vean afectados nunca más por estos delincuentes. Quiero que encuentres a esas chicas y, de paso, des su merecido al líder de Lapka Gang, que se hace llamar Babloo.

—Y da la casualidad de que Babloo fue quien regentó el local de Sapna —intervino Pappu— y habló con una prostituta sobre el atentado terrorista días antes de que se produjera el ataque.

—Como me dijo Gurú un día: «la casualidad se cocina» —comentó David—. Bien, ¿cuándo viajamos a Delhi?

—Lo primero que debéis hacer es ir a ver a Sunita Chatterjee.

Sunita trabajaba en Bombay como periodista *freelance*. Su especialidad eran los sucesos relacionados con el crimen organizado y de ámbito político; cubría las noticias durante las épocas de elecciones regionales y nacionales.

David se había quedado esperando en la calle sorbiendo un té *masala* azucarado, al que tanto se había aficionado.

—Vale, ya tengo la información —dijo Pappu tras salir de aquel cochambroso edificio que albergaba las oficinas centrales de un periódico local en idioma marathi—. Se hace llamar Babloo, pero, según me ha comentado mi amiga, su verdadero nombre es Ashok Mishra.

Cogieron un autobús público; estaba abarrotado de gente.

—Dime, ¿qué más?

—Es hijo de un político.

—Es decir, que el tal Babloo es el típico hijo descarriado de familia rica.

—Si contactamos con el padre, daremos con el paradero de su hijo. Mi amiga Sunita se marcha a Delhi a realizar una operación encubierta al padre de Babloo. En la verborrea de su periodismo lo llaman *sting operation*.

—Y nosotros lo utilizaremos como chantaje para que nos diga dónde está Babloo.

—Sí, y según se ha informado Sunita por un confidente suyo, tiene un helicóptero en el jardín de su bungalow.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Significa que debe de tener licencia y, si es así, ella quiere averiguar dónde lo adquirió y cuánto le ha costado. Además, si ha hecho campaña en las elecciones utilizando ese aparato, quiere averiguar quién le ha financiado el coste del piloto, del mantenimiento, etcétera. Según la comisión electoral, hay un límite sobre los gastos que los políticos pueden emplear durante las campañas electorales. Si se descubre que donantes anónimos le han vendido a bajo precio ese helicóptero a cambio de favores después de las elecciones, puede ser un escándalo monumental que le puede hacer perder su puesto en el gobierno, además de acabar en la cárcel.

El autobús disminuyó la velocidad con un estruendoso sonido de frenos que parecía no tener fin. Tras bajarse, cruzaron un parque donde estaban jugando un partido de críquet unos jóvenes.

—¿Cómo vamos a ir a Delhi? Necesitaremos un coche potente.

—¿En coche dices?

—Yo no tengo documentos para pasar un control en los aeropuertos. Tenemos que ir por carretera o en tren. No vamos a ir volando.

—Ay, amigo, amigo...

—¿Vamos a ir volando?

—¿Desde cuándo no tienes fe en Hassena *madame*?

Nadeem Murtaza había estudiado en un conocido colegio de Dehradun, un centro exclusivo y elitista donde hijos de ricos empresarios y de famosos actores de cine solían asistir. El nivel académico era comparable al de los mejores centros educativos británicos. Las tasas mensuales no resultaban nada económicas, sin embargo, la administración del colegio recibió siempre sin retraso alguno el pago de las matrículas y el coste de la manutención de Nadeem en la residencia anexa al colegio. Allí estuvo internado casi diez años. Su ilusión era convertirse en piloto. Le apasionaban los aviones. Sus notas se encontraban entre las más altas, motivo por el cual recibió becas para realizar sus estudios superiores en una universidad privada. Tras completar sus estudios en ingeniería, recibió la notificación de que le habían concedido una plaza en la Universidad de Cardiff para estudiar un máster. Nadie supo el origen de su benefactor y él nunca comentó a nadie sobre su origen. Quienes le conocían pensaban que era un niño huérfano, nacido en Bombay, y que por voluntad propia y excelentes resultados en los estudios había llegado alto gracias al apoyo económico de fundaciones sin ánimo de lucro.

Tras completar su etapa en el Reino Unido y regresar a la India, en el aeropuerto de Bombay le esperaba un coche privado. Durante el viaje no había dejado de pensar en cómo iba a plantearle sus planes profesionales de futuro al benefactor que jamás había visto en persona, pero que sí era consciente de quien era. Una vez ante Hassena, ella accedió a concederle cumplir sus propósitos, al fin y al cabo, era hijo de un antiguo amigo de su hermano Dawood Ibrahim que había sido asesinado durante la ola de crímenes entre bandas rivales que asoló en su día Bombay.

En la actualidad era un respetable padre de familia, dueño de un bungalow en la ciudad de Bangalore. Pero en la sombra no se correspondía más que con un eslabón de la red del crimen organizado que Hassena tenía extendida en

todos los ámbitos e instituciones de la India. Desde su posición había realizado muchas labores para la mafia, desde simple pases de entrada a zonas restringidas en distintos aeropuertos a robo de documentos, falsificaciones de licencias e incluso pilotar aviones de carga cuyos productos eran de contrabando.

Pappu, con gorra, gafas y bigote falso, y David, con gafas de sol de aviador y turbante sij, habían entrado en el aeropuerto con sus respectivas bolsas de viaje de la aerolínea, vestidos con el uniforme e insignia de copilotos y con documentación oficial sobre la pechera que así lo acreditaba.

Aunque el número de oficiales en cabina no había sido previsto. Nadeem argumentó a su estupefacto copiloto cuando los vio subir por la rampa:

—Según me han informado, están en fase de prácticas —dijo sin prestarles atención, mientras simulaba que seguía el manual de preparación de cabina: comprobando que los indicadores, marcadores y fusibles funcionaban correctamente y estaban en servicio.

Una vez que aterrizaron en Nueva Delhi, acompañados por Nadeem, se cambiaron de ropa en un hangar. Fuera del aeropuerto, cogieron un taxi a la ciudad satélite de Gurgaón, un lugar plagado de edificios de oficinas y zonas residenciales, llena de bullicio, polvo y polución. Durante tres horas cruzaron Dhankot y Chandru hasta llegar a Partli Hajipur, justo a las afueras. Por precaución, Pappu dio instrucciones al conductor de dejarles frente al colegio de ingeniería Dronacharya. Desde allí cogieron un *autoricksaw* hasta llegar a las inmediaciones de la residencia del político. Dieron una vuelta por los alrededores y no vieron seguridad alguna como protección, así que decidieron saltar el muro y entrar en el jardín.

Vieron el helicóptero. Caminaron por el cuidado césped. La puerta de entrada estaba abierta. Entraron sigilosamente. Era mediodía y la luz irrumpía con fuerza en la vivienda a través de las ventanas. En el salón principal vieron a un hombre de mediana edad sentado en un sofá con las manos en la cabeza. Iba pulcramente vestido, como si tuviera una reunión concertada y un imprevisto hubiera interrumpido su agenda. Sobre sus pies yacía el cuerpo de una mujer; tenía el cráneo perforado y la sangre oscura formaba un círculo en

derredor a su cabeza.

Presintiendo la presencia de los desconocidos, el hombre se sobresaltó y se puso súbitamente de pie.

—No sé cómo ha podido suceder —se apresuró a decir con una mirada inyectada en sangre—. No quise disparar.

Tenía un revólver en una mano. Sin embargo, David pudo percatarse de que la trágica situación le había dominado la mente y no actuaba con raciocinio. Igual podría estar sujetando un cuchillo, un zapato o un libro, que no iría a causar más daño alguno. Dio unos pasos hacia adelante sin desviar la mirada de sus ojos y con suma precaución le quitó muy lentamente el arma. Un hombre apareció con una pala y, alzándola en el aire, se dispuso a golpear a Pappu. David alzó el pesado revólver y disparó sobre el rostro del desconocido; este cayó, golpeó con un estruendoso sonido su pesado cuerpo sobre la puerta y cayó consecuentemente sobre el suelo.

El hombre, asustado, se dejó caer de nuevo sobre el sofá murmurando para sí mismo, como si hubiera perdido el juicio:

—Todo está perdido. Todo. ¿Qué voy a hacer?

—Es un político muy conocido —dijo Pappu—. Se llama Rakesh Mishra. —Y señalando el cuerpo que acababa de abatir—: Aquel es su conductor, por lo visto, iría a hacer desaparecer el cuerpo de Sunita.

Pappu se agachó y observó el rostro ensangrentado de la reportera. David tiró el pesado y viejo revólver a un lado y, aproximándose a Rakesh, le agarró del cuello de la camisa.

—¡Estuviste en el hotel Taj Mahal Palace antes del atentado y ayudaste a los terroristas!

El hombre mostraba un aire de desorientación. Se quedó mirando a David como si fuese un rostro surgido de un mundo irreal.

—Me dijeron que dejase una maleta en una habitación —dijo como un niño confesando una travesura.

—¿Quién? —inquirió Pappu poniéndose de pie.

—No lo sé. Recibí dos cientos mil dólares americanos en metálico a través de un contacto.

—Y encima te ayudaron a ganar tu sillón en el parlamento —dijo secamente Pappu.

—¿Quién era ese contacto tan fiable para ti como para arriesgarte a hacerlo?

Rakesh mostraba signos de delirio. Meneaba la cabeza y parecía que se fuera a poner a llorar. Los labios le temblaban.

—No sabía lo que había en la maleta. Me dieron instrucciones de ir yo personalmente al hotel a dejarla en aquella habitación porque sabían que en el aeropuerto de Bombay no me registrarían y, además, no despertaría sospechas. Yo creía que podría ser dinero o documentos. No lo sé. No abrí la maleta porque estaba cerrada con un código. Además, me dieron instrucciones de que no lo hiciera.

—Te lo vuelvo a preguntar —espetó David—: ¿quién era ese contacto tan conocido como para fiarte de que recibirías más dinero?

—Un extranjero fue el que contactó a mi hijo Babloo —dijo de forma autómatas con la mirada perdida en un rincón del suelo—. Yo no sé su nombre. Yo no sabía qué había dentro.

David le soltó y le lanzó hacia atrás, con lo que cayó sobre el sofá.

—Tu hijo Babloo ¿dónde está? —le preguntó Pappu.

—Está en Jaipur, en nuestro bungaló Vrindavan de la calle Shanti Marg.

—David, espérame fuera.

El español se quedó al sol en el jardín, sentado sobre una silla de madera. Desde donde estaba pudo escuchar los gritos de dolor y las súplicas del político. Al cabo de un instante dejó de gritar.

Al poco tiempo de abandonar la zona residencial se escuchó una explosión. Transcurrió media hora hasta que el primer *jeep* de la Policía hiciera su aparición, informase a los bomberos y pidiera refuerzos. Los investigadores llegaron cuando los vecinos y una gran multitud de curiosos acampaban en las inmediaciones y los periodistas ya habían terminado de grabar y tomar fotos del bungaló en llamas y del helicóptero que para cuando los bomberos, por vez primera, tiraron de sus mangueras ya era poco más que un caparazón ennegrecido. Con tanta gente que había llegado antes que los

investigadores, cualquier mínimo atisbo de pruebas sobre posibles culpables había desaparecido. El primer bombero que miró en el interior de la vivienda confirmó la presencia de tres cadáveres: el del político, su conductor y el de la periodista. Los medios de comunicación avivaron por mucho tiempo aquel caso. Se pudo averiguar que Rakesh Mishra estaba metido en problemas con el crimen organizado relacionados con la financiación de su campaña electoral. Concluyeron que la periodista habría encontrado indicios y ambos habían sido asesinados por gánsteres.

Julián tenía un rostro que el ministro no podría describir de memoria por mucho que lo intentase. Eso le irritaba, aparte de que era, en la sombra, el espía más poderoso de España. Aunque discretamente movía sus hilos para minar su autoridad. Si por él fuese, lo habría sustituido y habría propuesto para el cargo a una persona afín a su círculo de intereses políticos: más manejable.

—¿Y cómo estás seguro de que tu hombre...?

—Nuestro hombre. David es un ciudadano español.

—Sí, de acuerdo. ¿Cómo estás seguro de que no está mal de la cabeza?

—Pues porque sus acciones nos lo demuestran, además de la gente con la que se relaciona en Bombay. Está actuando de una manera muy profesional, infiltrándose en un círculo muy difícil de acceder y más aún el ser admitido en ese mundo criminal siendo un extranjero. Mal de la cabeza estaría si lo hubieran grabado deambulando por la calle desnudo, como un loco, o mendigando.

—La razón por la que te pregunto esto es porque no comprendo por qué ahora después de tanto tiempo, después de unos años del atentado...

—Da signos de vida, ¿es eso?

—Sí.

—Pues según lo que yo entiendo, es que ha sido entrenado.

—Ah.

Su calma, su paciencia, sus modales, lo bien que le quedaba el traje de vestir, en definitiva, la profesionalidad de Julián y su imparcialidad, que no

comulgase con sus ideas políticas, todo de él le irritaba.

—Hasta que no tengamos nada más, no iré a consultar al ministro de Exteriores —añadió el político—. El director general del Cuerpo Nacional de Policía está conforme conmigo en que ni mucho menos va a hablar de una alerta declarada. De momento, ya la Casa Real ha modificado la agenda de su majestad y las cámaras de comercio han comunicado a las empresas que se habían apuntado al viaje una nueva misión comercial. Esta vez a Argentina.

Julián asintió pensativo mientras cavilaba por qué el melindroso político le había citado para mantener una conversación que fácilmente habrían podido tener por videoconferencia o por teléfono. Permitió que su mirada vagara por el suntuoso despacho: retrato de su majestad, una serie de portarretratos en los que aparecía el ministro con gente eminente, el nuevo ordenador de mesa de pantalla plana, una impresora pequeña y moderna y un portátil.

—Quería preguntarte una cosa

—Dime. Estamos aquí para trabajar por un bien común: servir a nuestro país.

—Es personal, Julián —comentó frunciendo el ceño—. Si me lo permites.

—Adelante.

—Espero que no sea indiscreción. —El ministro carraspeó con delicadeza. Para el avezado Julián, aquello era un aviso de intimidación inminente—. ¿Todo va bien?

—¿Qué quieres decir?

—¿Que si estás bien?

Julián vaciló. Luego preguntó:

—¿Te doy la impresión de no estarlo?

—No es eso. —Hizo girar ligeramente su sillón de ruedas, reflexivo—. En realidad, parece que lo de David no ha sido fácil para ti. Conociste a su esposa, fuiste al entierro. Me imagino que esas cosas afectan a uno. Tener un caso de un operativo, así... sin precedente alguno.

—La verdad es que es duro —dijo asintiendo—. Pero me alegro de que

esté vivo. Ahora lo importante es trabajar para traerlo a casa a salvo.

—Pero, dime, ¿qué crees que estarías haciendo si no trabajaras en tu departamento de Inteligencia?

Julián lo miró con desconcierto; guardó silencio con una cualidad reflexiva, no forzada, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Es curioso que me lo preguntes, porque hace pocos días estuve hablando con el ministro de defensa, como ya sabes, muy cercano a su majestad y al presidente, y me habló de proponer mi nombre como embajador en un cómodo país, y ocupar ese tranquilo cargo, lejos de tensiones y lleno de privilegios, hasta mi jubilación de oro, que es cuando tendré el tiempo suficiente para publicar mis memorias.

—No quería importunarte —se disculpó—. Lo siento.

—Ni mucho menos, no me has importunado. —La miraba de Julián jugó con la del político. Luego se levantó apresuradamente y le tendió la mano.

El ministro hizo lo mismo con diligencia y le devolvió el saludo para acompañarlo a la puerta.

—Quiero ser muy claro contigo en este asunto: si algo se tuerce, me aseguraré de que sea tu cabeza la que rueda, no la mía —repuso sonriendo y en tono cáustico—. Espero que me mantengas informado.

Julián lo miró a los ojos, le devolvió la sonrisa levemente y, antes de darse media vuelta, dijo finalmente:

—¿No lo hago siempre?

Tras recorrer el Paseo de la Castellana, había muchos coches que salían o desembocaban en la columna vertebral de la circulación de Madrid, el Paseo de Recoletos. El chófer dejó a su derecha el Círculo de Bellas Artes y continuaron su recorrido. Los turistas abundaban en la capital aprovechando el buen tiempo. Julián, hasta el momento absorto en sus pensamientos, sacó su móvil tras vibrar dentro de su bolsillo. Miró su e-mail. Había sido enviado desde un dominio italiano a través de una intrincada red de servidores y de nodos, una tapadera de Andrew Houghton, agente de la CIA. Cifró

automáticamente el mensaje. Su anodino, pero claro texto le confirmaba una reunión privada en el punto de encuentro habitual.

El andén y la estación entera eran un pandemónium. Había empezado una festividad religiosa y muchos devotos se encontraban de peregrinaje a templos sagrados hindúes para realizar una ceremonia auspiciosa con el propósito de atraer a la buena suerte y evitar los males. Además, había empezado el caudaloso y lucrativo flujo de turistas que todos los años por aquellas fechas persistían en acudir a la India en busca de algo: exotismo, paz, meditación o negocios.

Junto a David, un grupo de desconcertados turistas franceses se esforzaban en balde por entender lo que unos altavoces gangosos difundían.

—Del andén número cuatro sale nuestro autobús —comentó Pappu nada más llegar a su lado.

—Todavía no lo han anunciado —dijo David.

—Da lo mismo, me lo han dicho.

—Vale.

El conductor escupió un chorro de tabaco de masticar de un rojo llameante por la ventana.

—*Thik hain, ¡Jaipur challo!* —gritó.

El motor rugió estrepitosamente tras cambiar las marchas. El autobús realizó un inicio traqueteante entre la multitud de peatones y maleteros que se hacían a un lado y eran insultados con animosidad por el cobrador, que iba colgado en un escalón del vehículo chillando el destino: «Jaipur, Jaipur, Jaipur, ¡*challo!*».

El conductor conducía como si hubiera robado el autobús: con una velocidad y despreocupación hacia los demás absoluta. Tras salir de Delhi,

cruzaron pueblos, campos, retazos de selva profanada, controles de peaje, entraron y salieron de la autopista, pasaron por paradas de autobús, subieron y bajaron pasajeros, vieron a gente en cuclillas al borde de la carretera haciendo sus necesidades, a búfalos, cabras, elefantes y camellos. Entrando en el estado de Rajastán, un tramo de carretera estaba sombreado por árboles de flor amarilla y hojas largas como las adelfas. Por una carretera de curvas endiabladas, el vehículo subió hasta un paso alto de la cordillera antes de descender hacia las planicies de tierra caliente. Tras muchas horas de viaje interminable llegaron a las inmediaciones de Jaipur.

—Para salir de esta ciudad y pasar desapercibido, hay que coger un medio de transporte por carretera que no llame la atención —dijo Pappu señalando hacia las montañas que rodeaban a la ciudad, frente a ellos—. Las salidas y entradas son fáciles de vigilar y, además, en la estación de tren la Policía Local, con una simple patrulla, podría bloquear fácilmente el acceso.

Pasaron por el Jal Mahal, el famoso palacio parcialmente sumergido en un lago.

A una semana de las elecciones regionales, resultaba imposible eludir el rostro de los políticos que aparecían colgados en multitud de coloridos carteles en enormes vallas publicitarias al borde de las carreteras, en marquesinas y en cada pared de los edificios del centro de la ciudad de Jaipur. El autobús tuvo que detenerse a la altura de Raj Mandir Cinema en Bhagwan Das Road, ya que cruzaba por una calle paralela un *rally* multitudinario de partidarios de un partido político enarbolando banderas y transportando pancartas. Al cabo de unos minutos, tras la Policía de Tráfico dar paso a los vehículos, de nuevo tuvieron que quedarse en medio del tráfico para dar paso a otra multitud con gorras y camisetas con el emblema de un partido político contrario al anterior; la diferencia era que estos llevaban detrás una banda de músicos. Aquella burla charada estaba cuidadosamente escenificada.

Se bajaron en Pratab Nagar, y desde allí cogieron un *autoricksaw* que les llevó a las inmediaciones del bungalow. Estaban en la periferia de Jaipur, una zona aislada llena de viviendas independientes y solares donde crecían plantas salvajes.

Construida en dos plantas, la vivienda ofrecía una imagen exterior de una sencillez selecta, ostensiblemente lujosa. El nombre «Vrindavan» estaba

enmarcado en la pared en mármol. Había un completo silencio. Un examen cuidadoso revelaba que los que estuvieran dentro no se esperaban que alguien fuera a sorprenderles. Al otro lado de la calle Jagriti Marg había un espacio melancólico lleno de hierbas silvestres, donde unos cerdos peludos y grises olisqueaban en derredor. Ya estaba atardeciendo y pronto se haría de noche.

—¿Qué piensas, David?

—Parece que nos lo han dejado fácil —contestó mientras seguía observando el edificio junto a Pappu desde detrás de un coche aparcado en la acera de enfrente—. Lógicamente, por las noticias, saben el destino que ha tenido el padre de Babloo. Yo creo que nos están esperando.

—Esta gente no tiene entrenamiento y siguen el modo de actuar que han visto en las películas.

—Pero pueden estar armados, y nosotros no —afirmó el español.

—A lo mejor algún revólver antiguo.

Justo en ese momento, a los veinte minutos de haber comenzado la vigilancia a la casa, dos hombres doblaron la esquina con bolsas de plástico llenas de paquetes de comida para llevar, con las letras rojas y el logo del popular establecimiento Talk of the town. Entraron dentro después de realizar un silbido como contraseña. Desde el interior, se rompió el silencio al escuchar el entusiasmo de personas al abrir los paquetes de comida.

—Cuatro o cinco personas —dedujo David.

—Ya verás. Los vamos a pillar con las manos sujetando un pollo *tandoori* —susurró Pappu sonriendo.

Cruzaron con rapidez la calle. Luego, sin hacer ruido, treparon un muro de metro y medio y se dejaron caer al otro lado. Sus zapatos tocaban la hierba espesa. Pappu le señaló una figura: un hombre que se suponía que estaba haciendo guardia en el jardín. Le sorprendieron bebiendo una botella de cerveza Kingfisher. Estaba sentado en una silla de plástico al borde del camino de piedras rojizas que serpenteaba hasta la entrada. Pappu se adelantó y, con una diestra como una maza, le golpeó una única vez, porque más no hizo falta. Cayó hacia atrás sobre el césped, pero el ruido del vidrio al caer sobre una losa de piedra los delató. Rápidamente, David le registró y sacó del cinto del pantalón una pistola.

—Ahí no vamos a entrar esta noche —dijo mostrando su enfado, y muy serio le hizo ver la Beretta 9 milímetros—. Conque un revólver antiguo, ¿eh? Mejor que esperemos a que amanezca. Es lo más prudente.

—Ahora ya no hay marcha atrás —susurró y echó a correr por el jardín en dirección a la entrada.

—¡No, espera! —le advirtió David.

En los siguientes tres minutos, los acontecimientos se sucedieron muy rápido. Pappu entró primero corriendo. Sonaron dos deflagraciones. Dos impactos de bala perforaron el cuerpo de Pappu, que continuó avanzando tirándose encima de la persona que había disparado. David, por detrás, se echó a un lado y disparó una vez contra un segundo hombre que se había quedado paralizado en medio de la estancia y con el arma en la mano sin haber sabido cómo reaccionar. Le dio de lleno en el rostro. Pappu consiguió doblegar a su verdugo y, arrebatándole el arma, le disparó y le perforó el cráneo. David se adelantó a un tercero y, agarrándole por el brazo, le hizo girar en redondo, lo levantó con rapidez y dando una vuelta en el aire cayó al suelo con un estrepitoso golpe y la nuca doblada. Un hombre apareció corriendo por una habitación contigua, amagó un puñetazo a su estómago que el español esquivó con facilidad al tiempo que con la culata del arma le golpeaba en la nuca, y una vez que cayó al suelo, le disparó a bocajarro. Alzó la mirada. Las dos extranjeras permanecían maniatadas en un rincón de la estancia y con la boca tapada con trozos de tela. Un hombre aterrorizado por el suceso yacía junto a ellas. Tenía una escopeta de doble cañón en sus manos; estaba tan nervioso que le temblaba todo el cuerpo. David supo de un vistazo que no revestía peligro alguno, el arma destinada a la caza no estaba cargada. Pappu, mortalmente herido, cayó de rodillas y se desplomó. David corrió a su lado. Intentó taponarle la sangre que salía con fuerza de sus heridas. Exangüe, murmuró algo. Su respiración era tan somera que apenas conseguía alzar el pecho con cada breve inspiración. La vida se le escapaba a borbotones. Miró a su amigo español. Moría en sus brazos. Llorando de rabia y estrechando su cuerpo por última vez, David soltó un sonoro grito. Cogió la pistola del suelo. Se levantó furioso ante la atenta mirada de las dos chicas inglesas.

El desconocido pretendía meter un cartucho dentro del cañón del arma, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó rodando. Con miedo en su

rostro, levantó su escopeta. David se la quitó de las manos de un manotazo tirándola al suelo, lo que produjo un estruendoso ruido.

—Por favor, no me mates.

—Eres Babloo, ¿no es así?

—Puedes entregarme a la policía. Te doy dinero.

—Tu padre llevó una maleta al hotel Taj Mahal Palace. Ayudó de alguna manera a los terroristas.

—Ah, eso. Sí, mira. Pero nadie lo sabe.

—¿Qué había dentro?

—Había componentes para fabricar explosivos, además de unas granadas de mano. Era una maleta de viaje enorme y pesada.

—¿Quién se la dio?

—Un *gora* como tú. Un extranjero. Pero no hablaba hindi como tú. Lo escuché hablar en árabe una vez tras contestar una llamada a su móvil. Me lo presentó un gánster de Uttar Pradesh llamado Mansoor Khan.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Babloo pestañeó varias veces y luego miró al español como si no comprendiese lo que él le decía.

—¿A quién? Hace dos años los dos murieron en una explosión. Querían accionar un coche bomba en Karachi contra intereses estadounidenses.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Me lo dijeron unos conocidos, que Mansoor se había unido a la yihad islámica al ser reclutado por ese *gora*.

David suspiró con fuerza. En ese momento, la búsqueda del americano parecía que había llegado a su fin.

—Nos dieron mucho dinero por dejar esa maleta dentro del hotel — continuó Babloo atropelladamente con el propósito de que no le infligiera ningún daño—. Como a mi padre no le registrarían por ser político, llevó esa maleta desde Delhi a Bombay y como quería financiar su campaña electoral, aceptó el trabajo. El extranjero trajo a la India ese armamento desde

Cachemira a través de Pakistán. Con una máquina de rayos X que tenemos en Gurgaon pudimos ver el contenido de la maleta sin abrirla. Pero yo no lo hice, fue él.

—Esta pistola ¿dónde la has comprado? —le preguntó mostrando la Beretta.

—En Goa. A un intermediario ruso. Las traen en cargueros. Con lanchas van a su encuentro en alta mar, y así las llevan a la costa. No me mates. Te juro que fue mi padre el único culpable de todo. Yo soy inocente.

—¿Y quién es culpable del estado de estas chicas y de la muerte de mi amigo?

—Ha sido un error, de verdad. Pero ellas están sanas. Te las puedes llevar contigo. No me mates, por favor. —Levantó su tembloroso brazo señalando un mueble—. Ahí dentro tengo mucho dinero. Lo puedes coger todo. Te lo suplico. ¿Cómo te llamas? Tú no eres indio, ¿quién demonios eres?

—Soy la última persona que vas a ver.

Con un tiro sobre el ojo derecho cayó al suelo herido de muerte. David, con la pericia de un asesino profesional que hubiese obtenido al haber participado en otras ejecuciones, se le acercó para cerciorarse de haber cumplido con su propósito. Ante la mirada de horror de las chicas, que le observaban despavoridas por todo aquel suceso que habían presenciado frente a ellas, con absoluta frialdad vació el cargador del arma sobre la ya extinguida humanidad del hombre.

Desató a las chicas. Les dio agua de un bidón de veinte litros con la distintiva pegatina azul de Aquafina y escuchó sus rápidas y frenéticas palabras de agradecimiento. Una de las chicas inglesas, en estado de *shock* y de manera histérica, sugirió ir a la policía, pero el español les argumentó que cuanto más tiempo estuvieran en Jaipur, más peligro corrían, ya que nunca se sabía si las autoridades indias recibían sobornos por terceras personas y entonces podrían no llegar nunca a su embajada de Nueva Delhi.

Contempló por última vez el rostro de su amigo. Del sofá de la estancia quitó una sábana de algodón y la colocó sobre el cuerpo de Pappu, cubriéndolo entero. Cogió el cuerpo de Babloo por las piernas y lo puso junto con el de sus hombres. David se cambió su camisa ensangrentada por otra que encontró en el armario de una habitación contigua. Cogió el dinero que

había dentro del mueble y lo metió dentro de una mochila barata de propaganda de un gimnasio local llamado Talwalkar. Fue a la cocina, removi6 todos los cajones y armarios. No encontr6 lo que buscaba, ya que, por lo visto, no cocinaban; pedían comida para llevar. Pero sí que debía de ser supersticioso y devoto el tal Babloo. Así pues, se dirigió a las estancias cercanas a la entrada, y allí, en un rinc6n pequeño, vio el armario-santuario hindú para realizar la *puja*. Abrió el pequeño caj6n y sac6 una caja de cerillas largas. Se agach6 y de un armario empotrado cogió una botella de aceite, cuyo uso era encender la lámpara tradicional mientras se realizan las oraciones. Estaba medio vacía. No era suficiente. Fue de vuelta a la cocina ante la atenta mirada de las chicas inglesas, que permanecían de pie observando sus movimientos. Cogió el cubo de la basura tirando su interior al suelo, y sali6 al exterior. Vio un 4x4 Mahindra Thar. Abrió el cap6 y sustrajo un tubo de plástico. Dio la vuelta al vehículo, y como aprendió en su día de Pappu, forzó la tapadera, abrió el tap6n del dep6sito y metió el tubo por el orificio del tanque, chup6 hasta notar el sabor de la gasolina y entonces insert6 el extremo de la cánula en el cubo. Se fue llenando de gasolina poco a poco. La gasolina continu6 derramándose por el suelo mientras David regresaba al sal6n y vaciaba la botella de aceite y el cubo, sobre el cuerpo sin vida de Pappu y el de los demás. El resto lo ech6 por la estancia de la vivienda: sofá, cortinas, y colchones.

Encendi6 dos cerillas largas y se las tendió a las chicas.

—Poned fin a lo sucedido.

Con algo de aprensión las cogieron, pero enseguida se decidieron a dar un paso adelante y las dejaron caer sobre Babloo y sus hombres; una llamarada de color azulada surgi6. David encendi6 otra y la tir6 sobre el cuerpo de Pappu.

Una vez en marcha, mand6 un mensaje desde el móvil de Pappu a Nadeem, anunciándole que se dirigía al aeropuerto y que necesitaba volver a Bombay. Al cabo de un instante, recibió un mensaje: «Mañana. Puerta 1. Terminal 2. Antes de las 16:30». David abrió la carcasa del teléfono, lanz6 la batería muy lejos y la tarjeta SIM la dobl6 y la tir6, así como el resto del aparato.

La noche estaba iluminada por un cielo lleno de estrellas, considerando también que había luna llena. Llegaron andando hasta lo que parecía un taller

de reparación mecánica, eléctrica y de chapa y pintura. Había piezas de repuesto por doquier y herramientas. Varios autobuses y tractores estaban aparcados. Unos perros se acercaron de manera amenazante, lo que asustó a las jóvenes, que se agarraron a David. Cogió una piedra del suelo e hizo amago de lanzarla contra ellos. Esto los ahuyentó, pero continuaron ladrando desde la distancia.

David dio unos sonoros golpes en una puerta. Tras abrirla un soñoliento mecánico, el español le ofreció una commensurable cantidad de dinero si les llevaba a Nueva Delhi. El hombre miró a las jóvenes, y David le explicó que a él y sus hermanas les habían robado en un hotel de la ciudad, que se habían llevado las maletas y con ellas los pasaportes, y tenían que llegar a la capital con tiempo suficiente para ir a la embajada y así poder viajar a su país. Le dio la impresión de ser un argumento convincente; los robos a los extranjeros eran muy frecuentes. David sacó dos gruesos fajos de rupias y se los dio como pago anticipado. Aquello bastó para que se decidiese. Esos extranjeros eran tontos y muy ingenuos, con razón habían sido desvalijados, argumentó en el interior el mecánico a su mujer.

Viajaron en una furgoneta cuyo ancho y largo había sido modificado de su fabricación original para albergar más espacio de carga. El vehículo soltaba crujidos por las paredes y el techo. Por un momento David pensó que el chasis se desprendería de la carrocería. De un modo bastante inquietante, los frenos no dejaban de chirriar cada vez que el conductor los pisaba. Como aquellos movimientos y sonidos se hacían monótonos, las jóvenes quedaron dormidas: una sobre sus piernas y la otra sobre su hombro. Él, entonces, pudo echar una cabezada y se quedó dormido casi todo el trayecto.

Por la mañana temprano, y tras preguntar por el camino a transeúntes madrugadores que no eran sino empleados domésticos, llegaron a las inmediaciones de la embajada del Reino Unido, en la zona de Chanakyapuri. David despidió al conductor de la furgoneta. Acompañó a las chicas inglesas hasta la esquina de la calle paralela. Le abrazaron efusivamente. David, azorado por las lágrimas y muestras de agradecimiento de las jóvenes, evitó compartir con ellas información sobre su procedencia y nombre.

Una vez solo, se encaminó a una parada de taxis donde los conductores dormían al aire libre sobre camas echas con cuerdas. Contrató un coche para llevarlo al aeropuerto doméstico.

Durante el trayecto, al conductor sij le propuso la compra de su turbante. Por un momento pensó que aquel pasajero no hablaba en serio. David jugó a ser un típico extranjero despistado. De la mochila sacó un fajo de dinero argumentando que era un regalo para un amigo profesor de historia que no había tenido tiempo de comprar. Una vez en las inmediaciones del aeropuerto, le dijo que aparcase dentro del parking y le enseñase cómo se colocaba en la cabeza, ya que quería darle una sorpresa cuando este fuera a recogerle en Bombay. Con la barba que ya tenía sin afeitarse desde hacía tiempo y ahora el aderezo del turbante perfectamente puesto, su aspecto era el de un verdadero sij. Entre risas, el conductor, que ahora llevaba un pañuelo atado en la cabeza como sustitución a su turbante, sacó de la guantera una botella pequeña de aceite de almendra Bajaj, un espejo y un peine. Le indicó cómo moldear la barba y hacerla más presentable.

Una vez terminado y después de que el taxi saliera del parking, David se fue caminando hacia la entrada transformándose de inocente turista extranjero a sij en el manierismo y forma de hablar el hindi. Cualquiera que mantuviera conversación con él no dudaría de que era indio de algún remoto lugar norteño de la región del Punyab.

Quedó de pie media hora junto a la puerta exterior número uno, evitando aparecer en el campo de visión de las cámaras de seguridad. Un policía le preguntó el motivo de su estancia tan prolongada sin acceder al interior, él le contestó que esperaba a un compañero de trabajo. En ese momento, un empleado de una aerolínea doméstica le tendió un documento, y con aquel pase en el que figuraba su fotografía y nombre ficticio, fue detrás de él y accedió al interior del aeropuerto sin ser cuestionado por los medios de seguridad. Le llevó a una habitación, donde se vistió de copiloto.

Nadeem, desde la cabina del avión, al ver únicamente a David, supo del destino trágico que había acaecido al veterano Pappu, y así se lo hizo confirmar a Hassena desde su teléfono móvil.

Una simpática empleada pelirroja de cutis sonrosado le saludó muy cortésmente en una oficina de la sección consular de la embajada de Estados Unidos en Madrid. Llevaba esperando al visitante desde hacía quince minutos. Muy amablemente le acompañó a la planta baja. Allí cruzaron un largo pasillo y entraron en una habitación donde le esperaba un hombre vestido con traje de ejecutivo. Una mesa y dos sillas eran el único mobiliario. No había espejo falso ni cámara de seguridad monitorizando la visita. Esa reunión, como otras anteriores, no se había producido.

El hombre se levantó y le tendió amistosamente la mano al visitante. Le agradaba verlo de nuevo. Con un gesto de la mano le indicó que tomara asiento.

No era la primera vez que el español se había reunido de manera extraoficial con Andrew Houghton, de la CIA. Su aspecto físico no dejaba traslucir el hombre severo y sin contemplaciones que había sido jefe de oficina en algunos de los lugares más peligrosos del mundo: Medellín, Río de Janeiro y Damasco, entre otros.

—Para nosotros, tu hombre es oro puro en potencia —admitió Andrew con sinceridad—. El terrorista americano, que le hacéis llamar vosotros, se llamaba realmente Nick Preston, y con nombre islámico se hace llamar Mahmoud Ghaleb.

Un profundo silencio cayó sobre la habitación hermética. Había dejado de ser un rumor. Aquel terrorista de verdad existía. Era de carne y hueso. Julián cogió un bolígrafo, lo hizo rodar pensativamente entre sus dedos. Por primera vez tenía a esa amenaza en la mesa. Cogió uno de los folios blancos con el logo de la embajada que había en medio de la mesa y realizó distraídamente una serie de rayas: dos verticales y, cruzándolas, dos horizontales.

—Entonces estarás de acuerdo en apoyarme en eliminar una amenaza terrorista común —añadió con énfasis, llenando los nueve espacios y cruzando una línea diagonal sobre tres X. Luego devolvió el bolígrafo a un vaso de cerámica pintado con los colores de la bandera de los Estados Unidos.

El americano se agachó y de un maletín de cuero sacó un fichero que puso sobre la mesa frente a Julián. Este lo abrió sin dilación alguna.

—Su intención es crear un ambiente de miedo e intimidación —comenzó a explicar Andrew mientras el visitante leía el fichero que contenía páginas con datos y fotografías—. Ayudar a los yihadistas a perpetrar sus ataques para que los gobernantes europeos decreten el estado de emergencia y robar así la libertad a sus ciudadanos.

—Nació en Pakistán.

—Sí, pero su madre era estadounidense.

—Lo leo, pero ¿aquí no explica cómo se radicalizó?

—Sí, casi al final hay un texto que lo menciona. Su padre, la verdad es que no era muy radical, aunque sí algo ortodoxo con los años. Por este motivo la madre se marchó a Florida, y allí pidió el divorcio. Intentó, en vano, llevarse a su hijo. Como puedes leer, el chico comenzó a relacionarse con jóvenes de dudosa procedencia, bebían té a la menta mientras hablaban de la Yihad y los campos de entrenamiento en Pakistán, etcétera.

—¿Puedo llevarme una copia?

El agente de la CIA se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un lápiz de memoria blanco. Lo puso sobre la mesa y lo empujó hacia Julián.

—Es todo tuyo —contestó repantigándose en la silla—. Conforme se iba haciendo un adulto, Nick procuró no hacer pública su nueva postura acerca del islam. Cuando leía en los periódicos o en televisión noticias relacionadas con atentados terroristas contra intereses occidentales, celebraba en silencio la matanza de civiles como una bendición de Dios.

—Y ahora se encuentra en Alemania —murmuró Julián con los ojos puestos en los folios, que iba pasando hoja a hoja con atenta observación.

—Lo tenemos vigilado de manera discreta, ya sabes.

—Sí, ya sé.

—Está resultando bastante exitoso en penetrar en la juventud de los barrios marginales de Alemania, donde predominan los musulmanes originarios de Turquía y refugiados de Siria.

—«Barcelona, Madrid, Valencia...» —leyó en voz alta Julián.

—Ha estado viajando a Barcelona, donde ha radicalizado a una generación joven y disconforme con las sociedades occidentales en las que están inmersos, de este modo comienzan a identificarse con el yihadismo. Hoy en día, el mundo se enfrenta a ataques realizados por individuos y grupos pequeños, pero con efectos simbólicos importantes. Si la posmodernidad se trata de encontrar tu propia manera sin estar integrado a un grupo más grande, esta es una forma posmoderna de atacantes suicidas.

—Así fue el *modus operandi* del ataque al hotel Taj Mahal Palace de Bombay.

—Nick les ayudó con logística e información. Aquellos jóvenes terroristas fueron el prelude de la actual versión moderna de los combatientes suicidas. Saben que al final van a terminar muertos. Ha trabajado para el VEVAK, el servicio de inteligencia iraní, Hamás, Hezbolá, Al Qaeda y para cualquiera que quiera contratarlo.

Julián pasó el índice sobre un párrafo y leyó en alto:

—«Sus primos pronto se distanciaron de él, que cada vez pasaba más tiempo con sus nuevas y siniestras amistades, aquellos que deseaban un apocalipsis nihilista para proteger, según ellos, el buen nombre del islam. [...] Aunque es un experto en explosivos, cuando tiene que matar a alguien prefiere el cuchillo. Ha entrenado con esta arma a yihadistas para realizar ejecuciones, como las degollaciones captadas en vídeo por Jihadi John...».

—Para llevar a cabo este informe, hemos tenido más de un centenar de informadores en nómina y hemos pinchado más cuentas de correos electrónicos y teléfonos que los servicios secretos rusos.

—Vale, cojo tu indirecta. Dime.

—El motivo del atentado en el hotel de Bombay fue sabotear el proyecto para importar gas de la República Islamista de Irán a la India a través de Pakistán. Entre la India y Pakistán iban a construir un moderno oleoducto. Si

uno investiga sobre las personalidades internacionales que se hospedaron en el hotel días antes del atentado, se verá que el Secretario de Estado Henry Kissinger y funcionarios del Barack Obama Global Economic Team se encontraban en Bombay para discutir sobre este acuerdo del oleoducto de gas. ¿Qué paso? Pues que, tras el atentado perpetrado por islamistas procedentes de Pakistán, el gobierno de la India se negó a continuar las conversaciones. Invertir miles de millones para que en un futuro terroristas sabotearan en Pakistán el trayecto del oleoducto era de locos. Las buenas intenciones con la India por parte de los sectores más moderados de Irán y Pakistán se fueron al traste con el atentado.

—¿Quiénes fueron los que atacaron el hotel?

—Fueron unos jóvenes sin recursos que soñaban con ser estrellas de Bollywood. Nick pasó un tiempo con ellos en campos de entrenamiento en Pakistán.

Julián sostenía una fotografía tamaño cuartilla en la que se veía al terrorista americano: muy alto, atractivo, parecía un actor de Hollywood.

—¿Y por quién fue contratado?

—Por Zakiur Rehman Lakhvi y sus amigos. Según ellos, el nuevo eje mundial está encabezado por Rusia, China e Irán. Los iraníes están cada vez más cerca de cumplir su sueño nuclear, y ellos quieren ayudarlos. No quieren que el gas iraní se venda en la India, país aliado de los Estados Unidos.

—Sin embargo, ahora Rusia, que tiene reservas en Irán, quiere vender a Pakistán y a la India.

—Bueno, podemos continuar debatiendo políticas internacionales hasta el fin del mundo. Los líderes se mueven por intereses, y para cumplir con sus designios tienen a ciertas personas para llevarlos a cabo, materializarlos.

—Como aquí este yihadista, que os estará resultando una molestia muy importante. Adivino que se ha convertido en una prioridad en tu departamento.

—Ahora también es de tu responsabilidad. Como puedes leer, tiene un pie puesto en Barcelona. Pero, naturalmente, toda esta información confidencial que estoy compartiendo contigo lleva aparejado un precio.

—En este mundo de la lucha contra el terrorismo rara vez sucede lo

contrario.

—La medida más efectiva para atrapar a un terrorista es emplear a otro terrorista como informante. Esto ya lo hemos hecho en muchas operaciones. Pero, como te decía, tu hombre nos puede ser de una utilidad asombrosa.

—Es un principio que seguís vosotros los americanos: hay que tratar con individuos cuyas manos ya están sucias.

—Y tu hombre está en mejores circunstancias. Era un operativo de la Policía Nacional española, que está muerto. En mi departamento tardaríamos un tiempo considerable en mandar un operativo o varios a liquidarlo en suelo europeo. Además, que entrarían en el radar de los servicios de inteligencia alemanes, con los que mantenemos estrechos lazos y no queremos romperlos. ¿Me entiendes?

—Muy clarito. Sigue.

—Daré vía libre para que él entre en la vivienda. Y os facilitaré la localización vía satélite de su apartamento. Además, me ocuparé de que la policía alemana no intervenga, con tiempo suficiente para que tu hombre pueda salir.

—De acuerdo. Ahora dime de una vez qué quieres de mi operativo para que nos dejes en bandeja a Nick Preston.

Tras salir del edificio y sentarse en su coche oficial. Julián se preguntó si David era realmente consciente de los peligros que corría. Su expectativa de vida podría ser de horas si personas relacionadas con la organización a la que había prestado ayuda Nick Preston, alias Mahmoud Ghaleb, se enterasen de que había sobrevivido al atentado terrorista y estaba vivo y coleando por las calles de Bombay.

Julián comenzó a sentir ansiedad, una constante compañera desde que empezó a trabajar en aquel departamento secreto del servicio de inteligencia de España. Pero, al fin y al cabo, era consciente de que para que un agente fuera efectivo, ella o él, tenía que correr peligro.

QUINTA PARTE
EL TERRORISTA AMERICANO

El avión tocó la pista de aterrizaje con un golpe seco. Julián, en su asiento de primera clase, encendió su móvil y supo que un hombre le estaría esperando fuera. Se levantó y se unió a la fila de pasajeros para abandonar el avión. La presurosa multitud pasó del frío tonificante del interior de la aeronave al cálido sopor de la terminal del Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay.

Conforme caminaban por el pasillo en dirección a inmigración, por encima de las cabezas de los recién llegados, varios fluorescentes empezaron a parpadear. A Julián aquello le pareció una señal recordatoria de la idiosincrasia de la India; las cosas no son siempre como parecen y debía extremar la precaución en sus juicios en aquel país con tantos contrastes extremos.

Julián desestimó medidas de seguridad, ya que entonces podría despertar el interés de los servicios de inteligencia indios sobre su presencia en el país, más allá de una aburrida conferencia. De este modo, dio instrucciones de que ningún empleado de la embajada estuviera esperándole dentro del recinto de llegadas, sino fuera de la terminal.

Salió del control de pasaportes, y conforme obtenía su maleta de la cinta y se encaminaba hacia la salida, el ruido de vehículos se hacía oír por encima del traqueteo de los carritos portaequipajes y el griterío de la gente, unos ruidos tan normales en Bombay que Julián apenas los percibió, puesto que estaba atento al empleado de la embajada que le habían confirmado que estaría esperándole.

Al lado de un grupo de conductores privados, con expresión de profundo aburrimiento, sosteniendo carteles de papel en el que se leían nombres extranjeros y de empresas, un hombre con figura atlética, elegantemente

vestido con ropa tipo *sport*, dio unos pasos hacia adelante y le saludó.

—Soy de la embajada —se apresuró a decir—. Me llamo Francisco García y trabajo en la sección comercial. Usted es el señor Rodrigo Pérez, ¿no es así? —añadió con aseveración.

Julián asintió. Después de estrecharle la mano, le dejó que cogiera su pequeña maleta con ruedas.

—Hoy ha salido en el periódico *Times of India* su entrevista, con una prominente foto de usted, y, además, en la revista *Outlook* de esta semana se publica un artículo sobre la conferencia internacional de defensa y estrategia. Pero es extraño que en España no se mencione nada de este evento, ¿no viene ninguna empresa española con usted?

—Creía que vendría Carlos, el encargado de la seguridad de la embajada en Nueva Delhi —dijo pasando por alto su curiosidad.

—Por lo visto, el embajador lo necesitaba —argumentó Francisco al tiempo que alzaba la mano en el aire llamando la atención del conductor del coche privado para indicarle que se acercase al andén.

Una vez dentro del vehículo, partículas de información se combinaban e iban adquiriendo forma en su subconsciente. Los imprevistos a última hora siempre eran mala señal.

A la altura de Willy Brandt Platz, el tranvía fue frenando lento pero inexorablemente hasta que exhaló un suspiro hidráulico. Un obrero con chaleco fosforescente amarillo en medio de los raíles sujetaba en el aire un cartel que decía «Parar». Un convoy de construcción iba a cruzar la carretera portando en varios remolques un enorme cilindro de acero y numerosos materiales de construcción.

Un joven pasajero con la barba bien cuidada y el cabello engominado en punta, que permanecía de pie apoyado a la barra, presintiendo que aquel imprevisto llevaría un tiempo de espera, soltó un taco en voz alta y contestó a una llamada a su móvil pronunciando «*Alaikum*». Otros, en silencio, observaron el transporte del convoy, todo digno de una eficiente y exquisita ingeniería alemana. Unos jóvenes estudiantes no dudaron en sacar sus móviles y grabar. Sin embargo, los menos pacientes parpadeaban desconcertados observando sus relojes y, a medida que aumentaba la quietud, se ponían más nerviosos. Estaba claro que llegarían tarde a sus trabajos.

Un hombre sentado junto a la ventana miró su reloj de pulsera y calculó que tardarían menos de cinco minutos en reanudar la marcha y otros quince en llegar a su parada. Llevaba zapatos de cuero con suela de goma, pantalones vaqueros, camisa a cuadros de colores vivos, un jersey de pico y una chaqueta deportiva. En fin, el tipo de ropa que se podría encontrar fácilmente en cualquier almacén como Zeilgalerie, Galeria Kaufhof, Primark o en el centro comercial MyZeil. Se reclinó en el asiento y extendió con precaución los pies. Una bolsa de deporte que acaba de recoger de un contacto descansaba en su regazo.

Una persona que viajaba de pie se giró instintivamente y le observó distraídamente, lo que interrumpió sus pensamientos. Él evitó su estudiosa

mirada. Sin duda le había visto. Hizo memoria de todas las caras que le habían llamado la atención y se prometió a sí mismo retenerlo en su memoria. Cerró los ojos como si dormitara, y como imágenes rebobinadas en una pantalla, retrocedió hasta las escaleras del metro. En una tienda de comestibles, donde compró un bocadillo vegetal: allí lo había visto. Ese hombre simulaba que miraba la repostería expuesta en el mostrador de cristal.

Abrió los ojos e hizo que observaba a través del cristal cómo seguía cruzando con parsimoniosa lentitud la caravana de transporte de objetos pesados. Ahora un remolque transportaba una singular grúa de construcción móvil con las prominentes letras «Liebherr» escritas a un lado. Frenó en medio de las vías y se puso en marcha con una leve sacudida y un flatulento estremecimiento. Su pretendido interés era tan solo para realizar un repaso visual al desconocido. Iba vestido dando una imagen de hombre de negocios. Se fijó en sus zapatos, muy cómodos para andar durante mucho tiempo, pero no disponibles en puestos de venta en la zona. Echó un vistazo hacia su abrigo, tampoco era un diseño común. Observó su cabello, muy corto, teñido y engominado. Dedujo que ese hombre era de los servicios de inteligencia, «pero ¿de qué país?». Mirando distraídamente por la ventana, hizo un ejercicio mental de qué geografía podría provenir una persona con aquella apariencia física: «americano, como yo... No, no puede ser. Es sin duda un agente alemán».

La noche anterior había dormido muy poco. Estaba completamente obsesionado con cumplir su misión. Se había levantado de madrugada. Se pudo dar cuenta de que la lavadora, puesta unas horas antes, contenía un amasijo de ropa empapada de agua estancada, ya que se había detenido en mitad del ciclo de lavado. Sus compulsiones estaban llegando a ser de un carácter sicopático tal que no solo no realizaba cualquier pago en metálico, evitando recibos y facturas, sino que lo limpiaba absolutamente todo. Recorría la estancia de la vivienda con una bayeta con el propósito de limpiar cualquier atisbo de huella dactilar, los desagües del lavabo y de la ducha los limpiaba de tal manera que con un destornillador los abría y, después de quitar cualquier pelo por haber, echaba legía en abundancia y vinagre por la superficie. Cuando salía a la calle, se metía servilletas de papel e intentaba no tocar nada directamente con las manos y que pudiera dejar sus huellas. Cuando había que pulsar el botón de un ascensor, lo hacía con una servilleta y, si había que empujar una puerta, se esperaba a que otro pasajero,

transeúnte o viajero lo hiciese antes que él o lo hacía con ayuda de un papel, fuese en un lavado público, la puerta de acceso al edificio de apartamentos o simplemente accionar el botón de llamada de parada en un autobús o para accionar el botón de apertura de un vagón de metro. Realizaba la compra en tiendas pequeñas y evitaba los supermercados, como el Lidl cercano a su apartamento.

Tras la presencia de aquel extraño, supo que debía de tomar medidas. Quizás tan solo habían sospechado de él y, por mera rutina policial para realizar un fichero de un perfil sospechoso, le habían estado siguiendo de cara a conocer sus actividades.

El convoy por fin ya había pasado y fuera, en la calle, el obrero con el chaleco fluorescente le hacía señales a la cabeza del tranvía comunicándole que ya podía seguir.

Decidió bajarse cerca de la Estación Central Hauptbahnhof. Caminó al frente por calles llenas de transeúntes sin atreverse a desviar la vista para que su perseguidor no advirtiera su intención. Como si estuviera siguiendo un recorrido hacia alguna determinada dirección, llegó a una calle poco transitada y más adelante a otra mucho más estrecha por donde no pasaba nadie y donde los huecos de entre las casas eran demasiado pequeños. Caminó hasta el final y quedó pegado a la pared de la esquina aguardando a su víctima. Cuando el hombre llegó apresuradamente a su altura, se abalanzó y le clavó un cuchillo en el cuello; lo extrajo de un tirón con igual rapidez, sin esperar a su último suspiro de vida. Le registró el interior de los bolsillos: en su cartera leyó un nombre en alemán impreso en un carné de conducir, tarjetas de banco y poco más. Concluyó que era un temerario e ingenuo policía encubierto jugando a los espías, con ganas de encontrar algo sólido para subir de escala en el departamento. Salió precipitadamente a la calle de vuelta por dónde había entrado.

Ahora debía de extremar las precauciones. Si le habían estado siguiendo, significaba que estaba en los radares de la policía alemana. Tenía que apresurarse. Lo esencial era cumplir la tarea que le habían encomendado: reclutar a un puñado de lobos solitarios decididos a cometer actos de terrorismo.

Nick Preston, conocido por su nombre islámico como Mahmoud Ghaleb, se enorgullecía de su naturaleza camaleónica, de su preparación para saber

desenvolverse en cualquier circunstancia. Entre inofensivos transeúntes esbozó una sonrisa. «Alá es grande», se dijo así mismo. Se vanaglorió de pensar que solo unos pocos hombres como él, los elegidos, conocían la salvaje alegría de la destrucción de los infieles occidentales.

En la entrevista concedida a la cadena de televisión NDTV, Julián hizo hincapié en la colaboración de España con la India en materia económica. «Ha sido siempre tan estrecha como eficaz», dijo. No dejó perder la oportunidad para elogiar el carácter de la India, innovador e independiente, dentro de un mundo de democracia y libertad, «porque resulta útil recordar que China, el país competidor de la India en materia económica, tiene una falta de compromiso con los derechos humanos». Destacó que, como analista independiente de la asociación de cámaras de comercio españolas, estaba iniciando lo que se podría denominar como primeros contactos para examinar las posibilidades de cooperación de ambos países, especialmente en materia aeronáutica y de construcción naval.

Todo había salido conforme lo previsto. Al salir del salón privado del *Business Center*, donde se había realizado la entrevista, Francisco le informó de que alguien había estado llamando por teléfono al hotel preguntando por él. No había dejado recado, según la recepcionista.

—Bueno, pues ya volverá a llamar, igual algún pesado empresario indio. Te agradezco la atención que has tenido conmigo —comentó Julián en el ascensor. La puerta se abrió. Le miró por encima del hombro—. No creo que te vaya a necesitar. Cualquier cosa, llamo al cónsul. Muchas gracias.

Salió camino a su habitación y se dio cuenta de que Francisco le estaba siguiendo por detrás. Después de trabajar una década en los servicios de inteligencia, sus instintos le susurraban la palabra «amenaza».

—Si necesitas hacer turismo por la ciudad, yo conozco todos los rincones —prosiguió Francisco dando conversación innecesaria.

Julián se giró y le dirigió una mirada cargada de furia.

—No pierdes la paciencia, ¿eh?

—¿No la he perdido ya bastante? —replicó como si sopesara la mejor manera de romperle el cuello.

Julián llegó a su habitación. Con rapidez, sacó de su bolsillo la tarjeta llave y la insertó en la ranura. Quiso entrar y cerrar la puerta en sus narices para darle a entender que ya no le quería ver más. La luz amarilla se encendió y se abrió la cerradura electrónica. Sin mirarle, dijo:

—Muchas gracias de nuevo, Francisco. Agradezco tu atención.

Justo cuando cerraba la pesada puerta, Francisco puso el pie. Julián se echó hacia atrás y él cerró la puerta tras de sí.

—No tan rápido —dijo caminando por detrás de Julián hacia el interior—. Quisiera hacerte unas preguntas. Y tendrás la amabilidad de contestarlas.

Julián tuvo miedo. No había sido entrenado para combate cuerpo a cuerpo. Aquella *suite* era muy amplia, y no conseguiría salir sin defenderse. Miró a su alrededor, recordó que en su juventud el entrenador personal de artes marciales les hizo hincapié en utilizar cualquier objeto que estuviera cerca como arma. Fue a agarrar el mando a distancia, pero vio que no estaba en el sitio donde lo había dejado antes de salir de la habitación. Pensó en coger una taza. Se decidió a tomar la iniciativa. Fue corriendo, la cogió y se la lanzó con fuerza.

Francisco, la esquivó con un movimiento tan leve y veloz que había sido visto y no visto, por lo que golpeó la puerta y cayó rota al suelo enmoquetado. Entonces se llevó una mano hacia atrás y de debajo de su chaqueta sacó un arma.

—Ahora me dirás cuándo y dónde tienes previsto reunirte con David —dijo mirándole con frialdad—. Sé que no te llamas Rodrigo sino Julián.

Sin preverlo, una sombra salió de una de las dos puertas que daban al baño. Acercándose con rapidez por su espalda, le hizo una llave del cuello mortal, torciéndolo hacia atrás con ambas manos. La médula espinal se la rompió por completo y cayó el cuerpo al suelo.

Julián se sentó en el sofá en un estado de conmoción. David, sin perderle de vista, sacó su teléfono móvil, marcó y dijo:

—Necesito que vengan a limpiar un cuerpo. Habitación 144 —colgó, se guardó el aparato en el bolsillo y se agachó para registrar al hombre—. Mira, acreditación de la embajada, que será falsa. Y con una Beretta calibre 22 sin silenciador, ya de por sí un arma silenciosa. —Se sentó al borde de la cama—. ¿Qué tal estás? —preguntó con una sonrisa condescendiente y cálida por igual.

—Estoy bien, sí —masculló, observando algún punto de la moqueta; evitando por un instante verle el rostro. Alzó la mirada azorado y dijo—: Me has dado un susto de muerte. Dios mío, David. Cuánto tiempo.

—Estaba aquí dentro esperándote desde hacía dos horas —señaló a la ancha pantalla del televisor—. Te he estado viendo en la entrevista.

—Si me hubieras dicho que estarías aquí, me la hubiese ahorrado. Menudo rollo he soltado. ¿Cómo supiste de mí?

—Por la red de confidentes de Hassena. Aquí, el caballero —dijo señalando con el pie el cuerpo tendido de Francisco— llevaba merodeando durante días el hotel. El guardia sij de seguridad evitó dar la alarma de que portaba un arma para saber hasta dónde llegaba. Anunciasteis con una semana de antelación ese evento de cámaras de comercio, tu nombre excesivamente prominente mencionado... Y luego, tu llegada sin escoltas de seguridad ni ayudantes y haciéndote pasar por alguien que no eres, sirviéndote de un pasaporte con seudónimo. Así pues, fue cuestión de atar cabos. Cuando se viaja de esta forma solo se hace si hay un problema serio.

—Cómo has cambiado durante estos años —comentó Julián observándole más detenidamente, de arriba abajo.

Parecía incluso más alto de lo que recordaba: su cabello largo y rizado era distinto, vetado con mechones grises, los hombros y brazos esculpidos albergaban a primera vista potencia y masa que, como había demostrado, conservaban una dosis mortífera. El sol y el clima habían oscurecido su piel y tenía muchas arrugas en su rostro: frente, entrecejo y debajo de sus ojos marrones oscuros; estaba envejecido, pero, al mismo tiempo, su físico era el de un atleta.

—Algunos jefes de inteligencia tienen la suerte de ocupar su puesto en épocas relativamente tranquilas. Tienen tiempo de jugar al golf, ir al gimnasio, hacer amistades e incluso aprender un nuevo *hobby*. Conforme

pasan los años reciben sus honores, una jubilación de oro y luego ofertas en el sector privado donde les ofrecen un montón de dinero. Pero tú aquí sigues.

—No creo que vaya yo a tener tanta suerte. Los próximos años prometen ser especialmente tumultuosos.

—¿Y este? —dijo señalando de nuevo con el pie a Francisco—. ¿De dónde te crees que procede? Te aconsejo que adelantes tu regreso.

—Escucha, David...

—¿Escuchar? Este procede de la alcantarilla de donde surgen todas las operaciones sucias del Gobierno.

—Haré mis averiguaciones y pagarán por esto. —Se levantó y con su teléfono móvil sacó una foto del rostro sin vida de Francisco—. Te lo prometo.

—Todo sigue igual desde los atentados del 11M. ¿Cómo pudo ser que unos moritos pudieran organizar aquella masacre sin conocimiento de los servicios de inteligencia y de la policía?, ¿eh? ¿Y qué hicisteis? Te lo diré yo, lo que se suele hacer en las operaciones encubiertas organizadas desde las cloacas del Estado, quemar archivos y esperar a que pase el tiempo y la gente se olvide.

Julián soltó un apesadumbrado bufido y se sentó de nuevo.

—Nosotros no somos policías.

—Vosotros lo sabíais.

—Mis antecesores, David. Yo aún no ocupaba el cargo.

—No frustrasteis los atentados del 11M, permitisteis que siguieran adelante con la esperanza última de que no hubiera muchas víctimas, ¿es eso?

—Yo estoy contigo, David. Quiero que sepas que soy tu amigo. Los presidentes, como los políticos, vienen y van, pero nosotros seguimos. Quiero que vuelvas y trabajes conmigo. El mundo actual se está descontrolando peligrosamente. Estaría fallando a mi deber si dejara escapar un talento tan evidente como el tuyo.

Sonó una llamada en la puerta, que interrumpió la conversación. David se apresuró en abrir. El gigante sij encargado de la seguridad del hotel, que

siempre estaba apostado en el pórtico, entró sin decir nada empujando un ancho carro de la lavandería.

En silencio, ignorando la presencia de Julián y ayudado por David, el sij metió el pesado cuerpo sin vida de Francisco y lo tapó con una sábana. El español le tendió el arma al gigante indio, que se la guardó dentro de su larga chaqueta de botones, y cerró despacio la puerta tras desaparecer empujando el carro por el pasillo.

Julián permaneció de pie frente al ventanal, desde donde se divisaba la Puerta de la India, aquella especie de arco de triunfo gigante que hacía de marco para una idílica vista al mar.

—¿A qué has venido? —le preguntó David sin más preámbulos, obviando su anterior comentario.

—Sé quién es la persona que has estado buscando, y quiero ayudarte a encontrarlo.

David le contó lo sucedido durante el ataque terrorista en el hotel, cómo fue dado por muerto por el americano que se hizo llamar Bob, su dificultad para subir las escaleras, que se le hicieron eternas, el recuerdo de lo sucedido años atrás en Madrid, el miedo que lo sedujo y que a punto estuvo de paralizarle y el horror de ver a su esposa muerta de aquel modo, ejecutada por los terroristas islamistas. Julián le comentó que recientemente le habían visto en imágenes grabadas por cámaras CCTV en el hotel y en el Café Leopold. Entonces, David le narró su nueva vida protegida por Hassena y cómo creía que el americano había muerto accidentalmente manejando un coche bomba.

Mientras se terminaba una cargada taza de Nescafé, Julián finalmente le resumió su reunión privada en la embajada de los Estados Unidos con su colega Andrew y el informe confidencial sobre Nick Preston. Le mostró una fotografía. El hombre de la foto tenía ojos grises, cabello rubio pálido, la frente y el maxilar pronunciado, la nariz recta y un rostro limpio. David no tuvo dudas: era el mismo hombre.

—Cuando se juntaba con sus primos a jugar, por sus comentarios poco a poco se fue dando cuenta de que la versión del islam que tenían iba muy lejos del credo compasivo que su padre le había enseñado. Conforme los lazos de amistad se fueron haciendo más fuertes entre los primos, estos le presentaron a amigos y estos a otros. Así comenzó Nick a relacionarse con personas en casas donde se aireaban visiones del islam mucho más extremistas.

—Ya, el cuento de siempre. Sintió que recibía una llamada mística y se apuntó a la yihad contra occidente como uno se apunta a un club de fútbol en un polideportivo. Pero, en este caso, en vez de pensar manejar un balón, él se imaginaba a sí mismo con un rifle de asalto.

—Efectivamente. Viendo que la situación familiar estaba prácticamente

rota y no había forma de que su marido encauzara a su hijo y mejorara las relaciones, su madre volvió a los Estados Unidos, donde al poco tiempo murió de cáncer. La ruptura total ocurrió cuando el día menos pensado unos árabes irrumpieron en la casa de una de esas nuevas amistades y, después de hacerle unas preliminares preguntas sobre el Corán, el pasado biográfico de Mahoma y demás, le invitaron a viajar a un campo de entrenamiento en Pakistán para luchar contra los intereses de los Estados Unidos, infligiendo cuanto más daño posible a sus satánicos aliados.

—Y tu contacto de la CIA ¿por qué se ofreció a compartir toda esa información? ¿Qué es lo que quiere?

—Que desarticule en Inglaterra las operaciones que realiza un tal Oliver Tanner y así darnos vía libre para eliminar a Nick.

—¿Y eso? Para que tú estés interesado, trabajando por proteger los intereses de España, y me quieras involucrar, ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Para los americanos es matar dos pájaros de un tiro. Por una parte, es terminar con ese centro de noticias falsas que dirige Oliver y que tanto daño está causando al gobierno de su país y, por otra, eliminar a ese terrorista norteamericano es quitarles un problema enorme de encima. Pero, para España, cumplir tu misión significa mucho. En aquel edificio donde producen noticias falsas, proliferan las actividades con las llamadas «criptomonedas», que están de moda. Al principio, hablar del tema producía cierto temor. Esto mismo ocurría hace décadas al hablar de las tarjetas de crédito cuando daban sus primeros pasos. Partidos de izquierda antisistema y organizaciones que quieren hacer daño a España han utilizado la criptodivisa digital Ether para ocultar los pagos por cientos de dominios web. Ether no deja rastro, impide conocer quién es su titular y rivaliza actualmente con el Bitcoin en el pujante mundo de las monedas digitales. Permite realizar acuerdos «inteligentes» entre personas y fue desarrollada a partir de la mecánica también utilizada en el Bitcoin: la denominada cadena de bloques o *blockchain*, por la cual distintos usuarios de cualquier punto del mundo pueden optar a completar cada eslabón de una cadena de bloques, fabricando así cada fracción de la moneda Ether y apropiándose de ella. Más allá de la técnica digital utilizada, la clave de cualquiera de estas criptomonedas es que no están respaldadas ni supervisadas por ningún banco central y que, en definitiva, son impenetrables

para las fuerzas del orden. Y según nuestra información, están empezando a realizar transacciones con otra moneda digital muy deseada: la llamada XLM de Stellar. Según los agentes de la Guardia Civil, la mayor parte de los casos de jóvenes vinculados al mundo de la ciberseguridad que son contratados para realizar estas operaciones en internet lo hacen contactando a «la granja», como se denomina el edificio donde opera ese Oliver Tanner. Tendrás que llegar a Inglaterra con pasaporte falso. Lógicamente, que no sea español.

—Hassena me proporcionará uno.

—Eso está bien. Pero no podré asistirte con logística ni proporcionarte equipamiento. Si realizase muchas actividades despertaría el interés de algún topo que debemos de tener en el departamento.

—Eso está hecho, hablaré con Hassena.

—La mejor forma es entrar por barco. ¿Podría ella contactar con la mafia del tráfico de personas que operan en Francia para que te trasladen junto con inmigrantes a la costa inglesa?

—Al fin y al cabo, es la hermana del famoso Dawood Ibrahim. Estar relacionado con ella es estarlo indirectamente con su hermano.

—¿Y el material? Debes llevar dinero en metálico, más un reloj, un GPS, algún arma... y, cómo no, el suficiente explosivo para dejar ese edificio inutilizado por mucho tiempo. En fin, todo cuanto pueda caber en una mochila, de la que no deberás desprenderte en ningún momento.

—Me lo conseguirán.

Julián guardó silencio y, al cabo de un instante, dijo:

—Los tiempos cambian, David, y nosotros cambiamos con ellos. Me gustaría que volvieras conmigo a España.

—Lo primero que tenemos que hacer es un carné de conducir internacional y un pasaporte —dijo Hassena—. Ambos con la misma foto, ambas de la misma calidad, de una cabina típica de supermercado de esos europeos, de fotomatón. Tu rostro debe de aparecer sorprendido por el *flash* de la cabina. No sonrías, pelo corto y bien afeitado. De este modo, para cualquier persona que te pida tus documentos, no serás digno de su atención, y cuando desaparezcas de su vista ya te habrá olvidado. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Haré que a través de mis contactos en Europa te preparen en la mayor medida de lo posible el mejor equipamiento disponible en el mercado. Por supuesto, llevarás en todo momento contigo dinero en metálico, como libras y euros, en falsos huecos de tu cinturón. Lo pediré ahora mismo. Ahora, a preparar tus documentos para no hacer saltar las alarmas en inmigración. Le diré a Nadeem que te prepare un billete en primera clase con Air France.

—Necesitaré que alguien me proporcione un arma.

—Algo bueno, moderno y sofisticado. Porque esa gente tendrá lo suyo, y esa calidad dista mucho de la de simples matones del crimen organizado. Hablaré con mis amigos los israelíes, que también están metidos en esto.

—¿Perdona? ¿Los israelíes?

—Ten en cuenta que, camino al hotel Taj Mahal Palace, los terroristas pasaron por Nariman House, la sede judía jasídica en la que tenían dentro una sinagoga y además era un hostel. Allí asesinaron al Rabi y a su mujer, embarazada de cinco meses. Según la información que me han dado, vieron allí, junto con varios terroristas, a tu americano junto con una mujer y dos hombres blancos.

—¿Y me dices esto ahora? ¿Que el americano tenía ayuda de otros occidentales?

—La información relevante la comparto cuando me llega. Según me han dicho, se esconden en Cachemira, pero creo que andan mucho por Rajastán. Si vuelves de tu viaje, hablaremos más sobre este asunto. —Ambos guardaron silencio. Luego Hassena continuó—: Si estás enjuiciando mi conveniencia con los israelíes, te diré que sí, que me gustaría agradecerles.

* * *

Julián, empujando su pequeña maleta de ruedas, cruzaba la terminal del aeropuerto en dirección a la salida. Desde lejos, Goyo le alzó la mano. Justo cuando se daban la mano y se dirigían al coche oficial, Julián recibió una llamada a su móvil.

—Nuestro enlace en Alemania me ha comunicado que los servicios de inteligencia alemanes tenían un hombre vigilando a Nick —le anunció Andrew—. Ha aparecido muerto. Lo seguían por mera rutina. Querrían recabar información sobre él, y no han sido prudentes.

Julián asintió pensativamente.

—¿Y?

—Quería informarte, saber cómo va todo. ¿Todo bien?

—Vaya, ¿te doy la impresión de no estar bien? —preguntó una vez en el interior del coche—. Últimamente, no dejan de preguntarme sobre mi estado de salud. ¿Qué quieres de mí, una jubilación forzosa?

—No, no es eso. La policía alemana no ha dado una alerta declarada. No saben todavía quién es.

—Ahora estará prevenido.

—Sí, según nuestro enlace, se han ido a vivir a su apartamento unos cuantos hombres, para sentirse protegido. Todos están fichados como altamente peligrosos.

—Esto quiere decir que, después del trabajo en Inglaterra, cumplir su

objetivo en Alemania será más difícil que nunca.

—Nosotros seguimos con esto. Si tu hombre cumple en Inglaterra, nosotros daremos vía libre a que entre en la vivienda.

Tras colgar la llamada, preguntó a Goyo, sentado en el asiento del copiloto:

—¿Qué sabes de ese Francisco?

—Nada. No conseguimos nada de momento. Pero lo sabremos. Tengo a mi gente en ello.

—Deberías de haber visto cómo lo mató. ¡Con sus propias manos! — exclamó con las palmas de las manos al aire—. ¿Llegó ya?

—Según nuestra información, tiene previsto llegar a París esta mañana.

—Hassena ha involucrado a los israelíes. Por lo visto, los terroristas mataron a seis judíos durante el ataque. Será mejor que hagamos nuestro cometido lo mejor posible, porque esta gente no se anda con tonterías, y tenemos que estar a la altura. Ponte en contacto con ellos.

—Llamaré a un conocido que trabaja en la embajada de Israel y comenzaré a coordinarme con ellos.

—Bien, y nosotros seguimos con lo planeado. ¿Cómo van los preparativos?

—Ya lo tengo todo dispuesto en nuestro piso franco de Frankfurt. Solo tiene conocimiento de este trabajo mi operativa técnica Laura García, que además tiene conocimientos de alemán y nos será muy útil, tú y yo.

El cielo sobre Madrid había estado presagiando lluvia durante todo el día. Un aguacero torrencial cayó sobre la carretera. Julián miraba en silencio más allá de su ventana, las gruesas gotas de lluvia que se estrellaban contra el cristal le despertaron de su ensimismamiento.

—Hasta que no depuremos el departamento, cualquier otro tipo de misión como esta debe de seguir así. Me imagino que tienes motivos de inquietud al estar convencido de que nos vigilan.

—Desde que me lo comunicaste, me es difícil decir de cuántos empleados inocentes he podido estar sospechando en mi departamento.

—Me lo imagino, Goyo. Cuando uno siente por primera vez esta sensación, se convierte en una idea fija.

El ruido de los frenos anunció el aterrizaje y el próximo descenso a la flamante y moderna terminal del aeropuerto Charles de Gaulle de París. Manejando varios miles de vuelos diarios y con múltiples pistas, el aeropuerto de París ostentaba los más elevados estándares de seguridad. Además, con su profusión de cajeros automáticos, oficinas postales y de cambio de divisas, hay en él bares, restaurantes de comida rápida y muchos cafés repartidos por todas partes.

David, después de pasar inmigración con una mochila como equipaje, caminó por pasillos atestados de gente y cambió de planta hasta llegar a la última cafetería, situada en la salida, cuyo nombre estaba prominentemente anunciado en un enorme cartel que ponía en bonitas letras «Bristo Bar Richelieu». Se sentó, pidió un expreso. Colocó su mochila gris a sus pies. En su interior no llevaba más que una botella de agua, periódicos y revistas que había estado leyendo durante el viaje. Se puso una gorra roja con una llamativa letra D, escrita con marcador negro. A los pocos minutos, un hombre de aspecto asiático se acercó empujando un carrito de la limpieza. Situándose de espaldas a la cámara de seguridad, paró, sacó un cubo y un mocho, y con habilidad cambió la mochila de David por otra mucho más grande y pesada. El hombre dejó todo dentro del carro y sacó una escoba de ancho cepillo; se puso a barrer el suelo con aire despreocupado.

Una vez fuera, con suma rapidez, David se dirigió al óvalo central que había entre los dos edificios de las terminales, donde pudo atrapar un taxi. Le dijo al conductor que le dejase en la próxima área de servicio, donde había un pequeño hotel de la cadena Ibis. Al llegar, una vez que se despidió del conductor, cruzó la carretera por un paso a nivel y entró en un restaurante de carretera anexo a una gasolinera llamado Musketeers, con decoración y ambiente medieval. Fue a los lavabos. Entró en un baño, cerró con pestillo, se

sentó sobre la taza del váter y abrió la mochila. Revisó todo lo que había en su interior: pantalón vaquero, una camisa y una chaqueta barata, una gorra roja, un reloj con GPS táctil y pantalla de alta resolución, una pistola semiautomática Fort-12 de fabricación ucraniana, una caja de auriculares en cuyo interior había un pequeño aparato auditivo, un cuchillo Pflueger y un visor nocturno. Abrió otra cremallera y dejó a la vista pequeños cartuchos de explosivo del tamaño de una vela pequeña y un pequeño aparato para activarlos; suficiente para borrar del mapa su objetivo de una vez y para siempre.

Con su nueva indumentaria, se quedó esperando frente a la puerta principal del restaurante durante tres horas con la gorra roja sobre su cabeza. Un autobús con los cristales teñidos por enormes pegatinas publicitarias anunciando exóticos viajes por Europa entró en la zona del parking y, aminorando la marcha, frenó justo a su nivel. Cualquiera que observara el autobús desde el exterior pensaría que se trataba de un *tour* turístico organizado por una agencia de viajes. El conductor le hizo un gesto para que entrase. David subió y el vehículo emprendió la marcha. Su interior estaba lleno de hombres, todos en silencio, con el cansancio y la inquietud dibujados en sus rostros. La mayoría eran de piel oscura, los había negros africanos y de piel cetrina procedentes de Asia. Pero también de aspecto caucásico, como él aparentaba, procedentes de Europa del este. Se sentó sobre el reposabrazos de un asiento que ocupaba un señor cuyo aspecto parecía que provenía de Siria o Irak. El conductor, mirando por el espejo retrovisor, le llamó la atención gritando y, señalando con el índice mientras no perdía de vista la carretera, le hizo saber que ahí, no, que se sentase en el suelo.

Pasaron por otras tres estaciones de servicio recogiendo a más inmigrantes ilegales. El interior del autobús acabó hacinado de gente y el olor a sudor y a vómito era fortísimo. Excepto por la ventana del conductor francés, en el vehículo no había ventilación alguna.

Tras muchas horas en carretera, el autobús llegó de madrugada a cierto lugar en la costa francesa. Era un puerto pequeño, lleno de embarcaciones de pescadores. El conductor bajó y, tirando de las pegatinas que cubrían los laterales del autobús anunciando lugares de vacaciones, las quitó, enrolló y las guardó en el maletero. Un coche se acercó, salieron tres personas y se quedaron hablando con el conductor del autobús. David pudo percatarse de que estudiaban cómo acomodar a los emigrantes. Uno de los tres señalaba a

una parte del puerto y otro señalaba hacia otro lugar.

Abrieron la puerta y, conforme bajaban los pasajeros, fueron separándolos por apariencia física. Los africanos a un lado y los demás, a otro.

A David y su grupo los llevaron a un almacén.

—Para prevenir el mareo es recomendable estar descansado; intentad no estar estresados o nerviosos, no tener el estómago vacío, sin estar muy lleno tampoco —anunció en voz alta un hombre con aspecto de marinero en un inglés con fuerte acento francófono.

Acto seguido, se dispuso a repartir bolsas de comida, como a niños en una excursión. En su interior había un plátano, una manzana, un bocadillo de queso con lechuga y tomate —ya que en su mayoría todos eran musulmanes y había que evitar el embutido—, un zumo de naranja y un botellín de agua.

El español se dio cuenta de cómo el trato recibido por aquellos hombres era frío, pero respetuoso. Estaban muy bien organizados y preparados. Aquella organización de tráfico humano era muy distinta a la que David había oído y leído en los medios de comunicación. Sentado junto al mismo hombre con quien había coincidido al lado suyo durante el recorrido en autobús, decidió darle conversación. Pudo averiguar que era iraquí y que había pagado casi treinta mil dólares por aquel viaje seguro hasta Inglaterra, incluido un pasaporte y, a su llegada, una estancia en un hotel barato durante dos días. Turquía, Macedonia, Bosnia, Serbia, Hungría, Italia y, por último, Francia. Le dijo que hasta entonces el viaje había sido relativamente cómodo y que había visto lugares que jamás se hubiera imaginado que pudiera visitar. David le preguntó que qué quería decir con «viaje seguro». Este le explicó que otros con menos medios económicos eran llevados de otro modo más traumático y que ocasionaba muchas muertes, normalmente, ahogados en receptáculos de camiones de carga. Y una vez que llegaban a destino, eran abandonados en la carretera sin documentos ni dinero.

Después de que muchos engullesen la comida con avidez, ya que era el primer alimento que consumían desde hacía muchas horas, les tendieron unos monos de trabajo de color azul oscuro, de una sola pieza con cremallera central. David, curioso, le preguntó al iraquí el motivo y este gesticuló con una arcada.

Al cabo de una hora, un empleado de aquella red para emigrantes musulmanes hacia el Reino Unido les comunicó que le siguieran.

El mar rielaba desde el puerto al horizonte. En el cielo revoloteaban y chillaban las gaviotas, molestas de que no las dejaran estar en sus lugares habituales, las rocas de la costa.

La intención del peculiar atuendo quedó perfectamente clara tan pronto el barco zarpó. Estaban en cubierta. Sobre sus cabezas, el tiempo atmosférico no podía ser peor. Tan pronto alcanzaron mar abierto, el mar embravecido hacía que la nave se inclinase y cabecease. Los pasajeros comenzaron a agarrarse y apretarse los unos contra los otros. El hedor a diésel y al de pescado procedente de la bodega dio paso a las arcadas que, al poco, cubrieron los monos azules de vómitos y bilis. Eran cuatrocientas millas náuticas hacia el noroeste a través del Canal, a las que no estaban preparados. David, junto al iraquí, intentaba permanecer agarrado a su banqueta, pero ambos eran lanzados por los vaivenes atrás o adelante.

Estaban acostumbrados a la montaña, muchos ni habían visto el mar en toda su vida, podían soportar todo el frío que hubiera, pero la náusea era otra cosa. Preocupados por lo que se avecinaba, unos comenzaron a llorar, renunciando a cualquier pretensión de dignidad, otros a rezar.

Los infernales picos y cimas por fin empezaron a amainar. David, abrazado a sí mismo en su asiento, miró su reloj; según su cálculo, no faltaba mucho por llegar. Tenía las manos congeladas, pero la tensión mantenía el frío controlado. Alzó la mirada, no consiguió ver al iraquí entre los pálidos y temerosos rostros de los viajeros, pero su mochila cayó a sus pies arrastrada por el agua. El español supo entonces que no lo vería jamás.

Por fin, divisaron la costa: algún punto entre los cientos de kilómetro de costa no vigilada entre el estuario del Wash, uno de los principales entrantes del mar del Norte, y el pueblo costero de Felixstowe, ubicado en el condado de Suffolk. Una embarcación con dos marineros ingleses a bordo se aproximó al barco con una barra luminosa colocada en un agujero de popa que brillaba potente con un azul fluorescente.

Les hicieron quitarse a todos los monos de trabajo y les dieron una chaqueta fina impermeable y un chaleco salvavidas. El marinero francés confirmó a los ingleses que durante la travesía habían perdido por la borda a

cinco hombres. Era mala señal, dijeron, ya que sus cuerpos serían arrastrados por la corriente, pudiendo despertar la atención de las autoridades británicas si los encontraban. Uno a uno, todos los pasajeros iban subiendo a la embarcación. Era un proceso lento, ya que el barco se movía por el oleaje. Pero también peligroso, ya que se realizaba en plena oscuridad en alta mar.

El viaje a la orilla fue muy temerario. Continuamente las olas rompían contra ellos. Además, iban en la embarcación más número de lo permitido: la borda quedaba cerca del agua.

Al aproximarse a la playa, los dos hombres saltaron y con habilidad arrastraron la barca con sendas cuerdas lo más próximo a la orilla. La maniobra resultó bastante difícil debido al oleaje.

—Fuera, todos —gritó una y otra vez uno de los hombres.

A causa del oleaje, los dos marineros ingleses tenían problemas para mantener la barca en la posición adecuada.

En la orilla, mientras unos permanecían de pie observando el oscuro paisaje, otros se dejaron caer de rodillas y dijeron unas plegarias en voz alta por su llegada sano y salvo.

El aire era frío y salobre. Les ordenaron quitarse el chubasquero y el chaleco salvavidas. Un hombre se aproximó y, tras hacer un saludo a los marineros, les dio la orden a los extranjeros de que le siguieran en fila india.

Tras salir de la playa, les comunicó que se subieran a la parte trasera de un camión. Cuando se aseguró de que todos los emigrantes estaban dentro, el hombre cerró una reja metálica y, cubriéndolo, colocó un panel de madera en el lateral que daba al exterior y por encima, un plástico grueso. Los extranjeros quedaron hacinados en el interior como animales en una jaula. Cualquiera que mirase desde fuera a aquel montaje no prestaría atención alguna. El vehículo se puso en marcha por un camino de tierra sin encender las luces, pero al desembocar en una carretera asfaltada, encendieron los faros.

El camión siguió circulando por la A-148 vía Fakenham. Ya había amanecido cuando llegaron a un área de servicio. Mientras los frenos hidráulicos del vehículo continuaban resoplando, el conductor se bajó y, con diligencia experimentada, quitó la madera y la lona y abrió la reja. Los fue sacando uno a uno e indicándoles que se dirigiesen en fila india hacia un mini

bus que les estaba esperando en un lado del parking. David se desmarcó de la fila y, agazapado detrás de un vehículo, se dirigió al interior del pub-restaurant. En los altavoces sonaba en volumen bajo *You're My Best Friend* del grupo Queen. Aquella mañana temprano no había ningún cliente y el único empleado era el gerente: un hombre gordo con barba, con delantal sucio y una escoba entre las manos, que en silencio estaba limpiando el local.

David pidió un té y tostadas. Su olor y aspecto no pasó desapercibido para el aprensivo dueño del local.

El español se quedó apostado en un rincón. A través del ancho cristal pudo ver al conductor contando a los pasajeros sentados en el mini bus; desesperado, fue a su camión en busca del que le faltaba. El otro conductor fue a su encuentro y, en medio del parking, con ambas manos en el aire, preguntó cómo es que se había escapado. El otro, gesticulando con los brazos al aire, le hizo entrever que se habría ido corriendo más allá del bosque e indicando con el índice su reloj, dijo que no podía esperar por más tiempo. El conductor del camión puso ambas manos sobre la cabeza y se maldijo, movió los labios gesticulando un *okay* y, corriendo al interior de su cabina, puso su camión en marcha y se fue por donde vino. El mini bus partió enseguida en dirección opuesta, hacia el sur.

Cuando le sirvió el té y las tostadas, pidió un taxi. Al cabo de unos minutos, dos hombres entraron al local, alguien los había llamado y habían entrado por la parte de atrás. Aquella organización de tráfico de personas no iba a dejar a un sucio extranjero salirse con la suya para acabar siendo arrestado por la Policía Local vagabundeando por los alrededores y hablando sobre cómo había llegado hasta allí desde su país de origen. Tenían que cuidar el negocio.

El gerente, pasando con descuido un paño de cocina sobre la arañada vieja barra de madera, les realizó un movimiento de cabeza en dirección al solitario cliente.

Como si en lugar de en un restaurante de carretera estuvieran en una capilla anglicana, caminaron muy despacio hacia él.

—Parece ser que te has caído del camión —dijo riéndose uno de ellos—. Venimos a recogerte.

David permaneció quieto, sin moverse. El hombre que había hablado se

giró y miró a su compañero.

—Eh, Mike, ¿qué te parece que hagamos con él?

Su compañero se encogió de hombros, dándole el visto bueno a utilizar la violencia, como estaban acostumbrados.

Amagó su movimiento de ataque en vano: intentó agarrar el cuello de David, que, tras apartarlo con facilidad, se levantó de su asiento lanzando la palma de su mano en un golpe seco sobre el pecho del hombre, que se dobló, y le dio un puñetazo vertiginoso en la mandíbula que le hizo caer hacia atrás y aterrizar, inconsciente, sobre una mesa. El otro hombre, particularmente fornido, miraba el espectáculo con incredulidad. Veloz, se echó la mano hacia su espalda y sacó una corta porra; la levantó con el brazo derecho para asestar un golpe en la cabeza de David, pero este interceptó el puño al tiempo que, con una rapidez asombrosa, le propinaba un golpe seco en la barbilla y una serie de golpes en cadena en el pecho. Aturdido, sin entender siquiera que el desconocido en tres segundos hubiera respondido a su ataque, cayó al suelo.

En la barra, el gerente levantaba los brazos sujetado al aire el paño de cocina.

—No me haga daño —dijo tembloroso.

Un taxi paró frente al restaurante chirriando sus frenos. La canción *Feel It Still de Portugal. The Man*, excesivamente alta, sonaba desde el interior. El joven e impaciente conductor, con un cigarrillo en los labios, tocó dos veces el claxon. David abrió la puerta de atrás y le dijo que le llevara a la vecina estación de tren. Durante el recorrido, se puso en la muñeca el reloj y revisó su ubicación e itinerario a través del GPS. Una vez en el andén, consiguió un billete hasta Yarmouth-East, el pueblo más cercano a la granja.

Oliver Tanner odiaba el frío. Desde su despacho vigilaba contantemente el termostato asegurándose de que todo el edificio se mantuviera en unos exactos 21 grados. Sentado tras su mesa, contemplaba la enorme pantalla delgada de su ordenador. Era muy alto, ancho de espaldas y con el pelo cortado al cepillo, con cuarenta y tantos, sus rasgos no mostraban la menor expresión mientras hacía clic en el ratón y cambiaban las imágenes con nuevas informaciones. El móvil sobre la mesa sonó.

Su voz sonaba muy sosegada y su pronunciación, precisa.

Al mismo tiempo que contestaba alzaba una taza de té.

—Y bien, ¿cómo quedó el partido? —comenzó a hablar tranquilamente y cambió la inocente conversación sobre apuestas a carreras de caballos, luego sobre la visita de un importante político de la Unión Europea, se mencionó una posible amenaza ruso-venezolana contra el Gobierno de los Estados Unidos, hasta que después de varios minutos escuchando en silencio a su interlocutor y asentir, colgó.

Entre los trabajadores denominaban a aquel edificio como «la granja». Ahí se fabricaba suficiente «ciberestiércol», como a él le gusta definir, para enterrar varias veces a Europa, Asia y todas las américas, pero difundirlo requería un esfuerzo constante. Su último éxito había sido aumentar en los últimos sondeos el porcentaje de apoyo de los británicos al *brexit*, la salida del Reino Unido de la UE. Un político muy influyente en el número diez de Downing Street era cliente suyo y se ocupaba de que la Policía no husmease por los alrededores de la granja, donde poco más de quince jóvenes mantenían activa aquella fábrica de mentiras veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Tras la conversación, dejó que un leve atisbo de preocupación asomara por su rostro. Un hombre enjuto con el pelo corto, engominado en forma de puntas hacia arriba y con un jersey con los colores de la bandera de los Estados Unidos, llamado Adam Thompson, se encontraba sentado frente a él. Su asistente, su confidente, a quien delegaba las órdenes y este a su vez a los empleados; como un periódico mantiene un editor controlando su línea política e intereses. Siempre llevaba una pistola encima, una SIG Sauer. Le hacía sentirse todo un hombre, un hombre capaz de cualquier cosa.

—¿Y? ¿Alguna petición especial?

—Julián Assange —contestó Oliver—. Tenemos que propagar una serie de noticias halagadoras sobre ese imbécil. Ya sabes cómo enfocarlo, ensalzándole, apelando a toda esa chorrada de cómo ha beneficiado al mundo ese portal de filtraciones de documentos diplomáticos y militares que llaman WikiLeaks. Como en su día hicimos con el extécnico de la CIA Edward Snowden: «un héroe que ha desenmascarado el insidioso estado de vigilancia masiva en el que vivimos...», etcétera, ¿vale?

—Bien. Me pongo en ello.

—Más nos vale, Adam, porque son más de medio millón de dólares.

A muchos de sus empleados los había contratado tras leer ellos un peculiar anuncio en los portales de empleos para expertos en internet, buscando una vacante de «administrador de contenido». Aparte de dominar perfectamente el inglés, uno de los requisitos eran los idiomas. No solo buscaban el perfil británico, sino a gente nativa rusa, española, china y francesa que estuvieran residiendo en el Reino Unido. Eran contratados tras una exhaustiva entrevista y un contrato firmado para no hacer pública la labor dentro del edificio. Aunque la cláusula especial de trabajo fuera tan puntillosa, el ambiente y el poder acceder a los últimos ordenadores en el mercado y programas que jamás pudieran imaginar, junto con la desorbitada paga, eran motivo suficiente para seguir en sus puestos.

Los empleados estaban situados en las tres plantas del edificio con suelo enmoquetado, con perfecta iluminación y un ambiente que envidiarían los de Silicon Valley. Había muchas puertas dividiendo cada sección, y en cada planta tenían una cafetería donde había varias máquinas expendedoras tanto de snacks como de comida caliente, donde se podía encontrar de todo:

variedades de comida china, india, tipos de pasta y hasta una especial que hacía pizzas en menos de tres minutos con la salsa y aderezo que uno quisiese.

En los dos pisos superiores estaban las secciones más ideologizadas, los blogueros difundiendo bulos o más bien sembrando la duda sobre la posición de los Estados Unidos con México y la zona de Oriente Medio, la OTAN, encendiendo el conflicto de Rusia con Ucrania o cuestiones relacionadas con la Unión Europea o Naciones Unidas. En la última planta trabajaban grupos centrados en colgar información en redes sociales como Facebook, Vkontakte, LiveJournal, Twitter, y YouTube. Desde los chistes inocentes a las mentiras sobre el conflicto árabe-israelí, todos los frutos de la granja necesitaban mano de obra para promoverlos artificialmente; en aquel edificio se engendraban cada semana cientos de cuentas falsas. Cada empleado tenía unos objetivos: ciento treinta y cinco comentarios al día y un promedio de cincuenta webs gestionadas. Como si fuese una fábrica con sus cadenas de montaje, la granja nunca se paraba: era la demagogia llevada de lo individual a lo industrial en turnos de dieciocho horas: dos días se trabajaba, dos días se descansaba. Se hospedaban en un edificio anexo en el que gozaban de todo tipo de lujo en sus habitaciones individuales. Se les exigía discreción y silencio absoluto sobre sus actividades. Para familiares y amigos, podrían dar a conocer lo que se mencionaba en sus tarjetas de visita según su posición: asesor, supervisor o ejecutivo de «Mercadotecnia Internacional Travis, Private Ltd».

Algún trabajador había comentado una vez que toda la empresa estaba financiada por los rusos. Sin embargo, las posturas críticas contra el Kremlin algunas veces eran tan duras que muchos disintieron de que Rusia estuviese financiando la granja. El proceso de trabajo en un día normal consistía en provocar discusiones en las redes creando grupos formados por tres o cuatro personas que seleccionaba previamente Adam en los que uno de ellos ejercía el papel de malo criticando a los Estados Unidos para dar pie a que le contestasen los otros dos elogiando el liderazgo de Moscú, y siempre con mejores argumentos. A otra hora del día, podía ser otra polémica para incendiar las redes, según la conveniencia de Oliver Tanner, que a su vez obedecía las instrucciones de terceros. Creando perfiles falsos simulaban ser ucranianos descontentos con el nuevo gobierno prooccidental o norteamericanos hartos de Donald Trump. Se metían en webs de noticias y

colocaban innumerables artículos que redactaban ellos mismos. Para el público alemán, creaban la falsa alarma de que crecía la extrema derecha, por el contrario, aumentaban las alarmas en grupos neonazis de que la Unión Europea daba barra libre a los inmigrantes quitando de este modo puestos de trabajo a los ciudadanos locales.

No solo se colgaban textos que, por normas de Oliver Tanner, debían tener doscientos caracteres de extensión, también viñetas y memes satíricos riéndose, por ejemplo, de políticos como Benjamín Netanyahu y de Donald Trump: «Nosotros no negociamos con terroristas..., los financiamos».

Hackear y manipular información era la actividad fantasma de aquella granja de *trolls*, que no existía para las autoridades, ya que estaba registrada en Inglaterra como empresa de centro de llamadas en subcontratación; ni había pistas sobre el verdadero paradero de sus enlaces expuestos en la red virtual, puesto que hacían creer que operaban desde San Petersburgo, en Rusia.

El pueblo más cercano a la granja estaba situado a medio kilómetro y se llamaba Yarmouth-East. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el origen del nombre, ya que no había ningún otro pueblo llamado igual ni en el norte, sur u oeste de la comarca. En esencia, poseía cierto encanto a la vieja usanza. Consistía en un puñado de granjas y viviendas independientes esparcidas; la mayoría construidas con muros de sílex y con techumbres de tejas curvas, solían encontrarse vacías durante el año, excepto en verano, que las ponían en alquiler. El mayor atractivo con el que contaba residía en tres pubs cuyas vigas exteriores y ladrillos sugerían que su construcción databa de los años de postguerra; un barrio de viviendas de protección oficial cuyos inquilinos, en su mayoría, trabajan a las afueras; una carretera bien asfaltada que cruzaba el pueblo y una estación de tren de cercanías tan simple y bonita que hasta la BBC la había utilizado como localización para un programa televisivo. Durante la temporada de vacaciones, en las verdes praderas de las afueras se organizaban festivales de disfraces y de música, con furgonetas sin licencia que vendían kebabs y hamburguesas aparcadas en extremos del recinto.

Una vez que se apeó en la pequeña estación de tren, decidió que tenía que

evitar entrar en el pueblo. Nunca se sabía en qué momento alguien podría verle: el conductor de un coche, algún habitante o incluso que su imagen quedase grabada por alguna cámara de seguridad de un cajero o banco. Lo más prudente, pensó, era cruzar el campo, donde una multitud de personas estaban acampadas bebiendo y bailando. Se celebraba un festival de música que había visto anunciado en grandes y coloridos carteles en las paredes del andén.

El ruido era ensordecedor. Llegó a un claro desde donde estaba podía ver las enormes carpas blancas, donde servían bebidas y mucha gente formaba círculos para bailar al ritmo de una música que procedía de grandes altavoces colgados en grandes palos de madera. Había varias piscinas de plástico movibles. Una estaba rota y con el plástico de la superficie habían hecho un charco enorme lleno de fango, donde la gente se tiraba y se deslizaban hasta acabar llenos de barro.

David miró la hora en su reloj, era media tarde. El cielo se estaba transformando en un color acerado. Se levantó un ligero viento. Esperaría a que anoheciera. Se quitó la mochila. Se sentó con las piernas cruzadas junto a un árbol, cerró los ojos y, en posición de meditación, comenzó a quitar todo lo irrelevante de su mente.

Al cabo de un par de horas, sacó de la mochila el cuchillo Pflueger y se lo guardó en la cintura, cubriéndolo con la gruesa chaqueta. Era hora de irse.

Caminando por entre las tiendas de campaña el fétido olor a alcohol y orina era muy fuerte. Se cruzó con dos chicos borrachos. A pocos metros había una quincena de jóvenes riendo y cantando. David cogió del suelo un vaso grande de plástico para pasar desapercibido. Tras dar unos pasos hacia adelante, una voz le llamó la atención:

—Oye, tú, amigo —dijo un borracho tendido en el suelo, llevaba un pantalón corto y una camisa de manga larga. Estaba completamente lleno de barro; sostenía en una mano una botella de vino—. Te he visto desde que has salido del bosque. ¿Quién eres? ¿Un policía de paisano? Ven aquí, que te relleno el vaso y me lo cuentas, amigo.

David se aproximó. En el momento en el que le tendía el vaso con la izquierda, con el puño derecho le dio un golpe seco que lo dejó inconsciente. Cogió la botella y reanudó su camino. Pasó de largo sin llamar la atención

entre la multitud ya apagada después de todo el día bailando y bebiendo. Llegando al extremo opuesto, se adentró de nuevo en el bosque.

Entró en un enorme jardín que no era sino un criadero especializado. En pleno verano, cada rincón albergaba una revelación nueva y sorprendente. Mientras caminaba por aquel invernadero eduardiano, el aire se volvía más pesado con el aroma de lilas e hileras de púrpura y crema. De vez en cuando miraba con detenimiento su GPS. Después tuvo que cruzar otro lleno de hileras de esquejes. Se puso el visor nocturno, que le proporcionaba una imagen lo suficientemente nítida en la oscuridad a casi 500 metros de distancia, a pesar de que todo cobrara un verdor fantasmagórico a su alrededor.

Saltó un jardín amurallado y caminó a través de una hermosa alameda con el suelo pavimentado de piedras. Estaba entre los restos de las ruinas de un edificio en el que en otra época frailes tuvieron su convento y jardines. Mientras aceleraba el paso cruzó por un cementerio. Por un momento se preguntó si el aparato digital no se habría equivocado y le habría dirigido erróneamente a otro lugar. Había un silencio tan sepulcral como los restos mortales de los religiosos en sus tumbas. Las cornejas revoloteaban alrededor y se mecían en las ramas altas de los árboles, con sus chillidos parecían decirle que en aquel lugar no era bienvenido.

Siguió andando según le indicaba el aparato digital. Los terrenos eran yermos y sombríos. Se detuvo frente a un muro de piedra. Ya estaba en su objetivo. Había una señal en la entrada, oxidada por la intemperie, anunciando que aquel era un camino de propiedad privada y se prohibía el paso sin autorización.

Saltó con mucho cuidado el muro y se agazapó. Entonces vio la peculiar edificación. A pocos metros, un caminito de grava zigzagueaba rodeado de genistas y brezos hacia la entrada. Escuchó un gruñido, se giró y en frente de él vio a un enorme perro gran danés que se le venía encima como una sombra. Sacó el cuchillo afilado dispuesto a ensartarlo en el vientre del animal, pero este saltó a un lado y volvió a brincar alegremente; no dejaba de mover la cola. Quería jugar. David cogió del suelo un palo largo y el perro se animó aún más. Lo lanzó con fuerza hacia el camino de grava. El musculoso animal salió corriendo, cuando llegó al lugar donde había caído el palo, algo le debió llamar la atención porque se metió en la entrada y ya no salió.

Tomando aire prosiguió con cautela. En un lateral no tardó en ver un generador eléctrico exterior enorme junto a la pared de hormigón. Unos gruesos cables de conducción eléctrica, rojo y negro, conectaban aquella planta con el edificio. Abrió la mochila, guardó el visor y sacó dos explosivos que colocó a los lados de la chapa metálica del generador. Luego dio la vuelta al edificio y vio una enorme caja que agrupaba muchos cables de fibra óptica y de alimentación, que desconocía, y colocó otro explosivo.

Guardó el cuchillo en la mochila y extrajo la pistola. Estuvo tentado de entrar por una ventana, pero decidió que era mejor observar por la puerta trasera que, supuso, daba a una cocina, ya que había varios contenedores verdes y cubos negros de basura. Entró en el interior con el cañón de la pistola muy pegado a la mejilla. Vio en un rincón varias botellas de butano y otras tantas metálicas de cerveza Carling y Budweiser, se guardó el arma en la espalda y sacó de la mochila los dos últimos explosivos y los colocó junto a las botellas cilíndricas. Pensó que todo aquello era bastante. Dio la vuelta y caminó hacia el muro de piedra, cuando de súbito un hombre le apuntó con un arma.

—Ni se te ocurra dar un paso más —le amenazó Adam con un tono sorprendentemente firme. El tiempo pareció ralentizarse a su alrededor. Con el aire fuera de sus pulmones, tosió y trató de no ponerse nervioso, al mínimo movimiento de aquel intruso estaba dispuesto a ponerle una bala en la cabeza—. ¿Quién eres?

David, antes de pronunciar palabra, vio cómo el hombre no guardaba una distancia prudente de seguridad y se acercaba a él con el arma apuntando a su cabeza. Recordó unas palabras de Gurú: «Lo que define al guerrero es la valentía y la amabilidad».

—Muy buenas noches, caballero —dijo David muy despacio, esbozando una amplia sonrisa con absoluta tranquilidad—. Me he perdido y me preguntaba si ahí dentro podrían llamarme a un taxi.

Con un rápido movimiento de manos le dobló la muñeca y se la bajó, impidiendo que pudiera apuntarle. Era una llave básica que había aprendido en el Akhara. Aquel movimiento sorpresa le dio ventaja, y pudo propinarle una fuerte patada en la entrepierna. Adam cayó al suelo de rodillas; pero era un consumado y avezado luchador en el cuerpo a cuerpo. Por eso, tan fuerte e inesperadamente, dando un salto, extendió una pierna y lanzó una patada a la

rodilla de David, quien se desprendió de él, cayó al suelo hacia atrás y lanzó el arma a poca distancia. Antes de que pudiera Adam levantar el arma del suelo y ponerse de pie frente a él, con la derecha, David sacó su pistola de la espalda, apuntó a la cabeza, prestó atención a su propia respiración y en el lapso entre aspirar y espirar apretó el gatillo.

Se puso el arma de vuelta a la espalda y sacó del bolsillo de su chaqueta el detonador. Apretó. Se produjo un tremendo ruido seguido de otros tantos y el destello de varias deflagraciones. Ignoraba el alcance de la onda expansiva que podrían producir los explosivos; lo alcanzó y lo tiró al suelo. Se quedó tendido en la fría hierba, al tiempo que se producían otras explosiones procedentes de las botellas de butano.

La primera explosión destruyó por completo las oficinas del primer piso y sacudió violentamente el resto del edificio. La segunda explosión perforó un agujero en la pared, detrás de la oficina de Oliver Tanner; como resultado, lanzó al exterior vidrios y ladrillos, y el techo y el mobiliario de la oficina del hasta entonces director de la granja se hicieron pedazos. En el interior, los conductos del aire acondicionado se habían desmoronado y el suelo se había deformado como si se hubiese producido un terremoto allí mismo. Un grupo de personas magulladas y llenas de polvo blanco salió corriendo al exterior a la vez que el asustado gran danés. Hubo otra explosión y la siguió otra más. Aquel bloque de ladrillos de cuatro plantas no tardó en hundirse como un castillo de naipes. El sonido que produjo fue como el retumbar de un trueno. Entre la polvareda llovían chispas por las arterias seccionadas de los cables telefónicos y eléctricos. David supo que las deflagraciones se habrían escuchado en toda la comarca y despertarían la curiosidad de los asistentes al festival. Desde allí, los testigos del fogonazo hablarían de un destello blanco, seguido por el resplandor anaranjado de las explosiones y el fuego. No tardaría el lugar en llenarse de gente y de las autoridades. Era hora de irse.

La policía británica no era estúpida ni tampoco el MI5. El episodio atraería la atención de los servicios de inteligencia que habrían estado vigilando a la granja anteriormente. Deducirían que las explosiones se salían de lo normal e intentarían averiguar qué había ocurrido. Pero por mucho tiempo no habría más gente como Oliver Tanner haciendo daño al mundo.

Guiado por el GPS de su reloj, decidió ir al pueblo más grande que estuviera más cercano, de este modo, tendría más posibilidades de pasar desapercibido. Caminó durante horas hasta que encontró una cabaña. Se encontraba aislada, no pertenecía a ninguna casa cercana y su función se traducía en guardar leña. Cerca del cobertizo había un tramo de carretera, pero a esa hora no circulaba nadie. Se tumbó sobre el suelo cubierto de paja e intentó conciliar el sueño mientras afuera comenzaba a llover. Al amanecer entró en el pueblo. Lo bordeaban antiguos edificios de pisos con jardincillos en la parte posterior y plazas de garaje junto a la entrada.

Había dejado de chispear y un sol naranja brillaba por un resquicio entre las nubes cuando David entraba a una tienda de ropa de segunda mano dedicada a la caridad. Entre las muchas prendas de vestir seleccionó un gastado pero elegante traje, una camisa y zapatos. Se metió en el probador y se cambió de ropa. Luego sacó varios billetes de libra esterlina del falso hueco del cinturón del pantalón. De la mochila sacó la pequeña caja de auriculares y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Su ropa usada la metió en una bolsa de plástico. Vio su reflejo en el cristal y su apariencia le dejó consternado. La falta de sueño le había provocado un cerco rojo alrededor de los ojos y se veía cansado y mayor. Movié la cortina, salió y pagó a una señora canosa, de unos sesenta años, que hacía ganchillo sentada detrás del mostrador.

Caminó hasta llegar fuera del pueblo. Había un pub con su logo de metal y nombre prominente mencionado en la entrada: «El Gallo Rojo». No vio a nadie por los alrededores. Así pues, antes de entrar, levantó la tapa ancha de un contenedor verde de basura que había en un lateral del edificio y tiró su ropa vieja, además de su mochila con el visor nocturno y el arma.

Iban a retransmitir un partido de fútbol matinal de la liga inglesa y los clientes iban entrando ruidosamente con sus camisetas deportivas distintas y ocupando sus sillas frente a una pantalla gigante. Pidió un café y un club sándwich, y ocupó una mesa vacía en un rincón del fondo. Comiendo por primera vez en mucho tiempo, sus cansados rasgos y energía parecían recobrar vitalidad y fuerzas. Una vez terminado, cogió el tren de cercanías a Londres.

En la Estación de St. Pancras cogió el EuroStar a Bruselas. Durante el trayecto había hecho lo posible por permanecer despierto, pero la falta de sueño y el efecto secundario del flujo de adrenalina durante lo sucedido en la granja habían obnubilado sus sentidos. Ahí, en el interior, se estaba demasiado cómodo, con una temperatura cálida, acogedor. Una vez en la moderna estación de Gare du Midi en Bruselas, enlazó con un tren Deutsche Bahn a la ciudad de Frankfurt.

Eran las seis de la mañana. Julián se preparó una espantosa taza de Nescafé y se la bebió desde su puesto de vigilancia en aquel piso franco, situado en un edificio de la calle Kurt Schumacher Strasse, muy cerca del museo Judengasse y de un bar de tapas español.

Una vez que llegó a la estación Hauptbahnhof, David bajó las escaleras y cogió el metro hasta la parada Konstablerwache. Cuando salió a la superficie se colocó en un oído un diminuto auricular que había sustraído del interior de la pequeña e inocente caja de auriculares, cuyo embalaje depositó en el interior de un cubo de la basura.

Laura García, trabajando frente a uno de varios monitores, llamó la atención a Goyo y este a Julián.

—Ya está aquí —anunció ella.

—David, ¿me oyes? —preguntó Julián, dirigiendo sus palabras hacia el micro interno de una de las pantallas.

—Sí, aquí estoy —contestó observando todo a su alrededor.

Muchos transeúntes en aquella ciudad multirracial y cosmopolita iban y venían. Observó un puesto de comida para llevar y se acercó.

—Estoy conectando con las imágenes de las cámaras de vigilancia urbana —murmuró Laura hacia Goyo—. En un momento estará en pantalla.

Inmediatamente se vieron las imágenes de transeúntes saliendo de la estación. Con habilidad, Laura fue haciendo *zoom* y cambiando de posición para, de este modo, poder identificar dónde se podía encontrar David.

—Haznos una señal —dijo Julián—, pero sin alzar la mirada hacia arriba en dirección a las cámaras, no sea que llamemos la atención al BfV (los servicios de seguridad interior alemán) o a la Bundespolizie.

Los tres se quedaron expectantes ante las pequeñas imágenes que salían juntas en los diferentes monitores y que Laura manipulaba tecleando sobre una consola portátil. Observaron a los viandantes comunes de la mañana: muchos estudiantes, comerciantes y trabajadores avanzando con paso firme por las relucientes aceras. Se vio la figura de una persona levantando algo en la mano. Laura hizo *zoom* y señaló en un monitor a una persona de pie al lado de un puesto de comida rápida.

—¿Qué es eso que llevas en la mano? —preguntó Julián.

—Un pretzel, y en la otra tengo un café. Dime dónde tengo que coger el material.

—En primer lugar, mis felicitaciones por haberlo conseguido y estar sano y salvo.

—Espero que tu colega de la CIA se haya portado bien. Dime dónde tengo que ir. No quiero permanecer mucho tiempo en la calle.

Goyo le dio un trozo de papel con una dirección.

—Tienes que ir hacia Brickegickel —pronunció de forma plausible, para que sus palabras en alemán tuvieran una resonancia más clara—, pasar una tienda de muebles antiguos y, en la calle Battonnstrasse, giras a tu izquierda y entras en el viejo cementerio judío.

David, a través del GPS de su reloj, estudiaba el itinerario. Los tres observaban las imágenes de los monitores en los que se veía a David mirando su muñeca mientras se tomaba el café.

—Vale, ¿y?

—Allí te esperará un hombre.

—Voy para allá.

Goyo se fue a la otra habitación y marcó una llamada en su móvil anunciando la llegada del operativo español.

Con el caminar decidido, David cruzó el paso de peatones y se dirigió hacia su destino como un viandante local más.

Al llegar al cementerio, vio a un hombre fumando un cigarrillo frente a la puerta abierta. De mediana edad, pelo abundante echado hacia atrás y algo más bajo que él. A pesar del frío de la mañana llevaba un polo Lacoste blanco. Por la mirada que le dirigió supo que era su contacto israelí. Entró dentro del cementerio y David le siguió. El hombre le llevó más allá del límite del cementerio, donde los muros de ladrillos verdosos estaban roídos por los años. Al llegar, de una lona cubierta por tierra y piedras, el israelí sacó una mochila negra y, en silencio, se la entregó al español sin molestarse en intercambiar muestras de cortesía. David abrió la cremallera y estudió su interior.

—Gracias —dijo al desconocido que, sin pronunciar palabra alguna, inició el recorrido de vuelta hacia la salida y se perdió de su vista.

Laura había conseguido conectar imágenes vía satélite. En un monitor le veían saliendo del cementerio.

—Bien, David. Ahora, atento. La dirección está muy cerca. Tienes que seguir esa misma calle en dirección al restaurante colombiano Paladar latino que hace esquina junto a una peluquería con letrero azul. Nuestro objetivo está justo encima de la cervecería Apfelwein Strauss. El apartamento número 1B.

No tardó más de cinco minutos en llegar a su destino. En los alrededores de la calle no se percibía el menor movimiento. Se agazapó en una especie de callejuela anexa al edificio. Abrió la mochila. El arma estaba cuidadosamente preparada para ser utilizada de inmediato. Una vez que la revisó, tomó aire despacio, y dijo:

—Voy a desconectar.

—No, David, espera.

Se guardó el pequeño aparato en el bolsillo del pantalón y entró.

Pegando una patada, David irrumpió saltando un barroto que previamente había sido puesto con la intención de atrancar la puerta. En el interior había dos hombres tendidos en el suelo, que trataron de levantarse aún soñolientos. La penumbra iluminaba la estancia. Antes de incorporarse del todo, ambos caían de espaldas tras cobrar vida el Heckler & Koch MP5SD con silenciador. Dio unos pasos hacia los cuerpos para cerciorarse de que los dos estuvieran muertos; los examinó uno por uno y quedó quieto, expectante ante cualquier próximo sonido dentro de la vivienda.

Estudió el lugar iluminado por la brumosa luz de la mañana que provenía del exterior. La puerta de la derecha, por su ubicación, dedujo que era un cuarto de baño; la de al lado estaba abierta y era la cocina por el gorgoteo del flujo del refrigerante a través del sistema de refrigeración. Instintivamente, puso su atención hacia el fondo de la estancia. Había alguien en una habitación interior, más allá del salón. Se escuchó un ruido seco, apagado por la urgencia de encontrar protección, «o de huir», pensó en una intuición.

David dio un puntapié a la puerta e irrumpió en la estancia adyacente. Era una habitación tan grande como el salón, con grandes ventanas. Se dio cuenta de que el apartamento estaba unido con el vecino. Tenía que ser previsor, ya que no podría calcular con rapidez de qué modo habrían manipulado la arquitectura del apartamento; dónde habría una entrada y salida, un pasillo o habitación.

Se percató de que al fondo de aquel cuarto había alguien. A diferencia de sus dos compañeros, se había parapetado detrás del sofá y, por tanto, estaría armado. David inició sus pasos para ir a su encuentro, pero este se puso súbitamente de pie. Era un hombre, una enorme cabeza con pelo muy corto, frente ancha y barba muy poblada. Se escuchó el sonido de una pistola Glock 17 de calibre 9 milímetros al ser disparada. La bala rozó el costado de David, que disparó en modo automático, barriendo de izquierda a derecha. La ráfaga alcanzó al hombre. David se apresuró a cerciorarse de que estaba muerto. Aquella pistola era del tipo que habían empleado los terroristas islámicos para atentar en países europeos. El español sabía muy bien que las adquirirían por unos seiscientos euros desde Eslovaquia y su preferencia radicaba en el mecanismo del arma, fácilmente reversible, tan solo había que retirar unas

varillas de metal del cuerpo de la pistola.

En el piso franco, Laura estaba escuchando con atención la frecuencia utilizada por la policía alemana. Aún nadie decía nada sobre un tiroteo.

En la siguiente habitación se oyó un ruido suave: alguien caminaba con prisas. David se volvió en aquella dirección. Había dos puertas. Dudaba de cuál era la que debía de cruzar. Si se equivocaba daría tiempo al terrorista a huir. Quedó expectante por oír otro ruido que le delatase.

Lo que siguió fue un silencio denso. Decidió actuar con rapidez. Entraría por la puerta de la derecha, la que sin duda pensó que podría tener una salida posterior y cuyas ventanas podrían ayudarle a escapar.

Abrió el picaporte, el pestillo estaba echado. Pegó una fuerte patada. Para evitar estar en la línea de fuego de quien pudiera disparar desde algún ángulo del interior, se lanzó rodando sobre el suelo. Tras golpear con el hombro una silla, pegó un brinco hacia un lateral, preparado para apretar el gatillo.

Observó en derredor. En el suelo, sobre un colchón, había una mujer observándole. Se miraron durante unos segundos. David era conocedor del peligro que podría correr si fuera una terrorista. Por un momento en su mente se forjó la decisión de activar los impulsos para que el dedo apretase el gatillo. El aspecto físico de la mujer denotaba que no había asistido a ejercicios físicos en el exterior. Algo gorda y no precisamente atractiva, la mujer indicaba que era una prostituta. Tenía los ojos ennegrecidos por la pintura del maquillaje, diluida en sus lágrimas.

—Mi nombre es Anke. No me mate, por favor —dijo la mujer.

Habló en alemán, pero David la entendió perfectamente. Le respondió en inglés, muy lentamente, buscando su complicidad.

—No eres la persona que busco. No te voy a disparar. Dime por dónde se ha ido.

La mujer, aún con miedo, como si tuviera a la muerte frente a ella, giró el cuello y quedó mirando hacia un lateral. Una ventana estaba abierta, pero también había una puerta.

David dio unos pasos y se acercó con sigilo a la ventana. Observó el exterior. No había nadie por la calzada y ningún coche circulaba por la carretera. Se giró y observó a la mujer.

—¿Ha salido a la calle por aquí? ¿O se fue por la puerta?

La mujer hizo un gesto con la cabeza indicando a la puerta.

David abrió con sigilo. Unos escalones bajaban a un piso bajo. Aquellas escaleras conectaban con la cervecería Apfelwein Strauss. No hizo el menor ruido al bajar los escalones, la suela de goma de sus zapatos lo amortiguaban. Al llegar miró a su alrededor. Se encontraba en una pequeña habitación utilizada como almacén. Había barriles de cerveza y cajas con botellas de vidrio.

Abrió la puerta muy despacio, y entró en la silenciosa cervecería. Unas luces rojas y otras verdes de neón publicitando marcas de cerveza alemana estaban encendidas iluminando considerablemente el local, ofreciendo, junto con la luz de la mañana a través de las amplias ventanas de la derecha, una visión muy clara. El suelo era de parqué. Las mesas de roble, bastante largas y había hasta ocho sillas apoyadas en ellas. En la pared del fondo se ubicaba una pantalla blanca para ver las retransmisiones de partidos de fútbol y, a la izquierda, la puerta de entrada al local cerrada tras una verja corrediza metálica.

Se escuchó el ruido de un vaso de cristal caer al suelo. La acción fue tan rápida que casi perdió la vida. Un hombre se abalanzó sobre él con el brazo izquierdo alzado en cuyo extremo resplandecía la hoja de un cuchillo largo. El arma descendía peligrosamente sobre su pecho. David lo esquivó y, con un largo movimiento, levantó su arma, pero su atacante estaba tan cerca que el español recibió un imprevisto golpe de pierna que le quitó con sorprendente habilidad el subfusil de las manos. Al echarse a un lado y ponerse en guardia vio que su adversario estaba descalzo y aquel cuchillo era un arma profesional, afiladísimo, cuya puñalada podría traspasar fácilmente cualquier músculo.

Observando el monitor con auriculares puestos, Laura hizo una señal levantando el índice en el aire. La mantuvo alzada durante unos segundos. Goyo se acercó con Julián. Se quitó los auriculares y les dijo que la policía alemana había sido informada de un ataque con arma en el apartamento. Una prostituta llamada Anke Schaffartzik había estado gritando en la calle, pidiendo ayuda.

La siguiente embestida del atacante fue baja y rápida, como la acción de un soldado profesional: buscando el vientre. David se apresuró a detenerle la muñeca, pero sin haberlo previsto, recibió un golpe en el rostro con el puño derecho. El americano era ambidiestro, un detalle pasado por alto que casi le costó la vida si en vez del puño cerrado hubiera tenido otra arma.

—¿Quién eres? —preguntó en alemán. Al no obtener respuesta, volvió a preguntar lo mismo en inglés.

—Haz memoria y lo sabrás. ¿Bombay te suena de algo?

Nick lo miró con detenimiento durante varios segundos y luego esbozó una sonrisa que le demudó el gesto. Durante ese tiempo al español le dio la impresión de que era más corpulento y pesado de lo que recordaba, sus músculos, antes tonificados, habían sido convertidos en grasa.

—Vaya. Eres la última persona que creería que volvería a ver —dijo observándole sin parpadear—. O eres muy estúpido o muy valiente por venir hasta aquí.

—Yo diría que muy realista y atrevido.

—Quizá —agregó encogiéndose de hombros.

—Después de tanto tiempo pensé que me habrías olvidado.

—Tengo buena memoria.

—No me digas que retienes las imágenes de todas tus víctimas.

—Solo la de los españoles.

—Eso no volverá a suceder.

—Desde luego que sí. Si no te quité entonces la vida, ahora me aseguraré de hacerlo. Por cierto, ¿también sobrevivió aquella joven con la que compartías mesa? —Viendo la reacción que expresaba el rostro del español, quiso desestabilizarlo emocionalmente, y riéndose, continuó—: Era tu amante o mujer, ¿eh? Creo recordar que era muy atractiva.

David recordó detalles fugaces de la biografía del americano que le había resumido Julián en Bombay: más de cien kilos de peso, sobrepasaba el metro noventa y había sido monitor de lucha en los campos de entrenamiento del Estado Islámico. Si entrase a reaccionar según su forma de lucha, el español supo que perdería. Para salir vencedor, él debía de evitar un combate de fuerza. Recordó las palabras de Gurú: «Un luchador razona y actúa. Ese es el arte de la ventaja, sacar el potencial de las situaciones». Dejó que Nick le atacase de nuevo furioso e impaciente con el cuchillo. «La energía debe de ir constante hacia adelante; llevar la verticalidad del combate a un plano horizontal: el suelo». Esquivó la embestida al tiempo que cogió con la mano la muñeca que sostenía el arma y la retorció. Cayeron los dos juntos al suelo. David le había inmovilizado entre sus piernas y, doblándole la muñeca, había invertido la dirección del cuchillo, propiciado por una llave de *grappling* aprendida en el Akhara. Vio en el terrorista los ojos inyectados en odio. El cuerpo de su adversario languidecía. Su rostro aún estaba invadido por una expresión de incredulidad. Nick trató de defenderse y forcejeó, pero no hizo más que terminar con las dos manos aferradas al cuchillo haciendo lo posible para que no siguiese penetrando en su estómago.

David se inclinó hacia su rostro casi tocando su nariz.

—Esto es por los inocentes que dejaste sin vida. —Presionó con fuerza y el filo entró sesgando con la presteza de un bisturí la piel y el músculo que cubrían las costillas y arañando el hueso al tiempo que cortaba hacia arriba y, en línea diagonal, al corazón. Nick le echó una mirada penetrante e hizo amago de apartarse del español, pero este se echó la cabeza hacia atrás e impulsándola rápidamente hacia adelante le partió el tabique nasal. Apretando aún más el cuchillo en el interior de su cuerpo, añadió—: Y esto, por mi mujer.

Una vez fuera, caminó de vuelta por donde había llegado. A la altura del muro exterior del cementerio judío, decorado con placas de doce mil nombres, víctimas del holocausto, un envoltorio de papel arrugado avanzó en su dirección dando saltos por la acera. El israelí estaba allí, con una kipá sobre su cabeza hablando con un grupo de turistas japoneses sobre Ana Frank. Al ver al español acercarse, su rostro se transformó, y esbozando una complaciente sonrisa, invitó a todos a proceder al interior del museo. En su fuero interno el israelí se reprobaba por haber enjuiciado negativamente al español para llevar a cabo la misión. Ahora asumía que su actuación profesional había sido un ejemplo perfecto de exactitud temporal y económica, nada había fallado. Con apremio, David entró en el cementerio y depositó la bolsa en el mismo lugar. Cuando salió de allí, se puso en la oreja el pequeño transmisor.

Laura vio la señal roja parpadeante en un monitor y dirigió las imágenes vía satélite hacia aquella dirección. Una vez que lo tuvo en el encuadre, señaló la pantalla a Goyo y a Julián. Se le veía caminando de forma rápida y decidida.

—Bien, está a salvo —anunció Julián soltando un bufido y se acercó al micro de la pantalla—. David, ¿me oyes?

—Está muerto, él y sus amigos.

—Te felicito. Sal de ese perímetro cuanto antes. La policía llegará en breve. Ahora nos podemos ver en un sitio céntrico. Recuerda lo que hablamos en Bombay. Te necesito en mi equipo, fuera de intereses políticos. Juntos resolveremos mejor el problema islamista.

—A pesar de que nos une un bien común, conviene que cada uno de nosotros dirija su trabajo hacia objetivos diferentes.

Laura, previsora, se quitó los auriculares y miró de soslayo a Goyo; un gesto que no pasó desapercibido en Julián.

—Has cumplido ya tu venganza, ven conmigo, aunque tu acción no haya satisfecho tu conciencia.

—Sí, llevas razón. Pero aún no he terminado. Yo acabo de empezar.

—Se ha quitado el aparato —anunció Laura en voz alta señalando hacia

el monitor. Hizo *zoom* en la imagen que recibía vía satélite en tiempo real—. Y vamos a perder la conexión en pocos segundos, esto es el máximo de tiempo que nos podemos permitir. —Dirigiéndole una mirada a Goyo, preguntó—: ¿Qué quieres que haga?

—No podemos dejar un operativo suelto —dijo Goyo al oído de Julián, pero este no reaccionaba—. Se ha convertido en un fugitivo, en un desertor, en un asesino profesional. Si no viene con nosotros, tenemos que actuar de inmediato. Es lo que habíamos decidido en Madrid.

Observó de manera nerviosa a Julián, que no dejaba de mirar la figura de David a vista de pájaro en el monitor. Sin esperar a que reaccionase su superior, puso una caja sobre la mesa, frente a Laura.

—Utiliza un sitio concurrido, como el metro.

Ella se levantó y abrió la tapa. Sacó un pequeño aerosol que cabría en la palma de la mano, podía pasar por un inocente perfume de mujer pero que, en vez de esto, envasaba microbios de enfermedades mortales en emulsiones. Se puso rápidamente una chaqueta y se guardó el aerosol en el bolsillo.

—No —ordenó secamente Julián sin apartar la vista del monitor—. Quédate.

Los tres en silencio vieron a David cómo cruzaba el viejo puente Alte Brücke entre los transeúntes y, en dirección opuesta, las luces giratorias de los coches policiales y de dos ambulancias cruzaban el encuadre de la cámara.

La imagen del monitor se fundió en negro.

Sobre el autor



Braganza es autor de la novela histórica *Amrita: La apasionante historia de la Frida Kahlo de India* (Suma de Letras-México), *La princesa Noor* (Ediciones B-México); thriller ambientado en la segunda guerra mundial con prólogo del célebre periodista y escritor, Dr. César Vidal, y de las novelas; *Nadia sin miedo*, *Niño, tigre y soldado* y *Matar a Dawood*. Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Ha vivido en la India durante muchos años.

Puedes encontrarme en:

Página web del autor: <http://alfredodebraganza.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/alfredodebraganza>

Twitter: <https://twitter.com/braganzabooks>

Correo: <http://alfredodebraganza.com/contact>

Otras obras del autor

[GANGA BRUTA: EL IMPERIO DEL CRIMEN](#)

[MATAR A DAWOOD](#)

[NIÑO, TIGRE Y SOLDADO](#)

[AMRITA](#)

[NADIA SIN MIEDO](#)

[LA PRINCESA NOOR](#)